PRESENTED TO

THE LIBRARY

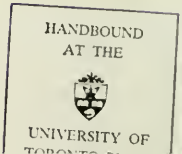
BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



LS.C
R6666v

VARIOS PRODIGIOS DE AMOR.

EN ONCE NOVELAS

exemplares, nuevas, nunca vistas, ni impressas.

LAS CINCO ESCRITAS SIN una de las cinco letras vocales; y las otras de gusto, y apacible entretenimiento.

ULTIMA IMPRESSION.

AñADIDOS, Y EMMENDADOS TRES CASOS Prodigiosos.

COMPUESTAS POR DIFERENTES AUTORES, los mejores ingenios de España.

RECOGIDAS POR ISIDRO DE ROBLES, NATURAL de esta coronada Villa de Madrid.

BARCELONA.
En la Imprenta de Juan Pablo Martì Libreto, delante la Plaza de San Jayme. Año 1709.

462422.
29. 5. 47

L5.C
R6666v

VARIOS PROPÓSITOS
DE AMOR.
EN CINCO NOVELAS
exemplares, nuevas, unicas y utiles
útilmente.

LAS CINCO ESCRITAS SIN
una de las cinco letras vocales; y leyentas
de arriba, y abajo, correspondientes.

ULTIMA IMPRESSION.

ABUNDOS, Y SUMAMENTE UTILES A LOS
Prodigios.

COMPUESTAS POR DIVERSOS ACTORES,
los mejores ingenios de España.

RECOGIDAS POR ORDEN DE [illegible]
[illegible]

APROBACION DEL PADRE JOSEPH Martinez, de la Compañia de Jesus.

HAviendo visto por orden del señor Licenciado Don Garcia de Velasco, Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, un Libro, que se intitula: *Varios Prodigios de Amor*, en once Novelas nuevas; digo, que en ellas no hallo cosa contra la Santa Fè Catholica, ni contra el entretenimiento decente de un gustoso passa tiempo; y assi se le puede dar licencia para que se impriman. En este Colegio Imperial de la Compañia de Jesus à 17. de Abril de 1665.

Joseph Martinez.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOs el Licenciado Don Garcia de Velaſco, Vicario de eſta villa de Madrid, y ſu Partido: Por el preſente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que ſe pueda imprimir un Libro intitulado: *Varios Prodigios de Amor*, en once Novelas exemplares, de varios Autores, recogidas por Iſidro de Robles, vecino de eſta Villa de Madrid; atento, que por nueſtro mandado, ha ſido viſto, y examinado, y no contiene coſa contra nueſtra Santa Fè Catholica, y buenas coſtumbres. Dada en Madrid à veinte y tres de Abril de 1665. años.

Lic. D. Garcia de Velaſco.

Por ſu mandado.

Juan de Ribera Muñoz.

APRO-

APROBACION DEL REVERENDISSIMO PADRE Maestro Fray Thomàs de Avellaneda, uno de los quatro Maestros de su Religion de Premostre, y Examinador Synodal de este Arzobispado de Toledo.

M. P. S.

HE visto por orden de V. Alteza un Libro, que se intitula: *Varios Prodigios de Amor*, en once Novelas exemplares; y hallo, que de verdad son exemplares, porque advierten de los riesgos, y alicionan á huir de los peligros: Son estos escritos un ameno, y delicioso prado, que ofrece á todos deleytar aprovechando, si cada uno estudioso de su bien, escoge lo que le importa. Que es lo que dice mui del intento Seneca, citado del grán Jurisconsulto Juan Andrès, comentando á Guillelmo Durando, lib. 19. Epist. 108. fol. 453. apud Guillelm. Duran. in Specul. Juris, par. 1. fol. 2. *Non est quod mireris, ex eadem materia suis quemque studiis apta colligere. In eodem prato bos herbam quærit, canis leporem, ciconia lacertum.* Por esto, y porque no tiene cosa que se oponga á nuestra Santa Fè Catholica, y buenas costumbres, se puede dar la licencia que se suplica para la impression. En este Convento de San Norberto del Orden de Promonstre, á 28. de Abril de 1665. años.

El Maestro Fray Thomàs de Avallaneda.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

SI por el toque se conoce el oro, por el toque en el oro el hombre, dixo un Curioso. Este cierto interès, gusto que del estudio se consigue, que logro, y gozo, Lector curioso, en el efecto de mi deseo, y el immenso, que de serviros tengo, no el de conseguirme (pues no le merezco) nombre de erudito entre los que con dulce estilo, y erudicion eminente por sus estudios, y desvelos se hicieron glorioso honor del bronce, y del buril, digno objeto fuè el que me hizo vencer lo que de muchos se tuvo por imposible, que es escrivir en nuestro insigne methodo un discurso en estilo florido de locuciones, sin uno de los elementos, ò signos pueriles. Y de los cinco precipuos, el primero por cumplir con lo que os deberè, lo escrivo, y por ser principio de los cinco, que proseguir intento. Su titulo es los dos Soles de Toledo, y por justos motivos los legitimos nombres de los sugetos encubro con otros supuestos. Que como señor le honreis, y como curiosos deis prompto oìdo, os suplico, y que me perdones como discreto. VALE.

LOS

LOS DOS SOLES DE TOLEDO.

NOVELA PRIMERA.

ESCRITA SIN LA LETRA A.

OBRE eminente sitio, sublime puesto, y delicioso Trono en torno, y circulo vistoso de sobervios, y lisongeros montes: por lo excelso con lo portentoso, Imperio de todos ellos, sino de todo el Orbe, perpetuo Principe se erige, y supremo Rey se constituye el nobilissimo, el insigne, el invencible siempre Civico monte de Toledo, Metropoli de todo el inclito Reyno, de su noble ilustre Corte, y opulento Solio en tiempo de felicissimos Reyes, glorioso siempre, no solo por quien le diò principio, que fuè (como quieren Doctos Escritores) cierto Ferrecio, insigne Griego, ò como escriven otros el invencible Hercules Lybico, y ciertos Griegos robustos, y fortissimos de su lucido Exercito; pero por sus ilustres trofeos, y por los excessivos honores con que se enriquece, como son el perfectissimo temple de su cielo, y suelo, sus gustosissimos frutos, su honorifico, y

ſumptuoſo Templo, Dioceſi inſigne, y ſuperior de los Iberios, por ſu Regente, Pontifice, y rico Clero; por ſus curioſos edificios, cèlebre rio, eminente ingenio, y por el de ſus nobles, y diſcretos hijos, iluſtres ſugetos, en lo cientifico de lo civil, y divino, y en lo heroyco del furor belico, y por lo inſigne de ſus luminoſos Soles, ò mugeres de peregrinos roſtros, ſin otro eſplendor, que el del liquido elemento, cogido en el corriente vidrio de ſu difuſo rio, y undoſo muro, glorioſo objeto de eruditos ingenios, no ſolo de Plinio, Titolivio, y Ptholomeo, por el oro de ſu centro; pero de otros muchos ſelectos hiſtoricos diſcurſos, y Poeticos Metros con elogios enriquecidos. En eſte, pues, riquiſſimo epilogo de perfecciones, reſidiò muchos tiempos cierto Joven, por nombre Don Geronimo, nobiliſſimo por ſu eſtirpe, y de legitimo conſorcio, dexò un hijo, que ſe nombrò Don Lope, mozo cortès, y brioſo, de gentil condicion, y honroſo termino, modeſto en ſu proceder; no como otros, inquieto, y orgulloſo; pero honeſto, curioſo; prudente, y bien entendido, y ſobre todo rico, y poderoſo, reſpecto de lo mucho que heredò de ſus progenitores en cẽſos, y un vinculo de dos mil eſcudos, por sì de excelente cobro, ſin otros bienes, y multitud de dinero en doblones; pero no por eſſo ſe introduxo ſobervio, comun vicio de ricos, comedido ſi, y primoroſo, frequente en honeſtos exercicios, y politicos reſpetos, eximiendoſe ſiempre de los tributos de Cupido, y de los deleytes de Venus.

Sucediò, pues, que deſeoſo de ver en Zocodaver, ſitio publico de los feſtines, y juegos, cierto Domingo de los del fructifero Septiembre, principio del fecundo Otoño, el encierro de los toros, y un feſtin que ſe hizo entre los Nobles, ſe entrò en el domicilio de Don Miguel, deudo ſuyo; y entre el concurſo de mugeriles ſugetos, viò dos Soles de divino eſplendor, opoſicion no del celeſte, ſuperiores ſi en lo primo de lo pompoſo, y refulgente, ſiendo el vinculo de el deudo Sororios primos. No es epitecto el de Soles, re-

nombre

nombre si, porque con el mismo oyò, que los nombrò otro concurso de ilustres jovenes. Dos prodigios viò de perfeccion, dos Celestes Querubines; pero el uno le llevò el espiritu, si bien dèl se viò correspondido por los mismos filos en reciproco cortejo. Sus nombres encubro por honestos respectos, pero nombrese este peregrino Sol Mitilene, y el otro Nise. De Mitilene, pues, se viò en un momento de sus divinos ojos, sin remedio preso, y como entre grillos de yelo immoble, sin que le fuesse possible poder eximirse de rendido. Sin querer los mirò, y queriendo divertirse en los de Nise, por menos peligrosos, no pudo; si bien en ellos notò un destrozo del modesto silencio, y un fuego interno consumido, de el oculto sossiego de su pecho, y quietud del espiritu, pidiendole de hito en hito pressuroso, y dulce socorro. Motivo del incendio se conociò Don Lope; pero no se diò por entendido, ni les diò credito, no solo porque los presumiò digno objeto de los de cierto mozo nobilissimo, por nombre Don Gregorio, que enfrente de ellos viò, y juzgò por ellos perdido. Pero porque en los de Mitilene, objeto de los suyos, y su hermoso Sol se elevò todo en ellos, notò dos circulos, dos Orbes digo, ò Cielos; lleno de lucido esplendor, sin riesgo de sobervio por lo señoril, ni de menosprecio dignos por retoricos, ò eloquentes. Del rubì, del encendido color los sutiles, y curiosos rizos, no de finissimo oro los considerò lucientes, y preciosos hilos, ni costosissimo tesoro de Ofir, superior tesoro si, en lo rico, en lo refulgente, y luminoso; pero en el hermoso rostro, y frente tres misterioso vergeles, ò peregrinos pensiles viò de flores, entretexidos de rosicler, y nieve, divididos con un sublime, y lindissimo retrete de olor, en exelente proporcion, de relieve de nieve hecho, y de multitud de flores de los colores mismos, con gentil primor compuesto. Los perfectissimos, y menudos dientes, entre el diviso, y odorifero rubì, divino, y precioso joyèl vistos, los juzgò hechos de lo mismo, que en el Cielo

el Sol, y que ſentido Cupido de vèr los de Venus, y los ſuyos inferiores, ſe cubriò, y vendò de vergonzoſo los ojos por no verlos. En el eminente, y terſo cuello notò un mundo, hecho de precioſo mixto de roxo porfido, y miſterioſo yelo. Pero en lo poco que de los hermoſos pechos viò principios, conociò ſer dos perfectos globos, ſino del yelo miſmo, ſuperior ſi, por los indicios de diferente genero; pues los notò compueſtos de puriſſimos lirios, y multitud de flores de Venus, y de Cydros, y de los flueços de oloroſos mirtos entre nieve, y roſicler: los dedos en torno hechos, y todo ſu diſtrito con los viſtoſos pulſos, los guzgò todos de lo miſmo, y priſiones lo mirò todo de ſus ojos, grillos de ſus ſentidos, y ſuſpenſion de ſu eſpiritu. Y no menos le elevò de ſu hermoſo dueño lo honeſto, lo ſeñoril; lo bien prendido, y compueſto del veſtido, que juzgò de terciopelo rizo ligero, color flor de romero, todo embutido de fiorones, y liſes de oro, con ſiequecillos de negro, y golpes de eſſes en los entremedios, con peſpuntes de color de rubì, y el entreforro de velillo de eſplendor, del miſmo color rubicundo, y todo de ſuerte perfecto, que ninguno de los hermoſos ſugetos le pudo competir, ſino fuè el del otro flor de Niſe, porque en lo eſplendido, y ſeñoril de ſus ojos, nieve, y roſicler de ſu roſtro terſo de ſu frente, colorido de diviſo rubì, ſino fuè todo en perfeccion lo miſmo, fuè mui poco diferente en el juicio de todos, ſolo en el de Don Lope deſdixo mucho, y no menos en el de Don Gregorio, porque no fuè de Niſe el ſugeto, el que le elevò, como penſò Don Lope, ſino el miſmo Sol de Mitilene, y no porque de Niſe el brio, y diſcrecion fueſſe inferior, ni menos lo coſtoſo, y lo lucido del veſtido, pues ſe juzgò de eſpolin de oro, verde, y negro, con golpes de flueco por entre flor, y flor, que ſon de rico entretexido negro, en ſemicirculo divididos por excelẽte modo, con molinillos de oro culebrinos, ſino porque de Mitilene el deſtino fuè ſuperior en el dominio de los encendidos pechos de los dos jovenes.

Fene-

Feneciòse el encierro de los toros, y el festin; deshizose uno y otro concurso: fueronse los hermosos Soles de Mitilene, y Nise juntos en un coche; pero Don Lope los siguiò en el suyo, y pretendiendo Don Gregorio lo mismo, se lo estorvò Nise, pidiendole cortès que no lo hiciesse: lo mismo hizo con Don Lope, Mitilene; pero èl por vèr que se lo dixo sonriendose, y como por cumplimiento, porfiò, y con retorico estilo, y primorosos conceptos, le refiriò los efectos del fervoroso incendio de su pecho; y viendo en el credito que se le diò lucir su intento, prosiguiò solicito su discurso, y jurò de ser firme, si se viesse correspondido: empeñò su fé, hipotecò su honor, y por veces llorò tierno, fogoso, y liquido vidrio, municion con que rindiò de Mitilene el pecho, y mereciò por firme en breve tiempo, en retribucion feliz de su empeño, un hermoso liston verde, consedido con gusto. Desdoblòle luego, y en èl leyò escrito en curiosos signos de oro: Soy de Mitilene. Deste modo se certificò en su nombre, porque primero le supo del concurso, y el sitio de su feliz domicilio bien conocido dèl, por ser el mismo que el de cierto Don Pedro, enemigo suyo, y tio de estos dos bellos prodigios; pero señor nobilissimo, y mui rico. Quedò con el liston Don Lope contentissimo; pero notò que Nise su disgustò en estremo, de que Mitilene se le diesse, y que procurò por veces, no sin indicios de furiosos zelos, divertir sus coloquios, teniendo por desprecio que èl no se diesse por entendido de sus ojos, ni de los equivocos con que le dixo el incendio de su pecho; y viendo Mitilene su enojo, y los progressos de Don Lope, y sus empeños, le rogò, que por desmentir los ojos de embidiosos emulos, linces del virgineo incendio, que donde menos se presume suelen sospechosos esconderse, se fuesse por entonces; y lo permitiò, porque se lo pidiò con discreto termino, y sin que Nise lo entendiesse, que por el vergèl de su domicilio de noche pudiesse proseguir sus desvelos, y descubrir, si fuesse honesto, los ocultos indicios de su intento. Hizo como se le

orde-

ordenò, pues en medio del lobrego, y nocturno silencio, de pechos puesto sobre cierto postigo del dicho sitio, biẽ que como prision, sin serlo, hecho, y entretexido de muchos hierros, por el honesto, y seguro decoro de sus dueños, felices testigos, hizo de el oculto fuego de su pecho los olorosos pimpollos, y exercitos de flores, los frondosos cedros, mirtos, y chopos, pues en sonoro instrumento, y dulces quiebros de su voz, los obligò con lo fino de sus tiernos sùspiros, y cohechò con lo dulce de repetidos versos; y si referirlo puedo, es, porque despues Mitilene (segun dicen) pidiendoselos, hizo que con el buril, ò sutil cincèl de un curioso punzon de su estuche, en lo liso de cinco, ò seis presumidos, y conjuntos olmos se esculpiessen.

Pomposo mirto de Venus,
Cedro oloroso, y gentil,
Verdes chopos, y cipreses,
Briosos en competir,
Flores, que en sublimes tronos
Lisongeros conducis
El primor, y los fulgores
Del Sol, nieve, y de rubi;
Del incendio de mi pecho
Pues testigos sois, oìd,
Que muere por Mitilene
El dueño de este pensil.
Decidselo, Flores, vos
Mirto, vos se lo decid,
Y sed mis terceros chopos,

Si ſu cielo me encubris.
De los ſoles de ſus ojos
Eſplendores merecì,
Pero en mi deſtino temo
Perderlos por infeliz.
En eſte vergèl dichoſo
Verlos pude preſumir;
No debo de merecerlos,
Doleos, Flores, de mi.
Soles ſon, yo lo confieſſo,
Pero ſu eſplendor ſutil,
Pechos, que no ſon de bronce,
Pudo en fuego convertir.
Y ſi victorioſo en ellos
Glorioſo trofeo vi,
Sè que es ſu querer mui niño,
y puedeſe deſdecir.
Yo eſtoi, Flores, rezeloſo,
Porque opueſto tengo en fin,
Y el Cherub que hermoſo eſpero,
Es ſugeto femenil.
Pero de ſuerte ſus ojos
Los quiero, que deſiſtir
No podrè, ſi ſe opuſieſſen
Mil Reynos, y Mundos mil.

Que como por ellos muero,
Luego que feliz los vì,
Cobrè brios invencibles
Con quien poder reſiſtir.
Pero ſocorredme, Flores,
Que ſi en verlos los perdì,
No puedo vivir ſin ellos,
Por ellos quiero morir.

Todo lo oyò Mitilene, porque entre lo eſpeſſo de los mirtos, y chopos, ſe previno eſcondiendoſe; pero no pudiendo ſufrir, que el decoro de ſu fé eſtuvieſſe en Don Lope dudoſo, ſe deſcubriò, y certificò de ſer èl, y no D. Gregorio el querido objeto de ſus ojos. Con eſto ſe deſpidiò Don Lope, y en cinco, ò ſeis noches, con el decoro poſſible del honor de Mitilene, logrò dulces coloquios, y felices diſcurſos, y por ſegundo premio, trofeo de ſu fé, un curioſo bolſillo de oro, con botones, cordoncillos, y fluecos de oro de ſus rizos, cogidos de los rebueltos deſpojos de el eburneo peyne, y dentro otro liſton, color de roxo lirio, y en un renglon eſcrito: Soi de Don Lope. Pero èl ſe deſquitò del empeño con un coſtoſo, y precioſo Cupido de oro, y rubìes, que le diò con mil firmes prometimientos de ſer ſu eſpoſo, ſi no lo impidieſſen ſus pocos merecimientos, y corto deſtino, reſpecto del odio que ſu tio Don Pedro tuvo con ſus progenitores ſobre cierto litigio. Confirmò Mitilene ſu dudoſo ofrecimiento con prometerle lo miſmo, y pedirle que con todo ſecreto ſe diſpuſieſſe el efecto de ſus reciprocos deſeos, pero como en el terreſtre globo los guſtos ſon veloces, y no ſuceden ſiempre proſperos, preſto ſe les enturbiò ſu contento, preſto el ſereno Cielo de ſus conformes deſeos ſe obſcureciò de nubes, y furioſos truenos. Sucediò, pues,

que

que Don Lope se retirò de Toledo por tiempo de un mes, por cierto fortuito sucesso, sin ser possible, primero que se fuesse, despedirse del bello Sol de Mitilene, y Nise, sintiendo en lo oculto de su pecho el mismo fuego, que Mitilene, desde que en el festin le viò, y en el coche oyò de los dos los requiebros, y dulces coloquios, propuso en su mẽte dividirlos, y substituirse, si Don Lope bolviesse, querido dueño suyo, por todos los medios que le fuesse possible: y porque mejor se consiguiesse el fruto, y premio de sus desvelos, y del efecto de su pretẽsion viesse felices principios, lo ordenò su destino de suerte, que todo sucediò como lo pudo pedir su deseo; porque corrido Don Gregorio de vèr que Don Lope en su coche siguiò el de Mitilene, sin que se lo impidiessen, y el difuso tiempo que se entretuvo, que de todo diò fé, sigiendolos de lexos, viendose consumir sin remedio de insufribles zelos, sin poder eximirse de el interno fuego consumidor su de pecho; hizo que sus deudos entre los de Mitilene, y presente Don Pedro su tio, propusiessen el consorcio. Y, porque el efecto de èl con resolucion, y en breve se dispusiesse, diò comission de que sin dote ninguno se hiciessen los conciertos. Comunicòse todo entre unos, y otros deudos, y convinieron los de Mitilene en que se hiciesse el desposorio, visto ser conveniente por los meritos de Don Gregorio, noble, y robusto joven, rico de ilustre tronco, y excelente sugeto, y por el venturoso empleo de Mitilene, y no de menor comodo de su tio en el dote, sin desembolso de dinero, condicion, y punto muy convenible, y en estos tiempos poco perdido de los novios. Con esto que se decretò, diò luego el sí Don Pedro, tio de Mitilene, y despues se lo comunicò con excessivo contẽto, diciendole, que conociendo lo mucho que su destino tuvo de venturoso, diò, y otorgò luego en su nombre el consentimiento, porque no se perdiesse tiempo en disponerse lo preciso, y conveniente, y que si con èl despues viniesse Don Gregorio su esposo, le recibiesse cortès, y prudente. Immoble se quedò Mitilene de lo que le re-

refiriò su tio, y entre grillos de yelo, no supo con el susto responderle; pero èl entèdiendo respondiò todo el virgineo, y vergonzoso decoro, y pundonor, se fuè contentissimo, y no menos lo quedò Nise, que oyendolo todo, se prometiò feliz sucesso en sus designios. Y lo primero que con Mitilene hizo, fuè deslucirle, y obscurecerle los honrosos terminos de Don Lope, diciendole se tuviesse por feliz en perderle, por ser un hombre loco, necio, imprudente, lleno de mil vicios, perdido por mugeres, y que de diferentes se le conocieron tres hijos, conforme voz comun del Pueblo, y que no pocos disgustos le costò en cierto tiempo verse libre de èl, porque primero diò, no solo en pretender por prision sus ojos, sino en decirle finissimos requiebros; pero que de Don Gregorio siempre oyò mil virtudes: pintòsele discreto, modesto, prudẽte, gentilhombre, rico, docto, eloquente, y de otros mil epitectos honrosos, le hizo digno. Llorò Mitilene su infeliz suerte; pero como lo que primero se quiere, es sello, que se imprime, y dificilmente el entendimiento lo dimite, y excluye, no por esso borrò de lo interior de su pecho el buen concepto, que de su querido Don Lope siempre tuvo; pero como sucediò el irse èl sin despedirse, y fueron terribles los impulsos de su tio, y continuos los consejos de Nise, huvo de conceder en el despositorio, que le propusieron con Don Gregorio.

Vino en fin, como novio, lucidissimo, por vèr el idolo de todo su contento: entretuvole cortès Don Pedro: festejòle en lo exterior Mitilene, porque no tuviesse del interior disgusto indicios; pero en lo mejor de los dulces conceptos, y tiernos coloquios, entrò el triste Don Lope, no hosò por el tio descubrirse, pero encubierto lo oyò todo, dissimulò lo que pudo, y procurò bolverse; pero estorvòselo un sudor frio, que como menudo rocio, le ocupò los miembros todos de suerte, que le fuè imposible. Y si en los ojos de Mitilene, que le divisò, puesto que les diò poco credito, no viesse vislumbres de sentimiento, y un tierno, y dulce esplẽdor, como pidiendole con

ellos

ellos humilde perdon de el cometido yerro, no dudo de que el repentino dolor, y ſuſto le deſtruyeſſe, y puſieſſe en los ultimos terminos del vivir; pero como no pudo el vehemente dolor, por el preſſuroſo ſocorro, y pio remedio, vencer del todo los interiores eſpiritus, ſe viò en el otro repentino efecto, y fuè romper de colerico en un vivo fuego con ſuſpiros triſtes, terribles eſtremos, exteriores movimiẽtos de el roſtro, y ceño: y ſi es cierto que por los ojos ſe eſcriven los que bien ſe quieren, y que no es dificil poderlos entender los dieſtros, Mitilene, y Niſe en los de Don Lope viſiblemente vieron que de eſte modo ſe quexò, diciẽdo: Cruel Mitilene, mentiroſo cocodrillo, lumbre un tiempo de mis ojos, norte de mis ſentidos, un tiempo, firme eſcollo entonces, templo de perfeccion, idolo querido de mi eſpiritu: y en un mes, que es de tiempo un momẽto, un ſoplo, noche triſte de mis guſtos, buido cuchillo de mis tormentos; ò que impetu furioſo, ò que ligero viento pudo cruel divertirte de el prometimiento firme de conſorcio, que primero me hiciſte? Quien pudo de mi triſte divertirme? No eres tu, quien por eſcrito en un curioſo liſton, me dixiſte ſoi de Don Lope? No fui yo tu querido eſpoſo en el reciproco deſeo? No fui de todo tu contento el feliz objeto? Quien fuè pues el que te mudò? Quiẽ el q̃ te obligò, ò forzò, que de tu honeſto pecho me excluyeſſes? Pero que mucho, Mitilene, ſi eres muger, y yo infeliz no pude en un mes verte? Todo lo notò Niſe, y temiẽdo no ſe deſcubrieſſe ſu enredo ſi D. Lope, y Mitilene pudieſſen verſe ſolos, buſcò modo como decirle, que ſe fueſſe primero q̃ le vieſſe D. Pedro ſu tio, y entendieſſe ſu intento; pero que ſi quiſieſſe vencer de Mitilene el rigor, y que ſe deshicieſſe el concierto hecho del deſpoſorio, fingieſſe los dos quererſe en eſtremo, y de breve en breve tiempo ſe vieſſen, y ſe eſcrivieſſen ſutiles primores, y conceptos, porque el furor de los terribles zelos rehicieſſe lo que ſu tio deshizo: y Mitilene, conociendo bien el rieſgo de perderſe, viendole querido de otros ojos, ſe reſolvieſſe por el embidioſo efec-

to, en quererle por su esposo, con este embeleco pretendiò Nise disponer en el pecho de Don Lope unos principios de odio, y con fingidos chismes el desprecio de su Mitilene. E introduciendo de su intento, y designio, substituirse firme en quererle; pero èl confuso con lo que viò, y sospechoso con lo que oyò, se fuè luego, y consigo propuso de vencer todos los inconvenientes, que se le ofreciessen, y verse con Mitilene, por no morir sin el consuelo de poder decirle su dolor, que suele un triste divertirse con el mismo tormento de que muere; y un hidropico recibir breve consuelo, y refrigerio con el bever que le consume, y por este respeto quiso entender, y discernir, que delitos en èl huviesse dignos del excessivo rigor de no quererle, y elegir nuevo esposo. Con este deseo, pues, perdido por los zelos el decoro se escondiò en su vergèl de noche, subiendo sin mucho riesgo por el muro, pues empezò por los hierros del mismo postigo, y sitio donde los dos se vieron otro tiempo, rindiendose dulces, y conceptuosos requiebros; pero ganòlo su destino de modo, que le viò subir, y sintiò esconder Mitilene, respecto de no ser mui obscuro el nocturno silencio. Y puesto que por el riguroso informe de Nise estuvo por no verle, ni oìrle, con todos los fervorosos impulsos del pecho, no se lo consintieron: Terrible riesgo, y excesso en muger noble! Llegòse en fin, y determinòse, que todo lo emprende un firme querer. Resuelto, y hechos fuentes los ojos de uno y otro, pusieron con enojos sus delitos, y entre sì confirieron sus demeritos; pero dieronse brevemente por libres, porque les constò, que ni en el uno, ni en el otro huvo sino un firme, honesto, y reciproco querer, sin riesgo de olvido, ni menos eleccion, ò pretension de nuevo consorcio, por gusto proprio; pero todo por el opuesto de Nise conducido.

Con increìble contento quedò Mitilene de vèr el noble proceder de Don Lope, y en retribucion de su honroso, y primoroso termino, votò, y jurò de unirse con èl en el indisoluble vinculo de Himeneo, y de no retroceder deste intento

tento, puesto que su rigoroso tio por diversos respetos no lo consintiesse, ò èl, y Nise quisiessen que fuesse muger de D. Gregorio. Don Lope lo remunerò con prometerle de ser siempre suyo, y de verse con Nise, y pedirle cortesmente no quisiesse impedir de los dos los honestos deseos. Con esto se despidieron por entõces. Fuesse D. Lope, y en su domicilio, segun dicen curiosos, que se los debieron de oìr, celebrò con estos sonoros versos en un musico instrumẽto su feliz sucesso:

Que mucho mi fe sintiesse,
Mi bello Sol tu rigor,
Si en peligro vi mi honor,
Si temi, que te perdiesse?
Que mucho, que en mi creciesse
El vivo incendio en rezelos,
Si vi perder mis desvelos;
Y viendo mi honor perdido,
Me vi sin ti sin sentido,
Y sin socorro en mis zelos?
Que presto, que yo en tus ojos,
De mi honor vi los reflexos,
No presumi que de lexos
Viesse en ellos sino enojos;
Pero si los desenojos,
Yo mismo los escuchè,
Recibir puede mi fe;
Dèse el temor por vencido,

Pues

Pues que victorioso he sido,
Y de zelos me libre.

Buscò despues modo de poder verse con Nise en su domicilio, y conseguido, que no fuè mui dificil, pidiendoselo primero por un billete, le rogò con sumission, y primoroso estillo no quisiesse ser cruel con ellos, ni obscurecer sus conformes designios, que se doliesse de sus desconsuelos, y que con su tio deshiciesse los conciertos de Don Gregorio con Mitilene. Mostròsele reconocido de que en èl pusiesse sus hermsos ojos; pero certificòle ser imposible contribuir èl con el debido culto, y feudo, por tener Mitilene el dominio de sus ojos, y de sus sentidos, y residir en lo interior de su espiritu. No pudo Nise en este conflicto riguroso encubrir el sentimiento, ni menos retener, ni reprimir el humedo corriēte de sus hermosos luceros; pero oyendo en este inter golpes, y sintiendo gente, entendiendo que fuesse Don Pedro su tio, los dos por encubrirse mejor de que no los viesse, se escondieron en el mismo retrete de Nise, que prosiguiendo, y rompiendo en dolorosos suspiros, de este modo se quexò de el inocente Don Lope, y de su riguroso destino, diciendo: Donde se oyò, ni viò en el Mundo, hombre fementido, cruel, è insensible, este injusto proceder, este resuelto, y defectuoso termino, ni con muger de mi suerte, este vil desprecio? De bronce debes de ser, infiel, ù de terrible tigre debiste de recibir en tu niñez el pecho. Es mejor que yo Mitilene? No te rendi yo primero el invencible fuerte de mis deseos? No te lo escribi de lexos con los veloces correos de mis ojos? Y despues ellos mismos mil veces tiernos, humedos, llorosos, y en perennes fuentes convertidos, no te lo dixeron? No leiste en diferentes tiempos entre el rosicler, y nieve de mis ojos de tu rigor los efectos? O terrible destino mio! O insufrible, è infeliz suerte! Deste modo se quexò Nise, y sus voces, suspiros, y sollozos fueron de suerte, que divirtiendose Don Pedro su tio por el corredor del retrete, los

oyò,

oyò, y dudoso de quien fuesse dellos motivo, colerico, y con el estoque desnudo entró dentro. Confuso quedò Don Lope en verle; pero cobròse presto lo mejor que pudo, y fuè bien menester todo su brio, porque se viò en peligro de ser muerto, y no en menor peligro Nise; pero èl como noble, sirviendole de escudo, tomò sobre sì todo el riesgo, y con esfuerzo gentil, resistiò todo el impetu, y furor de Don Pedro, è hiriendole en el pecho, hizo que presto se fuesse por donde entrò; pero èl, no pudiendo de otro modo bolver por su honor, echò presto el cerrojo, y los cerrò en el retrete mismo. Procurò Mitilene vencer, ò disminuir prudente su enojo; pero no le fuè possible, porque luego hizo, que por un billete, que en su nombre llevò un escudero supiesse el Corregidor todo el suceso, y que con gente, viniesse, y de todo diesse por sus ojos fé, como mui en breve lo hizo; y viendo los presos del retrete, les tomò luego su confession; pero Don Lope dixo, que sin querer ofender el noble domicilio de Don Pedro, entrò en èl con el consentimiento de Nise, porque le fuè forzoso pedirle diesse orden, como se deshicieesse cierto enredo. Pero Nise, en cuyo pecho siempre se conservò luminoso, y vivo el zeloso incendio, por no perder el venturoso embite de el destino en el confuso fuego del tiempo, respondiò, que Don Lope entrò con titulo de su esposo, y que si lo consintiò, fuè por este respecto, y por pedirselo èl por un villete; pero no pudiendo sufrirlo Mitilene, se encolorizò de modo, que perdiendo el honesto, y virgineo encogimiento, y rompiendo por el respeto del tio, dixo: Esto de Esposo no puedo yo consentir Nise, porque lo es mio Don Lope: y si entrò en tu retrete, no puedo creer que fuè sino por mi respecto, y no por el tuyo, como dices, cocodrillo fingido, porque tus enredos debieron de ser motivo de todo este suceso: perdoneme mi tio si le pierdo el respeto, y venguese en mi si quiere mi muerte, porque en este conflicto no puedo menes, ni es bien encubrir lo que siento, porque se opone mi honor, que es primero, y

Nise

Niſe con ſus embuſtes quiere poſſeer el bien que yo poſſeo, o poſſeer eſpero. Como puede ſer eſſo, reſpondiò Don Pedro, ſi tu eſpoſo es Don Gregorio; y ſi con efecto no, bien podemos decir que lo es, puès te lo prometiò preſente yo, y yo ſe lo prometì por ti, y en tu nombre, y tu conſentiſte, que èl con eſſe titulo te vieſſe? Confuſo ſe viò el Corregidor; pero pidiêdo el billete, ſe le diò Niſe. Leyòle luego, y ordenò, que Don Lope fueſſe pueſto en priſion en un Fuerte, ò Torre, y Niſe en depoſito de un Convento, y que Don Pedro eſtuvieſſe libre, pero que Mitilene tuvieſſe por priſion ſu miſmo domicilio, y que èl fueſſe ſu cuſtodio fiel, y confidente, y que de todo ſe hicieſſe proceſſo: Hizoſe todo como lo ordenò, y proſiguiendo deſpues Don Gregorio en ſu intento del pretendido deſpoſorio con Mitilene, ſupo por voz de el pueblo todo lo ſucedido, y ſe diò por ofendido, porque confiriendolo con Mitilene, conociò un reſuelto deſpego, y en Don Pedro ſu tio un proceder indiferente, y confuſo, porque no hoſò decirle de ſi, ni de no, por terminos expeſſos, pero ſolo le dixo, que con Mitilene lo huvieſſe, y que ſi ſe eximieſſe de lo prometido, le puſieſſe pleito, por donde ſe reſolviò en ſeguir ſu conſejo, como lo hizo, oponiendoſe ſegundo pretenſor del bello Sol de Mitilene; pero el pleito durò cinco, ò ſeis meſes, y fuè no poco reñido: pero lo que ſe ſentenciò fuè, que viſto Don Lope ſer cogido entreteniêdoſe con Niſe en ſu miſmo retrete, ſino ſoſpechoſo; y ſin conſentimiêto de Don Pedro ſu tio, y el ſucinto billete que eſcriviò, de donde ſe pudo inferir oculto dolo, ſegun los indicios, todo en deshonor de Don Pedro, y ſu noble progenie, ſe deſpoſe el dicho Don Lope con Niſe, y que Don Gregorio ſe deſpoſe con Mitilene, pues por los teſtigos conſtò de ſu conſentimiento en los conciertos que ſe hicieron.

Todos ſe dieron por deſcontentos de lo que ſe ſentenciò, ſino fuè Don Gregorio, que con eſtremos celebrò el verſe de Mitilene repetido dueño, y Niſe, que con verſe en Convento ſublimò con ſubidos

bidos hiperboles su contento; pero fuè tenido por certissimo que Don Lope, por no morir en prision, quisiesse ser su esposo; pero èl se tuvo por mui poco venturoso, y estuvo en peligro de serlo menos, porque tuvo votos de que muriesse por el delito, por el riesgo en que estuvo Don Pedro, que ninguno juzgò que viviesse, por lo mucho que penetrò el estoque; y en fin se resolviò en elegir primero el morir, que vivir sin su Mitilene, y en consorcio con Nise. Contribuyòle Mitilene con los mismos excessos de disgusto, y sentimiento, porque con el intenso dolor convirtiò en perenes fuentes sus hermosos ojos, teniendose en todo por infeliz; y tuvo impulsos de con mortifero veneno prevenir su muerte, primero que tuviesse efecto el desposorio de Nise con su Don Lope; pero eligiendo como prudente mejor medio, y consejo, se deliberò en verse con èl, si le fuesse possible, en el fuerte de su cruel prision de noche, como lo hizo, y no le fuè mui dificil el conseguirlo, porque con pocos doblones, que sembrò entre los Porteros y confidentes Ministros (simiente de que mui presto se suele coger el fruto, y uncion de misterioso temple, con que les untò los dedos) los templò el rigor, y no solo entrò, pero oyò que le dixeron, que como fuesse de noche, fuesse mil noches que quisiesse.

Entrò en fin, y viendose con su querido Don Lope, despues que con honestos indissolubles nudos le significò el contento de verle en sucintos terminos por no perder tiempo, de este modo le dixo: Mi bien, querido esposo, y señor, si quieres que contigo me despose, si lo pretendes, y por mi infeliz destino no lo desmerezco, te suplico que no me repliques, ni divertirme procures de lo que pedir te quiero. Oye, señor mio, mi pretension, no frustres, ni tibio, ò timido desprecies mi justo intento. Estos vestidos mios femeniles, que sobre otros viriles de mi tio, sin que èl, ò Nise lo supiessen, me puse, sobre estos tuyos te viste. Permiteme, dueño mio, se logre el venturoso efecto de lo que te te suplico, y que yo en este triste Fuerte en tu nombre me quede, y tu en el mio

por este postigo burles los intentos terribles de Nise, y de nuestros poderosos opositores. No podrè referir el noble termino, ni el eloquente estilo, con que prudente, y primoroso se escusó Don Lope, y como industrioso, discursivo, circunspecto, vivo, discreto, y fino, procurò vencer de Mitilene los fervorosos, proponiendole los inconvenientes, y riesgos de infortunios; pero venciò Mitilene, porque intentò con el retorico estilo de sus hermosos ojos, pidiendòselo con vertientes de copiosissimo rocio.

Quedòse en fin en el Fuerte, y Don Lope se fuè libre, porque con el rebozo mugeril, y ser de noche, no huvo quien se lo impidiesse, y se recogiò en cierto cortijo suyo, no mui lexos de Toledo, donde llegò, pudo decir, que sin espiritu, porque se le quedò con Mitilene: y con ser de noche, estuvo por vèr su sol, mil veces por bolverse; pero detuvole el temor, y rezelo de su enojo, y consolóse con ofrecersele, en Eugenio, fiel sirviente del cortijo, disposicion con que poderle escrivir, y referirle los descomodos de su retiro, y sus desvelos, como lo hizo dos, ò tres veces; porque fingiendose Eugenio con vestidos de D. Lope, señor de Titulo, y deudo de Mitilene, con pocos escudos de oro se pudo conseguir: Referirè, por no ser molesto, solo un Soneto, que le embiò entre el primer billete, porque le copiò cierto culto, por lo que contiene de curioso; y es el siguiente.

Dudoso estoi si bronce soi, si soi hombre,
Pues vivo sin morir en mi tormento;
Ser hombre no es posible, pues no siento,
Y de hombre, solo tengo injusto nombre.
Bronce debo de ser, bronce mi nombre,
Quien tuviere de hombre entendimiento,
Que si vivir sin Mitilene intento,
Bien merezco de bronce, vil renombre.

O bello Cherub, dulce bien mio!
Como podrè vivir ſin ti, y ſin verte,
Si de mi con ſer bronce no me fio?
Pues te quiero, mis ojos, yo de ſuerte,
Que en el fuego del pecho, el bronce es rio,
Y puede ſer el rio de mi muerte.

Mitilene lo celebrò en eſtremo, y reſpondiò por eſcrito, y le pidiò no ſe entriſteciеſſe, ni de ſu priſion recibieſſe inquietud, poniendo los ojos en exẽplo de ſuperiores: rigores que en breve ſe vieron vencidos, y deshechos de el tiempo, y del ingenio de los hombres. Eſto eſcriviò Mitilene, entendiendo que por muger brevemente vencieſſe ſus emulos, y que preſto ſe le concedieſſe poderſe ir libre; pero ſucediò diferente todo de lo que penſó, porque Don Gregorio imprudente, loco, y ciego en ſu firme querer, que de todos ſe juzgò ſerlo en eſtremo por los terribles exceſſos de ſu empeño, no ſolo no conociò lo terſo de ſu principio, pero ſin inferir del ſuceſſo los peligros, y rieſgos de ſu honor, ſe limitò ſu diſcurſo de ſuerte, que contentiſſimo de vèr que D. Lope ſu opoſitor huvieſſe huìdo, y que el pretendido objeto de Mitilene eſtuvieſſe en el Fuerte con veſtidos viriles, notorios, y conocidos por D. Pedro ſu tio, y no del huìdo D. Lope, infiriendo, no sè ſi por bien, conocer el honeſto ſugeto de Mitilene, que ſu virgineo honor ningun emulo pudieſſe poner el menor eſcrupulo, ni el ſoſpechoſo vulgo preſumir pudieſſe ſer detrimento, ſe ſoſſegò en ſu pecho: libre por entonces de eſtos rezelos, hizo que el Corregidor puſieſſe nuevos Miniſtros, y Porteros, que dieſſe orden, que ningun hombre, ni muger pudieſſe vèrſe con Mitilene, ni ſe le dieſſe billete, ſino fueſſe ſuyo, ù de ſu tio, y leìdo primero por los Potteros, y Miniſtros, por ſuplicio de el cometido delito: porque ſi quiſieſſe de el todo eximirſe, y verſe libre, ſe re-

cibiesse con èl, conforme lo difinido en el processo. Con excesso lo sintio Mitilene: pero desconfiò del todo, que como prudente supo encubrir en lo interior su dolor, y disgustos, è inquiriendo lo sutil de su entendimiento, de que modo pudiesse disminuir, ù del todo romper el rigor de su prision, se deliberò, si bẽi con riesgo infinito, en huìr; y del modo que lo intentò, lo efectuò, porque por un postigo del Fuerte se descolgò por los cordeles de su mismo lecho, y se burlò de los dormidos Ministros, y riguroso emulos. Y viendose entre el obscuro silencio libre, diò consigo en el cortijo de su querido Don Lope, que increduio del poseìdo bien, y dudoso de perderle, mudò luego de sitio, y se recogiò con su Mitilene en otro monte vecino de este. Despues en Yepes, donde encubiertos residieron mucho tiempo, y el Corregidor en Toledo, bien que perseguido de Don Gregorio, y de Don Pedro, por lo mucho que sintieron el huìrse Mitilene, hizo por descubrirlos terribles inquisiciones; pero no le fuè possible.

Referir el excesso con quẽ sintiò Nise, que Don Lope se huyesse, tengolo por imposible, porque fuè de suerte, que de puro sentimiento enfermò, y del intrinseco dolor de los zelos, se fuè consumiendo de modo, que se viò en peligro de morir, y diò en unos delirios vehementissimos, por donde no consintieron los Medicos, que residiesse en el Convento, y fuè forzoso, que su tio Don Pedro diesse orden de que en su proprio domicilio estuviesse, y en èl recibiesse todos los remedios convenientes, pero despues de muchos, que no fueron de provecho, fuè Dios servido que mejorò (que el remedio del tiempo suele ser el mejor recipe.) Y porque se divirtiesse de sus tristes suspensiones, è inquietudes, que muchos dixeron ser echisos, siendo solo un intrinseco, y vehemente incendio, procedido de lo refino de un bienquerer, desentendiendo de su objeto, y sin logro de reciproco tributo, le truxo Don Pedro su tio por eminente Doctor Egypcio, de estos que sin serlo con invenciones, y embelecos, y con titulo de pobres corren

todo

todo el mundo. Este, pues, que como diestro invencionero, primero se informò del origen de su dolor, empezò con referirle el nombre de Don Lope; y conociendose en los ojos ser nombre de virtud, dixo, que con pocos nombres, numeros, y signos, que èl escrivieſſe con cierto licor en un poquito de cuero curtido de puerco espin, y con que Nise los truxeſſe junto del pecho, si en menos de un mes Don Lope no vinieſſe, no solo no le creyeſſe, si otros remedios dieſſe; pero que le dieſſe mil muertes por suplicio de sus delitos. Diòle Nise un doblon, porque los escrivieſſe, y respondiò, que lo dieſſe por hecho, si el cuero de el puerco espin se pudieſſe descubrir, y pidiòle se divirtieſſe en entretenimientos de gusto, y diferentes juegos, y se entretuvieſſe en oìr sonoros instrumentos, y voces de selectos musicos, porque de este modo dispuesto el sugeto, el remedio surtieſſe mejor efecto, y que si quisieſſe vèr de sus juegos, sin interes ninguno cinco, ò seis brincos de boleo diferentes, y mui curiosos; dixo Nise, que si, y èl pidiendo un ferreruelo, se tendiò en el suelo, y luego sobre los huidos estremos de dos estoques, que sobre èl puso en cruz, hizo con otro entre los dientes sus boleos, ò brincos con ligerissimo curso, y gusto increible de los presentes; pero en el postrero le fuè infeliz su destino, porque del pecho, sin verlo èl, ni sentirlo, se le descosiò, ò se le desembolviò otro brinco, ò joyèl de oro, que de todos fuè visto entre los estoques del suelo, y pidiendole Nise por verle mejor, porque le contentò por lo curioso, conociò ser el mismo Cupido de oro, y rubìes que Mitilene recibiò de Don Lope en retorno de el bolsillo, como en el principio diximos.

Publicòse luego el hurto, y Don Pedro diò orden de que el Egypcio fueſſe preso, si no dixeſſe lo cierto en todo, quien se le diò, ò donde le huvo, porque negò fuertemente, y dixo, que le comprò en Burgos; pero convencieronle presto, porque èl mismo con el miedo de ser preso, se equivocò, y dixo, que no quiso decir sino Burguillos, porque en este Pueblo se le diò cierto señor heredero

ro; pero mintiò en todo, porque el nombre que èl refiriò de el heredero fuè ſupueſto, y y fingido, por ſer mui conocidos en Toledo los deſte Pueblo; pero viendoſe en el preciſo rieſgo, temiendo ſer por eſte hurto, y por otros pueſto en tres leños, ſi no dixeſſe lo cierto, confeſſó que en Yepes lo hurtò; y que en ciertos floreos, que hizo en el domicilio de cierto hombre humilde, le huvo de ſu muger con cierto embeleco.

Dieronle todos credito, y permitieronle ſe pudieſſe ir libre donde quiſieſſe: y Niſe prendiendo de un cordon, color celeſte, de un boton de jubon el Cupido dentro, le puſo como joyèl ſobre el pecho, y en el fixos ſus hermoſos ojos, bien que los del eſpiritu en D. Lope; por mejor divertirſe, y diminuir ſu tormento, ſiguiendo de el Egypcio el conſejo, pidió un muſico inſtrumento, y en èl (ſi curioſos no mienten) con los dulces quiebros de ſu voz, por lo fino, y primoroſo de el concierto, elevò de los oyentes los ſentidos lo ſonoro de los verſos.

Niño Dios, ciego Cupido,
Mi niño de oro, mi bien,
Como es eſto, tu en priſiones!
Es querer que yo lo eſtè.
Que ſuè, Niño, tu deſignio?
Quieres el idolo ſer
Deſte templo de mi pecho?
Tuyo es ſiempre, no lo vès?
Si por el oro, y rubìes,
Cultos quieres pretender,
Rubìes ſon ſus primores,
Mejor oro el de ſu fe.

Siem.

Siempre del Niño te puſe
Trono en mi pecho, y doſel,
Y tu ſiempre con èl fuiſte,
Ciego Dios, injuſto Juez.
Pero no quiero ofenderte,
Pues ſin quererte ofender,
de ſuerte me deſtruiſte,
Que fue ſuerte el bien querer.
Porque ſi perdi el ſentido
Por quien no me quiere bien,
Que ſuerte como perderle,
Perdiendome yo por èl?
Pero ſi en mis ojos, Niño,
Tus ojos quieres ceder,
Yo sè bien, que con ſer ciegos,
Los ſuyos rendir podrè.
Que ſin los tuyos, chiquillo,
Bien sè que impoſsible es,
Pues por los de Mitilene
Ciego vive el infiel.
Luego que ſu nombre ſupe,
Mi ſuerte infeliz juzguè,
Y entre mi dixe: Don Lope,
Nombre de crueles es.
Pero el mio, que es de Niſe.

Pero mucho debe ſer,
Pues ni sè ſi por èl muero,
Ni sè ſi vivo por èl.
O ſi feneciesſe el tiempo
Del rigor, y del deſdèn,
Y en ſus ojos ver pudieſſe
Deſempeños de mi fe!
En que le ofendi, bien mio,
O de que ſu enojo es,
Si con èl ſiempre fui firme,
Y èl con migo no lo fuè?
Ceſſe tu rigor, mi Niño,
Ceſſe tu rigor, pues vès,
Que ſi mi pecho encendiſte,
Podrè conſumirte en èl.

Retirôſe Niſe, y D. Pedro hizo luego con el Corregidor, que dieſſe orden como de Yepes vinieſſen preſos Mitilene, y Don Lope, como mui en breve ſe hizo, porque los cogieron de repente, y en poco ruido, y queriendo el Corregidor, que los puſieſſen en el pueſto, ſitio comun de los preſos de Toledo, no lo conſintiò Don Pedro, y pidiò les dieſſe por priſion ſu proprio domicilio, como ſe hizo, porque èl ſe entregò de ellos, como fiel cuſtodio, y confidente: y por ſi lo impidieſſe Niſe, ò Don Gregorio, ſe obligò con ſus juros, y vinculos de reſponder por ellos, y cumplir lo que en juìcio ſe decidieſſe.

Uſó deſto Don Pedro, por entender que con ellos convencieſſe los unidos deſignios de los reos, y los pudieſſe dividir, teniendolo por mejor, que

no

no que en consorcio se uniessen, respeto del intrinseco odio que siempre tuvo con los progenitores de Don Lope. Procuròlo por mil modos, rogòselo, ofreciendole riquissimos dones, y subidos interesses, probò periodos de rigor, mezclò tiernos sentimientos; hicieronlos excessivos Nise, y D. Gregorio, viendo perecer sin remedio sus fervorosos intentos, y pretensiones; pero los dos ilustres presos, unidos, y conformes en su firme, y eminente querer, siempre resistieron firmes, siempre finos, y nobles: y viendolos Don Pedro resueltos, y ser imposible convencerlos, mudò de intento, y se deliberò en consentirles su consorcio, si conformes Nise, y D. Gregorio, y uniendose primero en el dichoso vinculo de Himeneo, se lo permitiesse. Pidiòselo con excessivos ruegos; y Don Gregorio, buelto en su libre discurso, viendo ser imposible desdecirse Mitilene y el peligro, y riesgo terrible de su honesto credito, dudoso, y en opinion de vulgo su virgineo honor, puesto que le tuviesse, y se desdixesse, vino en ello, si bien con indicios de poco gusto; pero Nise rompiendo en dos copiosissimos rios; que divirtiò entre el hermoso rosicler, y nieve de su rostro, respondiò, que por su poco destino, no mereció unirse el feliz consorcio con Don Lope, que fuè el primer hombre que en su noble pecho, y honestos ojos tuvo dominio, no le permitiesse el Cielo escoger otro hombre por esposo, que el mejor de los hombres, Christo Señor nuestro. En esto se deliberò, y con resolucion ilustre, y excelente, en mui breve tiempo entrò en Religion en el mismo Convento donde estuvo; y despidiendose primero de Mitilene, y de Don Lope con tiernos coloquios, si bien con gozo interior de su mejor eleccion, les dió su Cupido de oro, y les pidió mil perdones de lo mucho que por su respecto sufrieron, de disgustos, tormentos, y descomodos: y porque viviessen ricos, y con gusto, por publico instrumento, les dotó todo lo que de sus progenitores heredó en censos, que fueron poco menos de doce mil escudos, y solo exceptuó un vinculo de quinientos escudos perpetuos, de buen

cobro, de que se cumplió su dote, y se desempeñò el Convento.

Y enterneciendose Don Gregorio con este heroyco exemplo, prometió seguirle, y lo cumplió, porque mui en breve entró Religioso en cierto Convento de Recoletos, y todos sus bienes, que en multitud fueron poco menos que los de Nise, quiso que brevemente los posseyesse, y huviesse Mitilene, y Don Lope, pidiendoles primero perdon de sus yerros, y de lo mucho que por èl sufrieron de prolixos descomodos, è infortunios. Querer en breve referir el contento de Mitilene, y Don Lope en verse libres de sus opuestos emulos, y competidores, y verse señores de todos sus bienes, tengolo por imposible, sino es con decir, que fuè infinito, porque luego dispusieron el efecto de su consorcio; y porque del todo fuesse venturoso, Don Pedro fuè el primero que se lo suplicó, y solicitó, porque no solo los perdonó, è hizo que lo mismo hicieſſe el Corregidor, que le dotó de presente los dos tercios de todos sus bienes, censos, vinculos, y muebles, con que viviessen juntos, y que por su muerte libremente los posseyessen todos; con que tuvieron felicissimo fin sus inquietudes, y persecuciones, y venturoso sucesso los honestos progressos del eminente incendio de sus pechos, y de lo fino, fu firme union en sufrir, y bien quererse. Este, Señor Don Diego, es el discurso, que de los dos Soles de Toledo prometi referirros; suplid como prudente los yerros de mi tosco pincel, y corto ingenio, que conociendolos yo primero, dexo (por no seros molesto) de descubrir por extenso los diversos juegos, y donosos entretenimientos, los insignes regocijos, y curiosos festines, que el noble concurso de los señores ilustres jovenes de Toledo, con el de sus femeniles, y peregrinos sugetos, ó hermosos Querubines, hicieron en este cèlebre despososorio. Y dexo por lo mismo de referir por menor multitud de heroycos, y liricos versos, que con mil primores, en honor, y decoro de los felices consortes, compusieron selectos Cisnes, y eruditos

ditos Ingenios, y se repitieron en musicos instrumentos. Pero si excedì por difuso; ó perdì por prolixo, disculpeme el fervoroso deseo, que es de serviros, y de que os goceis, y contenteis por felices siglos, prosperos siempre, y libre de criticos emulos, los sucessos superiores siempre, y libre de embidioso culto los contentos. De este pobre domicilio oy Lunes.

LA CARROZA CON LAS DAMAS.

NOVELA SEGUNDA.

ESCRITA SIN LA LETRA E.

BURLESCA.

POR mil caminos, y infinitos modos, con varios significados, y apodos, titulos, y sinonomos procuraron los Antiguos Filosofos adjudicar, y atribuir inconstancia, y fragilidad à la vida humana: unos la llamaron pompa vana; otros aquatil ampolla; otros inutil humo; fragil caña; hajada flor; obscura sombra; mobil atomo; minimo soplo: mas por una via, ò por otra todos vivian; unos con trabajo, y disgustos, y otros con gustos, y risa. Dos huvo por contrarios caprichos famosos; uno, todas las cosas humanas abatìa con mofa, y las plañia con sollozos, y costosas lagrimas; otro las atribuìa todas à chacota, y burla, y las ultrajaba con aplausos, y dilatadas risas. Para gustos no hai disputa; mas yo al ultimo doi mi voto, y inclino mi animo. Su opinion sigo, y juzgo por mas sabia: *La-*

buntur anni, dixo Horacio; y para tan poco como dura la vida, no soi aficionado à higados podridos; ni à podrir los mios. Si cayò, ò no cayò la muralla, ó castillo, nunca lo lloro, ni lo riño; nunca lo litigo, ni lo apuro; allà lo halle Marta con sus pollos; mas si no soi Filosofo, como dixo algun Critico, soi Catholico Christiano, y las lagrimas guardo solo para llorar mis culpas; mas la risa, y gustos para comunicarlos à mis amigos mas caros, y intimos, y una burla donosa la sublimo con particular gozo; mas si alguna hago acaso, al punto mi contraria fortuna toma à su cargo la satisfacion, y paga con los daños, costas, y cambios, y pronosticando ayrada con amagos mi ruìna, por los mismos filos, ò con mis proprias armas ultraja, y aniquila todos mis gustos; y sino, digalo la Carroza con las Damas, tan divulgada, como aplaudida, darà assumpto, motivo, y titulo al jocoso discurso: mas para ahorrar, y acortar circunloquios, Don Luìs soi, por disfraz la fabrica os dirijo; y assi digo.

Los dias atràs: una mañana à las cinco fui, Don Antonio, amigo, à buscar al Canonigo Don Juan Tamayo à su casa, y como madruga tanto, al subir por San Francisco, à poca distancia, vì dos Carrozas; mas por lo pulido, y curioso, y por la dorada clavazon, y franjas, conocì la suya, fui por no malograr: mas como sin pintar passo la gran Lisboa, su gallardo sitio, su grandiosidad, su aparato, su adorno, su brio, su concurso, su primor, su valor, su hidalguia? Gran ocasion por Dios, à dàr lugar la prisa! Mas no faltarà otro dia. Bolvamos à Sun Francisco.

Fui (digo) por no malógrar la ocasion, atajando camino, y aguijando aprisa; mas como no hai atajo sin trabajo, ni gusto cumplido, junto à la misma Cruz topo al Guardian, y al Ministro, vì frustado mi gozo, baldado mi designio con platicas, y mas platicas: atajaron por un rato mis passos; mas yo orgulloso, sus prolixas palabras. Y al doblar la punta, continuando mi camino àzia lo llano, à pocos passos hallo à Don Alvaro con D. Francisco, y otros dos camaradas, todos amigos mios, mui à lo bravo, y à lo rufo, parado junto à la

Car-

Carroza, y como por brujula hablando à la popa uno, y otro à la proa, y dos à los dos lados, las cortinas casi corridas, y yo mucho mas notando, parado, y confuso, palido, y atonito; la tabahola, la risa, y la barahunda, carcaxadas, y aplausos, dirigido todo (assi yo lo imaginaba) al oculto Canonigo; mas porfiando cuidadoso con la vista, vì costosas galas, y rizados moños, vì un donoso, y rico abanillo, vì otros curiosos atavios, y joyas, y una blanca mano. Ay honor! Causò al alma riguroſos albarotos; ò quantas cosas dudò la fantasìa, sin apurar ninguna! Mas no dando jamàs lugar la honra, partì al punto qual iracundo rayo; cogi con la mano la cortina, y vì quatro disfrazadas Damas, tapadas con los mantos, las caras no mui briosas, mas con las muchas galas, pomposas, y gallardas à mil maravillas, y por un jubon bizarro, y otros ricos adornos, blanco todo, y con costosa guarnicion bordada, casi yà sin dudar, conocì por mi mal à la una: O infausto dia, y hora! O infausta fortuda mia, à todos mis gustos, y dicha riguroſa, y contraria! Conocì (digo) à mi adorada prima, joya tan grata al alma, como aqui al alma, y à mi amor ingrata. Un año aun no havia (ay dolor!) año no, ni con mucho nos haviamos dado uno al otro con amorosos lazos para dicho consorcio, mano, y palabra jurada; y aqui la vian mis ojos con difolucion tanta, hablar, y admitir al traydor D. Alvaro, y acariciar à sus ociosos, y prolixos camaradas; mas los falsos amigos, notando todos mi locura, y accion barbara, y como con rabia, y furor sacaba las armas, al punto à cuchilladas procuraron la injusta satisfacion, y cobràran sus grandiosos brios la paga, si yo junto al ingrato D. Alvaro, no mostràra valor para dàr à todos la misma; mas como morir con atrocidad, y tan apriſſa ninguno lo còdicia, afloxò su furia, y al dilatado camino comunicaron palidos sus plantas. No vì nunca timidos gazapillos, acosados por furiosos galgos, aguijar mas ahina; onza Africana, ni pavoroso gamo, no corriò jamàs con tanta priſſa: (*Timor addidit alas*) no tuvo aqui mal lugar. O gran Virgilio, immortal

viva

viva tu fama! Grandioso aviso!

Yo confuso, mirando à las tapadas Damas gritar, justicia, justicia, imbidiaba à sus laparos, ò à mis amigos gazapos las aladas plantas, mas à tal susto S. Francisco glorioso diò facil socorro à dos brincos à su Portada, y patio sagrado, afianzando mi vida. Yà mas aliviado, y sin fatiga, guiaron dos piadosos Coristas àzia la Capilla Mayor mis dudosos passos, y baxando otro una curiosa, y rica alfombra, y blanca almohada, minorò, y mitigò algo mi gran cansancio, mas no mi furor, y rabia. Dos horas passaron, y à siglos cundian mis ansias: multiplicabalas mi agraviado honor, discursando si havria mi prima acaso dado para alguna novia sus galas, y joyas à la tapada Dama, ò acaso la tapada hurtandolas à la novia, ò à mi prima; discurria quan poca razon tuvo mi arrojada ossadia para quitar à un intimo amigo por tan poca causa la vida, solo por indicios fantasticos, sin apurar agravios; mas al punto, qual mastin rabioso, bolvì al bomito, imaginando, no un agravio solo, sino infinitos. Admiracion, dolor, y lastima causaba solo mirar como sin parar, y à porfia mi corazon, alma, y ojos brotaban vivas llamas, profundos suspiros, activas, y fogosas lagrimas. Mas, ò Santo Dios! ò Bandad infinita, quanto mas profundos son tus divinos, y ocultos juicios! Quando yo mas ayrado, quando mas rabioso, y loco brotaba llamas, vibraba rayos, y obrava locuras, vì à D. Francisco, y al difunto D. Alvaro yà vivo, y sano baxar los dos al curioso claustro con gran risa, y cruzar àzia mi Capilla; yo mirandolos, y divisando al difunto, no podia formar palabra, un sudor copioso, y frio bañò todo mi rostro, y mi forma la juzgaban todos duro marmol. Los dos en fin con dissimulo, à lo socarron mui fruncidos junto à mi, por no ocupar las humidas losas, ocuparon mi alfombra, mas para atajar, y comprimir la risa, à ninguno valiò la trassa, ni la industria, y assi los dos con amorosos lazos mitigaron mi susto; mas yo todavia dudoso, confuso, y atonito los miraba sin hablar palabra, y D. Alvaro con particular gozo, primor, y agrado, ganando à D. Fran-

cisco

ciſco por la mano, aſſi dixo: Yo D. Luis amigo, à Dios gracias ſin ocurrir milagro, ando ſano, y robuſto, vivo con gozo, y rico, logro ſalud, y amigos, y nunca fui difunto, ni tampoco os fui traidor, ni amigo ingrato; dad à la aficion guſtoſa, animo pacifico, y gratos oìdos por un rato.

Don Franciſco, y yo, con otros dos amigos, ſalimos oy à las quatro à holgarnos al campo; y como Mayo combida con ſus floridas mañanas, haviamos trazado para mi ardid una holgura, y codiciando todos combidar al Canonigo D. Juan Tamayo, por ſu donoſo, y ſingular capricho, y por ſu agrado, y ſalada platica, aſſomò ſu Carroza; aguardamos un rato, y parando junto à noſotros, vimos quatro Damas, no mui brioſas, mas tan lucidas, y gallardas, como yà conocidas por horridos monſtruos, ò por jocoſas taraſcas: notad ſu galardia, y pompa.

La popa ocupava Rufina la mulata con ſus Aſtros, cuchillada por la cara, tan ruin, y picara, como ſus obras publican. La proa autorizaba Polonia la ſocarrona, con ſu ropa, nariz, y agigantada cara, cuyo color luſtroſo muchos embidian para ſus zapatos, y cuya carrafal, y guindal boca, à la abraſada Angola ſolia llamar dichoſa, y cara patria, linda Dama: Las otras dos iban à los dos lados, con las cortinas baxas; à la una nombraban Gracia, mas con tan poca, como ſus ojos anunciaban, uno caſi ſin luz, y otro ſin niña, mas mui blanco, y los parpados tan colorados, como una apologia, ò rubicundo libro: no os lo ſublimo poco, ſi yà la fama os comunicò (como algunos curioſos) ſin titulo, y aſſumpto: Al otro lado iba la gran bufona Marigorda, tocada al uſo, con gran moño, carton, y bobo, manto con puntas, rico abanillo, muchas joyas, y galas, y con tanto ſoliman por las manos, y cara, como quando una novia atabacada, ò pardilla, con ojos los procura cubrir para la boda: la baſquiña, jubon, y ropa todo blanco, alcarfado con plata: la guarnicion bordada, y coſtoſa. Y como al ſubir vos la calzada, os viò, diò un grito tapando la cara, y dixo: Ay amigo Don Alvaro, Don Luis aſſoma: mas yà parò: Ay Dios!

si conociò la ropa, jubon, y basquiñas si las conociò, pagaràlo su amada prima, suyas son las galas, y las joyas: su criada, y mi amiga Lucia las huvo todas por tramoya, ò ganancia, con disfraz: Nombrando à su ama, pidiò al Canonigo Tamayo la Carroza para una Maya; yo lo soi, y con mis Damas voi aora à una grandiosa Quinta, junto Alcantara, y oy soy alli la Maya. Dixolo la picara con particular gracia, y yo, y los amigos no podiamos comprimir la risa: mas prosiguiò, y dixo: No os riais, tontos, yo soy la Maya; mas mirad como assustado, y conflicto nos mira Don Luis, y apurar procura, si soi, ò no su amada prima, linda maula; mamòla por Dios con toda su arrogancia: O cuitado, y como anda loco! Cuchilladas nos pronostican sus dilirios, y su puñal fulmina riguroso amagos à mi vida: O con quanta facilidad domàra yo su furia! si alzando yo aora un poco la cortina, mi rostro su amor facilitàra, y mis garzos, y divinos ojos, à passion commovidos, arroxàran su luz clara; mas no soi tan su amiga, como imagina. Corrian tras mi los otros dias unos muchachos à toda prissa, y mirandolos Don Luis, no solo no quiso apartarlos, mas al hir yo lloroso, y afligida, los llamaba, y juntaba, y con riguroso aguja los armaba, y à mi daño los animaba, y los forzaba, y inducia conspirados; los mas hosados y animosos alabava, y aplaudia: O taymado! Hurdamos à Don Alvaro (si gustas) una linda, y famosa burla, quizà pagarà, y amargarà mis picadas arañas, y sopapos. Vos como mas gallardo, solicitad à porfia mis amorosos brazos; fingido assì por mi vida, y los camaradas finjan lo mismo con mis bizarras Damas. Don Luis nos mira, si imaginando agravios saca, la tizona, y los apura à cuchilladas, obligandoos à todos à guiar por otro camino, abonàra su favor como honrado; mas si procura huir, como yo lo hacia, mostràra su cobardia como vil, apocado, y flaco. Y por si acaso la fortuna ama sus brios, y à su honrado, y animoso furor dà como ayrado, favor, y ayuda, amparando como mayor dicha su causa: no haga ninguno mucha inf-

tancia

tancia por domar su furia, mas à pocas cuchilladas caiga uno como difunto à sus plantas, y pida gritando, ò como con ansias, confission, y huirà Don Luis; y quando no lo haga, todas mis Damas al punto gritaràn, justicia, y con tal vista, huiràn sin duda, y pagarà los mios. Aprobaisllo assi, Damas? Si aprobamos, gritaron todas: y hablando conmigo, y con los amigos, dixo: Y vosotros no lo aprobais, camaradas? Si aprobamos, todos diximos; y aplicando las manos à la labor, la gran risa, y chacota, y las fingidas Damas, y hurtadas galas, ocasionando tantas, y tan horrorosas dudas, os provocaron D. Luis à sacar las armas, acuchillamos à todos, y à pagar con tal picon à la picara sus picadas, y araños; mas si al susto, ò quartana passò yà la furia, y os hallais con mas animo, vamos con los amigos mismos à la Quinta, y pagaràlo la bufono con otra mas famosa burla, y con dobladas costas, y alcabalas. Particular gusto causò à todos la tramoya, mas consultados los votos, tuvimos por mas comodo irnos à casa à tomar algun alivio: assi lo hicimos todos, llamamos algunos amigos, y Don Alvaro, por mas aplaudir la burla, hizo llamar algunos Musicos amigos suyos, y assi cantaron à la harpa. Un criado mio lo trasladò todo; y mas fino os agrada la musica, no la admitais; passar à la prosa.

Amor, si son tus tratos tan doblados,
Si tus glorias son ansias, y fatigas,
Como à buscar tus glorias nos obligas,
Si dàs por pagas gustos, y cuidados?
Si à los mas animosos, mas osados,
Ultrajas, aprisionas, y castigas,
Como si por mas tuyos mas los ligas,
Podràs jamàs ganar, amor, soldados?

Mas ſin duda diràs, razon lo ajuſta,
Si con trabajos yo los ſatisfago,
Nunca ſon los trabajos paga injuſta,
Glorias los llaman, y con glorias pago,
Si quando ſu valor no hai paga juſta,
Su paga, y ſu valor immortal hago.

Mudaron de tono, y aſſi cantaron.

Todos. *No hai razon*
Para tantas fatigas,
Niño amor, no hai razon.
Dos. *Si hai razon.*
Todos. *No hai razon, Niño amor,*
No hai razon.
Uno. *Fatigas, ſi minoraron,*
Dichas ſon,
Otro. *Si, mas quando no acabaron,*
Fatigas ſon.
Dos. *No ſon.*
Otros. *Si ſon.*
Todos. *No hai razon, Niño amor,*
No hai razon.
Uno. *Fatigas amor cauſa,*
Por abonar ſus dichas,
Sus diſguſtos no matan,

Sus

Sus gustos dàn la vida.
La vida amor la alarga.
Su prision no lastima;
Ricos son sus soldados,
Quando amor los alista.
Por disgustos dàn glorias,
Por los trabajos Indias,
Dichosas son las almas,
Quando amor las cautiva.
Todos. *No hai razon para tantas fatigas,*
Niño amor, no hai razon.

Acabada la musica, nos fuimos à la Quinta; mas contaros yo aora quanta risa, y gozo causó la bufonil tramoya, y su donosa solucion, contada por Don Alvero; contaros quanto gusto, y alborozo añadiò, cantada, y añadida por los Musicos, quando la sublimaron los Coristas, Guardian, y Ministro, Canonigo, y amigos, quando la oian, y unos à otros la cantaban; contaros la gustosa jornada à la Qinta, y como quitamos à la Dama bufona, y à sus picaras Damas todas las joyas, y galas; contaros quanto lo sublimò mi adorada prima, y quanto lo aplaudiò, quando supo como amargaron la risa, y los gustos; cansáraos todo aora, y sin duda mañana, ù otro dia os lo contarà mi mal cortada pluma, quizà combidandoos para la boda, con avisaros dia, y hora cabal, por quanto por horas aguardo un Propio con Bulas. Yà para carta basta, y aun sobra; mas la amistad lo ocasiona, ò suaviza para mayor honor, y primor, y ornato. Al Hispano Idioma una bocal falta, y no las hai, sino su mayor amiga, ò la mas dificil, y trabajosa; sobraràn otras muchas: faltas digo, no lo dudo, assi lo afirmo; mas si lo dudai como amigo, consul-

tad por arbitros à algunos criticos, ò prolixos cultos, y apuraràn los mas ocultos atomos: à otra fin A mia trasladaron algunos por curiosa; y para alabarla, atribuìan unos à mi la fabrica, y à otros la traza; y al contrario, otros à mi la traza, y à otros la fabrica: y juro por Dios, no vì jamàs ninguna; mas por no hurtar Alamucio à las suyas historicas la norma lagas, y malas, hago alto. A Dios D. Antonio, amigo, à Dios hasta mañana. Casa, Domingo.

Don Luis.

LA PERLA DE PORTUGAL.

NOVELA TERCERA.

ESCRITA SIN LA LETRA I.

LOS Arboles, ò las plantas, señor Don Fernando, por los frutos se conocen; pero los hombres por sus obras. Bastantes eran las de V.md. tan excelentes, como de sus doctos papeles nos encarece la fama, à acobardarme en este; mas el que hace lo que puede, cumple con lo que debe. No dudo, que quando algunos le lean, por su contestura tosca, por sus mal formadas palabras, conozcan al dueño; pero valdràme la traza, que al que à buen arbol se llega, le cubre buena sombra. De la de V. md. me amparo, à ella le consagro, à sus plantas la voludtad de deseos opulenta postro, no la obra, que como Perla de Portugal la nombro, la deseo en sus manos, tanto porque en el esplendor se apure, quanto por que no se atrevan emulos mordaces

daces à exagerar ſus faltas. No me valgo para eſte efecto de terceros poderoſos, porque la mucha merced que V.md. ſuele hacerme, me aſſegura, que ſerà eſta Novela accepta con buen ſemblante. De el de las terceras me valgo, pues la de las bocales ſolo por el nombre no pudo agradarme. No creo que me harà mucha falta; mas porque puede engañarme, V. md. conſu cordura atento, para mas honrarme, lo note.

En eſta Mageſtuoſa Corte de nueſtro famoſo Portugal, Cabeza de las generoſas comarcas de ſu Real Corona, ò Corona de todas las de Eſpaña, por la mas populoſa, opulenta, grande, generoſa: En eſta, por ſu Fundador, ſagàz, como eloquente, tan aclamado por noble, como por ſu notable pueſto, ò por el afable pueſto de ſus Aſtros, cèlebre, templada, agradable. En eſta, por ſu capàz, ò anchuroſo Puerto, monſtruoſas Naves, hermoſos Montes, alegres Collados, levantadas Torres, elevados Alcazares, poderoſas Aduanas, notables rentas, arrogantes Plazas, numeroſas fuentes, eſpeſſas calles, amontonadas caſas, famoſos Templos, devotas Hermandades, ſumptuoſos Conventos, nobles Solares, doctas Eſcuelas, valeroſas armas, generoſos Cavalleros, gallardas Damas, tan decantada en todas partes, por la mas rara, perfecta, notable; pero donde vàs, loca pluma? Donde te engolfas? Tente; eres acaſo de Apeles? Podràs con tu corto caudal retratarla? No, por mas que te canſes; pues bolvamos al Puerto.

En eſta, pues, cèlebre Corte, Cielo, ò ſoberana Eſfera, Mapa, ò reſumen breve de las grandezas de todo el Orbe, tuvo venturoſo albergue, como otros muchos foraſteros, un Cavallerro Toledano de la memorable Caſa de los Mendozas, mozo de alentados reſpectos, galán, esforzado, generoſo, tan valeroſo por ſu brazo, como à todos agradable, por el honroſo proceder de ſu gallarda perſona; la edad gozaba no menos proſpera, pues apenas contaba quatro luſtros, no poco luſtroſos, pues ademàs de tan amables partes, los adornaba la colorada Cruz de Calatrava al pecho, con ocho cuentos de renta de buen cobro, todo en cenſos, que heredò

dò de ſu padre; no el deſeo de aumentarlos, pero el de paſſar à Flandes para merecer por la guerra, qual otro Alexandro, nuevos blaſones, era el que ſu noble ſangre alentaba à vèr Mundo: eſte el que del regalo de ſu caſa le apartaba, eſte el que del favor de ſus deudos le alejaba; mas para que en todo ſu fortuna le fueſſe favorable, lo trazò de modo, que por falta de algunos apreſtos, ò por falta de retardados deſpachos, le forzò à tomar por algunos meſes caſa, la qual por eſtàr entonces deſocupada, fuè en la Calle Real de Loreto, enfrente de las de un portento raro de belleza, Sol hermoſo de todo aquel contorno, aunque otros celebraran mas ſu buena ſuerte, pues à Don Carlos de Mendoza, que eſte era el nombre del gallardo mozo, poco alborozo le cauſaba, poco ſe desvelaba, por vèr, ò dexar de vèr tanta hermoſura; pues en mas de dos meſes, con tenerla enfrente, apenas ſupo que Doña Leonor de Guzmàn ſe nombrava eſta hermoſa Perla, la huerfana la llamavan comunmente, como à la de el Real teſoro los Cavalleros todos, porque en todo Portugal nunca huvo otra hermoſura tan perfecta; tan celebrada era por eſte nombre, como en Flandes ſu padre por el de Don Tello de Guzmàn, ò por el renombre del valeroſo; la edad poca mas era de catorce años, el garbo eſtremado, la cordura mucha.

Por todas eſtas cauſas eſtrañaban todos en D. Carlos, por ſer tan galan, tanto deſamor, tanto deſpego: no menos lo eſtrañaba la hermoſa Leonor; porque aunque ſu recato era tanto como ſu belleza, mas de quatro veces à la deshecha, ò adrede, eſtando Don Carlos à la ventana, ſe puſo al balcòn ella, ſolo por vèr como D. Carlos ſe portaba, pero con tan poca ſuerte, que engolfado èl en lo que con otros trataba, no reparando en ella nunca, ò fueſſe acaſo, ò adrede (que en amor todo ſon trazas) no ſolo no la hablava, pero ſe eſtaba con el ſombrero pueſto tan clavado, como bulto de marmol. Notandolo Doña Leonor todo, no dexaba de parecerle, que todo eſto reſultaba, ù de hacer èl de ella poca cuenta, ù de tenerſe en

mas

mas por ſu nobleza, ò gran renta, ù de no vèr en ſu padre, ù deudos Cruces de Calatrava; ſoſpechaba otras veces, que otro amor era del deſpego la cauſa, porque reparò en que ſu deſpenſero deſde otra pequeña ventana, por entre la red de madera de ella, no ſolo daba mueſtras de acechar otra Dama; pero que el miſmo Don Carlos, quando ſe hallaba ſolo, guſtaba ſumamente de hablar con èl; con ſer un hombre, que en lo generoſo del talle, en lo feo del roſtro, en lo proterbo del ſemblante, no ſolo daba ſeñas de ſer de malas mañas, pero que en lo toſco del deſgarro, en lo enfadoſo del hablar de manos à lo ſocarron, ò à lo bravo, moſtraba ſer en ſu modo de proceder gran embaucador, gran embuſtero. Moleſtabanla eſtos zelos, canſabanla eſtos exceſſos, en nada hallaba guſto, todo comunmente le daba pena; tal vez deſpeñada en arrebatada colera, anhelaba por la venganza; tal vez mas ſoſſegada, aunque tan rodeada de temores, como empeñada en amor, por darſelo à entender, apelaba algunas noches, en lo mas profundo de ellas, à las ſonoras voces de una harpa, porque acompañada de las amoroſas del alma en dulce canto, llegaſſen los ſuaves ecos à deſpertar al gallardo, como deſamorable Don Carlos; pero aunque ellos no le deſpertaſſen, conforme ſe preſume del poco efecto dellas: ſupoſe que el deſpẽſero, como mas amante de la acechada Dama, las noches las eſcuchaba; pues dèl poco deſpues ſe huvo el traſlado de eſtos ſonoros verſos, que eran los que mas veces ella cantaba.

A todo el Mundo aſſombre
El amor mas contumàz del Mundo,
La deſlealtad de un hombre,
Que el mas perfecto amor, el mas fecundo,
Que en muger pudo verſe,
Paga por no la vèr con eſconderſe,

Quan-

Quando por verle eſpero
Adrede en la ventana, aunque èl me vea,
Al punto deſeſpero,
Pues adrede ſe aparta, ò ſe rècrea
En dexarme burlada,
Muero de pena en verme deſdeñada,
Pero en golfo tan grande,
Solo del deshonor temo la nota,
Que aunque el amor lo mande,
La nave del honor no ſe derrota;
Mas en tan grande tormenta,
Que poco la eſperanza me ſuſtenta!
Es la eſperanza laſtre,
De la nave del honor tan excelente,
Que en tormenta, ò deſaſtre,
Segura con èl paſſa la mas gente;
Mas poco me aprovecha
En llevarle en tormènta tan deshecha,
De ſer fea me holgàra
Pues gozàra por fea mas ventura;
Que por que èl me adoràra,
Por la fealdad trocàra la hermoſura,
Trocàra, pues le abona
El nombre de Leonor por de Leona;
El de perla, que vale,

Quando de las que lloro la gran ſuma,
Porque no ſe ſeñale,
Es fuerza le deshaga, ò le conſuma,
Pues tendrà de eſta ſuerte
Menos que hacer, ò deshacer la muerte.
De ſuerte me maltrata
El deſamor, la deſlealtad profunda,
Con que tanto amor trata,
Que creo que en no verle honor ſe funda;
Mas quando no le veo,
Crece el fuego de amor, crece el deſeo.
A todos cauſe pena
Las muchas que padezco deſeando,
Pues que la ſuerte ordena,
Que de eſta ſuerte pene mas callando,
Para que en penas tales,
Me acerque de la muerte à los umbrales.

No le aprovechando eſta traza, apelaba otras veces à la blancura de un papel, mezcladas con perlas algunas razones con la pluma; mas apenas formaba algunas, quando al punto fruſtrada ſu eſperanza, ponderandolas con preſſuroſos raſgos, ò menudos pedazos las recataba, domando ſu guſto, por conſervar ſu honeſta fama, confeſſando, como prudente, que las roturas de ella en las mugeres nobles, tarde, ò nunca ſe ſueldan; pero don excelente; pero breve es de la naturaleza la hermoſura, lazo oculto, poderoſo ſoñuelo, Angel es mas que humano Doña Leonor. Blaſone aora Don Carlos

antes de verla, mas guardeſe no ſe acerque, que como es fragua de ſuprema belleza, podrà abraſarſe en ſus llamas: guardeſe no ſe truequen las bolas; que la muger mas noble, que ſumamente ama, à ſu amante aborrece.

De dos Cavalleros, con mas empeño que de otros, ſe hallaba en eſta ſazon Doña Leonor requeſtada; el uno era D. Pedro de Lara, al qual como à cercano deudo, algunas veces hablava, moſtrandole mas favor; al otro llamaba Don Sancho de Orozco, mas por mal nombre el de Buen Alma, por ſer poco aſtuto, ò precedente. (Tal eſtà el Mundo, que haſta el nombre de bueno en èl es rebozo, ò ſoſpechoſo.) Entrambos le eran à Doña Leonor enfadoſos: Don Pedro era galàn, cortès, generoſo, mas zeloſo en tal grado; que una vez que por deudo fuè à verla eſtando enferma, al ſangrarla, tomando un muchaco la vela, llegò à taparla con la tohalla el brazo, dando apenas lugar à que el Barbero tocaſſe la vena con la mano: por eſta cauſa aunque como prudente callaba, no le agradaba para eſpoſo. Don Sancho menos, por ſer lerdo, ò algo tonto, aunque tan puntual como eſforzado, porque en llegando al pundonor, pocos ſe hallaràn mas valeroſos; pero en ſu perſona era algo toſco, mas ganò por las muchas galas, que por el deſeo (que lo que de talento falta, no lo ſuplen las ropas de oro, ò ſeda; ponganſelas à la mona, que aunque con muchas la adornan, por coſtoſas que ſean, mona ſe queda.)

Doña Leonor, aunque à los dos ſe moſtraba neutral, propuſo favorecer con todas veras à Don Pedro, ſolo por vengarſe à puros zelos de Don Carlos (que como la venganza blaſona tanto de muger, poco fuè meneſter para que ſe conformaſſen.) Fuè acaſo una tarde à verla ſu dueño Don Pedro; contòla como ſe caſaba Don Gaſpar de Lara ſu hermano, nombròle la deſpoſada; rogòla que fueſſe como otras ſeñoras à la boda, porque ſe hallaban en ella, no ſolo todos los deudos, como los Cavalleros del contorno; pero la nobleza toda de Portugal. No fuè meneſter mucho para que Doña Leonor de Guzmàn lo otorgaſſe

gaſſe: holgòſe en eſtremo, por lo mucho que deſeaba amartelar à Don Carlos. En efecto llegò la hora deſeada, fuè à la boda; pero tan coſtoſamente compueſta, tan por eſtremo gallarda, que à la deſpoſada le peſó, ſegun el ſemblante, ò ceño con que ſe moſtrò encapotada. El cabello llevàba lo mas dèl enlazado entre trenzas de perlas, por hacer alarde de la hermoſura, moſtrando, que con razon la llamaba huerfana la fama, pues ella ſola daba valor à todas. No menos lo moſtraba en las ropas de que ſe adornaba, pues por llamarſe nacar la concha en que la perla nace, la cota con lo demàs. Todo era de raſo nacarado, bordado de veneras, golpeado à trechos, forrado en velo blanco de plata; los golpes à ſarpon, en forma de eſſes, apuntados con botones de grueſſas perlas por lazadas. De las demàs ſeñoras fuè celebrada con general aplauſo, de los Cavalleros todos venerada, de los dos amantes con palabras corteſes reſpetada; ſolo el pobre Don Carlos ſe eſtaba tranſportado, como de elado marmol, ſuſpenſo, tanto en ſu hermoſura elevado, que con caerſe de la mano el ſombrero, no ſupo de el ſuelo alcanzarle en gran rato. Notavalo todo alegre la bella Doña Leonor con gran recato; pero no poco gozoſa de empezarſe à lograr ſu venganza. Empezòſe en el ſalon un ſarao luego de ocho Damas, con ocho Cavalleros, por eſtremo gallardos: entraba en ellos Don Sancho, que fuè el que lo alegrò todo, porque al hacerles ſalteados floreos de la danza, alguna vez errando, dos ò tres reſvelando, como poco verſado en el arte, al dar con la cabeza en el ſuelo otros tantos golpes, cauſó general deſenfado. No fuè menor el que tràs eſte huvo, pues à dos coros, uno de Damas, otro de Galanes, ſe cantaron algunos verſos por excelente tono; pero los que mas me agradaron, fueron los de eſte Romance, en loor de los deſpoſados, que relatarè tan por breve, quanto por parecerme, que al guſto de todos fuè mas agradable.

Del vergèl de la belleza
Dos flores amor cortò,
De esplendores tan perfectos,
Que son del Orbe el farol.
Centro son de la hermosura,
Globos de belleza son,
Que en lo fragrante, en lo bello
No se dà en ellas menor.
Una es rosa, otra clavèl,
Mas tan hermosas las dos,
Que una es Aurora entre rosas,
Otra entre claveles Sol.
Enamorado, pues, de ellas
Amor, que las vè en sazon,
Porque en su vergèl se logren,
El mismo las engertò.
Rezeloso no las hurte
La parca, que es gran ladron,
El las atò de su mano,
El mesmo las desposò.
El se expone à defenderlas,
El del hurto es el Dragon,
Porque à pesar de la muerte
Goce el Mundo su fulgor.
Estas dos flores son

Los deſpoſados,
Plegue al amor ſe logren
Eternos años.

Guſtaron los deſpoſados, que Doña Leonor cantaſſe alguna nueva letra al ſon del harpa: rogaronſelo algunas Damas por lo que todas grangeaban; porque la tocaba con notable deſtreza: no lo rehuſó ella, antes por alegrar todo el concurſo la tomò al punto, formando con tanto ornato al compàs de las manos la garganta, tanto que robando con vno los corazones, con otros arrobaba las almas. Los verſos que cantò al harpa, ella los compuſo, gloſando algunos de aquel tan celebrado Romance de Gongora:

Segun buelan por el agua
Tres Geleotas de Argèl.

Eran eſtremadas las Gloſſas, porque con rebozo, por galante modo, tal vez en ellas daba à entender, que las tres Galeotas eran ſus tres amantes, que en el mar de ſu amor navegaban veloces; tal vez, que ſu hermoſura engèdràra à todas tres. Solo un mal tuvo en ellas, que fuè el ſer algo larga, por lo qual, aunque eſtuvo harto atento por tomarlas todas de cabeza para relatarlas, ſolamente pude las dos con que empezò, de que en parte me alegro harto, porque tendràn menos que notar, ò que mofar los cultos, quanto por no hacer ſoſpechoſa la verdad de eſta Novela; porque ſuelo topar algnas con Romances tan largos, que mas parecen compueſtos por los Autores de ellas, que cantados por las Damamas; ù de fuerza ha de preſuponer el lector, que no eran nuevos, ò que andaban traſladados, pues no dando razon de como pudo ſaberlos todos de cabeza, no faltando verſo, pudo el Autor relatarlos. Las dos Gloſſas ſon eſtas.

Tres Galeotas bogar
Por la mar de una belleza

Se vèn con tanta deſtreza,
Que mas parecen bolar:
Mas como de amor la mar
En ſus aguas ſe deſagua,
Por ſer en ellas ſu fragua,
Parece que èl las formò,
O que el agua las brotò,
Segun buelan por el agua.
Todas tres ſon Eſpañolas,
Aunque à las de Argèl parecen,
Veloces ſe deſparecen,
Cortando ufanas las olas:
Por ſus muchas vanderolas,
La mar parece un vergèl,
Mas temo, que algun baxèl
De zelos ha de cogellas,
Que al cazarlas harà de ellas
Tres Galeotas de Argèl.

No con haver cantado tan dulcemente ſe contentaron los deſpoſados, antes rogaron à los Cavalleros, que con las Damas dos à dos danzaſſen, porque el general contento ſe aumentaſſe: empezò Don Pedro porque le cupo por ſuerte una gallarda; mas deſpues de haver danzado ſolo un rato, ſacò cortès à la bella Doña Leonor, para que le acompañaſſe, la qual danzò tan excelentemente, que ſe llevò la palma, porque ademàs de la deſtreza con que danzaba, à cada buelta que daba, ſembraba à la deshecha de los botones de perlas de la cota

cota todo el ſuelo con notable deſenfado: todos gozaron de tanta largueza, todos alabaron la traza: Don Carlos ſolamente no lo alzaba, porque no ſe pagaba de favores comunes, antes ſe reputaba por poco venturoſo en no haverla haſta entonces hablado: avàra llamaba ſu ſuerte, mas deſde luego empezò à entregarle el alma.

Acabòſe la holgura luego con deshacerſe el concurſo, porque las Damas, acobardadas con el ſembrar de los botones de Doña Leonor, no guſtaron, que el danzar paſſaſſe adelante: por eſta cauſa fueron luego todos empezando à deſembarazar el ſalon cada uno por ſu parte: Doña Leonor, por eſtar canſada, ſe quedò para la poſtre, pero al entrar en el coche, reparando en que aguardaba Don Carlos, para hablar con los dos amantes, por no moſtrarſe mas à èl que à los dos grata, cortès con todos, como honeſta, ſe entrò preſto; pero dandoles en que entender tanto, porque, ò fueſſe adrede, ò acaſo, empezò turbada à buſcar un guante por el coche, moſtrando que con uno ſolo ſe hallaba. Fuè preſto Don Pedro à buſcarle al ſalon mas fuè de valde, pues al bolver hallò, que D. Carlos con D. Sancho (por haverle entrambos alzado) altercaban de qual de los dos era. Empuñò Don Pedro como zeloſo la eſpada para cobrarle, mas la bella Doña Leonor, rogando à todos que ſe ſoſſegaſſen, los forzò con corteſes razones à que ſe le entregaſſen, para darle ella al que mas fueſſe ſu guſto. Conformes todos en el juſto parecer de ſu dueño, ſe le entregaron, aguardando ſuſpenſos el dudoſo fallo; mas preſto les ſacò de deudas, porque dando el guante à Don Pedro, procurò contentar à todos tres con eſtas palabras.

A vos Don Pedro no os toca eſte guante, pues aunque vueſtra preſteza ſe adelantò à las de todos, buſcandole en el ſalon, ganòos la ventura Don Sancho, pues le hallò en el ſuelo, hacedme placer de darſele de vueſtra mano; pero tomad eſſotro, que vale mas, por ſer el derecho. Vos, ſeñor Don Carlos, perdonadme el haver andado deſcortès, que eſtas ſon coſas de guſto; ademàs, que

con

creo os debo pocos empeños, pues este del guante fuè acaso, pero no obstante, acedme merced de prestarme los vuestros, hasta que llegue à casa, que prometo de bolverlos, ò por ellos otros de ambar.

Encarecer aora el contento de Don Carlos, su cortès respuesta, lo que lo celebrò, lo galante que anduvo, fuera escusado; pues de su nobleza, no solo se presume, pero claramente se conoce. Fuesse Doña Leonor, fueronse à su casa los tres amantes, porque les rogò ella no acompañassen el coche por ser tarde. Quedaron con los favores todos tres contentos; pero Don Carlos en estremo, pues para celebrar los de su ventura (aunque dudoso de merecer la hermosa Perla) que los causaba, respecto de los opuestos pretensores, luego que llegò à casa, templando un excelẽte laud (que algunas vèces por entretenerse tocaba) à lo sonoro de sus voces, segun cuenta la fama, cantò de esta suerte.

Quando de amor en el confuso lago,
Noto en tres el favor, al pretenderlos
Temo, bella Leonor, que he de perderos,
Pero la fe se opone à tanto amago.
Noto vuestro favor, dudas deshago;
Pero como no puedo mas quereros,
Consumeme el temor, que antes de veros
Puede deberos mas amor, que os pago.
Socorrame la fe con que os adoro,
Hermosa Perla, que el dàr vos un guante,
Menos es que acetar dos con decoro.
Que aunque el menor favor vuestro es bastante
A oponerse al que es mas; es mas tesoro
Alcanzar mas favor por mas amante.

Pero

Pero como en los fueros del duelo nunca faltan cultos Dotores, ò Matasanos, que censuren; que las mas veces estos suelen ser zorras, quando mas blasonan de Leones: unos eran de parecer, que el honor todo era de Don Sancho, porque se llevò el guante que alzò del suelo, que era el fundamento de la duda; otros exageraban, que el favor verdadero fuè el de Don Pedro, pues se llevò el guante derecho de la mano de su Dama, dandosele ella mesma por su gusto: otros assseguraban, no con pocas razones, que solo el favor echo à Don Carlos, era el que mas realzaba, pues le daba à entender que sus guantes, eran para ella de mucho mas gusto, que los que à los otros daba (ademàs que se supo, como la dudosa promesa de los de ambar, presto tuvo efecto) lo qual no obstante, tanto se altercò entre los populares sobre los tres favores, que hallandose Don Carlos entre dudas de afrentado, por haverse llevado Don Sancho el guante que se alzò del suelo, acordò sacarle, ò por corteses palabras, ò por la punta de la espada en el campo, para lo qual notò este breve pupel, que llevò un page.

Señor Don Sancho, assseguranme algunos doctos del duelo, que el guante que os cupo en suerte, me pertenece, porque le alce del suelo, antes que vuestra mano llegasse à tocarle: hacedme placer de darsele à esse page, ù de buscarme esta noche à las doce en el terrero de Santa Ana, donde os aguardarè, no con mas armas que la espada. Don Carlos de Mendoza.

Era Don Sancho (aunque algo lerdo (tan esforzado, como noble, partes que le forzaron à dar por respuesta, que la segunda oferta aceptaba para buscarle en el terrero con su espada à la hora señalada. No tables son los sucessos de la fortuna! Preparandose Don Carlos en su casa aquella noche, una, ò dos horas antes de la señalada, entra con otro papel por la puerta otro page, en el qual rota la nema, hallò estas razones.

Señor Don Carlos, blasono tanto de honrado, como de Cavallero; encarecenme algunos escrupulos del duelo, que no cobrando los guantes de

Doña Leonor, no cumplo con lo que debo, por esforzado os tengo, de donde presumo, que no los podrè cobrar, menos que en el campo. En el de Santa Ana à las espaldas del corral os espero esta noche à las doce con la espada solamente: haced como Cavallero. Don Pedro de Lara.

Dado el papel, se fuè el page al punto, mas en los de la honra, no solo se hallaba de escrupulos cercado Don Carlos, pero totalmente confuso, ò en estremo perplexo; porque èl era el que osado al campo llamaba à Don Sancho para las doce; èl era el que para la hora mesma era llamado de Don Pedro. Caso fuerte! Cruel fortuna! Duro trance! Como podrà, pues, Don Carlos valeroso, con ser un hombre solo, ostentarse à los dos à una hora mesma presente? Verdad es, que uno solo es el campo, pero no lo son los puestos, porque el uno es el corral, otro al terrero del Templo (Nota: no parezcan defectuosas las palabras mesmas, pues en Castellano son comunes; el que lo dudàre, consulte selectos Poetas, ò el tesoro de la lengua Castellana.) de Santa Ana, que del uno à otro es grande trecho: no hallarse en el puesto con Don Pedro, fuera ser cobarde; faltar con la palabra à Don Sancho, fuera ser aleve: pues como ha de ser, que es fuerza que à uno dellos falte? A qual pues de los dos harà la falta? A Don Sancho, al qual el llamò, ò à Don Pedro, del qual es llamado? Para consultas es tarde, que daràn las once, podrà passarse la hora: ademàs, que sus emulos no querràn passar por lo que en su favor se decretàre, escusarse, valerse de estratagema, cautela, ò compañero, fuera faltar à su honor, à su sangre. O crueles estatutos los del duelo! Pero lleguense à concurso los cultos todos; dè cada uno su voto, ò el fallo; como gustàre, que el valeroso Don Carlos, fluctuando en tan caudaloso golfo de tormentos, por no zozobrar del todo, en el campo de Santa Ana, al punto de las doce tomò puerto, buscando con presurosos passos en el señalado puesto de el corral à Don Pedro; mas no hallando en todo aquel contorno hombre alguno en mas de una hora, se

passò

passó al otro puesto del terrero, donde no hallò tampoco à Don Sancho, solo topò con un hombre, que de sombrero falto, mal compuesto, echado de pechos en el suelo, pagaba el comun feudo al deseado sueño, segun pudo entender, pues con llamarle á voces tres, ò quatro veces, no recordaba. Fuè al momento otra vez á buscar à D. Pedro al otro puesto; pero tampoco pudo hallarle: esperòle mas de dos horas largas, passeando confuso todo aquel trecho, hasta que empezaron los crepusculos del Alva; pero al passar otra vez por el terrero, hallò al mismo hombre que de antes, sepultado en tan gran sueño, que aunque procurò con fuerza despertarle, no pudo, porque estaba muerto. Llegòse mas al cadaver por, conocerle; mas al punto (notable caso!) echò de vèr que era Don Pedro, que passado por el pecho con una estocada de parte à parte, pagò la deuda forzosa à la muerte. Fuesse presto, antes que del todo aclarasse, por no hacerse sospechoso; mas al entrar en su casa, passando por la de Doña Leonor, topò en el suelo con un bulto de otro hombre muerto á puñaladas, rebolcado en su misma sangre, al qual acercandose por reconocerle, hallò que era su despensero, hombre no poco arrogante, aunque el serlo, suele ser tan comun en esta gente, como en los cocheros. Dudoso se hallaba Don Carlos (como era cuerdo) para haver de entrar en su casa; mas mudò de parecer presto: fuesse à un Convento, porque no le culpassen en las dos muertes falsamente, pues las sospechas eran tan vehementes. En todo anduvo prudente, que adonde no se aventura honor, vale mas salto de mata, que ruego de buenos. No le pesó de haverlo hecho, porque en menos de tres horas despues de amanecer, dos Alcaldes de Corte, no solo debastaron de las dos muertes, pero constando por los processos lo de los pages, que llevaron los papeles, con todo lo de antes passado sobre los guantes, se passó orden, para que los dos Cavalleros fuessen presos al momento: Don Carlos en su casa, tomandole el omenage, que se suele á los Cavalleros de sus prendas; pero que à Don San-

cho, como mas culpado, le llevaſſen à una torre; pero èl aunque lerdo, ſupo guardarſe, ò porque los ſeñores Alcaldes no ſe canſaſſen en llevarlo, ò por moſtrarles, que en ſu caſa mucho mas ſabe el lerdo, que en la agena el cuerdo.

En efecto èl ſe fuè à otro Convento, donde eſtuvo algunos meſes; mas no dandoſe por ſeguro, por ſer caſo de penſado, ſe paſſó á la Corte de Eſpaña, porque conſtò que èl fuè el agreſſor de entrambas muertes, penſando, como èl meſmo confeſſó, que en cada qual de ellas mataba al valeroſo Don Carlos; porque como dèl, por el papel, que le llevò ſu page, fuè llamado al campo para en punto de las doce, èl por ſe moſtrar tan puntual, como eſforzado, fuè antes de las once, por no ſe engañar en los relox es; que de unos à otros ſuele haver muchas veces, como ſon tantos, tres quartos de hora. Pues como el pobre Don Pedro paſſaſſe por aquella parte meſma, al punto que el relox en Santa Ana daba las poſtreras de todas las once, con pretexto de aguardar en el pueſto del corral por D. Carlos; Don Sancho ſe acelerò, ſacando contra èl la eſpada, penſando que la ſacaba contra Don Carlos; pero con tal furor, con tal deſtreza, que al ſegundo encuentro le paſſó el cuerpo de una eſtocada; mas aunque en el acto anduvo como hombre alocado, ò poco prudente, ſe huvo deſpues en èl, como generoſo Cavallero, porque al caer en el ſuelo Don Pedro, fuè á todo correr al Convento de los Recoletos, que eſtà en aquel campo, donde dando recado, que fueſſe luego al punto uno á confeſſarle, le acompañò valeroſo, haſta que ſe huvo confeſſado, que apenas lo huvo hecho, quando D. Pedro, otorgando á Don Sancho el perdon, que á ſus plantas poſtrado demandaba, buelta la cara al ſuelo, por poder mas veces beſar la Cruz de ſu meſma eſpada, entregò al verdadero Redemptor el alma. Bramando de colera Don Sancho, qual acoſado toro, ſe fuè luego á buſcar á Don Carlos á ſu caſa, por parecerle, que no era menos, que haver de èl hecho burla, llamarle al campo con falſedad, ò engaño; mas al entrar à ſu caſa, reparò,

que

que de un balcon de la casa de Doña Leonor enfrente, por una escalera de sogas, baxaba el mesmo Don Carlos, segun lo mostraba en las señas de una capa de color bordada, que llevaba las mas noches; al qual, sacandole su mesma daga, matò à puñaladas, llamandole muchas veces alevoso, cobarde, no dandole lugar à que como Don Pedro se confessasse: Crueldad notable! Pero al sacarle la daga del pecho, á la postrer puñalada, topando acaso en el rostro barba larga, como hombre de quarenta años, reparò en su engaño; pues al que èl mataba por Don Carlos, era su despensero, que enamorado de una Mulata, esclava de Doña Leonor, que era la que èl desde la pequeña ventana, por entre la red de madera acechaba; ella le echaba la escala, despues de haver dexado en la alcoba de otra sala acostada á su ama: traza con que los dos amantes se gozaban algunas noches, procurando èl por mas agradarla, adornarse de las galas, que hallaba mas à mano, ù de las de su amo, ò prestadas, como todo constò de lo processado. Supose despues, como esta muerte atroz, no fuè del todo mal empleada, porque este mal hombre fuè el que á los tres Cavalleros mas provocaba, dando algunas veces á cada uno de ellos con falsedad á entender, que toda la nobleza murmuraba de su afrẽta, causado todo de lo mucho que èl deseaba saber, qual de los tres Cavalleros amantes era el mas esforzado, qual el mas cobarde, hasta que aquel de que mas mofaba, le sacò de la duda tan á su costa. Todo en efecto se mueve de lo alto; lo que sè es, que á todos fuè no mal accepta su muerte, antes á muchos agradable, por el mal proceder de su persona.

Don Carlos, por estar la verdad de todo por sus processos tan patente, se passò á la regalada carcel de su casa, donde presentandose, guardò lo que de ellos resultasse, que brevemente fuè, absolverle de toda culpa, con que pagasse las costas de los autos. Con lo qual prosperadamente quedò gozando de los favores de la bella Doña Leonor, contento con la falta de los opuestos pretensores, hasta que del todo conformes los dos en las vó-

voluntades, se despoſaron, no ſolo con guſto grande de Don Tello de Guzman, padre de Doña Leonor; pero de todos los deudos de ambas partes, con general aplauſo de toda la nobleza de la Corte.

La boda, ſeñor D. Fernando, ſe celebrò en Belèn, en una caſa de campo de Doña Leonor: pero relatarle á V. md. aora los aplauſos, los placeres que huvo, los guſtos, el general contento, los buenos verſos, las danzas en ſaraos, las coſtoſas galas de los deſpoſados, el agradable galanteo de los Cavalleros, la hermoſura grande de las Damas, fuera alargarme mucho, fuera canſarle, que harto creo lo he hecho; pero el guſto de entretener á V.md.lo cauſa: mas en caſo que eſta carta le parezca larga, entregueſela á algunos cultos de los eſcrupuloſos de eſta Corte, que como ſon los topos, ò los ratones de ella, la cortaràn, ò ratonaràn de manera, que quede para leerſe harto poco. Guarde Nueſtro Señor à V.md.largos años, con proſperos aumentos, que deſeo. Caſa, Martes.

LA PEREGRINA HERMITAÑA.

NOVELA QUARTA.

ESCRITA SIN LA LETRA O.

SI v.md.ſin verme, ni hablarme, ſe fuè á ſu heredad, y Quinta, y en las grandezas inumerables de ſu Hermita ſe dá à entender ſemanas tantas, á fin de que de canſarle, me canſe, engañaſe en la traza; y bien puede de paciencia armarſe, que mi amiſtad firme pre-

precíase de leal, y verdadera, es puntual, y recta, y es vara de justicia libertada, que puede atreverse à escalar murallas, à entrar en Iglesias, y prender delinquētes, si la agravian. Si V. md. supiera, que aceleradamente le havia de pedir de su hacienda alguna parte; segun que algunas veces se usa en tierras grandes, y dicen que es justicia, tuviera V. md. alguna para disculparse del irse sin despedirse à vivir entre las fieras de essa Sierra; mas si nunca le pedì nada, ley de las principales, que vincular, y perpetuar suelen las de la amistad firme, y verdadera, irse tan de repente, crueldad parece grande. Mas V. md. sin duda debia de reputarse allà en la fineza de su idea, insigne alambre, y à mi estimarme sutil pajuela; y assi rehusaria el acercarseme, que temeria que trás sì me llevasse à su querida Aldea. Pues sepa, que las pajuelas mas sutiles, mas ahina se las lleva el ayre, y que sin que V. md. imagine verme, quizà entrarè en alguna mudanza à despertarle; mas en el interin, sirvase de leer este papel, que mi lealtad le dirige humilde, y dedica amable, à fin de entretenerse, si yà se enfadàre de la suave musica de las aves, y de esperar á que siempre entre en las astutas redes, y de perseguir, y fatigar entre las peñas, è intrincadas matas las timidas liebres, las fugitivas gamas. V. md. le reciba amigable, que es vida de un naufragante, de quien fui feliz hueſped en cierta tierra algunas semanas. Admitale apacible, y alegre, y atiéndale afable, para que de mi inculta pluma censure prudente faltas irreparables, y de passage: y advierta, si alguna Musica hallàre, que el referirla èl le hacia parar, y trasladaba, y que assi la eludiè; si bien sus palabras eran mas discretas, y elegantes, mas pulidas, cedicitas, y agradables, y á su admirable fabrica intitulaba.

En la Ciudad mas sublime, è insigne de la Andalucia, llamada antiguamente de su primer Artifice Hispalis, y despues de sus habitantes Arabes Sevilla, que quiere decir, Ciudad de risa, y preciada; si bien en nuestra lengua Hispala mas justamente, pues es de las grandezas, maravillas, y riquezas de la grande America, riquis-

sima

sima Aduana. En esta, pues, Ciudad inestimable, cuyas fertiles llanuras riega el celebre, y apacible Betis, residì (despues que me perdì en Flandes) algunas Primaveras en casa de mi padre, del qual triste de verme casi sin caudal, y miserable, suplique ahincadamente, que para irme á Cataluña en una Nave fuerte, y bien artillada, que en breve se partia, me apresiasse, y alli me remitiesse de su hacienda alguna suficiente parte, y de la de sus adherentes, y letras algunas mercadurias bastantes, à que de las agencias de ellas, y ganancias, las fuerzas limitadas de mi debil, y humilde caudal se aumentassen. Feliz fuè mi suerte mas que imaginè, y á mis esperanzas, pues en breves dias me hallè en Cataluña, y tuve tanta hacienda que vender, y manejar de mi padre, y de partes, que la ganancia de ella, sin la agregada que grangeè de mi industria, valdria al piè largamente de cien mil reales: herbia en la juventud, alentabame la ventura, y pareciame, que yá mi suerte adversa se humanaba, y era mas afable: vivia alegre, festejaba á mis camaradas; y qual si mi hacienda fuera renta grande, permitia frequentassen mi casa gallardas Damas: celebrabalas alegres banquetes, festines, y musicas: triunfaba, crecian mis delicias: echaba cada dia nuevas galas; y para que en nada mi necessidad dexasse de aumentarse, me inclinè á algunas tretas de el naype, y en particular á jugar las pintas, final remate de mi ventura, y pues me dì tal prisa y tal maña, que á veinte meses de Cataluña apenas se hallaban veinte reales en mi casa, y en muchas de las de mis camaradas se trataba de mi desgracia; y segun fuè de acelerada, parecia increible; y andaba en dudas; mas sin ellas la creìa mi desdicha, y penuria, que en materias de necessidad, y hambre nunca fuè incredula la experiencia. Un grande bien tienen las desgracias, y una gracia particular, y unica las desdichas, que es el ser verdaderas; mas las dichas, y venturas tienen siempre un gran mal, y una desgracia, que es el ser inciertas, y falsas Y mas hallaba que penar, y sentir en las faltas de prudencia, que en mi sentia, que en las de la hacienda

da

da, que me faltaba, que estas pareciame las remediaria tercera vez mi padre; mas aquellas persuadiame à que mi liviandad las hacia incurables: cuchilladas, heridas, faltas, y achaque de salud, facilmente pueden curarse; mas enfermedades de cabeza tan grandes, es desperdiciar la cura tratar de curarlas, raras veces suelen ser remediables: la abundancia de bienes, y de hacienda buena es para passar sin desayres de verguenza la vida; mas las muchas felicidades, muchas veces hacen desvanecer, y suelen perturbar, y cegar la cuesta; las adversidades, penalidades, y desdichas suelen aventajarse en ser mas atinadas, pues pretenden siempre acreditarse linces, sutiles en el vèr, y perspicaces.

La necessidad, y miseria à que llegùe fuè tanta, que del gravamen terrible de mi pena, y apretadas advertencias, que me hacia la Matematica cientifica de la hambre, vine à inquirir, y especular, que haria, àzia que tierra iria, y que manera de vida eligiria para aliviar mis males; mas representabaseme en la idea la inmensidad de mis necessidades, y disparates, y quan dificil era haver de satisfacer tan gran pèrdida à mi padre, y sus adherentes, pues aun para sustentarme fuè fuerza vender algunas alhajas de mi casa, y cenar muchas veces en las de mis camaradas mas familiares; y assi al instante tratè partirme dissimuladamente à la gran Sevilla mi patria, para de alli passar en la armada à las Indias. Supe de una Nave bien artillada, que se aprestaba à la ligera, sin ir à mas que à llevar unas cartas, y traer la respuesta. Embarqueme en ella, sin despedirme de nadie, y en breves dias llegùe à Sevilla; detuvome aquel dia en la Nave, hasta que escureciesse, y fuesse bien tarde; que siempre fuè temida la verguenza, si bien la que en aquel inter me afligia, era hallarme sin blanca, y haver de ser fuerza pagar, y satisfacer al Capitan de la Nave el passage, y la despensa, pues siempre assisti à su mesa, sin darle nada; y assi me deliberè à dexarle en desquite de la deuda, la espada que me señia, antes que la capa, pues esta me abrigaba, y aquella, si al salir de la Nave la

justicia me hallasse, me la quitaria, que era yà muy tarde, bien valdria la deuda, que era plateada, y gravada de Tauxia; mas dixele, que me pesaba de darsela, que si antes que èl se, fuesse pudiesse, desempeñarla, me la restituiria: y era verdad que me pesaba, pues me preciè siempre de tenerlas buenas: y assi rehusé venderla en Cataluña, y la reservè para el viage; mas apretaba el Capitan, que le pagasse, y fuè fuerza que ella supiesse, que la necessidad carece de ley, sin respetar à nada. En fin saltè en tierra, y passeè algunas plazas, y calles; y al llegar à la casa de mi padre, era tan tarde, que yà la puerta de la calle estaba cerrada; llamar, haciasseme de mal; deteniame la verguenza, faltabame la audacia, y dudaba tambien si me abririan, y que semblante al entrar hallaria en mi padre, y en la gente de su casa. Fatigable entre tantas dudas, me arrimè à un pilar de una basa en la misma calle; guarecime de el zaguan de ella, y en la misma piedra de la puerta tendì mi capa, reclinème en ella, agassajàme entre mis lastimas, y tristezas, que perpetuamente me assistian: cenè de mis ansias, y bebì de mis parennes lagrimas; mas nadie desespere, aunque sean grandes sus desdichas, fatigas, y miserias, que el pesar tambien suele ser vispera de el placer; si bien las mas veces del placer el pesar, mas ni siempre han de estar permanentes en un sèr las desgracias, ni del mal talante la ventura: rueda es la suerte, que rueda; cansase de ser triste, y adversa, y empieza à ser feliz, y buena. Quien tal de la terrible mia imaginàra! Quien tal creyera!

Desde mi ruda cama miraba las rutilantes Estrellas, y su inumerable multitud me servia de simil à mis desdichas, y pesares. Qual serà, decia entre mi, la de tan perversa influencia, que usana me persigue, y amenaza? Qual la que pertinaz immutable me aniquila, y ultraja? Mi insufrible rabia se lleva tras sì, qual Aguila ligera, la perspicàz vista, y està en ellas permanente, è infatigable las enmenuzaba, y requeria desde la mas sublime, hasta la mas minima. Mas al instante sentì cerca de mi zaguan passar gente, y silvar tres veces, y entre mi dixe: Mal lugar me señala

ñala esta avara suerte; pues sin falta este que silva deve de ser amante de alguna Dama de essa calle; y si trae musica, aqui querrà sin duda retirarse. Puseme en piè, arrimème al pilar, y senti que à una ventana de la casa en frente tiraba una china el que antes silvaba, y que una muger le daba la respuesta en estas breves, y sucintas palabras: Vete, y ven à la una, sin falta. Retirème, quitè de mi cama de piedra la sabana, que era mi capa, pusemela, y antes de la una fuime à la misma estancia del amante, tirè dissimuladamente (con la delicadeza que èl pudiera) mi piedrezuella, y tirada vi que salia la muger à la ventana, y me decia: Apare, galàn, apare, y espere. Gentil palabra, dixe entre mi, mas parece de Angel, que de muger. Aparè mi capa, y hallème en ella brevemente una taleguilla de buena traza, saque la daga, abrila aprisa, y tentè del metal de mas excelencia, segun pesaban, cadenas, Cruces, manillas, cuentas, y arracadas, sin muchas preseas, piezas, y sartas, que debian de ser de gruessas perlas, y finas piedras, segun lucian, y brillaban. Al instante vì baxar la muger, que determinada, y resuelta me decia: Cumplì mi palabra, galàn? Cumplì mi palabra? Pues si la cumplì, cumpla, pues la suya, que suya he de ser hasta la muerte.

Mis respuestas eran tan sucintas, y breves, que sin ella echar de ver su desgracia, la pudo assegurar, y guiar hasta mui cerca de la apacible alameda, mas en la ultima calle de la Ciudad, à la luz de una linterna, que en una esquina una excelente Cruz, y de admirable fabrica alumbraba, fuè à mi engañada Dama patente su desdicha, y mi cautela. Aqui la vì al instante, y aqui al escucharla estas breves palabras: Ay de mi triste! la vì caer en tierra desmayada, y divisé en ella la rara belleza de un Angel, que en breve, y en un instante la alegria de su agradable semblante mudaba en pura tristeza, y que de su terza frente, y alegres mexillas, las azucenas, purpura, y jazmines, reducia, y cambiaba en palidèz funesta, escura, y triste, y que juntamente eclipsadas sus luces peregrinas, expelia de ellas

dilatadas lluvias de gruessas perlas que al juntarse à las que un fragrante, y excelente clavèl descubria, les daban vaya de su firmeza, y se deshacian para llegar mas à prissa à guarecer el alma, que entre tantas penas, y ansias padecia. Lleguème à ella humilde, animèla afable, assistila prudente, y finalmente, amante, la dixe estas palabras: Cessen, querida prenda mia, cessen yà las perenes fuentes de riquezas, acreditada estais, mi bien, de liberal, y franca; dexad de regar la dura tierra, enjugad las tiernas lagrimas, divertid la fatiga: resistir invencible à tanta pena, quizà serà mas suave, y feliz, que infeliz, y triste vuestra desgracia. Si à un galan buscais, aqui teneis un amante firme; que la firmeza en amar, es la gala mas apacible, y agradable. Ea, bien de mi vida, ea luz de mi alma, mirad que amanece, embargue al Alva de el dia el Alva màs agradable, pues mas se le aventaja yà su luz, y beldad; retirela vuestra gran belleza, pues es mas insigne, y advertid, que à sentirse la falta que harèis en vuestra casa, puede ser irremediable vuestra fuga: seguidme, prenda amada, y venid segura, que defenderè vuestra integridad, y pureza hasta la muerte, sin que nadie pueda ultrajarla; aquella señal Divina, aquella Cruz Sagrada falte à mi muerte, si faltàre en mi esta fé, esta firmeza, esta palabra, que assi intenta el alma merecer escuchar la que desea, que yà me admitì; y si me la dais, de hacerme querida prenda vuestra, remediable puede ser la pèrdida. Aqui teneis la taleguilla de vuestras presas, sin que de ellas falte la mas minima. Andrès de Cantillana me llama en Flandes la fama, y en Sevilla el Galàn; dicha que escuchar merecì de vuestra misma lengua. De mi padre Miguèl de Cantillana, la hacienda mas es que mediana, y èl ilustre Mercader en esta tierra. Mas bien debeis de saber quien es, que vive en vuestra calle mis-

De esta suerte excluì sus penas, y assegurè mis esperanzas; mas la respuesta de Laura (que assi se llamaba esta rara, y peregrina beldad; peregrina mil veces, pues divulgada su gran fama, la Peregrina la llamaban generalmente) fuè callar, levantarse, y seguirme, sin pre-

gun-

guntarme à que parte la llevaba, ni que intentaba hacer de ella; y assi me deliberè à navegar segunda vez à Cataluña. Guièla àzia la Marina, hasta que la puse en la misma Nave en que vine; la qual hasta el siguiente dia havia de reiterar su viage, pues dadas las cartas, à que fuè su venida, yà la respuesta de ellas tardaba, y el Capitàn quisiera partirse sin ellas. Supliquèle, que la camara misma que traxe, que era despues de la suya, la principal de la Nave, essa me señalasse para mi, y mi querida prenda. Desempeñè mi espada; mas para mas empeñarle à que en el passage usasse de su libertad, y de la franqueza de su mesa, le dì una cadena de las que llevaba, y fuè prenderle de ella, que el dar, cautiva libertades: las demàs cadenas, y preseas dexè en la taleguilla, y se la entregué à Laura para que ella las guardasse, y para que assi se certificasse de que las preseas de su belleza, y riquezas de su amistad, eran para mi de mucha mas estima. Yà aqui sin tanta pena Laura me miraba, yà sin tanta tristeza me hablaba, yà de que la assistiesse gustaba, y yà en verme de su beldad tan firme amante se divertia, y alegraba. Dadas pues al sutil ayre las velas, para mas celebrar mi feliz suerte, y su peregrina belleza, pedi al Capitan me prestasse su guitarra, que era excelente, y á ella enfrente de Laura cantè de esta suerte.

Peces del mar, mi ventura,
Mi suerte, y felicidad,
Aplaudid, mirad mis dichas,
Pues mi Laura me las dà.
Mirad su belleza rara,
Sutiles Auras, mirad,
Si es mas sutil su fragrancia,
Si hai mas nieve, mas cristal.

Mari-

Maritimas Aves, cerca
Teneis la Reyna del mar,
Y el gran mar de la belleza,
Que es mar de gran mageſtad.
De las cerulcas cabernas
Vueſtras cabezas ſacad,
Y riza brillante eſpuma
Vereis ſu Nave ſulcar.
Eſta es la Nave de Tetis,
Nerinas Ninfas, llegad,
Y à ſus plantas vueſtras urnas
Plata empiecen à eſcarchar.
La eſfera de la belleza,
Es la que en la Nave và,
Atentas deſvaneced,
Si Tetis puede ultrajar.
Venid à rendirla parias,
Peces, y aves, llegad yà,
Ninfas, y Auras, que ſu Reyna
Nadie las puede negar.
Las perlas, que eſſe Mar cria,
Humildes le preſentad,
Texedla de ellas guirnalda,
Dadle riquezas que dar.
Pagareiſla de eſta ſuerte

De mi ſuerte el gran caudal,
Pues grangea el alma verla
Mas afable en el bablar.
Ved que eſtrellas, y Planetas,
Si luz tienen, ſi luz dàn,
De mi Laura la reciben,
Planeta de mas beldad.
Es mina de mil riquezas,
Pues ſaben riquezas dar
Sus luces al que las mira,
Y al que las reſpeta mas.
El imàn es de las almas,
Y aunque del alma es imàn,
Es fragua en que muchas arde,
Si afable llega à mirar.
Havrà dicha que ſe iguale
A la mia? Qual havrà?
Ninguna de mas quilates,
Pues le agrada mi humildad.
Eſta, Peces, es mi dicha,
De Laura es eſta beldad,
Auras, Aves, Ninfas bellas,
Sabèd que la sè eſtimar.

Inviſible ſe hacia à la ribera la ligera Nave bizarra, y ufana ſurcaba, y dividia las ſaladas eſpumas; general era la alegria,

y grandiſſima la mia, y la de Laura; eſta en imaginar, que en mi aſſiſtencia reſtauraba ſu perdida ventura, aquella en entender, que mi buena ſuerte eſtribava en tener à Laura; pues entre nueſtras platicas, llegue à ſaber della, que era unica hija de Martin de Ceſpedes, Mercader de mas grueſſa hacienda que avia en Sevilla, y de Elvira ſu muger, à quien llamavan la Perulera: y que para caſarla, ſin que hicieſſe falta al caudal, tenia ſu padre, dias havia, reſervadas ſetenta barras de plata, de à quince mil reales cada una, ſin muchas preſas ricas, y excelentes alhajas del Perù, y Nueva-Eſpaña; y que las cadenas, y piezas de la taleguilla, valdrian grande ſuma, pues entre ellas havia piedras finas, y ſartas de las de quarenta, y de à cinquenta mil reales. Supe mas, que el amante à quien ella eſperaba, era un Alferez mui galàn, que ſe llamaba Lucas Ramirez, natural de las Indias: y que allà ſe le murieſſen ſus padres, y que ella era ſu prima; que ſu madre de èl ſe llamaba Blanca Ramirez, y era ſu tia de ella, hermana de ſu padre Martin de Ceſpeces, el qual eſtimaba, amaba, y queria eſtrañamente à el Alferez, y dèl hacia mucha cuenta, y decia, que brevemente le haria Capitàn de Flandes; y que à eſta cauſa, aunque la hacienda dèl era limitada, ella ſe agradaba dèl, y eſtimaba ſu gala, y bizarria, ſu urbanidad, y publicia, ſus caricias, ſus diſcretas palabras, ſi bien las de ſu padre aſperas, y deſabridas, terriblemente la afligian, y maltrataban, à cauſa de que ſe enfadaba, y llevaba à mal admitirle ella, y hablarla algunas veces, y que aſſi muchas le hacia inſtancia à que mudaſſe de amante, y en ſu lugar ſubſtituyeſſe à un Teniente de la Milicia de Sevilla, de iluſtre ſangre, y mucha hacienda, y de la Cruz de Alcantara, y que ſi le daba palabra de ſer ſu muger, al inſtante le haria deſpachar para Indias, y le daria la mitad de ſu hacienda. Mas ſu eſtrella debia de ſer adverſa à Tenientes de guerra; pues le parecia, que Teniente de paz, aunque Alferez de Infanteria, le eſtaba mas à cuenta, y à cauſa de evitar al que ſu padre le daba tan iluſtre, y principal; ella determinada à dexar ſu caſa, è irſe, elegia, y llamaba

al

al que elegia, y amaba, y queria, precipitada en su afrenta, sin reparar en su fama. Que ay que espantar, si era muger, y deslibertada! Mas quien le dixera, que el teniente de su belleza, y preseas havia de venir de Cataluña?

En referirme sus lastimas, y desdichas (segun ella decia) se entretenia, y aliviaba; mas si supiera la futura desgracia, que se prevenia à su adversa suerte, y à la mia, y que aprissa havia de llegar, que diferentemente se entretuviere! Mas quien imaginàra, quien creyera, que à tres dias de nuestra feliz partida, una nave tan ligera havia de ser de infames piratas Arabes seguida, y alcanzada? Un vaxel de Berberia, que se fingia Inglès, segun las falsas Armas de las bizarras Vanderas carmesies, y que en altivas flamulas, y gallardetes, parecia galàn de la escarchada espuma, y afrenta de las pintadas aves: en la gala, y ligereza, era el que seguia nuestra incauta nave, y de tal suerte su cautela asseguraba nuestra simplicidad, y llaneza, que à breve instancia, sin que de parte à parte se gastassen muchas valas, fuè la desgraciada nave presa estimada suya.

Aqui si que vi transpuesta à Laura; aqui si que la vì trasspassada, y de veras temì su muerte, y la mia; pues tràs tantas desdichas, perdida la libertad, y la hacienda, visperas parecian de perder las vidas; mas yà fuera ventura, y dicha el perderlas, pues tuvieran fin nuestras fatigas, mas diferentes las trazaba nuestra adversa suerte; pues en mar tranquila, aquel dia, aquella tarde mesma, aquel instàte antes que la lampara del dia, en las saladas aguas se encubriesse, y aun antes que lugar huviesse de repartirse la presa, ni de mirar la hacienda, que cada qual llevava, y de repente, y sin que nueva desdicha se temiesse, ni espe rasse, la inclemencia de una tempestad insaciable, causada de un uracàn terrible, aguas, baxel, y nave, de tal suerte la ultrajaba, y heria, levantaba, è impedia, que hasta las nubes parecia que las llevaba; y que de allà su impacible furia (mia, que para mas terribles desdichas me guardaba) la grave furia de las aguas resistia, y que me desviaba de una muer-

te, para que padecieſſe muchas, y aſſi, y à padecerlas deſeaba vivir.

Tres dias naturales anduve de eſta ſuerte, y al ſiguiente, que yà ſin fuerzas me hallaba, y las terribles de la tempeſtad empezaban à blandearſe, y à hacer la ſerenidad las deſeadas paces, deſcubrì una Galeaza Turqueſa, de ſeis, que unidas andaban al pillage, y la tempeſtad traìa deſgarradas; la qual fuè, aunque à mi peſar, mas ancha tabla à mi vida, iba à decir de mi muerte; pues la de Laura cauſaba en mi tales anſias, y me afligia de ſuerte, que à inſtantes parecia que el alma deſtituìa las vitales fuerzas, y que viſiblemente al mar ſe partia à buſcarla.

Deſta manera la libertad ſegunda vez perdida, dì viſta à las Riberas Africanas, y en breves dias deſembarquè en la infiel Playa de Argèl, infame alvergue de Piratas, cadena triſte, y miſerable carcel de Fieles; pues havia en ella al preſente mas de veinte y tres mil almas de Criſtianas cautivas, y entre ellas mugeres, y niñas tantas, que parecian inumerables, y en verlas ſe laſtimaba el alma. Aqui fuè ſuerte aſſiſtir en vil eſclavitud, y ſervir à un Arabe principal, de iluſtre ſangre, y anciana edad, grave en el ſemblante, afable en las palabras, llamabaſe Muley Abinazar, y era en la Ciudad Xeque, que en nueſtra lengua Hiſpana vale, y quiere decir Gran Alcalde. Padecia eſte un mal terrible de ceatica, enfermedad, que parece anda anexa à la ſenectud: y para divertir ſu mal, guſtaba que la gente de ſu caſa le entretuvieſſe algunas veces, y que tañeſſe, y cantaſſe el que ſupieſſe; y al que en qualquier Arte de las Liberales ſe eſtremaba, le premiaba, aplaudia, y feſtejaba.

Tenia eſte Xeque una hija, muchacha de eſtremada belleza, lindiſſima gracia, y admirable platica, un excelente vergèl era de jazmines, y claveles de Lucitania, aunque en Argèl vivia; mal dixe, una agradable jardinera de Italia, y una alegre, y freſca Primavera; y tan gallarda, que à quince, que de edad tenia, ſi en una ſe juntàra à excederla en belleza, ella las excediera, venciera, y burlara. Llamabaſe eſta Xarifa, que en lengua Arabiga quiere decir

Agra-

Agraciada: y assi gustaba su padre, que ella le curasse cada dia, y la cura era de ciertas yervas, y raices; las quales ella, y una esclava Christiana, que la assistia, arrancaban del jardin cada jueves al reir de el Alva, y ellas mismas las traian, y preparaban: y algunas tardes, despues de hecha la cura, se juntaba la gente, y ellas eran las primeras que le tañian, y cantaban.

Era en la harpa unica la esclava, grave en sus palabras, muger de mediana edad, mas de perfectissima cara; en la musica la muchacha, era peregrina, y el padre sumamente se alegraba de verlas, y de que entre la gente de su casa, que era mucha, nadie à la hija excediesse, ni aun igualasse. Desta suerte las miserias de mi triste esclavitud aliviaba, assi mis ansias divertia, y passaba, y aun las esperanzas de mi deseada libertad parece se alentaban, pues un dia, que à esta festiva junta assistia, reparè en que la muchacha afincadamente me miraba, y que la esclava, y ella me hacian señas que danzasse; levantème, apercibì mi guitarra, y entre bien y mal, qual en España aprendì, tañè, y dancè una pavana, y en la guitarra hice algunas fantasias, y passacalles; mas à Xarifa le parecian que eran peregrinas, y excelentes las mudanzas aplaudidas, y entrambas las exageraban. Al siguietne dia dancè una gallarda, escuchè, que la muchacha decia al padre, en nuestra lengua Hispala, que sa preciaba de entenderla, y hablarla, que queria deprender, y que me mandasse la enseñasse. Amabala èl tiernamente; y assi, sin muchas suplicas, fui su Maestro, y cada, dia mañana, y tarde iba à enseñarla à danzar à su camara, y las mas veces las hallaba entretenidas à ella, y la esclava en la musica, y reparaba, que à mi se encaminaban las de Xarifa; y que las de la esclava eran tristes, y se lastimaba de sus penalidades, y pèrdida de su libertad deseada. Assi, pues, escuchè un dia, que Xarifa al harpa en que la esclava tañia, se quexaba, y cantaba, sin apartar de mi la vista.

Unica causa del imàn suave,
En que perpetuamente el alma mia
Arde, padece, y gime; y cada dia
Su mal se aumenta, y es su mal mas grave:
Si eras de mi alegria tu la llave,
Que te mueve à privarme de alegria?
Quien usa de tan grande tirania,
Que aumente mas mi llama, y mas se agrave?
Mas ay! que de callarla el alma se aumenta,
Y el haver de callarla es infalible;
Que es haver de decirla errar la quenta.
Que he de hacer, pues callar es insufrible?
Que he de hacer, pues hablar es mas afrenta?
Dura ley! fuerte mal! pena terrible!

Y despues vì, que la Es- / la suavidad de su harpa en- clava, lastimada de sus penas, tretenida, de esta suerte can- en lagrimas bañada, y en taba.

Parad yà penas mias,
Parad un breve instante, si es que puedan
Las penas en mis dias
Dàr treguas à las penas que suceden,
Pues tendrè de esta suerte
Lugar de celebrar mi triste muerte.
Viva quien dichas tiene,

Que

Que quien ſin ellas vive laſtimada,
Si en penas ſe entretiene,
La libertad perdida tan amada;
Para que vivir quiere,
Si ſiempre ha de penar mientras viviere?
Si ufana mi ventura
En mi niñez altiva me encumbraba,
Y en la ſublime altura,
De aplaudida belleza me elevaba,
Fuè querer que ſintieſſe
Mas penas en Argèl, que en èl murieſſe.
Llega yà, muerte triſte,
Afila tu cruel, y vil guadaña,
Que nunca ſe reſiſte
Mi femenil flaqueza, ni ſe hazaña,
Deshaz yà, triſte parca,
La vida, que en sì muertes mil abarca.
Ay de mi! quien dixera,
Al ver de mi ventura, mas que ufana,
La verde Primavera,
Que à ſuerte tan Pigmea, y mas que Enana,
Quadraba el ſer Maria,
Pues que mar de triſtezas ſer havia.
Mas creced, penas mias,
Crezca el mar, y en mas breve llegue el alma

A inveſtigar las vias
De alcanzar de invencible verde palma;
Que al crecer las mareas,
Crecerán de mi muerte las tareas.

Serviala de Camarera, y Aya à Xarifa la eſclava, y aſſi caſi ſiempre la aſſiſtia. Eſta algunas veces me miraba atentamente, y me hacia inſtancia le dixeſſe, de que tierra era de las del Andalucia, que de aqui la decia muchas veces que era, ſi me apretaba, y nunca le quiſe decir mi patria; haſta que un dia, ſin que Xarifa eſcuchaſſe nueſtra platica, le dixe, que de Sevilla; y al inſtante la vi bañar en eſpeſſas lagrimas la cara. Que tienes, muger, la dixe, y de que te laſtimas? Y en ſucintas palabraas, eſta fuè ſu reſpueſta: Ay Sevilla! Sevilla! que de peſares me cueſtas! que de deſgracias! Sabràs, Andrès, ſi vive en Sevilla un Mercader, que llaman Martin de Ceſpedes, y una hermana ſuya, muger viuda, llamada Blanca de Ceſpedes? Si sè, dixe, y sè que èl vive en mi calle. Y ſabràs (aſſi eſtaba llena de llagrimas) ſi un rapàz, que ella criaba, y de quien ſe llamaba madre, vive? Si sè, repetia, y sè que es mui galàn, y ſe llama Lucas Ramirez, y que es Alferez de Infanteria, y aſpira à una gineta de Capitan en la primera leva que huviere de gente para Flandes. Ay prenda querida de mis eutrañas! eſſe es, ay Lucas da mi vida! Aſſi afable hablaba, y apretadamente me abrazaba. Llegad yà de alegria quiſe ſaber de ella la cauſa, y entre afligida, y alegre ſe eximia, y reuſaba ſatisfacerme; mas inſtè, que me la dixeſſe, y el referirmela fia en preciſas palabras, mas de eſta ſuerte.

La Ciudad Mexicana, riquiſſima, y principal Cabeza de la Nueva-Eſpaña fuè, Andrèz, triſte Patria mia. A mi padre llamaban Juan de Guevara, y à mi Maria de Guevara: Unica hija fui ſuya, y à ſeis meſes de edad quedè ſin madre, que eſta fuè la cauſa primera de mis deſgracias; y la ſegunda, ſer de èl ſumamente amada, eſtimada, y querida;

que

que la demasía en el querer, y amar à las hijas, es añadir ayre à la facil veleta de nuestra mugeril naturaleza, es agregarles vanidad, y prevenirles desdichas; estas, y la edad crecian en mi juntamente, y de la misma suerte menguaba en mi padre la hacienda; viame inclinada à alegrias, y fiestas, y que era amicissima de galas, y en qual quiera que me hacia, gastaba de su caudal mucha parte, y alguna en enseñarme Artes liberales, y para mas ayuda daba en jugar, y festejar Damas; causa de que su caudal mas aprissa se de fraudasse, y disminuyesse. Pàssase sin pensar la vida, y buela qual ligera saeta la juventud mas gallarda. Y entre mis alegrias se me passaban invisibles las semanas, y meses, las Pasquas, y las Navidades. Veinte numeraba yà de mi edad agradable, y cinquenta en la incauta suya mi padre; yà mas prudente, aunque triste en vèr diminuta su hacienda, que las dichas despues de perdidas se sienten, y la experiencia del perder, las hace temer futuras desgracias; y assi, para evitarlas, deseaba sumamente casarme. Hallabase en este intér en la Ciudad misma Martin de Cespedes, y aun en la misma calle, pues vivia en frente de nuestra casa, en la de Blanca su hermana, recien viuda. El era de mi edad misma, galancete, afable, y de discretas palabras sin presumir, ni alabarse, que sabia partes en tan juvenil edad, dignas de estimarse. La vecindad era causa de que su hermana algunas veces me visitasse, y èl à mi padre, mas à fin de verme, y hablarme, que de visitar la amistad crecia, las vistas pagabanse, y agradabale à mi padre, mas que sus partes su hacienda que era mucha en gran suma; y assi fuè facil preguntarle un dia, si deseaba quedarse en Nueva-España, si le agradaba mas que Sevilla, y si determinaba casarse: fuè la respuesta que si, mas si èl le casasse. Entendida la enigma, fuè facil el afectuarse de palabra, y passarse cedulas de parte à parte juradas, y mas facil de verme èl, y hablarme familiarmente cada dia, pues cada vez que queria, entraba en mi casa, y en ella se quedaba à cenar muchas veces, hasta que de una assegurada de sus juras, y eficaces palabras, y

que

que de Sevilla esperaba en la futura Armada papeles, y cedulas de diligencias precisas, y necessarias para haver de casarse, le di neciamente, y sin parecer de mi padre, en mi virginea cama, afable albergue: qudè preñada, y tràs de esta desgracia, tuve la de la muerte de mi padre, que fuè en breves dias, y de una enfermedad agudissima, y terrible.

Yà en mi amante la estrecha familiaridad enflaquecia; yà se passaban seis, y siete dias sin verme, y acercabase el de nacer la criatura; debianle de apressurar mis fatigas y desgracias, que nunca viene una, sin que muchas se le sigan. Este dia, aunque para èl fuesse de pena, le hice llamar, y tambien à Blanca, para que me assistiessen, que para ella fuè de alegria, segun la amistad que me tenia, y caridad, de que se preciaba. Y al entrar en casa, qual si ella fuera imàn de la criatura al instante à las primeras ansias la vì en sus faldas nacida, y que la recibia, y acariciaba, llena de piedad tanta, qual si ella fuera su enguistiada madre. En fin, la criatura fuè un agradable infante, fuè, un Angel en gentileza, sèr, y belleza; fuè una efigie viva de su padre, y fuè el que llamas Lucas, que dices vive en Sevilla, en casa de Blanca, mas atiende, y escuchame, sabras la partida de èl y de ella à Sevilla, y la de mi desleal amante, y mis sucessivas desgracias.

Bien fuè menester, que la esclava me advirtiesse, que la escuchasse, pues mudè de semblante, y quedè qual elada piedra insensible, al reparar, y advertir, que mi difunta, y querida Laura era hermana de Lucas Ramirez, aquel à quien ella à, fin de casarse admitia, y esperaba, aquel à quien ganè la astuta empresa de sacarla, y las ricas presas, ellas, y ella felizmente ganadas, y desgraciadamente perdidas. Que sea creìble, decia entre mi, que Martin de Cespedes sea padre de Laura, y padre de Lucas! Que sea creible, que despues de evitarse la desgracia de galàn tan pariente de su hija, muera ella tan desastradamente, y el amante viva! Mas si escapasse de cautiva Laura, ventura tuviesse.

Assi entre mi tacitamente discursaba; mas la esclava las lagri-

lagrimas, que impedirla presumian enjugaba, y decia de esta suerte: Llegada la Armada, que de Sevilla se esperaba, fingiase mi desleal amante mui triste, y si le preguntaba la causa, deciame, que de su desgracia resultaba, pues de Sevilla dexaban de embiarle las cedulas, y papeles, que para casarse esperaba, mas que le escrivian, que en la siguiente Armada, infaliblemente se las remitirian: fuerza era afligirme de mi limitada suerte, mas de mi misma persuadida, que verdad diria, (que nunca fuè dificil engañarse una muger amante) dissimulaba, y alentada de esperanzas, aliviaba mis tristezas. Lucas se criaba en casa de Blanca, y ella le amaba tan tiernamente, y hacia tan excessivas caricias, que pudiera dudarse de si era su madre, y estrañamente gustaba, que assi la llamassen. Mas quien pensára, quien creyera, que entre tan dulces, y alhagueñas palabras, entre tan singulares finezas, se entretexieran singulares astucias, ingratas cautelas, trazadas marañas de mi desleal amante? Quien dixera, que la criatura, y padre, ama de leche, y tia, pudieran desparecerse en un dia, en un instante, è irse, sin que se supiesse, ni se presumiesse à Cartagena; y que de alli en la Armada que partia, se havian de ir à Sevilla? Ay de mi! trance fuè este, en que quedè sin alma, perdida la paciencia, y deseaba que me faltasse la vida; y sin hacer de ellas cuenta, me dispuse en tres dias à dexar mi triste casa, y mi querida Patria, y me deliberè en reducir à reales mi debil hacienda: y assi afligida, y lastimada, partime à Cartagena, sin mas sirvientes, que un page, y una triste criada. Parti en fin un Martes à la tarde; mas la partida fue tan infeliz, y desgraciada, que despues de algunas caidas, y desastres, que en el viage tuve, al instante que llegue supe, que la Armada era yà partida tres dias havia, que en ella iban las deseadas, queridas prendas de mi alma.

Y para mas ayuda à mi desesperada impaciencia, tambien supe, que el desleal amante amaba, y seguia una gallarda Dama Perulera, que en Cartagena le esperaba, y de antes assistia, riquissima, y perfectissima en belleza, à quien la

Fama llamaba Elvira la rica, hija de un Mercader del Perù, de tan grande hacienda, que se decia era inumerable; que tenia en barras, y piñas de plata, de aquellas preciadas minas en barretas, y pellas de metal mas apreciable de aquellas ricas venas, aunque palidas, y amarillas, agradables. Y en gran multitud de finas perlas de Cabagua, apacibles esmeraldas de Santa Maria, carmin, y azucar, lanas, y seda; y que sin duda alguna, esta bizarra Dama, al instante que à Sevilla llegassen, seria su muger, segun ella, y su padre la amaban, estimaban, y querian; y que era infalible, que la llevaban en su Nave.

Mira, Andrès, qual quedaria mi afligida alma, al escuchar las tristes nuevas de mi engañada esperanza, burlada mi dilatada paciencia, mi castidad perdida, y divulgada mi infamia, acreditadas, y descubiertas las sagaces, y viles cautelas, ingratas astucias, las dulces filaterias, y falsas palabras de mi sutil Ulisses, de mi infiel amante, y vendida yà mi libertada hacienda, fuera yà de mi amable casa, y ausente de mi agradable, y cara Patria. En fin, despues de infinitas, è inumerables quexas, que impaciente, y lastimada esparcia al ayre, enjuguè mis excessivas lagrimas. Y aunque desgracias tantas, me parecian irreparables (que en antever, y adivinar fatales, y vehementes desdichas, raras veces se engaña el alma) fletè al instante un valiente, y gentil Patache, que para diferente parte se apresta-ba, admirable de vela, y en èl me embarquè diligente para seguir à la Armada, è irme à Sevilla. Partì en èl, y sin alcanzarla, ni aun descubrirla, passé aun mas allà de la Habana, tierra de la Isla de Cubo. Passé mas de la mitad del viage, y alli, si entre tristezas grandes puede haver alegria, tuve alguna, causada de la buena nueva, que me daba el Maestre de el Patache, y albricias, que me pedia. Desde la gabia descubria siete naves de la Armada; pues aguijar apriessa, dixe, alargad, y añadid vellas, que si es la deseada Armada, ciertas teneis las albricias.

Fuè en su alcance, y diligente seguia su carrera, que siempre al navegar añade alas la co-

codicia; mas sin duda mi terrible implacable estrella era la que las añadia, pues yà à la vista de Cadiz vi, y experimentè mi fatal ruìna. Las siete deseadas Naves eran de infames piratas Arabes, que andaban à pillage, y sin pensar à tres de ellas vi en un instante dar caza al Patache, y à mi, y à mi gente cercada, y presa, y cautiva, tal me hallè, que desesperada quise precipitarme al insaciable mar, para que sepultada en sus aguas, mis increibles desgracias se acabassen, y sin duda me echàra, si me dexàran: pues tigre Hircana parecia en la desesperada furia y rabia; mas al fin me hallè esclava de viles piratas. Fui passada à una de sus naves, y en ella traida à esta Ciudad de Argèl, y vendida à un Mercader Arabe de Tetuan, que aqui reside, y se llama Gay de Hamete: De este fui presentada à Xarifa, à quien èl ama sumamente, y desea que ella quiera ser su muger, mas ella le desestima, y desprecia, y aun muchas veces hace de èl burla; èl sufre, calla, y sin hacer que la entiende, assiste amante à servirla, y lleva adelante su tema tan hincadamente, que muchas veces me busca, y habla aparte en esta materia, infinitas me ruega le dè entrada en mi camara, y que le encubra en ella tacitamente, y me darà grandes riquezas, y haberes; y muchas me hace instancia, que le dè ardid, y traza para que èl pueda hurtarla, y llevarla à su tierra, y jura, que à mi tambien me casarà, y darà libertad deseada; mas si à esta traza, Andres, se pudiesse dar de manera, que en ella se trazasse nuestra libertad, que gran bien què seria encargarte de ella! trazala, y piensa en ella esta semana, y diràsmela despues qualquier dia, quizà à el executarla serà facil, pues sabes que Xarifa ama tu presencia, y se agrada de tu gentileza gallarda; mas aparta, apatate aprissa, que ella sale. Fuime de alli al instante, mas tan triste de pena, y lastima de las referidas desgracias de la esclava, que para aliviar mi tristeza, me valì de una guitarra, y cantè de esta suerte.

Mira eſclava, que tu pena
Mas pena al alma le dà,
Que ſi en ella Laura eſtà,
Mas aprietas la cadena.
Mas ſi el agua en ſuelta arena,
Mas la ſuele endurecer,
Y exemplar ella ha de ſer,
Que aunque muchas penas vea,
Si el alma mas ſe deſea,
Mas ſe havrà de enternecer.
Si pareciere impaſsible,
De piedra parecerè,
Mas tambien la imitarè
En ſufrible, è inſufrible:
Su natural inſenſible
Se esfuerza el alma à imitar,
Que para haver de lidiar
Perpetuamente entre penas,
Piedra he de ſer, y aun apenas
A la muerte he de eſcapar.

De ſuerte me divertia, que caſi ſe me paſſaba de la idea el haver de trazar mi deſeada libertad, y la ſuya: mas que maravilla? Y tal era mi rabia, que yà en mi fantaſia imaginaba, y aun viſiblemente me parecia, que en Sevilla me hallaba, y que à Martin de Ceſpedes ante mi tenia, y que aſperamente de eſta ſuerte me le reñia, y hablaba: Cruel amante, vil, deſleal,

leal, aleve, mudable: dì, que causa tuviste para que à una fragil muger, que de ti sencillamente se fiaba, y que de tus eficazes juras, y firmada cedula se asseguraba, barbaramente excluyesses y engañasses? Mira variable, quan justamente la Magestad Divina permite que pases, y lastres, y en tu misma casa veas, y experimentes pena tal, equivalente à la culpa: infame fuiste, negaste la palabra, y dexaste burlada en Nueva-España à tu muger misma: su casa infamada, y su castidad ultrajada, diminuida. Pues mira en tu misma hija Laura la misma desgracia: mira si pagas bien la pena: mirala ausente de tu casa, su castidad infamada, pues publicarà la fama, que à un galàn rendida, y entregada, sin saberse quien es, se fuè de su querida patria: mira, si para mas lastimarte, se lleva de tu hacienda misma gran parte en gruessas perlas, finas piedras, y riquissimas preseas. Despreciabaste de que te llamassen de Lucas padre; encubriaste à èl, y à tu hija en la cautela, y astucia que tuviste, en que èl se criasse en casa de tu hermana, y que ella se llamasse dèl madre, y tu, y tu hija à èl pariente, à fin de que tu maldad se enterrasse; pues mira, si à esse pariente, tu misma hija, hermana suya se rinde, y entrega, y si fuè la primera causa, para que se descubriesse tu infamia; y que tal, que tal seria, si se afectuàra, segun èl, y ella deseaban la traza que tenian assentada, de que èl fuesse el que à la una la sacasse de tu casa, y entrasse en la de tu Dama à burlarla, sin vèr, ni advertir, que el vivir enfrente era causa de que la manchada virginidad mas cundiesse, y de que mas publica fuesse su misma afrenta; y sin reparar, que à ley de buena amistad, antes debias venerarla, servirla, y respetarla; pues mira si falta quien de la misma suerte de tu calle misma, en tu vecindad, y enfrente de tu casa, se burlen de tu hija, y sin saber à quien se lleva; Fuiste causa de que la Dama que burlaste se perdiesse en el mar, y de que viva cautiva; pues mira tu hija Laura, despues de cautiva, muerta en esse mar insaciable, sin que tu infinita hacienda pueda darle la vida, ni rescatarla.

Entre estas fantasticas quimeras,

meras, que entre mi diſcurſaba, ſe me paſſaba la ſemana: la eſclava me perſuadia, y animaba à que en nueſtra libertad penſaſſe; mas à mi me parecia mas dificil en la empreſa, que querer intentar ſalir de Argèl, era pretender eſcapar de entre Scila, y Caribdis; y aſſi la dixe un dia en cierta ſala eſcura, y retirada, que el ardid, y traza que elegia, eran ſufrir, callar, y penar haſta la muerte; pues las demàs ſerian precipitarſe, y querer mas apriſſa perder la vida, y añadì mas eſtas palabras: Si alguna traza pudiera darſe buena, me parece que fuera eſta: Fingirme de Xarifa leal, y firme amante, y ſi ella dixeſſe, y afirmaſſe, que me amaba; decirla, que ſi quiſieſſe admitirme, y ſer muger mia, la llevaria à eſpaña, y allà la recibiria; y que mi padre tiene grueſſa hacienda, y riquezas baſtantes para regalarla, y ſervirla, que me permìta hurtar para eſte fin à ſu padre una de ſus tartanas; y que ella trace, aſſiente, y me aviſe el dia en que quiere que à ella, y à ti de Argèl ſaque, y embaucarla, y embaularla, que facil ſerà, pues es muchacha; que para que mas facilmente ſe afectue, tendrè apercibida alguna da la gente de mi patria, que aqui aſſiſte cautiva; y que ſerà facil paſſar à alguna de las Iſlas de Eſpaña. Mas eſta traza, Maria, aunque te parece excelente, es para mi mui dificil, y aun invencible; y la cauſa es eſta: Has de ſaber, que el verme en Argèl en eſta eſclavitud miſerable, reſulta de una gallarda muger, que en Sevilla hurtè aſtutamente de caſa de ſu padre, de que algun dia te darè larga cuenta, y referirè eſtrañas maravillas, y fui juntamente cauſa de que ella miſerablemente murieſſe en eſte mar en una tempeſtad terrible; pues al deſhacerſe la miſma Nave, hice para hallarla mil diligencias, y nunca verla pude, mucha gente ſi muerta, y à mi fluctuar entre las crueles aguas. Y en ellas, aunque à las primeras anſias del perder eſta preciada y peregrina muger, eſta mira del alma, deſeè la muerte; deſpues empeñè mi fé, di mi palabra, y jurè à la Mageſtad Eterna, y Divina, que ſi me daba vida, jamàs engañaria muger ninguna, ni ſacaria hija de en caſa de ſu padre; y aſſi, Maria,

nueſ-

nueſtra muerte havrà de ſer en Argèl, y eſta ſerà de aſſegurar nueſtras vidas la mas ſegura traza.

Callè, mas ella, que en la ſutileza femenil de ſu idea, y en la de la lealtad de amante de Xarifa ſe fiaba, de mi puſilanimidad, è indeliberada reſpueſta, ſe reia: muger en fin, aunque de las prudentes, el primer parecer raras veces yerra; pediame que la ſuya eſcuchaſſe, y fuè eſta: Andrès, el que nunca quiere aventurarſe, ni pierde, ni gana; verdad es, que grandes empreſas, quieren gran prudencia: mas tambien debes advertir, que la tuya indeliberada, es la que deſtruye, y aniquila nueſtra ventura: advierte pues mi traza, y dexa la tuya; mas ſi la deſpreciàres, deſpues de ti tendràs la quexa, que la dicha para el que la dexa, y deſpues la buſca, ſuele ſer calva, y es juſta pena que la pierda el que antes pudiera aſſirla de la melena, y puſilanime la deſprecia. Si dudas de que Xarifa te ama, es necedad grande, pues mis palabras te califican ſu firmeza: y las ſuyas, y ſu mirar agradable te aſſeguran, que deſea ſer tuya: ſi dudas en ſi la amàra de veras ſu Arabe amante, y de ſi ſeràn verdaderas ſus palabras, es dudar de las mias, y entenderè que me imaginas Turca, pues entiendes que pretenderè engañarte. Andrès, animate, y de mi te fia, y ventila allà en tu idea eſte ardid, eſta traza, y advierte, y ten cuenta.

Bien ſabes, que Xarifa ſale cada Jueves antes del Alva à buſcar yervas al jardin, para la cura de ſu padre, y que ſumamente guſta de que la aſſiſta, y ayude; pues ſabe tambien, que eſte Arabe Mercader que la galantea, tiene una ſaetica, y tartana, en que le ſuelen traer de Tetuan, ſu patria, mercadurias, y hacienda à Argèl, y de Argèl llevarlas à Tetuan, en que ſuele ganar, ſegun dice, mucha cantidad de cequies; èl ha de venir mañana en la tarde, ſegun ſuele, à vèr à Xarifa; à mi me ſuele hablar, y regalar antes que à ella hable, para que ſea ſu tercera, y le pida le admita, y mueſtre afabilidad, y buena gracia; y me dirà ſin duda, qual muchas veces, ſi eſtudiè el ardid, y traza de hurtarla? Dirèle, que ſi, y que ſe la dirè, ſi

me

me cumple la palabra de darme libertad, y baxèl, en que pueda irma à mi patria. Que me le darà es infalible, y que harà de cumplir las juras, que ſuele, y celebrarà eſtrañamente ſu gran dicha, y ventura. Dirèle tenga en la marina aparejada ſu tartana, y ſaetica, en frente de la puerta del jardin, que ſale à la muralla, y que prepare ſu gente, y la tenga bien advertida, pues à las tres ſin falta Jueves tēdrà prevenida à Xarifa, que en achaque de ſalir al jardin à buſcar las medicinales yervas, abrirà la puerta, y ſaldrè tras ella, amparadas entrambas de un mi pariente, que la ſirve, y ſe llama Andrès, que es la que la enſeña à danzar, à quien tambien ſe ha de dar libertad, pues es el que ha de madrugar, y guiar eſta danza haſta la marina; y juntamente al Arabe encargarè, que èl ſe encubre en la ſaetica; y que à ſu gente advierta, que en ella han de embarcar à Xarifa, y paſſarla à Tetuan, y en la tartana à mi, y à mi pariente, que en ella me ha de paſſar à la Iſla de Cerdeña. Xarifa me certifica muchas veces, y que eſtrañamente le agradas, y que à gran ventura tuviera ſer prenda tuya, y tu querida muger, y que ſumamente ſe alegràra, ſi algun dia te diſpuſieras à ſacarla de Argèl en alguna tartana de las de ſu padre, y la llevàras à Eſpaña, aſſi que ella es la que ruega, y de ſu parte la dificultad aun eſtà mas llana; y para que mas ſe alegre, le dirè que ſé infaliblemente de parte cierta, que tu en tu tierra eres Duque de muchas Villas, y rentas grandes, deſcendiente de Principes, y Reyes; y que aun que te encubres, à fin de facilitar tu reſcate, me dices mil veces, que la quieres y eſtimas mas que à ti; y que ſi ella quiere, y guſtàre, tu reſuelves à ſacarla el Jueves: y que yà à eſte fin tienes de la gente eſclava de tu tierra, que aqui aſſiſte alguna prevenida, para que à las tres de la mañana, aquel dia que les aviſares, tengan apercibidas en la ribera una ſaetica, y una tartana de las que de ſu padre alli eſtàn ſurtas; y que en achaque de ir à buſcar yervas, de mi, y de ti guiada, mui facil ſerà el ſalir y entrar en la ſaetica, y tartana, y mui mas facil tu, y tu gente dar à la vela, y deſembar-

barcar en Cerdeña, y passar de alli à España, para que allà se bautize, y sea tu mui amada, y estiamada muger, y jũtamente Duquesa riquissima de muchas tierras, servida, y regalada, querida, y estimada: y engañada de esta suerte, ella pensarà que la llevas à España en la saetia, y la llevarà su Arabe amante à Tetuan, y tu me entraràs en la tartana, y la guiaràs à la Isla de Cerdeña, que de alli facil serà passar à España; pues la hurtarè algunas presas, y cequies, que facilitaràn en el passage. Que te parece, Andrès, es buena traza esta? buena, y rebuena (dixe) si se acierta; que del decir al hacer, hai gran distancia. Mas dime, salir à las tres à buscar yervas, pude ser sin luz? Puede ser sin sentirse? Bien puede ser, fuè su respuesta, que piès suele haver de lana, y en el jardin àzia las paredes de la muralla se crian de las yervas muchas, à la traza que en algunas campañas las vulgares, y crecidas malvas; mas para nuestra deseada fuga, prevente de astucia, y de linterna, que buena serà, hasta que amanezca, y servirà al salir de casa, de hacer desde las ventanas las señas à la saetia, y tartana: mas advierte, que sea de unas que hai hechas à la malicia, y encubiertas. Hai mas dudas? Ninguna dixe; pues animarse, repetì, dissimular, y estar alerta, que el Jueves, que viene à las tres de la mañana, ha de ser sin falta, mediante la Magestad Divina, nuestra partida.

Dìle las gracias, y alabè su traza; mas la verdadera, que siempre que en ella reparaba, me parecia imperfecta, y llena de grandissias dificultades. Mas quien creyera, quien pensára, que à nuestra tàn retirada, y encubierta platica, sin que de nadie fuesse vista, assistia Xarifa, y que en su misma camara, unida à la cerradura de una desusada puerta, que à nuestra sala antiguamente servia de passage, aplicada astutamente à la abertura de una llave, acechaba amante, y escuchaba diligente, hasta la mas minimas de nuestras recatadas palabras? Quien presumiera, quien imaginára, que la misma Xarifa, que pudiera ser la causa de nuestra fatal ruiña, y ultima desgracia, y finalmente parte para que su venerable padre

atrasasse nuestras vidas, pues estaba tan descubierta de nuestra fuga la traza; ella misma fuesse la pincipal causa de nuestra libertad, y alegria, y mas ahina se dispusiesse; y afectuasse nuestra salida de Argèl, tan deseada?

Al instante pues que à la esclava acabè de dar las gracias de su tan estudiada traza, vi que Xarifa abria la puerta, y que de rabia llena, decia semejantes palabras: Esclava aleve, y falsa, cruel, tirana, desleal, ingrata, dì, que males te hice, que males (assi repetia) en que te agraviè infame, que assi pretendes venderme? que assi tratas de engañarme? y que assi tan falsamente deseas entregarme? Y tu vil Maestre, que la admites, y sus infames trazas le agradeces? Dime, aleve amante, que assi me desprecias, y te engries: usasse allà en tu patria vengar assi? Burlar assi à las mugeres, y escarnecer de sus amas? Aprendiste allá en la escuela del danzar, algun dia entra tus mudanzas, alguna semejante? Ha infame! y que facil me fuera, si quisiera vengarme! mas á mi misma he de vencerme, para que veais, que hai en Argèl fé, y lealtad en mugeres, si en España infamias, y deslealtades en amantes. De vuestra trazā misma, para mas dicha mia, he de valerme; y en ella, en lugar de la pena que mereciades, vuestra deseada libertad, y mi ventura han de assegurarse. Al Alcayde Hamete, el Mercader Arabe de Tetuan, que me sirve, que este sì me muestra la experiencia, que es para mi leal, y firme en amarme, qual tu vil amante Maestre aleve, en engañarme, y enternecerme; à este, pues, escrivirè esta tarde un billete; y tu infame esclava has de llevarsele, y en èl le dirè, que mi padre intenta casarme, mas que he de ser suya hasta la muerte; que venga mañana à las seis de la tarde á verme, vendrá sin falta, y le dirè, que para el Jueves de la semana que viene, á las tres de la mañana estèn apercibidas en la ribera á la puerta del jardin su saetia, y tartana, y alguna de su gente, y le dirè, que en achaque de las yervas saldrè; mas que en la saetia me ha de passar à Tetuā, y q̄ tu, y essa vil esclava aveis de passar en su tartana á la Isla de Cerdeña.

De

De la misma manera que la gallarda Xarifa referia su traza, se la vi afectuar para mas ventura nuestra; pues el Jueves siguiente la vi embarcar á las tres de la mañana en la sactia; y el Alcayde de Hamete, su leal amante, la recibia alegre, y que felizmente, sin que se sintiesse centinela, ni guarda, daba al apacible ayre las velas, y se encaminaba à Tetuan, su estimada patria; vi al instante entregarseme, sin dudas, ni dificultades, la tartana para mi, y la esclava Maria, y para el viage diversas vituallas, pan de mareantes, fruta seca, agua, y algunas preseas, bastantes hasta llegar à España: largueza bizarra de la bella Xarifa.

Dì à la vela, y fuè tan feliz viage, que sin que ningun Arabe, ni pirata impidiesse, llegùe en breves dias à la deseada playa de la rica Ciudad de Caller, cabeza de la gran Isla de Cerdeña. En esta Ciudad fuè nuestra assistencia una semana. Vendida, pues, y reducida à metales nuestra tartana, fuè la partida en una rica nave de Mercaderes, bien artillada, pes de agua en ligereza, que navegaba à Valencia, Ciudad de las mas insignes, ricas, y fertiles de España. Y para mas celebrar mis dichas, al navegar la nave, y à la vista de Valencia, bien que de la pèrdida irreparable de mi querida Laura, siempre el alma se lastimaba, en un agradable, y excelente laud de figuras, y perfiles de Taugia, que era del Capitan, cantè de esta manera.

Yà alegre mi ventura,
Risueña cara, y festival semblante
Muestra à mi pena, à mi fatiga grave;
Yà de la mar la escarcha, y planta pura,
La rica espuma altiva rutilante,
Se humilla à que feliz buele la Nave,
Yà de la Mar es ave,
Yà dellas es ultraje, embidia, afrenta,

Y yà ſin hacer cuenta
De aſtucias de Piratas,
Deſcubre de Valencia las Fragatas:
Mas ay ventura triſte!
Si en Laura la ventura me impediſte,
Si en ella me quitaſte,
La vida al alma, y vida me dexaſte,
Que puede haver de dicha,
Que dexar de ſer pueda mas deſdicha?
Ay Laura! Laura mia!
Que ſin tì, la ventura es tyranìa.

Fuè la felicidad del viage aun mas inſigne, que la de Argèl à Cerdeña, ſi aſſi ſe puede encarecer.

En eſta Ciudad iluſtre, deſpues de nueſtra llegada, à tres ſemanas, intentè un dia apartarme, y deſpedirme de la Mexicana eſclava; mas fuè fuerza, à inſtancia ſuya, detenerme, pues llena de lagrimas, me pedia la guiaſſe à una Hermita de la Virgen Santiſſima Maria: Fuera de la Ciudad eſtaba à media legua de diſtancia, paſſadas algunas huertas, en la llanura de una gran campaña, y aquel dia ſe celebraba en ella la inſigne fieſta de ſu Natividad Puriſſima: quiſe hacerla eſte placer, y à breve diſtancia, antes de llegar à la Hermita vì, que deſde la puerta me miraba ahincadamente una muger de mui buena cara, en humilde trage de Hermitaña, y que al entrar, caſi que me queria hablar, y que arrepentida ſe paraba, ſin apartar de mi la viſta. Reparè en ella, y pareciame en el talle, y cara, tan ſemejante à mi difunta Laura, que ſi pudiera dudar de que era muerta, juràra mil veces, que era ella, mil veces la abrazàra. Entrè en la Hermita rezè brevemente à la

Vir-

Virgen Santiſſima. Salì à la puerta à aguardar que la Mexicana acabaſſe, que ſiempre las mugeres tienen mas que rezar; y vì, que la Hermitaña ſeguia mis piſadas, y ſe andaba tras mi ſuſpenſa, y embeleſada, haſta que me determinè à hablarla de eſta ſuerte: Que me quiere Hermitaña? Para que me ſigue? Es muda? Para que me buſca? Hable, hable. Y ſin dexar de admirarſe, reducidas las naturales luces de ſu agradable cara à perenes fuentes de lagrimas, eſta fuè ſu reſpueſta: Llamaſe V. md. Andrès? Es verdad, la dixe; pues bien, que me quiere? Para que ſe aflige? Faltan à dicha Andreſes en Valencia? V.md. (aſſi repetia) es de Sevilla? Al decir Sevilla, parece que en mi el alma eſtrañamente ſe alegraba, y que de alegre paraba, ſin darle la reſpueſta; mas al fin me animè, y la dixe: Pues que me quiere, hermana? Que ſi una muger de eſta tierra, que ſe llamaba Laura fuera viva, dixera que era ella; mas ha mil dias que es muerta. Ay Andrès de mi vida, y de mi alma! Eſta fuè ſu reſpueſta, deshecha en lagrimas de alegria, y unida, y enlazada à mi garganta, qual la inculta, y verde yedra ſuele à la cercana muralla, y repetir mil veces: Ay Andrès, Andrès! Luz de mi vida! Querida prenda del alma!

Al fin, en eſta cèlebre Hermita de la inſigne Valencia, vine ſin penſar à hallar la Peregrina belleza de mi perdida, y naufragante Laura. Y ſi la infinita alegria, que en hallarla tuve, pudiera referiſe, y explicarſe, dixera, para exagerarla, que fuè à la ſuya igual, y ſemejante. Al inſtante, pues, que la pedia, que en la verde eſmeralda de aquella apacible yerva ſe ſentaſſe à referirme en ſuma ſu increible vida, deſde que en la mar la perdì: ſalia de la Hermita la Mexicana, diſguſtada eſtrañamente, ſegun el ſemblante, y admirada de verme deſde la puerta aſſiſtir tan alegre à uda muger tan humilde; y aſſi la ſupliquè prudente, ſe quietaſſe, ſentaſſe, y que ſupieſſe, que la Hermitaña era de Sevilla, y en algana manera prenda ſuya, pues era hija de Martin de Ceſpedes, deſleal amante, y aquella muger miſma cauſa de mi eſclavitud, que en Argèl la dixe, à quien

pes-

perdì en la mar; y aquella era la Peregrina Laura, alma de el alma mia, que imaginè muerta.

Fuè la alegria de entrambas grandiſſima, y la mia exceſſiva en verlas abrazar tiernamente, hacerſe, y decirſe publicas, y afables caricias. Mas en el inter que ſe hablaban, reparè, y advertì, que entre la gente que aſſiſtia à la ſinieſtra parte de la agradable llanura à recrear la viſta, entre la multitud de freſcas huertas, jardines, y cidrales, que della ſe deſcubren, ſe paſſeaba un Mercader, y un Capitan, ſegun pude inferir de ſus trages, y platicas, y que à las caricias grandes, que entre Laura, y la Mexicana vian, ſe paraban, y ſe ſuſpendian. Pareciame que entre sì hablaban algunas veces ſecretamente, y que me miraban de mal talante, aſſì me levantè, y à las amigas, que yá en quien eran reparaban, hice que ſe entraſſen à hablar á la Hermita antes que ſucedieſſe alguna deſgracia; y pudiera ſer mui grande, ſi dexan de ſeguir mi advertencia, pues el Capitan, y Mercader, eran Lucas Ramirez, y Martin de Ceſpedes ſu padre, y padre de Laura, que al verla en aquel trage disfrazada, y á mi que la aſſiſtia, ſe perſuadian, y entre sì aſſentaban, que era bien que à puñaladas ſe dieſſe al inſtante fin miſerable à nueſtras vidas, ſin que mas ſe dilataſſe; pues à ſu viſta tenian tan patente la publica infamia, y tan manifieſta la irreparable afrenta.

Y aſſì burlada ſu eſperanza, me apercebì, y deſembaynè mi eſpada, y vì, que al inſtante deſnudas las ſuyas, y las dagas, tras mi ſe venian, è intentaban impedir, y defender la entrada de la Hermita à las dichas Laura, y Mexicana, y à mi que les hacia eſpaldas, matarme; y para mas ayuda à mi deſgracia, nunca ellas acababan de entrar en la Hermita, que en vèr tan impenſada furia ſe eſtaban ſuſpenſas, y caſi paradas, ſin mudar las plantas, tan irritadas, y frias, qual ſi de piedra fueſſen eladas eſtatuas: mas rebatì à ſus ſequaces las fatales armas, tan alentadamente, que ſin muchas cuchilladas, à Lucas Ramirez, ſutilmente le quitè, y ganè la eſpada, y la tuve à mis piès pueſta, aunque deſpues permiti, que la alzaſſe, y

à

à su padre le quebrè la suya, y pudiera, si quisiera, darles la muerte, antes, que algunas espadas à meter paz llegassen. Muchas havia en la campaña, mas las mas de ellas embaynadas, y tan valientes, y bizarras, que aun embaynadas hùian, y dexaban desembarazada la Plaza: debian de ser de prudentes, mas que de pusilanimes, mas afuera miraban la pendencia; y acabada, me cercaban, y cada qual hacia instancia à que se hiciessen las amistades. Dixeles, que de mi parte ninguna dificultad havia; y assi la que hallaban, era el Capitan, y su padre, que publicamente decian; este, que le saquè de su casa à su hija, y hacienda; y aquel, que le hurtè en su querida prima su muger misma, su prenda mas estimada.

Mas para que se alegrassen, y la gente que assistia supiessen que me preciaba de mas puntual, y prudente, y que defendia mi lealtad, y buena fama, le supliquè al Capitan, y à su padre, que me escuchassen à parte; y de esta suerte, brevemente les dixe: De vuestras asperezas, de vuestras astucias, y encubiertas trazas, acreditadas de vuestra gran riqueza, emanan, Martin de Cespedes, nuestras pendencias aceleradas, que aunque vuestras calamidades, y desgracias, las de vuestra hija Laura, y las mias, disimule vuestra prudencia la presteza de mi facil lenguage, y atrevidas palabras, que la verdad justificada, si se vè perseguida, y apremiada, suele ser sutil escuela de la lengua mas cerrada, mas prudente, mas sabia, y recatada. Ved, pues, si algun dia estuvisteis en Indias, que hicisteis en Nueva-España, y à que muger engañasteis, que palabra le disteis, que cedula le firmasteis, y que prenda de ella tuvisteis: vèd si à dicha serà Lucas Ramirez el Capitan, que està presente: ved si es esta la injusta causa de la preheminencia, que le encubris, y negais de padre: vèd si es bien que le aniquileis su dicha, y que le defraudeis de su ventura. Llamadle padre, Capitan, llamadle padre, que es mas que pariente, à èl debeis el sèr, y à mi el deshacerse la cautela, y maraña; y saber que de ella, y particularmente de vuestras tavessuras, resultan la fuga, y calamidades

de

de vuestra Laura, que intentasteis sacar de en casa de su padre, y entendeis, que es prima vuestra, y es vuestra hermana, y si me culpais de que fui el que la saquè, tambien fui el que evitè el detestable crimen que, sucedia; y ella sabe, que fui siempre, mientras pude assistirla, fidelissima, y vigilante guarda de su castidad, y me deben mas fiel assistencia, y defenza à la de vuestra madre, que es una agradable Mexicana, que saquè de Argèl, y librè de cautiva, y en la Hermita assiste vuestra hermana Laura. Mas para que en su integridad y pureza se pueda evitar dudas, si gustais, Martin de Cespedes, que ella sea mi muger, la recibirè, si ella quiere, de mui buena gana, y entenderè, que se acaban mis desdichas, y que empieza à sublimarse mi ventura; esta serà la nuestra. La respuesta del Capitan, y su padre juntamente, fuè el abrazarme mil veces, y echarse à mis plantas.

En fin, quise ser su guia hasta la Hermita, para ser en ella causa de nuevas alegrias, y anticipar mis dichas; y en la breve distancia supe, que Elvira, muger de Martin de Cespedes, y madre de Laura, havia seis meses, que era muerta; y assi en la Hermita hice que èl ratificasse la palabra, y cedula à la Mexicana, para cumplirsela antes de salir de Valencia; y que afable abrazasse à ella, y à Laura su hija, y el Capitan à las mismas, pues era su madre, y hermana verdaderas. A la Mexicana, y à Martin de Cespedes les supliquè, que à Laura deshiciessen las dudas, y le declarassen la enigma; y que declarada, èl la certificasse, de que se alegraria fuesse mi muger: y assi al instante la dì fé, y palabra jurada de recibirla antes de salir de Valencia.

Fuè mi alegria inexplicable, y la suya infinita, en vèr acabadas nuestras desgracias, y miserias, nuestras calamidades y desdichas, y assi la supliquè, que para que el gran placer de tan unanimes amistades se dilatasse, quisiesse referirme brevemente, de que suerte fuè la suya, tan increible, y feliz al acabarse, y escapar de la tempestad terrible, en que la dexè perdida, y la imaginè muerta; y su respuesta fuè desta manera: Al instante, Andrèz, que

vì que la miſerable nave empezaba à abrirſe, y tu te valias de tan pequeña tabla, para ſalvar tu vida, la mia, diſcurſé, que ſi de la tabla me guarecieſſe, y en ella te ſiguieſſe, infaliblemente te perderias; pues ſegun eres de galan, antevia en mi idea, que deliberadamente me dexarias entera la tabla, y ſin parte alguna te quedarias, à querer vencer, dividir, y ſuperar la invencible furia de las irreparables aguas: y aſſi me fui al inſtante à la varanda de la nave, que era cerrada, y cubierta; y en lugar de valuaſtres, cercada de fuertes tablas, y en ella atè fuertemente de una alabarda la taleguilla de nueſtras cadenas, y preſcas, y me aſſi mui bien à ella, y à la madera de la varanda. Abierta pues la nave la parte primera, que á las infatigables aguas fuè tributaria, fuè aquella parte meſma de la varanda, en que à la talega aſſida, y de fatigas cercada, aſſiſtia, que debia de ſer la parte mas peſada; pues aſſi junta, la vi caer, y entera, y en ella metida, qual ſi en una caxa eſtuviera, me hallè en un inſtante en mitad de la mar, que impacible me ſubia à las Eſtrellas, y ayrada me precipitaba en las mas alzadas peñas, entre cadaveres de triſtes naufragantes, que al aſſirſe dellas, para ſalvar las triſtes vidas, mas ahina hallaban la inevitable muerte. En fin, entre eſtas anſias tan terribles, de que mas muerta que viva me hallaba cercada, ſiempre pedia al dulce Jeſus de mi vida me ayudaſſe, ſiempre clamaba humilde me valieſſe, y à la Virgen Puriſſima, Madre ſuya Santiſſima, llamaba, y encarecidamente la pedia me libraſſe, que ſi libre me via en tierra de Eſpaña, le empeñaba mi fé, y palabra de ſervirla en trage humilde nueve meſes en una Hermita ſuya; y ſi la huvieſſe, en el parage á que me guiaſſe, y de cuidar de la limpieza de ſu Santa Caſa, y barrerla cada dia; y en eſtas anſias, y fatigas deſpues de paſſar tres dias caſi ſin vèr luz, y al empezar las aguas à humanarſe, y ablandar ſu furia terrible, deſcubri una grueſſa nave, temi ſeria de Arabes, que mas merecian mis culpas: Era de iluſtres Mercaderes, que de Alicante paſſaban à Valencia: Deſta gente principal fui amparada, y della traia à Ciudad

tan insigne, y della mas servida y regalada, que si de cada qual en particular fuera unica hija: y tambien amparada, y salva mi taleguilla, y juntamente la varanda que à ella venia atada, que es aquella que sirve de tarima al piè del Altar, aquella fuè la tabla en quien me salvè mi vida, quise que en esta Sacra Hermita tambien sirviesse, y se dedicasse à la Virgen Purissima. Esta es, Andrès, esta es padre, esta es madre, y Lucas, la causa de mi trage, y de assistencia en esta Hermita. Nueve meses se cumpliràn mañana en la tarde, que entrè en ella, y esta mañana se me cumplen juntas tantas alegrias.

Acabada la platica de mi querida Laura, y sabida la causa de su assistencia, restaba saberse en la amigable junta la causa de la venida del Capitan y su padre à Valencia, assi quise suplicar al Capitan la dixesse; mas èl empezaba yà à recitarla de esta suerte: Tres meses ha, que de su Magestad tuve la Patente, en que me hace merced de Capitan de Infanteria, para assistir en Flandes; mandame, que venga à Valencia à hacer gente, y que en esta Ciudad assista, hasta que me señale dia para la partida: pareceme, que passará largamente mas de seis meses, hasta que à Flandes me parta. La venida de mi padre, fuè à hacer cierras cuentas, y pedirselas à un Mercader, que era su assistente en Madrid, y le debia gran cantidad de hacienda; fuesse de alli, sin remitirle sus letras, ni escrivirle: Era natural de Valencia, y tiene cartas mi padre, en que le avisa, que en ella reside, que tiene bienes de raiz, y gran cantidad de hacienda, en que pueda satisfacerme; mas ha de siete dias, que fuè nuestra venida, y hechas las diligencias necessarias, y ni el Mercader parece, ni la hacienda, ni quien dèl sepa dar cuenta. Esta fuè la que à la amigable junta el Capitan daba, y de ella se inferia, que à la fama de la fiesta venia aquel dia èl, y su padre à la Hermita: nuestra assistencia en ella fuè nueve dias, para gratificar à la Magestad Divina, y à su Madre Santissima tantas mercedes, y celebrar mas ampliamente su Natividad Purissima. De aqui fuè nuestra retirada

tirada à Valencia, las celebres, y alegres fiestas de nuestras maritales juntas à la primer semana; mas la assistencia hasta la partida del Capitan à Flandes, que fuè de alli à siete meses, y de aqui la nuestra al insigne Madrid, esfera, mapa, y resumen de maravillas, y grandezas, silla suprema de la Magestad del Gran Phelipe, y de aqui à vuestra deseada patria la gran Sevilla.

En ella busquè al instante à mi padre Miguel de Cantillana, y me echè à sus plantas, y su alegria fuè tanta en verme, que casi le impedia, y ayudaba la lengua para hablarme; si bien para abrazarme me añadia nuevas fuerzas. A mi madre hallè muerta. Martin de Cespedes à Blanca su Hermana, buena, y fresca, la qual rejuvenecia mas en vèr à Laura, pues nunca se hartaba de mirarla, abrazarla, y besarla, y admirada de vèr ante sì viva, la que reputaba muerta. Pediala, que nuestra venida fuesse en su casa, mas fuera disgustar à Martin de Cespedes, y assi fuè en la suya, y alegres, que la de mi padre fuesse en la misma calle, y enfrente de la nuestra, y mas alegres al presente, pues èl, y Blanca tratan de casarse, y sin falta se afectuaràn, y haràn las escrituras esta semana.

Esta es puntualmente la que Andres de Cantillana me daba de su vida; la de V.md.aumente, y guarde la Magestad Divina largas, y felicissimas edades. Casa, y Diciembre à diez y siete, vispera de la Festividad Sagraca de la Virgen, que se intitula de la Esferica letra, que à esta Carta falta, que es bien que assi suceda, para que en dia tan cèlebre, letra tan divina, y admirable, se emplee en referir sus infinitas alabanzas, recitadas de lenguas eruditas, y sabias, y de plumas selectas, y sublimes, sin que la mia tan humilde, y necia pueda mentarla, ni en tan rustica pintura; si bien que verdadera, entretexerla.

LA SERRANA DE CINTIA.

NOVELA QUINTA.

ESCRITA SIN LA LETRA V.

PARTO largo, y hija al cabo, dice el adagio Caſtellano, ſeñor Don Iñigo; pero ſi lo dixeredes (como lo rezelo) por el de la planta, ò arbolillo de eſte pobre papel mio, parto de la eſteril, ò poco fertil tierra de mi ingenio, hallandoſe (acaſo) necio, y largo, conſolaros podreis, y remediarlo, con no hacer dèl grande aprecio, y con acordaros del parto de los montes, tan portentoſo, como cèlebre por el minimo ratoncillo, tan reìdo en el latino adagio. Y aſſi, de perdon, y amor digno, hallareis es otro parto de mi pobre talento, y principalmente ſi conſiderades al arbol miſmo de dos notables letras en todas ſus hojas falto; pero como podrà dexar de tener faltas, ſiendo mio? Yo las confieſſo, y con las de dos letras, la ſobra de ignorancias, por ſi me la notaren los mordaces, ahorrarlos al referirlas de trabajo; mas el de las dos letras, conſiſte en la poſtrera de las cinco principales, y en otra conſonante, y relatoria, por ſer las dos entre sì en eſtremo conformes, y amigables, y no ſer poſſible hallarſe ſin la principal la conſonante; pero entre la hojoſa, rama, y flores, ſin ſer arbol de los jardines Heſperides, mirareis el ineſtimable, y rico como de oro de mi aficion generoſa, oloroſa de afec-

tos,

tos, y brillante en deseos de acertar à agradaros; y por esso en forma de corazon; pero sencillo, no doble, ò lisongero en referir torpes amores, lisonja sì de los molestos, por lo ambicioso de la estimacion, y agrado en los leales, y por el pretendido aprecio en los ingenios doctos, arbol milagroso le deseo de Apolo, contra los rayos criticos: por esto os le dedico, y consagro, no arrogante, pero timido de sì le hallareis esteril, se os presenta, y pone en las generosas manos, interessable en el deseo de hallarse engrandecido; mal dixe, ossadia parece, como planta fragil digo, y en los merecimientos corta se os rinde, y postra à las insignes plantas; y reconociendo en sì excessos de pobreza, se nombra la Serrana de Cintìa. Admitidla afable, y agassajadla alegre, honradla, y amparadla generoso; crecerà fertil, y llegarà feliz à gozar, como gozareis de immortal memoria en los honrosos clarines de la Fama.

A doce millas de la gran Lisboa, entre millares de floridos campos, alegres prados, dilatadas, y apacibles dehessas, montes, y collados, poderoso se engrie, y Emperador Magnifico se obstenta, coronandose de excelsos pinos, y de frondosos castaños el celebre, y grandioso monte Tagro, conforme doctos Escritores, ò como afirman otros, el gran Promontorio Artabro, con entrambos nombres le celebrò la Fama por todo el orbe, y oy le celebra, y engrandece con el admirable, y honorifico de Sierra de Cintìa, nombre heredado, ò consedido de la hermosa Cintia, resplandeciente antorcha, y agradable presidente de la noche, por el insigne, y grandioso Templo, blason de las mas altas cimas de estos cerros, al mismo Planeta, y Delfico hermano honor del dia en los passos, y glorioso siglos dedicado: notable fama, immortal memoria de invictos Romanos, tan exagerada en historicos libros, tan decantada en prereginos codices, como en liricos metros, heroycas canciones, insignes poemas, en otros tiempos mas admirables, y felices, celebrada, assì por los incomparables Monasterios, Palacios de Dios en ella fabricados, como por

las

las poblaciones famosas, y amenissimas al piè de la misma Sierra colocadas; y principalmente por la Magestuosa Cintia, hermosissima Reyna de todas ellas, precioso Palacio, delicioso Trono, generosa cifra de grandezas, dedicada al entretenimiento, y descanso de poderosos Reyes, y Monarcas, no dexando por rico alegre jardin de odoriferas flores, y fertilissimò sitio de sobradissimos pomos para toda Lisboa y adherentes comarcas, alzandose con el peregrino nombre de la Sierra, para mayor blason, è immortal epigrama de las grandezas de ella.

A este, en fin Arrabal de el Cielo, ò terrestre Paraìso de España, se retirò à passar los alegres meses de Abril, y Mayo, y entretenerse en el apacible, y delicioso exercicio de la caza Don Felix Ossorio de Menases, noble rama de la glorioſa estirpe, y tronco de Ossorios, por apartarse de los enfados de Lisboa, amada patria esperando tardanzas de correos de la Corte, baldados despachos, sobre prodigas pretensiones; pero dexando en ella padre, y dos hermanas doncellas, y bizarras Damas, tan conocidas por el apellido de Ossorio, como por la bizarria, y gentileza, estimadas, y celebradas de la fama; el nombre de la mayor Doña Isabèl; el de la menor Doña Clara; y el del noble padre Don Tello Ossorio de Menasses: y ademàs destos tres hijos, tenia en Flandes otro, por nombre Don Francisco, Capitan de Infanteria, del Abito de Santiago, gallarda persona, y talle; y si bien en la gentileza no les era inferior Don Felix, galan por estremo, cortès, magnanimo, afable en el trato, y condicion agradable, de edad de diez y ocho años: si en algo era notado de los amigos, y motejado de las Damas, era solamente ser para con ellos encogido, y poco inclnado à empresas, y materias amorosas. Jamàs rindiò, como otros mancebos, mientras assistiò en Lisboa, liberales parias al ciego, y poderoso niño Dios, de Cypria hijo; ni se le diò lo jamàs de los enamorados, y finos amantes. Hablarle en cosas de amor, era para èl hablarle en Griego, ò en Hebrayco: assi lo reñia, como si èl de marmol, ù de bronce

bronce ſe naciera formado, y no de la maſſa de los otros hombres. Con reirſe ſatisfacia, y con eſcarnecerſe de los enfermos de eſte mal tan notable, como apetecible, por locos los tenia, y decia eran hombres incapaces de razon, y entendimiento: parecianle acciones indecentes para hombre de calidad, y nobleza. Mas como no eſtà libre de las inconſtancias del tiempo el excelſo roble, la torre mas alta, y el mas engreìdo, y eminente edificio; tampoco la condicion del animo mas noble, y mas libre, eſſento, y heroyco, dexa de padecer amoroſos peligros: y aſſi tampoco ſerà de admirar ſi el alentado Don Felix, entre lo mas fragoſo, y aſpero de la Sierra, ſe poſtràre, ſe rindiere al tierno Dios de Amor, ſiendo rapáz, ſi por experiencia ſe ſabe, y ſe conoce ſer tambien eſforzado gigante.

En eſte ſacro promontorio ſe entretenia el gallardo mozo, yà fatigado tras las ligeras corzas las inacceſſibles peñas, y montes, tan terſas las laſtimadas liebres, y conejos, las intrincadas matas, y jarales, y à los apacibles remanſos de los rios, y alegres margenes, engañando con eſparcidas redes, y pegajoſa liga los ſimples, y caloroſos paxarillos, y con el admirable rayo de la eſcopeta, domeñando la remontada, y altanera garza, embidia de las demàs, por los hermoſos hojos, y por la pompoſa gala, y bizarria de los blancos martinetes, y aliñados copetes, y rizados penachos, ò la de pico, medias carmesìes, perdiz raſtrera, y necia mohatreta, y engoñoſa.

Mas yendo acaſo cierto dia à lograr del ligero, y ardiente plomo los deſpojos, y acercandoſe àzia la corriente agradable del mas cercano arroyo; dormida, y reclinada ſobre el ſinieſtro brazo en el pardo, y toſco ſitial de la peña mas baxa, ſi bien del empinado riſco, ò docil de la mas alta liſongeada, ò la mas apacible ſombra, y los piès ſobre el tapete, y rica alfombra de las arenas de oro, notò en habito de cazadora de flechas, y arco armada, y con piſtola bordada en la pretina, à la hermoſa Diana, mal hice de nombrarla aſſi, à la bella Jacinta, ſi de Diana la belleza con ella comparada,

era

era como la inferior estrella, respecto del Sol resplandeciente. El mismo Sol à mirarla, parece se detenia alegre, de conocerse señor del Orbe, sin afrenta, por los dormidos competidores, si yà no de corrido, mineste rioso deseasse despertarla, por hallarse necessitado, y falto de esplendor, y rayos: y si assi era, harto hacia por imitarle el animoso Don Felix; mas no podia, hallandose inmoble con la no esperada beldad; antes si increible le parecia, y mas increible los efectos en si mismos, tan de repente experimentados. Mas cobrandose insaciable en el deseo de mayor gloria, deliberandose à recordarla, se acercò animoso, si bien con respecto notable, mas dos, ò tres passos; y assi dixo: dormido Sol de esta Sierra, Diana hermosa destos montes, milagroso imàn de las potencias de mi alma; norte de mis sentidos, centro del mismo amor, esfera de belleza, cifra de perfecciones, epitome de todo mi contento, señora del alma mia; despertad, mi bien; despertad, alegria del Orbe. No ois de los cantores paxarillos la canora, y armonica capilla, como tambien os llama? No mirais, como el fresco ayrecillo, entre los frondosos arboles licencioso, os dá gritos? Y como este arroyo de cristal, en sierpe hermosa de plata transformado, à recordaros se anima? No despertais, gloria mia? Es acaso por matarme mas de amor? O por dilatarme mas el morir? Haceislo acaso adrede, ò com, padecida, por no hacerme exalar el anima, al miraros despierta? Morir feliz deseo à tan soberanos ojos. Despertad, despertad, señora, peregrina belleza, prodigio admirable de esta Sierra.

De semejantes afectos impelido casi llegára á assirla del brazo el enamorado D. Felix, si à este tiempo mismo la bella cazadora, despertando del dilatado silencio, y terible desmayo, pretexto del imaginado dormir, no lo impidiera, poniendose en piè animosa, y armandose con presteza notable del ligero arco, y saeta contra el impensado amante: y si estrañando en èl la deliberada ossadia, amorosas palabras, caricias, y ternezas, y mostrando tambien en el semblante triste, y encapotado ce-

ño,

ño, pesar grande de hallarse dèl tan cerca, con aspereza de palabras, y de rencor llenas, no las atajara, diciendo: hombre barbaro, ò fingido amante, si de belleza prodigio admirable me llamas, como insolente à mi te llegas deliberado à tocarme, y profanar el sacro honor de mi intacto templo? Apartate grossero, mentido, falso; engañoso cocodrillo, ò con el hierro de esta militar saeta te harè reconocer los enojos con passarte el pecho con el plomo desta fingida daga, y minimo rayo: aparta necio.

Cortado se hallò Don Felix, corrido, atonito, y elado entre rigor tanto, entre tanto desamor, colera, y despego: accion indigna le parecia de tan Angelica belleza, y no menos atonito se hallò mirandola bañada en sangre, si yà no era deshecho coral fino, ò preciosa corriente de granates, manantial misterioso, procedido de entre el tesoro rico del hermosissimo cabello por el siniestro lado; mas tan alentada como briosa, sin satisfacer à las corteses palabras del gallardo Don Felix, ni menos agradecerle por señas la compassion amorosa, y entreñable pena de la herida, se le desapareciò corriendo con ligereza estraña por la ladera del monte. En lagrimas bañado el despreciado mozo, de ansias mil opresso, y de amargas fatigas, y aficiones cercado, maldecia la Sierra, los montes, los arboles, las plantas. Mal haya, decia, la hora triste de mi fatal llegada à este encantado sitio; mal haya el Amor niño, ò rapaz ciego, tyrano, homicida de mi alma; matame yà, y acabarà de experimentar en mi tan terribles, tan mortiferas flechas: glorioso yà, si antes temia, ò niño, mi rigor, ò ciego no acertarme. Acabè yà de alcanzar la palma, y podrà aclamarse del todo grande, y poderoso; mas como podrè morir, si me dexa el alma, por preciarse mas de tyrano?

En semejantes afectos entretenia las horas, y los dias el triste Don Felix enterneciendo las asperas Sierras, y regando con rios de lagrimas las mas insensibles peñas, sin hallar remedio en tanto mal; y deseoso yà de poder manifestarle à tan experimentado, y diestro Medico, le reparò, no sè si la dicha,

cha, ò el impassible hado cierta tarde la comodidad de poder acechar, y oir cantar detràs de ciertas peñas parado, y arrimado à ellas otro enfermo, harto afligido de la passion misma; si bien con diferentes accidentes, y mas terribles, si lo son los de prolixos zelos, conforme coligiò de lo enternecido, y amoroso de este heroyco Soneto.

Hidropico el deseo de mas llama,
De mas incendio el corazon sediento,
Sin sacar del ardor merecimiento,
Arde, padece, teme, gime, y ama.
Arde amando zeloso, hermosa Dama,
Padece por no hallar en nada assiento,
Teme perder por firme en tanto aliento
Amor, lealtad, honor, decoro, y fama.
Gime, no por dolor, ni al ansia atiende,
Mas, para dar espacio al alma llame
Mas penas, si penando mas se enciende.
Ama por pretender, amor le aclame,
Fenix de amor; y assi si lo pretende,
Arda, padezca, tema, gima, y ame.

Repitiòse, por oìrsele de espacio la fama en otras ocasiones; si bien en esta eran canoras ansias, y lastimosas penas, esparcidas al ayre, al son de las cristalinas corrientes de dos copiosos arroyos, precipitados de lo alto de la Sierra, por entre dos peñascos obeliscos de ella, por lo excelso. Conocieronse à pocos passos, y este Fenix de amor, era Don Diego de Agramonte, hijo de Don Sancho de Agramonte, y grande amigo de Don Felix, por serlo tambien los padres; tan noble

noble era como èl en la generosa sangre, conforme la opinion, y fama, y no de menos brio en el politico proceder, y casos de honra, si bien Don Felix mas galan por adornarle el pecho la insigne encomienda de Christo, Orden de las Militares, en este Reyno la mas noble; pero tan semejantes los dos en sentir amorosas passiones, como si del mismo objeto se originassen, y procediessen. Admiròse Don Felix de encontrar, y esforzandose à mostrarle alegre semblante para mas festejarle, le abrazò afable, y le rogò cortès se sentasse en la hojosa esmeralda, y matizadas flores de la alegre dehessa, y le diesse del no esperado passage entera noticia.

Gozoso Don Diego de topar sin pensar tal amigo, le pedia lo mismo, otorgandose facil al partido, y amigable ofrecimiento. Mas sentados los dos en el apacible llano, entrambos callaron largo espacio de tiempo; se hallaron como inmobles, y casi pegadas à las timidas gargantas las palabras, sin poder hablarse. Bien se holgàra Don Felix de aconsejarse con Don Diego en tantas penas; mas pareciendole irremediables, se reprimia, yendose à la mano, por no manifestarlas primero, temiendo, y rezelando, como enamorado, si llegaria por anticiparse à estado miserable de zeloso, ò si perderia por determinado el deseado bien, sin llegar à gozarle. Don Diego temia lo mismo, no con menor razon (como dirèmos) mas por no morir sin remedio, casi desesperado de tenerle, empezò à referir del lastimado corazon las penosas ansias de esta manera.

Yo amigo Don Felix, como sabeis, nacì en Cadiz; pero desde mozo residì siempre en Lisboa, generosa patria de forasteros, aficionado à amorosas empresas, no por aficion interior, como otros mozos de mi edad, sino exterior, como por passatiempo: jamàs me empeñè demasiado en estas materias, antes me reia de los encarecidos conceptos de los finos amantes: pareciame gente demasiadamente ociosa, y holgazana: el exercicio Militar de las armas, le tenia por accion mas propia, decente, y glorioso para gente mo-

za, y alentada, y para los hijos nobles de Lisboa; y assi lo encarecia, à mis amigos; mas ellos se reian de mi esperanza, y me tenian por necio, ò loco: ¡Ay Dios! y tan à mi costa lo he experimentado, y pago, sin hallar para mi intrinseco mal el menor remedio.

Acaso, cierto dia de Fiesta, si bien para mi el de mayor trabajo, conforme le ordenò mi desgracia, entrè à oir Missa en el insigne Templo del Carmen, sentème en la mesa de cierta Cofadria, y esparciendo tan libre, y exempto, como siempre, los ojos por la dilatada Iglesia, reparè en los admirables de Sierto Serafin de belleza, ò peregrina deidad. No os riais, Don Felix; si os parecen hiperboles, ò encarecimientos grandes, assistid, y tened al tosco pincèl de mi dictamen, si tan rara belleza possible es explicarse. De la hermosa, y tersa frente el albor agradable, y de la apacible cara, y honestas mexillas el campo de la candidez, y fino de lo encarnado, no eran deshojadas rosas de los jardines de Chipre, no, ni odoriferos jazmines de los de Italia, flores no eran de terrestres Paraysos; mas como del Paraysо, celestiales, y tanto en la beldad perfectas, como á todo retorico pincèl incomparables, los alegres, y soberanos ojos, dos preciosos zafiros eran, ò celestes Orbes de copiosos rayos, tan enseñados à matar de amor, como à despreciar tan rendidos corazones. Arbitrio fiel del candido alabastro en proporcion perfecta era la natiz al competir de las mexillas los colores entre tanta belleza, à la gracia, y limitada boca, no era flor de perfecto carmin, ò fino rosicler solamente, ni solo partido à zahar precioso, en gastado en hermosos cristales, tambien eran centro de inestimables perlas, ò diamante al tope; y si imitarlo todo le placia, era por no desacreditar en la estimacion, y precio los tan gracioso tesoros de tan altos Principes, y Reyes, Monarcas, y Emperadores, siendo tesoro de infinito precio el del ensortijado cabello, sin poder compararsele el oro mas acendrado, y perfecto del Arabia. De la perfectissima garganta la belleza, y el candor excelente en si misma, con

el

el del hermoso rostro se competia; mas oponiase el de las manos bellas, acreditandose, no lisonja, afrente si del mas perfecto cristal, y por la fama, menoprecio de los blancos lirios de à cinco hojas mas celebres; mas si las manos al cristal en lo candido se oponia, todo ella le excedia en la inconstable fineza: jamàs mereci empleasse en mi los soberanos ojos, ni esta lisonja misma le debo, antes penas, ansias, pesares, rabias, zelos, y los tormentos à millares. Mas si determinais aconsejarme como amigo, no os enfadeis de oirme; estadme Don Felix atento.

Acabòse la fiesta, determinè acompañarla hasta el coche, para dar en mi amor los primeros passos; mas atajòmelos al instante cierto Capitan de Flandes, del habito de Santiago, galan mozo, y feliz amante, conforme entendì, deste bello prodigio: tomòla de la mano, y obligòme con cortesia à desembarazar por esto el angosto passo, mas no perdì, por entonces, las esperanzas, antes me pareciò era bien calificar mas los primeros indicios, irme de lexos, como à la deshecha, acercando al coche, por saber la casa de mi Serafin, y deslindar si el Capitan seria pariente, ò amante. Hizelo assì; y passando pocas calles, apostò el coche à la del Oreto principal, y entraron en la primera casa à mano derecha: Hice informacion en otra enfrente, y dixeronme residia en ella Don Geronimo de Cardenas, con dos hijas; la mayor recien desposada, llamada Doña Clara, gallarda Dama, y moza de diez y seis años, y la menor, niña de seis años solamente; y à Don Geronimo yo le conozco como à mi, y le hablo casi todos los dias; èl es mi amigo, y jamàs conocì en Lisboa hijo, ni pariente, ni le tiene, conforme en diferentes ocasiones me informaron otros amigos, y assì por cosa infalible tengo, seria el Capitan el esposo de mi adorado Angel. Assì lo entendì, y lo entiendo, y por esso no hice mas exactas informaciones.

Atormentado me hallè, por los largos dias de ambiciosos zelos, afligido, triste, y melancolico por estremo, passé la calle

calle hartos dias; mas ni en las celosías de la casa, ni en el Carmen, jamàs merecì encontrar la hermosa Doña Clara. Crecia mi zelosa enfermedad; crecia mi tormento, y en casa le solia passar encerrado, y tan triste, como si en las mazmorras de Argèl me hallàra. Crecian mas mis penas; y assi para remedio de ellas, me aconsejaron amigos, me retirasse mas lexos del deseado imposible, y dexasse por dos ò tres meses à Lisboa, y me empleasse en otro amor, si le hallasse de mejor correspondencia, y menos empeños, sin oposicion de amante: No hai cosa, decian, para sanar de amor, como elegir otro amor, ò poner tierra en medio; y assi me retirè, amigo Don Felix, à este Parayso de Cintìa; en el Palacio della poso, en èl resido poco menos de dos meses; y para mayor desgracia mia, dos años me parecen cada hora, y dos siglos cada dia, respecto de las congoxas, y tormentos en este sitio padecidos; flores eran los de Lisba, en comparacion de estos; allà era el amor niño, y acà es gigante; allà podianse tolerar mis penas con el desengaño de el elegido consorte, y acà son intolerables mis enojos, por los desengaños de otro adorado objeto, no interponiendose pretendiente amante, ni admitido esposo: si bien solamente en dos, ò tres ocasiones cierta lamina, ò retrato mirado de mi adorado Angel con decoro, y agassajado en el pecho: possible seria ser de Santo, ù de Santa; pero acechando yo de lexos, y mirando, sin ella entenderlo, me ha dado, os prometo, rabiosos zelos. Y assi, yà el amor primero de Lisboa, no me molesta, ni era bien yo le deseasse para proprio, siendo conocidamente ageno; mas este de Cintìa me atormenta el alma, y se alza à mayores con mis sentidos, y potencias, y si la mayor gloria de amor, es amar correspondido, claro està padecerè en amar sin correspondencia el mayor tormento; pero dirèos como.

Mi posada, amigo, es en Palacio, respecto de estar en èl al presente cierta señora, pariente de mi padre, conforme èl en Lisboa me dixo: dos meses ha llegò de la Corte; mas como èl professa amistad con

el

el Alcayde Mayor, Administrador de essa Casa real, pidiòle le hiciesse este placer, y comodidad, mientras en Lisboa hallasse otra mas enamorada; mas pareceme se estará de espacio. Tiene esta señora por hija, la mas linda perla del terrestre globo, mal la comparo; pero no sè como os encarezca de este Angel la belleza, sino es con el silencio: mas si os acordais de la de Doña Clara, por el retrato referido, la podeis delinear, y considerar en la idea, imaginando son todas las otras perfecciones referidas ayre, en comparacion de esta; y assi no hallo cosa digna de compararsele; Epilogo me parece de todas las beldades; ella es entre todas ellas el Sol hermoso siempre en Oriente, y las demàs son estrellas en tenebrosa noche: poco dixe; ella sola en el semblante, y agradable aspecto, deydad parece; y si assi no me explico, solo el silencio (como os dixe) podrà retorico alabarla. Este es el objeto de mi amor solamente digno: este es el echiso de belleza millagrosa de esta Sierra; esta es la Serrana del alma, y Reyna de mis sentidos, y potencias; mas apelemos à la noche, donde en mi posada de Palacio os la mostrarè, y conocereis si tengo razon de estimarla, alabarla, exagerarla, y engrandecerla, y perderme de amores por ella. En habito de cazadora mirareis esta insigne Diana de la Sierra, este admirable portento de los montes; y entre tanta belleza, admirareis en femenil sexo, el mayor rigor del Orbe; en la mayor beldad, la mayor tyrania de los hombres. Yà le costò essotro dia en este mismo sitio, conforme me lo contò à la noche, por retirarse à todo correr de cierto hombre galan, no la mirasse, abrirse la cabeza al saltar de essa peña, y hallarse al pie de ella, por gran rato, sin alma, y bañados parte de el hermoso rostro, y de los cabellos de oro en acelerado roscler, y precioso manantial de sangre; por apartarse de los hombres, se entretiene entre estas peñas los mas dias; y por enseñarse à matarlos con los ojos, como basiliseo de amor, se en saya en matar fieras con la saeta, y arco. Doña Jacinta de Ribera se llama este celestial prodigio, esta oposicion, y contrariedad

de

de mi amor, y Doña Catalina de Ribera la dichosa màdre: Contadme aora, Don Felix, la razon de hallaros tan triste, si mi aficion os lo merece.

Ay amigo Don Diego, respondiò el enamorado Don Felix, rompiendo en rios de lagrimas, como os lo podrè contar, ni referir, si tambien, y con tan retorico estilo, primor, y artificio la teneis pintada? Cansaros serìa, si tambien la conoceis: si es la misma herida cazadora, la misma de la sangre Jacinta, la adorada prenda de mi alma, el milagroso imàn de mis ojos, y el agradable Norte de mis sentidos. De mi se retiraria esse bello prodigio: Mas como la alabo, Cielos, si de mas tiempo la amais, Don Diego, si infaliblemente he de perderla por desgraciado? Pero como podrè tener yo jamàs felicidad, ni dicha? Mas perdonad, amigo mis excessos, y amadla mas desde oy: razon es intenteis ser amado de tan peregrina belleza; ea, no desmayeis, por la porfia se alcanza en mil ocasiones lo mas dificil: la porfia mata caza, dice el adagio. Porfiad constante, obligadla solicito, y alcanzareis feliz del mayor rigor la palma, sino mas deseada, mejor merecida. Yo me aparto de la empresa, y me irè à morir, ò à habitar donde jamàs de mi sepan los hombres; y yà me pesa en el alma de no reprimir mis inconsiderados pesares al principio, por no añadiros ansias; mas los repentinos clamores del alma, son abortos de las passiones, aclamados del ciego entendimiento, con ardor impelidos, mas no legitimos partos del alma, por la razon, y ponderacion patentes, ò manifiestos; y assi, razon es me perdoneis, como os lo pido. Antes à mi me pesa con todo encarecimiento, respondiò Don Diego, de no saberlo primero, para no añadiros, amigo, mas penas, y pesares; mas yà de ella desisto, y desde este instante me delibero, y determino à no acordarme de ella jamàs, para afecto de amarla. Amadla, Don Felix, amadla, sin contradicion mia, y permita Dios haceros en esta dificil empresa tan dichoso, como podeis desear, y como yo os deseo.

No soi tan descortès, ni descomedido, replicò Don Felix

lix, favores tan grandes eſtimo, como es razon: mas no es bien los acepte; ſiendo mas razon deſiſtir yo de mi porfia, y amoroſo intento; mas yà deſiſto: Y ſi os agrada, yo os dexarè, Don Diego, en la eſtacada de amor, ſolo á competir eſta incontraſtable fortaleza; mas no me parece, conforme os preciais de galan, y conforme la inſtancia haceis por dexarme en ella, aceptareis oferta, y partido inferior en eſta pretencion amoroſa; y aſſi eſte me parece, amigo, no eſtarà bien à los dos, por ſer el mejor medio: Atendedme, Don Diego; y ſi el hado, ò mi contraria eſtrella os hiciere mas feliz, eſte ſerà mayor contento.

La merced ofrecida de poder eſta noche en Palacio hoſpedarme acepto, con condicion de dilatarſe el hoſpedage mas dias, haſta el final remate de eſta empreſa; pero los dos la aſſiſtamos finiſſimos amantes, y la pretendamos por todos los medios poſſibles, haſta elegir ella miſma el mas dichoſo, y declararle por tal, ò caſarſe con otro. En eſta forma, amigo, y con eſte deſengañado engaño, no hai de parte à parte ofenſas, pongamonos animoſos en las manos de el deſtino: declare ella para amado eſpoſo al mas feliz, y eſſe ſin contradicion de el otro la goze, la poſſea, y con ella ſe deſpoſe; y ſi acaſo à mi me eligiere, y agradàre para dichoſo conſorte, de mis dos hermanas la menor, llamada Doña Clara, como la alabada del Carmen, yo de mi parte os la ofrezco, y mi padre no la negarà, ganando tanta honra; mas ſi Jacinta os eligiere, yo me partirè al inſtante á la Corte à caſarme con cierta prima mia. Si eſte medio os agrada, aceptadle, y empezemos los dos à amar eſte impoſſible, à contraſtar eſta inacceſſible roca, à oponernos à eſta dificil eminencia, y à combatir, y pretender ganar eſta belleza rara, eſta milagroſa perla, eſta celeſtial perfeccion, cifra, ò mapa de admirables perfecciones, y ſi no os agrada eſte medio, yo me irè al inſtante à Lisboa, por no haceros ſombra à gozar los ſoberanos rayos de tanto Sol.

Callò Don Felix, otorgò Don Diego el parecer por acertado; y dandoſe los dos pala-

bra, y mano de no apartarse de lo tratado, se partieron conformes de la Sierra àzia el Palacio, por ser yà tarde; pero algo mas alegres con la ambicion licenciosa de entrar en el terrible golfo de tan inciertas esperanzas.

En fin entraron en el insigne Palacio yà al anochecer, mas no en mala ocasion, respecto de entrar à esta hora misma tras de ellos la hermosa Jacinta, retirandose del monte, contenta de traer cantidad no poca de conejos, y perdices para la cena. Presentòselos à la madre con alegre semblante, y con el mismo recibieron las dos à Don Diego, y al amigo Don Felix; mas sabiendo, como le traìan para hospedarse tambien en el Palacio, no se holgaron tanto; mas ellos, no dandose por entendidos, empezaron corteses à festejarlas, y à celebrar de Jacinta la belleza, la gala, donayre, y bizarria, si bien ella poco caso hacia de ellos; mas no afloxaron por esso en los intentos comensados.

Llegòse la hora de la cena, y à la misma mesa, madre, y hija, y los dos amigos amantes, permitiendolo ellas, con llaneza, cortesia, ò nobleza Castellana, cenaron conformes, y platicaron alegres, hasta esparcirles el soñolento Morfeo arena por los ojos, y ser hora de ir à recogerse los dos amigos: Assi lo hicieron, despidieronse corteses de madre, y hija; pero en los amores comenzados insistian cada dia, con mayor afecto, è instancia, con notables intercadencias en el rigor de Jacinta; pero siempre constantes, alternando finissimos empeños, ofreciendole copiosos dones, yà de olorosas flores, y artificiosos ramilletes, yà de costosas galas, y ricas joyas de perlas, y diamantes, sacrificandole penas, ansias, lagrimas, tormentos; pero ella siempre indiferente con entrambos, si bien à Don Diego parecia inclinarse mas; pero no con amor declarado, con mas agrados si en lo exterior, y con mirarle mas afable; pero alcanzólo con esta traza, y ardid notable, conforme èl decia, si yà no era por conformidad, ò simpatia de los astros. Diò Don Diego en lisongearla, y alabarla todas las acciones de rigor, y

asse-

aſpereza, y exagerarlas de honeſtas, de recatadas, nobles, modeſtas, è inſignes: deciala era la contraria condicion en las Damas peligroſa, y de infinito rieſgo; fingia agradecerſe de ella, tanto por el deſpego, como por la belleza, y hallarſe ſatisfecho, pagado, y contento, ſolo con amarla. Mi amor, decia, es el mas fino, mas noble, y excelente de el de todos los hombres. Yo amo ſolo por amar, ſin eſperanza, ni atencion al premio, y yà le gozo en la excelente, eleccion del mas ſoberano objeto.

Por contrario camino procedia Don Felix; teniala infinito amor, hacia exceſſos notables por agradarla; mas hallandoſe desfavorecido, reprehendiale, y ſi bien con palabras amoroſas, entre afligido, y amante, deciala dexaſſe de ſer yà tan agreſte, tan aſpera, y tan ſemejante à la irracional fiera de la ſierra mas indomable, y otros para ella peſares ſemejantes; mas al inſtante arrepentido, y en lagrimas bañado, poſtrandoſe à las plantas, pedia con inſtancia le perdonaſſe generoſa, y le admitieſſe amable, ſino por feliz, por conſtante, por firme, por leal amante; mas era clamar en deſierto. Como ſe podrà contraſtar lo incontraſtable? Aſſi reſpondia, ſi acaſo reſpondia tierna, ò afable en todas las platicas; en todas las acciones eſparcia rigores, haſta que en cierta ocaſion, acechandola en el jardin de mañana, al coger de los roſales roſas, eſcapandoſe por entre ellas cinco, ò ſeis paxarillos, y bolando àzia lo alto, la oyò cantar con gentil donayre, y donoſa aſpereza, eſtas endechas, y ella en ocaſion permitiò ſe traſladaſſen, por ſer contra los hombres.

Parad paxarillos,
No boleis tan preſto;
Mirad ſi eſtas roſas
Os dicen lo meſmo.
Ellas os lo piden,

Las ojas abriendo,
Esparciendo olores,
Y el oro del centro.
Con picos de plata,
En el nacar bello
Bebed el rocìo,
No boleis sedientos.
Copas de coral;
No son de desprecio;
Ni perlas, ni aljofar
Se estiman en menos.
Mas si de los hombres
Temeis los enredos,
Bien haceis, bolad,
Bolad àzia al Cielo.
Yo os acompañàra
A poder hacerlo,
Y libre de ingratos,
Lograra contentos.
Son los hombres todos
De tratos siniestros,
Todos son traydores,
Dios me libre de ellos.
Falsos, y engañosos,
Esto es lo de menos,

Los mas de à dos caras,
No pocos de à ciento.
Para con las Damas,
El noble, y diſcreto,
Si no las engaña,
Se tiene por necio.
El mentir es gala,
Tan hallada entre ellos,
Como entre noſotras
El termino honeſto.
La lealtad en hombres
Todo es fingimiento,
Todo hipocreſia,
Riſa, y paſſatiempo.
Llegar de las faltas
Al fin por extenſo,
Es tan impoſsible,
Como hallarles medio.
Bolad paxarillos,
Bolad, ſi diſcretos,
Temeis de los hombres,
Lazos, y embelecos.

Hallandoſe, en fin, Don Felix, tan triſte, deſpreciado, y afligido, por no hallar otro remedio, ſe determinò à grangear por tercera à Inès, criada de caſa, y empezò à obligarla con

con caricias, y doblones, si acaso son dos cosas diferentes; y manifestandole el amoroso incendio, y deseado objeto, le prometiò satisfacer diligencia, y passos, y gratificarselos grandiosamente, si salieſſe con la empresa Sentiase la Inès tan enamorada dèl, como èl de la desamorable, y hermosa Jacinta: y assi holgò tan notablemente con la ocasion; y en cinco, ò seis, sangrandole de la bolsa, le diò à entender era èl solo el adorado con estremo de Jaciñta, y le hizo creer se moria por èl, y le pagaria presto tantos exceſſos, finezas, con entregarle el alma en amoroso lecho, tal noche; pero dandole primero palabra de esposo por papel firmado, y no de otra manera: y palabra tambien de assistir con todo secreto, y el silencio possible, respecto de dormir Doña Catalina en la interior sala, y ser possible recordar, y oirle. Diòle credito Don Felix, y prometiendole todo secreto, le parecia cada hora de dilacion mil años.

En fin, llegò la señalada de la prometida, y dèseada noche, entrò alegre, y gozò amante caricias, finezas, y delicias de la infiel criada, y fingida Jacinta, y al dormirse ella entre los brazos, le cogiò de la garganta por donayre, con intento de darsela en otra ocasion la gargantilla de aljofares, ò perlas de estraño, bien parecidas à ella en lo falso.

No le cabia el corazon en el pecho de placer, y contento à Don Felix, pareciendole era el gozado objeto la adorada prenda, sin entender el embeleco, y malicia, ni la aficion engañosa del ardid, y sagaz traza, y alentado de la firme opinion, en la idea aprehendia, satisfecho de sì mismo, y confiado, imaginandose señor de la inacceſſible fortaleza, procedia mas alegre, sin darle pena, ni tener yà por descomodo la oposicion, y pretension de Don Diego, ni las desabridas palabras, y desprecios de Jacinta, antes entendia lo haria con pretexto de mas silencio, y disfraz en lo passado. Y para mas certificarse de ser assi, sacò del bolsillo la gargantilla de perlas, mirandolas entre sì mismos ellas falsas son, bien las conozco; mas tambien conozco por legi-

tima

tima señora de ellas, y de mi alma à mi adorada Jacinta, y en ser ella la gozada, no hai engaño, si le hai en ellas. Y para mas celebrar la imaginada felicidad, se retirò al jardin, y sentado en agradable sitio de olorosas flores, diestro en la cytara, cantò estos sonoros metros, tan celebrados oy de la fama.

Gozoso me llego, flores,
A deciros como yo
De otra flor de mas belleza
Gocè fragrancia, y candor.
Mias no sabrè exageraros
La belleza, y perfeccion,
Por ser flor incomparable,
Comparada à toda flor.
Lo encarnado de la rosa,
Ni el albor del jazmin no,
Ni el lirio de la nobleza,
Le propone oposicion.
Si se le opone el Jacinto,
Por el nombre la ganò,
No por lo gentil del ayre,
Ni lo hermoso del color.
Solo de Jacinta el brio,
Donoso mirar, ò accion,
Os darà fragrancia, y rayos,
Si al passar os engendrò.

Tanto

Tanto, flores, os grangea,
Felize la estimacion,
Como bello Sol excede
Al celeste en resplandor.
Mas yo, flores, mas felize,
Como en nombre Felix soi,
Entre mis brazos dormido,
Los rayos mirè del Sol.
Mas por fe los mirè solo,
Y assi rezeloso estoi,
Si entre tanta dicha absorto,
El contento me engañò.
A mirarla tan de cerca,
Me cegò tanto esplendor,
No la noche; pero al tiempo
Hice del fiel ladron.
Y tentando en los jazmines
De la garganta el primor,
De estas perlas, con destreza
Deshice el lazo al cordon.
Mas perplexo en los efectos,
No sè si tan feliz soi,
Ni sè si son por ser falsas,
Falsa idea de mi amor.
Mas si es cierto, flores mias,

Si es cierto el cogerlas yo,
Como mi aficion maltrata?
Como ofende con rigor?
Mas haràlo, es infalible,
Con pretexto de opinion,
Y por mas dichoso hacerme,
Harà del desprecio honor.

Acabò de cantar, mas no de desengañarse: y en estas confianzas, y amorosos sylogismos de la idea, se passaron hartos dias: Mas llegando yá por los rigores de Jacinta tan terribles casi à desconfiar de sì mismo, empezò à imaginar en lo passado; y hallandose perplexo, se determinò à satisfacerse del todo, y saber de la misma Jacinta, si conocia las perlas, y assi lo hizo; pero ella le respendiò, eran de Inès la criada de casa. Con esto saliò el pobre Don Felix del engaño; pero bramando de colera, no hacia sino llamar à la criada, y andarse por todas las salas de Palacio, hasta entrar dentro en las cocinas, gritando: Inès, Inès, donde estàs Inès? Mas yà à este tiempo, ella por sentirse preñada, y temiendo el merecido castigo, si se desenmarañasse la tela, y constasse ser ella la ardiosa texedora, y destexida, eligiò por medio mar cierto el irse de casa, sin de nadie despedirse, como lo hizo. Y en entrando en Lisboa, piadosa madre de forasteros, y afligidos, deseando hallar en ella comodo de semejante al perdido, ordenò el destino entrasse en casa de Don Tello Osorio de Meneses, padre de Don Felix; esto acaso, y sin ella intentarlo, mas sospechandolo assi por el apellido de Osorio.

Entendia à este tiempo Don Tello en los conciertos de el casamiento de Doña Isabèl Osorio, la hija mayor, y el desposado electo era Don Garcia de Sosa, gallardo mozo, hijo de Don Baltazar de Sosa

y Caſtro. Pero teniale criado en la Corte, y en ella ſido finiſſimo amante de Jacinta; por ella tenia hechos eſtremos, en ella idolatrado, por idolo precioſo de belleza, dedicadole, como à tal por templo lo mas intimo del alma los ſentidos, y potencias; ſi bien la correſpondencia de ella para con èl à los principios, ſemejente era à la de Cintìa, para con los dos amantes. Como el de eſte gallardo Narciſo era primero amor, y le experimentò ſiempre firme, hallandoſe à tan porfiados primores rendido: ſin poder reſiſtirſe, ſe hallò tambien obligado à confeſſar le tenia aficion, y à darle palabra de admitirle por eſpoſo, ſi haſta alli amante leal, y firme le aſſiſtieſſe dos años, ſin hacerla ofenza, ni darla zelos. Aceptò èl la condicion, y aſſiſtiò ſiempre conſtante, prompto, ſolicito, è incontraſtable, mas faltando ſolos ſeis meſes para cerrarſe el deſeado plazo, ſe ofreciò la partida de èl, y de las dos Serranas à Lisboa, ſi bien ſolicitada dèl, con notable inſtancia, por el deſeo grande de deſpoſarſe en ella. con beneplacito del padre; mas entrando en ella, eſtrañandole amigos el caſarſe con Dama foraſtera, y con poco dote, y aconſejado de el miſmo padre à no hacer tal; y prometiendole de ſi la dexaſſe, caſarle con Doña Iſabel Oſſorio, hija de Don Tello Oſſorio, bizarra Dama, y de gran dote, y renta, ſe deliberò ingratò, ſi bien con amagos de honra, ò diſfraces de interes à dexar à la bella Jacinta, y à no acordarſe mas de ella; tirania increible! De eſte deſprecio tan notable, procedia el aborrecer ella tan terriblemente à los hombres: y aſſi en tal aprieto, y conflicto, madre, y hija, eligieron por mejor el empararſe de el noble D. Sancho de Agramonte, padre de Don Diego, como de cerca pariente, y èl les ſolicitò para morada el inſigne Palacio de Cintìa, como ſe ha referido. Y aſſi, tratando, y concertando yà el caſamiento del ingrato Don Garcia, con la hermoſa Doña Iſabel, ſe dilatò el efecto mas de ocho meſes, por no ſer poſſible poderſe dar antes ſatisfacion por entero al prometido dote: pero admitianſe los galanteos del amante, ſi con el decoro, y honeſti-

dad

dad poſſible, y permitia ſe entraſſe las mas noches en caſa de Don Tello à platicar con èl familiarmente, y feſtejar la adorada Doña Iſabel, deſeada eſpoſa, y ſolia eſtarſe dos, y tres horas.

Era Don Garcia de condicion no poco zeloſo: y aſſi al entrar las mas noches en caſa de Don Tello, oyendo hablar deſde la rexa mas baxa con gente en la calle, hacia inſtancia por conocer los amantes; mas en acercandoſe, ellos recatados ſe eſcondian, y aſſi jamàs oìa palabra. Tenialo èl por azar, y no le parecia bien el rezelarſe ellos tanto; mas por el miſmo caſo, ſe determinò à conocerlos, dexando de propoſito paſſar cinco, ò ſeis noches, ſin acecharlos, moſtrandoſe no darſele de ellos nada; mas eſcondiendoſe otra noche en parte ſecreta, donde facilmente, ſin ſer de nadie notado, podia èl bien notar, y mirar todo, y oìr tambien la platica de los dos amantes: Notò diligente (caſo notable!) como la miſma Doña Iſabel Oſſorio, abriò (llegò digo) à la rexa, y acercandoſe à ella el hombre de la calle, ella le dixo eſtas palabras: Llegad, llegad preſto àzia el balcon, y echaros he el niño. No podia creer tal Don Garcia; mas acercandoſe mas, ſintiò abrir el balcon, y notò, por ſer clara la noche, como la miſma Doña Iſabel, deſcolgando por los liſtones el prometido niño, ſe le entregò al miſmo hombre, encargandole el ſecreto, y pidiendole con afecto, y grande inſtancia, como à perſona conocida. Empezò à llorar el niño recio, mas deliberada Iſabel, cerrò al momento, por no ſer conocida, el balcon, y el hombre à todo correr echò por la calle abaxo.

De colera bramando el triſte Don Garcia, perdia de zeloſo la paciencia; y de no matarle ſe arrepentia, y ſe tenia por el mas infeliz, y deſgraciado de todo el Orbe: Como es poſſible hacerſeme à mi, decia, afrenta tal, y tan terrible, Cielos ſoberanos? Como permitis à mis ojos mi propria infamia? Como conſentis maldad tan grande, crimen tan horrendo, y delito tan enorme, y deteſtable? O mal haya mi implacable eſtrella, y el inſaciable deſtino à mis peſares! Serà poſ-

sible hallarse en todo lo habitable del terrestre globo, hombre mas desgraciado? No es possible. Mas como tanto lo siento, y exagero? No soi sino felicissimo, y en estremo dichoso. Isabel falsa, desleal, Circe encantadora, Sirena ingrata, Cocodrillo engañoso, si llego al desengaño, antes de mayor empeño, y libre me hallo de tan terrible incendio de pesares, de tan immenso galfo de tormentos, y zelosos sobresaltos; goza, goza mil años al infame esposo, y jamàs me nombres. De este modo entre colerico, y templado, entre arrebatado, y pacifico, sentia del afligido corazon las penas, y ansias, el zeloso Don Garcia, y esparciendo yà roncas, y brabatas, yà lagrimas al ayre, se retirò, deliberado à no entrar jamàs en casa de Don Tello, ni por pensamiento hablar à Doña Isabel, ni menos con persona de esta casa. Loco me llamen, decia, si lo contrario hiciere; Y por no dar satisfacion à tantos zelos, ò à delitos tan manifiestos, y patentes, hallandose arrepentido del delito cometido contra la bella Jacinta; sabiendo residia en Cintia, se deliberò à partirse al amanecer: mas si bien lo intentò, mejor lo hizo; y llegando al Palacio à medio dia, hallando à todos sobre mesa platicando, echandose à los piès de la hermosa Jacinta, empezò postrado à pedirla con lagrimas mil perdones, y con amorosas palabras, licencia para acabar de satisfacer los dos años prometidos de firme lealtad, y empezarlos como desde el primer dia, y si pocos le parecian, se los doblasse, para experiencia calificada de legitimo amor.

Admirados, y como atonitos se hallaron todos de la accion tan noble del enamorado mozo, y en estremo enfadados los dos amigos, de tenerle por opositor; y à no ser de ellos tambien amigo, le recibieran de diferente manera; si bien los alentò de la hermosa Jacinta la ira, y colera en el aspecto, al hallarse de èl por los pies assida, sin poder desacirse, ni dexarle, como intentò; mas pareciendo demasia, le pidieron, y con instancia rogaron Don Felix, y D. Diego, cortesmente, se alzasse, y sentasse, y sossegado el corazon, dixesse,

y

y manifeſtaſſe de el alma los afectos, los ardores los ſentimientos, y penas, con amoroſos conceptos, ſin profanar de la hermoſa Jacinta la libertad; mas en hallandoſe ella libre, deſeò eſtrañamente reſponderle, no con palabras, mas con el deſprecio dexarle, y irſe; pero deteniala la madre, y haciendo ella inſtancia por eſcaparſe, ſe le cayò del pecho la referida lamina, y conocieron todos ſer retrato del miſmo Don Garcia; pero ella, por deſmentir ſoſpechas, con preſteza notable, de eſta manera ſatisfizo: Si acaſo, ſeñores, imaginais, procederia de amor el traer yo en el pecho eſſe retrato, engañaos, error es manifieſto, y mal conſiderada ſoſpecha; lo contrario podeis tener por infalible; del aborrecimiento, y mortal odio, reconcentrado en mis entrañas, contra Don Garcia, procedia el traerle en el pecho, para mas refinar mi ponzoña; y aſſi, mirandole cada dia, y conſiderando en èl, como en eſpejo, mas de año y medio de fingido amor, falſa fé, y lealtad, me encendia mas contra èl, y contra todos los hombres en rabia, en colera, y en rencor terrible, por ſer todos los hombres de la miſma maſſa, y de la miſma eſpecie; y aſſi à todos los conſidero ſiempre inconſtantes, falſos, ingratos, fingidos, y deſleales, y à los Leandros mas finos por amantes de paſſatiempo.

Callò la hermoſa Jacinta; pero Don Garcia, alzando el retrato, no ſe eſpantò demaſiado del rayo de amor, relampago le pareciò ſolamente el incendio; y aſſi ſe obſtentò algo mas alentado: pero bien entendieron Don Felix, y Don Diego, procedia la demaſiada confianza, y oſſadia de ſer èl en el amor de la Jacinta, anterior amante. Rogòle Doña Catalina deſcanzaſſe, y rogandole lo miſmo ellos; pero temiendo le admitieſſe Jacinta, y del todo à ellos los dexaſſe, è infirieronlo, notando como ella no le deſpidiò con palabras preciſas; pero ſolo moſtrò amagos de colera, pena, y peſar, indicios mas ciertos de no ſer legitimo el rencor; pero ſolo exterior, y falſo. Confirmòſeles eſta ſoſpecha al anochecer, entrando ella en caſa con menor enfado, y permitiendo ſer

roga-

rogada de la madre le admitiesse en amistad honesta como de antes.

En efecto, ella se determinò à conceder la hiciesse compañia à los dos amigos en Palacio, si le pareciesse; pero ellos, conociendo la mejora del pretendiente, se determinaron à dexarle libre, y desembarazado el campo, y partirse à Lisboa. Sintiòlo notablemente Jacinta, assi por entender se manifestaria el amor para con D. Garcia, deseando ella disfrazarle, y esconderle, como por perder ella ocasion de poderle pagar en la misma moneda, dandola à cada passo para la enfermedad de amor pildoras de zelos: y assi les rogò no se partiessen tan presto, mas antes le hiciessen placer de assistir pretensores, como de antes, y admitir tambien à la empresa à D. Garcia, por ser pretendiente de mas tiempo: mas diòles palabra de no anteponerle à ellos, ni en el menor agradecido, ni en la mas minima señal, ò palabra amorosa, y elegir de todos tres por esposo, dentro de dos meses, al mas leal, y fino amante.

Determinaronse à complacerla, y aceptar por el interes, ò desengaño la condicion: pero ella, no obstante tener à D. Garcia mas amor, fingia lo contrario, con sagacidad notable; mas como los dos eran diestros amadores, à pocos lances la conocieron en los ojos las pintas de la amorosa enfermedad; y assi determinadamente la pidieron se deliberasse en elegir al mas dichoso, ò les diesse licencia de poder partirse al momento. Instaron: hallòse de todos por el termino cortès, honrado proceder, y assistencia, obligada; y assi les dixo: Señores, partirme en tres partes, para darme en agradecimiento por esposa à todos tres, bien sabeis es imposible. A elegir me obligais al mas feliz, conforme decis; yo no me determino, ni es razon dexe por mi eleccion à los dos lastimados, y me echeis maldiciones; mejor serà se las echeis al destino, ò hado infeliz: coged todos tres de este hermoso jardin alegres flores, y à cada persona de los tres, elija entre mi flor conocida, y diferente el color; echense en este azafate de blancas mimbres, y al passar el primer niño

por

por la calle, llamadle, y esse à ojos cerrados sea el electòr de mi felicidad, y contento, y el relator del fallo infalible de la sentencia final de este certamen de amor, ù de essa palestra amorosa. Consentis, señores, en este medio? En esta traza consentimos, dixeron todos. Y dandose principio al certamen, cogieron todos tres del jardin flores, poniendolas ante Jacinta sobre la mesa, eligiò ella primero, diciendo: Yo en nombre del ignorado esposo infeliz, ò dichoso, elijo esta encarnada rosa, por el Sol del campo, y Reyna de las flores, para darsela de mi mano, en prenda de mi amor. Y yo, dixo Don Felix, elijo este hermoso, y colorado Jacinto, por ser la flor mas semejante en nombre al idolo sagrado de mi amor. Y yo este blanco, y oloroso jazmin, dixo Don Diego, por ser de la candidez de mi pecho, y perfeccion de mi amor el mas perfecto simbolo. Y yo esta amarilla flor, y pagiza retama, dixo D. Garcia, elijo, por ser geroglifico mas prorio de mi desconfianza, y poco merecimiento. Preparado todo, se llamò al niño; pero triste se parò Jacinta, y tan palida como la flor se hallò, casi arrepentida de la falta, y deliberada traza. Mas embargando con las blancas manos la arbitraria eleccion de los ojos al niño, y meneandole primero en el blanco azafate las olorosas flores, le dixo sacasse presto, y sin manosearlas la primera. Assi lo hizo, y sacò la pagiza retama de Don Garcia. Alegre en estremo miraron todos à Jacinta, y alegre con mil excessos al electo esposo, y ella al momento, en fé de la palabra dada, le diò la encarnada rosa, y con ella el alma, y los brazos, y la mano de esposa, y èl la pagò en la misma moneda, con notables demonstraciones de alegria. Y para mas agradarla, y celebrar tanta dicha, hizo traer harpa, y diestro en ella, como de la ocasion contento, cantò, conforme tradicion constante, estas redondillas, ò metros.

Nadie feliz celebrar,
Como yo, podrà tal dia,

Na-

Nadie mejor mi alegria,
Ni el contento exagerar.
Si Monarca, ò Gran Señor
Del Orbe, à fin de dexaros,
Me eligiera el Orbe, amaros
Eligiera por mejor.
Exceſſo no pareciera,
Si tanto mi bien os amo,
Y ſi por Reyna os aclamo
De mas excelente eſfera.
Reyna ſois de la beldad,
Y Reyna del alma mia;
Mirad ſi hai mas Monarquia,
Si logro mas Mageſtad.
Dichoſo el ſitio, Señora,
Do mi amor llegò à miraros,
Dichoſo eſtilo el de amaros,
Dichoſo el dia, y la hora.
Dichoſo jardin de flores,
Dichoſa flor de retama,
Dichoſo incendio de amores.
Dichoſa, y feliz mi edad,
Dichoſo rendir del alma,
Dichoſo rieſgo à tal palma,
Y dichoſa mi lealtad.

Dichoſo el Orbe me llame,
Al gozar yà ſin deſdèn
Tanta gloria, y tanto bien,
Dichoſo el Cielo me aclame.
Yà libre eſcapè del Mar,
Yà no recelo tormentas,
Yà ſin oprobrios, ni afrentas,
Solo me empleo en amar.
Bien hayan paſſadas penas,
Si tantas glorias poſſeo,
Y ſi à lazos de Himeneo
Trocò el amor mis cadenas.
Yà libre de la priſion
Se canta el alma la gala,
Y en firmes lazos ſeñala
Del premio la poſſeſsion.
Felices años, mi bien,
Goze yo tanta grandeza,
Y gozeis eſta belleza
Eternos años. Amen.

Encarecer la pena, la triſteza, las anſias, y lagrimas de Don Felix, y D. Diego, es gaſtar tiempo; yà ſe colegiràn al horror de la triſte noche ſemejantes; con ellas crecia el contento de los deſpoſados. Mas como no hai alegria perfecta en eſte ſiglo, en la miſma tarde, dentro de dos horas, yà caſi al anochecer, ſe oyò grita de gente en el patio; y baxan-

do criados à reconocer, dixeron era Don Tello Osorio de Meneses, padre de Don Felix Osorio, con dos hijas, Inès por criada, y Don Sancho de Agramonte, y Don Baltasar de Soffa, y Castro, padres de Don Diego, y Don Garcia, y criados. Algo les pesó à los tres amigos, y principalmente al recien electo esposo; pero fingiendo en el pesar, placer, y alegria, se alentaron, y Don Felix, y Don Diego baxaron à recibirlos, y encontrandolos en la mitad de la escalera, se dieron mil parabienes, y reciprocos abrazos, y otros tantos al entrar en la sala; y los mismos las dos hermanas, Isabèl, y Clara al hermano Don Felix, y todos à las dos Serranas, madre, y hija; pero reparando D. Tello en la alegria grande de Jacinta, y en el ceño encapotado del amante, como de enfadado de los recien llegados, y notandole como assistiendole al lado, medio rebozado, y sin hablar, pretendia dexarlos en la platica entretenidos, y escaparse, se afirmaron mas todos en conocerle; y sabiendo era el ingrato Don Garcia, assieron dèl en la misma silla, formando todos contra èl cargos de faltar con palabra al casamiento de Doña Isabel Osorio.

Todos eran partes, y todos pedian satisfacion: Don Tello Osorio, padre de Doña Isabel, y Don Felix, assi decia: Hombre loco, barbaro, y baxo en el proceder, si noble en la sangre, como determinaste à infamar mi casa, entrando en ella, y saliendo à deshora noches tantas? Doña Isabel decia: Amante desleal, y falso engañador, como osastes à faltar con la palabra dada, y à contraminar mi casta honestidad en la opinion, y fama, sin merecerlo, ni hacer la menor ofensa? Doña Clara, la otra hermana decia: Yo le ahogàra en essa silla, si en mis manos me dexàran esse tyrano. Don Balthasar, su padre, assi decia: Hijo ingrato, los hombres nobles no faltan à la palabra dada, sin hacerseles primero ofensa grande, ó faltar con ellos primero la parte; pero si de la de Don Tello Osorio no hai nada de esto, y es padre de tan nobles señoras, como tiene por hijas, la grande honestidad, y fama; como dexas el tratado

casa,

casamiento, y te partes à contraerle en esta casa, con pena de cien mil reales, y de ser preso? Mas hizo ayer tarde notificar Don Tello te entregasse para satisfacion, y desempeño de lo concertado; y sabiendo èl, ò sospechandolo por indicios residias en este Palacio, me pidiò, para mas obligarte, le acompañasse, y lo misma como amigo à Don Sancho de Agramonte, para testigo; y assi lo hicimos, tanto por desear satisfacerle, como por desengañarle yo de la inocencia mia en esta desobediencia. Dale hijo al instante la mano à Doña Isabèl Osorio, assi te lo aconsejo, y mando, mira no faltes à lo prometido; y si assi no lo hicieres, entregate à prision, orden trae para todo D. Tello, y bastantes papeles; pero jamàs me llames padre, mira no te rindas à mocedades, precipitado en el apetito; y si acaso intentas desposarte con la presente, y peregrina belleza de Jacinta, serà impossible: No serà sino possible, dixeron èl, y ella conformes. No lo permita Dios, replicò Don Baltasar; y añadiò mas estas palabras.

Mas yà seria tentarle, no manifestar, señores, este secreto: Todos me dad atencion, admirareis el caso, y experimentareis, como el hallaros oy en este Palacio, no ha sido sin orden expressa del Cielo: y para no teneros mas perplexos, sabreis en pocas palabras, como Don Garcia no es mi hijo, hijo si de Doña Cathalina de Ribera, y legitimo hermano de Doña Jacinta, y entrambos Melisos nacidos de el mismo parto: pero sobrinos mios, hijos de Don Teodosio de Castro mi hermano (tengale Dios en la gloria) siendo mozo, passò à mejor siglo; èl, y yo assistimos en Madrid, en la edad mas lozana; y topando acaso en el Prado, cierta mañana, la belleza presente de Doña Cathalina de Ribera, se enamorò de ella, acompañòla, rondòla la casa hartos dias, pidiòla en casamiento, negaronsela; mas los animos de èl, y de ella conformes en el mismo amor, y reciproco contento, se desposaron de secreto, temiendo no se lo impidiessen los padres, si llegassen à saberlo. Gozaronse, hizose Doña Cathalina preñada, sacòla èl de la paterna casa, y Corte de Madrid, y po-

niendola en cierta aldea de las colaterales insignes montes de la Region Carpentanea, le assistiò, como de antes, leal esposo, y fino amante. Llegòse del parto el deseado tiempo, y nacieron estos dos hermanos. Decid, señora Doña Cathalina, si es assi, y os acordais de esto; y perdonadme si he andado demasiado. Mas ella con callar, y bañarse en lagrimas la cara, otorgò à todo; y D. Baltasar, passando adelante, dixo: Ofreciòsele à mi hermano dentro de pocos dias, passar à Indias, con cierto cargo, dexèos la hija, por no desconsolaros del todo, y hacienda bastante para criarse como hija de tal padre; y à mi el hijo, pidiendome encarecidamente le hiciesse criar, y tratasse como proprio, mientras èl llegasse: Assi lo he hecho siempre; pero èl desde allà passó de cierta enfermedad à las Indias del Cielo. Mirad aora, Don Garcia, si serà possible te cases con Doña Jacinta, legitima, y propia hermana; permission, como dixe, ha sido del Cielo llegassemos en esta ocasion; y assi yà no hai impedimento para dexar de dar la mano à Doña Isabèl Osorio: dasela presto, acaba, y ahorremos de pleytos, y enfados.

Admirò à todos el caso, y entristeciò notablemente à los dos amantes; pero como hermanos, se dieron entre lagrimas honestos abrazos; y animandose Don Garcia à satisfacer al tio, lo hizo en esta forma: Señor Don Balthasar, tio amado, mal dixe tio, padre digo, à pesar de mi destino, siempre como à tal os obedecì, y obedecerè en lo licito, como lo hago en dexar de casarme con Jacinta; y assi dandose yà con diferente amor los brazos, la reconozco hermana, si la perdì adorada esposa: pero casarme yo, siendo noble, con Doña Isabèl de Osorio, ingrata, y desleal à mi amor, amante de otro galán, y parida de èl, passando á mis ojos todo, y siendo yo de todo testigo cierto, no lo permitan los Cielos, ni me lo mandeis, padre: preso si irè antes, y contento, y morirè como honrado en la prision, por no casarme con infamia.

Colericos sacaron contra èl las espadas los dos Osorios, padre, y hijo, pareciendoles todo

todo falsedad, y engaño para eximirse: pero metiendose con presteza en medio Doña Isabel con alegre, y risible semblante, assi dixo: Tened, señores, las espadas, y embaynadlas, y domad la colera: caso es este de alegria, y de contento, no de sobre saltos, ni de rigores: yo dexarè á este zeloso señor bastantemente desengañado, y à todos los presentes, de mi honestidad, y honor satisfechos: En esta casa assistiò dos años por criada esta moza, llamada Inès. Antes de yo en Lisboa recibirla, bien creo la conoceis, señora: Yo la recibì, teniendola por doncella honesta, y como á tal la mostrè siempre aficion, y ella sabìa grangearla, fingiendose recatada, y haciendo en todo por agradarme: mas en pocos meses empecè á tener de ella mala sospecha, por hallarla con señales patentes de preñada: Dixeselo, determinada á despedirla; pero deshaciendose en lagrimas, negando siempre, clamando, y echandose maldiciones, me hizo creer era opilacion, procedida de cinco, ò seis faltas en la femenil, y general pension: y assi no solo me compadecì de ella, pero la pedì me perdonasse: mas de esta, opinion tiene bastante noticia mi hermano, presente està, y no me dexará mentir: Es assi señor Don Felix? No os pareis colorado, donde peligra mi honor. En fin, la enfermedad llegò á hacerse patente con los dolores del parto: hechòseme á los pies la moza, pidiendome de rodillas, con lagrimas infinitas, y por las Llagas de Dios, no la desamparasse en necessidad tan grande. Y para mas empeñarme, me dixo, como yo era no poco interessada, por la parte del niño, ò niña, en el mismo parto, por originarse, y proceder la preñadèz de engaño, por ella hecho á Don Felix mi hermano cierta noche, gozandole ella con el ardid de tercera, y con la traza de fingirse para este efecto la pretendida, y adorada persona de Doña Jacinta de Ribera, instandole primero èl à solicitarla; y en abono de esto, me mostrò este papel de la misma letra, y firma de Don Felix mi hermano, y en èl promete ser esposo de Jacinta: este es, señora Don Garcia, tomadle, y empezad à satis-

tisfaceros, y atendedme: compndecìme de la afligida moza: cosolèla, y al assistirle piadosa, me arrojò en los brazos el mas lindo, y perfecto niño del Orbe. Pidiòme le hiciesse criar con secreto: rogòme no lo llegasse à saber mi padre: dixome llamasse al lacayo de casa, y se le entregasse, y èl le daria à criar, entendiendo era hijo proprio, respecto de tenerla gozada, y estar ella con èl casada de secreto: irìa yà en ocho meses; llamèle, y yo propria se lo echè por listones desde el balcon, y le encomendè le diesse à criar con diligencia à persona conocida. Estaria, conforme creo, à este tiempo en la calle escondido Don Garcia, acechando, y mirandolo todo, y otras noches antes oirìa hablar à los dos amantes; y zeloso, entenderia era yo la habladora, y madre propria del niño.

Assi passò cabalmente, respondiò Don Garcia, postrandose à las plantas de Doña Isabèl Osforio, le pidiò le perdonasse: ella le diò los brazos, y èl alegre, y contento mano, y palabra de esposo, ratificando la de antes dada en Lisboa, con gozo, y alegria grande de todos, principalmente de los amigos Don Felix, y Don Diego, por hallarse los dos solos; como de antes, competidores de la belleza de Jacinta: y assi le pedia con indecible instancia, acabasse yà de elegir por esposo al mas feliz: lo mismo le pidieron la madre, y los demàs deseosos de darle el parabien, y de celebrar tan deseada, y pretendida boda; mas ella por complacerlos, assi dixo: Madre, y señores mios, si es forzoso elegir, y en efecto ha de ser, no es bien sea con flores, no acierte à transformarme en hermano mio el electo esposo, como le aconteciò à Don Garcia. Yo propria me determino à dar el salio; y assi, confessando à entrambos por benemeritos, y al no electo, digno de mayores honras, premios, y belleza, elijo (Dios me encamine) elijo, digo, por señor mio, y esposo, no por mas meritos, mas por interior inclinecion, la blanca flor, y candido jazmin de Don Diego de Agramente; esta es mi mano de leal esposa. Al ir à besarsela Don Diego, y à darle los brazos, se lo defendiò Don

San-

Sancho Agramonte, diciendo: Teneos Don Diego, no se los deis tan aprieſſa, ſepamos primero, como ſe los dais, ſi como hermano, ò como eſpoſo? Rieronſe todos, y ſolemnizaronlo grandemente, pareciendoles ſeria dar como al electo eſpoſo; pero Don Sancho, pidiendole le dieſſen atencion, aſſi dixo: Don Diego, ſeñores, es tambien, como Don Garcia, hermano de Jacinta, no hijo de la miſma madre, pero del miſmo padre; y aſſi es impoſſible caſarſe con ella: eſto es cierto, è infalibe, y ſi os pareciere increible, teſtigos darè hartos, ſino ſe me diere credito en eſte caſo, no os canſarè aora en nombrarlos; pero acaeciò en eſta forma. Don Theodoſio de Caſtro, padre de D. Garcia, y de Jacinta, antes de ſerlo, y de caſarſe en Madrid con Doña Catalina de Ribera, y como yà ſe lo oìſteis referir à D. Balthaſar de Soſſa, reſidiò primero cerca de tres años en Cadiz, y yo aſſiſtì entonces con mi caſa, y familia; y aſſi por el parenteſco, como por la gallarda perſona, le cobrè aficion grande, y los dos teniamos amiſtad, y nos correſpondiamos. Tenia yo en mi caſa cierta doncella, parienta mia, no demaſiadamente rica, pero hermoſiſſima, en compañia de mi conſorte, con intento de darla eſtado, è inclinarla al de Monja: eſte era mi deſeo, mas èl aficionandoſe de ella, la gozò con ardid noteble, y dexò con rezelos de preñada: Sentìlo en el alma, y ſobre eſta necia mocedad, ò rapaceria, paſſé con èl no pocos enfados, y mi eſpoſa los miſmos, intentè matarle; pero conſiderando, como por eſte camino no era poſſible remediarſe el daño, y deshacerſe el delito, elegì el mejor medio, tratar de prenderle, para obligarle à caſarſe con ella: pero èl, aſſi por conocer mi deliberado animo, como por crecer en èl cada dia la aficion, y amor grande de la adorada prenda, ſe me echò à los pies, pidiendome con inſtancia le perdonaſſe, y ſe la dieſſe por eſpoſa. Concediſelo afable, deſpoſaronſe alegres, y deſte legitimo primero matrimonio naciò D. Diego de Agramonte; pero con poca alegria del padre, y toda la caſa, reſpecto de celebrarſe con lagrimas el nacimiento;

por

por ocasionarse à la triste madre de tan trabajoso parto cierta enfermedad grande, y morir della en menos de tres dias con notables ansias. Dentro de dos años se passó Don Theodosio de Castro à la Villa de Madrid à pretender el cargo para las Indias: pero hallandose en el Prado las de la belleza de Doña Catalina de Ribera, por hallarse yà sin impedimento, se desposó con ella, pidiendome por cartas, y encargandome por amigos con instancia, le hiciesse placer, y amistad, de hacerle criar, y tomar à mi cargo el niño, y assi lo hice, criandole en mi casa, trayendole en mi compañia à Lisboa, y tratandole siempre como à hijo. Dadle aora los amorosos abrazos de Don Diego à Jacinta, como hermano; pero si como esposo Don Tello Osorio os concediere se los deis à Doña Clara, tenos por felicissimo. Yo por lo menos de mi parte se lo pido, y estos señores como amigos le pediràn lo mismo. Si pedimos, dixeron todos; pero Don Diego, colerico, dixo: Señores, yo no trato de casarme, ni lo pretendo: como si yo no lo pido, lo piden? Mas oponiendosele Don Felix, assi dixo: Señor Don Diego, de hombres nobles es dar satisfacion à lo prometido; bien os acordareis del concierto hecho entre los dos en essa Sierra, de si en la pretension de esposo de la hermosa Jacinta salliesses electo, yo me iria al instante à la Corte, y pretenderia casarme con cierta prima mia; pero si Jacinta à mi me eligiesse, os casariades con Doña Clara, mi hermana menor. Si esto es assi, yà lo teneis presente, como os eximis de lo prometido? Señores, respondiò D. Diego, este Palacio està acaso encantado? O como experimentamos en èl estos metamorfosios de Nasson, estas transformaciones! Como llamais à esta señora Doña Clara, hija de D. Tello Osorio, si no lo es? Y conozco yo por hija de D. Geronimo de Cardenas, assistente en Lisboa, en ciertas casas grandes, enfrente del Loreto; y por mas señas, tiene otra hija, niña de seis, ò siete años: y como me decis, me case con ella, estando ella yà casada con otro amante mozo galan, y gentil hombre, de el Abito de Santiago, y Capitan

de

de Flandes. Esto, señores mios, es infalible, no hai en esto engaño. Yo por mis ojos lo notè todo, ni ella creo lo negarà. No os acordais, señora Doña Clara, de si os hablè cierto dia de fiesta en el Carmen de Lisboa, y tratando à lo cortès, y galan de acompañaros hasta el coche, me lo impidiò el referido Capitan, y le disteis la mano, y èl os acompañò dentro de el coche hasta casa? Cierto es esso, como lo referis, señor Don Diego, respondiò Doña Clara: pero esse Capitan amante, era mi hermano Don Francisco Osorio, recien llegado de Flandes: Al presente està pretendiendo en Madrid. En casa de D. Geronimo entramos entonces à darle el parabien del casamiento à la hija, llamada tambien como yo Doña Clara. Informaos mejor, señor Don Diego, otro dia, y no infameis assi à los amigos, ni hableis con tan poco respeto à las Damas. Atajado se hallò Don Diego, y assi al instante, echandose à los pies de Doña Clara, confessando la ignorancia, procedida del yerro no conocerle antes al Capitan, tampoco por hijos de Don Tello Osorio, le pidiò mil perdones, y los mismos à Don Tello, pidiendosela por esposa: èl lo otorgò alegre; y ella con gran contento le alzò de la tierra, dandose los dos en amorosos, y reciprocos lazos, palabra de casamiento. Lo mismo hicieron al instante, con general alegria, todos los assistentes, la hermosissima Jacinta, y el gallardo Don Felix, alternando todos en repetidos, y amorosos afectos, los èlebres placeres, y en dilatados conceptos, y encarecidos elogios, y encomios de felicidades, y alegrias tantas.

Todos, señor Don Iñigo, reposaron esta dichosa noche, y con la misma alegria, y contento assistieron en el inclito Palacio largo espacio de dias: para lo necessario, y preciso para las tres bodas, se negociò bien presto en Lisboa: y señalandose para ellas dia cierto, se celebraron todas tres en Cintia, en el mismo Palacio, donde se hallò este dia lo mas florido de la nobleza de Lisboa, y se hicieron grandes fiestas. No os las refiero por extenso, por no cansaros, y mas por celebrarlas por immortales la fama

en marmoles de bronce, por la bizarria, coſtoſas galas, y adorno en las deſpoſadas, y por la belleza rara, è infinitas Damas, ſeñoras brillantes, Eſtrellas todas, con el eſplendor de los tres Soles de Jacinta, Iſabèl, y Clara, por la cantidad increible de los Epygramas, y Madrigales, y otras Poeticas rimas, yà cantadas, yà leìdas en certamen. Y por lo eſtremado de los ſaraos y danzas, ſortijas, y maſcaras, comedias, entremeſes, todo por excelencia perfectiſſimo, ſeñoril, agradable, donoſo, entretenido: y tan alegre todo, como eſtaràn los criticos mordaces, gritadores ranas del cenagoſo lago de la embidia, al leer eſtos raſgos de la accion, tachandolos de deſgarrados, por lo largo, y por lo necio, pero no podràn en lo eſſencial de lo Hiſtorico, como infalible, y cierto. Pero à Dios amigo, y èl os dilate los dias, no à los años de Neſtor ſolamente, ſino à mas dilatados ſiglos, y os proſpere, y eternice la felicidad, y contento, como deſeais, y los deſeos.

Caſa, Miercoles.

NOVE-

NOVELA PRIMERA.

NO HAI CON EL AMOR VENGANZA.

RICARDO, felicissimo Rey de Inglaterra, querido, y respetado, assi de sus vassallos, como de las Naciones Estrangeras, por la generosidad de su animo, valor, y virtudes, el decimo año que reynaba en pacifico, y tranquilo sossiego, sin haver rebelde en su Reyno, que se le alterasse, ni Principe convecino, ni remoto, que le moviesse guerra, quiso por regocijo de su Corte, y divertimiento de la hermosa Leonor, hija suya, que en la gran Ciudad de Londres, Metropoli de aquel Britanico Reyno; se hiciessen unas solemnes fiestas, cuya publicacion se hizo el dia de la Pasqua, en que el Divino Espiritu baxò à la tierra, para consuelo de la Emperatriz de los Cielos, y Colegio Apostolico. Era una Real justa, que mantenia Eduardo, Conde de Leste, mancebo gallardo, por casar; de edad de veinte y seis años, cortès, liberal, afable, amigo de sus iguales; y sobre todo mui valiente Cavallero, cuyas experiencias se havian visto bien en las ocasiones de las guerras, que el Rey havia tenido, al tiempo que comenzò à governara quel Rey-

no, donde moſtrò el valor de ſu animo, la gallardia de ſu reſolucion, y la iluſtre ſangre, que le honraba, por lo qual era mui favorecido dèl, honrado, y eſtimado de los ancianos ſeñores de ſu Corte, y aplaudido de lo noble, y plebeyo de ella. El dia ſeñalado para eſtas grandioſas fieſtas fuè el de aquel Divino Precurſor, que mereciò dar al Meſſias prometido el Santo Bautiſmo en las ſagradas aguas del criſtalino Jordàn. Las prevenciones que ſe hacian eran grandes: los gaſtos exceſſivos, y la gente que ſe commovia para venir à verlas, mucha. Qaince dias antes del ſeñalado llegò à la Corte un Embaxador, embiado por el Rey de Eſcocia, à tratar con el Inglès de unos medios importantiſſimos, para ſoſſegar ciertas diferencias, que en los confines de los convecinos Reinos havian cauſado vaſſallos de los dos Reyes, ſobre lo qual havia havido algunas muertes; temia'ſe, ſi no ſe remediaba eſto à los principios, que el negocio ſe empeoraſſe, y de alli redundaſſen guerras; coſa mui contingente: pues por no obviar el menor daño, ſuele redundar el mayor, à coſta de los que han eſtado remiſſos en dar el conveniente remedio. Hizoſe junta del Parlamento, en que ſe hallò el Rey, y uno de los que à ella aſſiſtian, como Conſejero dèl, era Eduardo, de cuyo juìcio (aunque en juvenil edad) fiaba el Rey mayores coſas. Era el Embaxador hombre arrogante, altivo, y poco cortès; partes en Cavallero, que qualquiera de ellas ſuele deſlucir la mas acreditada nobleza: y debiera bien mirar ſu Rey, informandoſe primero de ellas, para no fiarle aquella embaxada; que quando ſe pretende la conſervacion de los Eſtados, por medios blandos, y ſuaves, como aqui intentaba el de Eſcocia, es bien que los Reyes, antes que fien ſus legacias de ſus Embaxadores, ſe informen primero de ſus partes, y ſi es conveniente embiarles à ſemejantes coſas: porque de no mirarſe con la prudencia, y cordura, que ſe requiere, ſuceden mui encontra de lo que ſe pretende. Tratòſe, pues, en el Parlamento de la pacificacion de aquella gente, por parte del Rey, y ſus Miniſtros: pero eſtaba el preſumido, y viſoño

soño Embaxador tan en la ponderacion de las ofensas recibidas por los Ingleses, tocandole el agravio, por tener en la Provincia de donde se movia la quexa parte de los Estados, que se le fuè el tiempo mas en prevenir amenazas, que en solicitar quietudes; tanto, que con estilo descortès de su platica, en presencia del Rey, que modestamente sufriò, como à Embaxador, alterò los animos de los Consejeros, particularmente el de Eduardo, que como, joven alentado, le dixo, si era embiado de su Rey à desafiar, ò componer; porque de sus razones inferia, que venia mas à lo primero, que à lo segundo: y que quando no fuera esto, la voluntad de quien por Eembaxador le embiaba, como se creìa, èl de la suya alteraba con el descortes termino, que trataba sus cosas delante de su Magestad. El Escocès, que tenia mas de atrevido, que de modesto, le respondiò libremente: Que su Rey libraba en èl la disposicion de aquellos medios, no tan informado del agravio de los Ingleses, con èl lo estaba, que mas enteramente que su Magestad sabìa la demasia que havian tenido los de Escocia; y que assi proponia los medios mas en su favor, con el rigor que pedia la razon: y de palabra en palabra, se vino à encontrar con Eduardo, de manera, que porque no passasse el enfado adelante, fuè necessario interponer el Rey su authoridad Real, y por entonces se dexò la junta, remitiendo para otro el dia siguiente la resolucion de aquel negocio. De las razones, que entre Eduardo, y el Embaxador passaron, le pareciò al Escocès, que no se havia satisfecho, como quisiera, por estorvarlo la presencia del Rei, presumiendo, que los Cavalleros de la Junta le tendrian por hombre de poco animo, y valor, si fuera de ella no hacia una demonstracion con Eduardo; y assi aquella noche se determinò á embiarle un papel con un page, que hallandole algo ocupado en prevenciones de las fiestas, que se esperaban, se le diò, y en èl leyò Eduardo estas razones.

No cumpliràn con las obligaciones, que deben à su noble sangre los Cavalleros de Escocia (y menos yo, que me pre-

precio tanto de la mia) si quando quedan cortos en sus resoluciones por la presencia de los Reyes, y lugar de su Parlamento, sin ella, y en el campo, no mostrassen à quien libremente les habla el valor de sus animos, para que conozcais el mio, que sè mejor executar, que amenazar (de puestas las preheminencias de que gozo por Embaxador) os aguardo esta noche solo, con un criado, detràs del Parque, con las armas que señalaredes, fiando de vos, que como Cavallero, sabreis acudir à lo que os debeis, y à dar muestras de quien sois. El Conde Guillermo.

Mucho sintiò Eduardo vèr que el papel del Embaxador le obligasse aceptar el desafio; no porque temia del valor del Escocès, que le havia de vencer, que del suyo fiaba mayores trances, sino por lo que havia de sentir el Rey, que con Embaxador de otro Principe (y que havia venido à su Corte à tratar de medios para conservar las paces) fuera de haver tenido disgustos en el Parlamento (que su Magestad havia atajado) se remitiesse à satisfaciones de venganza en el campo; de lo qual se le havia de imputar à èl la culpa, y mucho mas si con muerte del contrario salia victorioso de aquel desafio; de que se podian esperar sanguinolentas, y durables guerras entre los dos Reynos. Y aunque el papel del Escocès orgulloso le podia ser de alguna disculpa, viendo por èl, que fuè provocado al desafio, como à los Embaxadores, antes se les debe agasajar, que ofender, mientras assisten à sus embaxadas; porque de su estimacion nace el buen tercio, que hace con sus Reyes, quisiera escusarse de salir por alguna via, que no perjudicàra su reputacion: y considerabа, que si por obviar esto, daba cuenta de ello al Rey, el Embaxador le prodria infamar de cobarde, diciendo, que lo havia hecho de temor; no obstante, que su opinion estaba tan acreditada, assi en Inglaterra, como en aquellos Reynos convecinos. En esta confusion estava el valiente Eduardo, considerando lo que mas le convendria en este caso; y al fin venciò la gallardia de su mocedad, con la confianza de el

ser

ser favorecido del Rey, para inclinarse à salir al campo con el arrogante Escocès; porque echassen de vèr èl, y los de su Nacion, que no era aquella la vez primera, que los Britanos se les oponian con animoso, y valiente esfuerzo á su sobervia; y para responder al papel, pidiò recaudo de escrivir haciendo, que el page del Embaxador no se fuesse, hasta llevarle á su dueño la respuesta, que escriviò de esta suerte.

Nunca he puesto dudas en la opinion de los Cavalleros de vuestro Reyno, y menos la pusiera en la vuestra, que tan acreditada teneis, aunque con poca dicha en las ocasiones, que con los Ingleses se han ofrecido; cosa que no ha disminuido el animo, antes acreditadole, que con haver salido perdidosos, se estàn en su sèr. Por lo que debo al servicio de mi Rey, me holgàra que las preheminencias de Embaxador, que os alentaron para ser libre, no las desestimaredes para proseguir con vuestra inclinacion; pero puesto que no os quereis aprovechar de ellas para veros en la ocasion à que me provocais, yo debiendola escusar con otro, no la quiero perder con vos: y assi, acudirè al puesto que me haveis señalado, con la compañia de otro criado, y con mi espada solamente, que estas son las armas que señalo, con que pienso ser rayo, mas en la execucion, que en la amenaza. Eduardo, Conde de Leste.

Este papel llegò brevemente à manos del Embaxador, y haviendo visto en èl sus picantes razones, se mostrò tan ofendido, que no viò la hora, que hallarse con Eduardo en el aplazado sitio, para darle à entender, como igualaban sus obras à sus amenazas. Mandò Eduardo à un criado suyo, que le acompañasse, y los dos se fueron por extraordinarias calles por no ser conocidos, al lugar señalado, donde aguardaron hasta que el Escocès llegasse, que no tardò mucho. Saludaronse los dos cortesmente, como si no huvieran de reñir; que en qualquiera ocasion tiene lugar la cortesia: El que primero se adelantò à hablar, fuè el Escocès, que algo turbado, dixo: Bien seguro podré estar, señor Eduardo (como Cavallero que sois,

y

y tan preciado de vuestra noble sangre) que no vendreis con mas prevencion de armas, que las que en vuestro papel me señalasteis: Yo por la fé de Cavallero os juro, podeis estar cierto, que vengo de la misma suerte. En quanto al criado, que me acompaña (por si acaso temor, ò deseo de defenderme en apretado trance le obligava à mayor prevencion de la que traigo) os certifico le he reconocido mui à mi satisfacion, no fiandome de su verdad; y esto mismo creo avreis hecho con el vuestro. Eduardo le asseguròo, que en quanto á armas, no hallaria ventaja de su parte; pero que le advertia, que una vez llegados á aquel puesto, era con resolucion de darle à conocer el descortès modo con que havia procedido delante de su Rey, y graves Consejeros del Parlamento, no usado en semejantes lugares, ni bueno para quien traia el cargo que èl; pues mas atraen las voluntades la afabilidad, y cortesia, no solo de las personas superiores á èl, como era el Rey; pero de las que son iguales á su calidad. Responderle queria el Embaxador; pero no le diò lugar Eduardo, porque sacar la espada, y rebolver la capa al brazo, todo fuè casi á un tiempo; lo mismo hizo el Escocès, con grande animo, y al cabo de varios lances, y venidas, en que cada uno procuraba ofender à su contrario, se hallò Eduardo con una pequeña herida en la cabeza, y el Escocès passado el cuerpo, aunque al sosslayo de una estocada. Apenas cayò en el suelo, quando acudiò à defenderle su criado, sacando la espada; mas el de Eduardo (que era Español, à quien estimaba en mucho, por sus buenas partes) se le opuso con la suya en blanco, para estorvar su intento. Eduardo, que se ponia en medio de ellos, para evitàr que no se ofendiessen, viò venir à este tiempo de àzia la parte de Palacio muchas luces, y Soldados de la Guardia del Rey, acompañando à su Capitàn, y Teniente, que venian à cavallo: Y era el caso, que haviendo aquella noche embiado el Rey à llamar à Eduardo, para comunicarle ciertos negocios, queriendo saber el Cavallero que le fuè à buscar, donde con mas certeza

le

le hallaria, se informò apretada y curiosamente de un pagecillo suyo, delante de el qual havia passado el leer el papel de el Embaxador; responder à èl Eduardo, llamar al criado Español, y darle cuenta de lo que passaba, inadvertido de que aquel muchacho les pudiesse oir lo que trataban. De este pues supo el caso el Cavallero embiado por el Rey; el qual (bien informado de todo, y del lugar donde iban à reñir) partiò de la posada de Eduardo con gran priſſa á Palacio à dar cuenta de lo que passaba al Rey; con las quales nuevas, se indignò tanto contra Eduardo, que al punto mandò llamar al Capitan de su Guarda, dandole aviso de esto, con orden, que sin dilacion ninguna fuesse con sus soldados al lugar de el desafio, y hallando á Eduardo alli, ò en otra parte, le prendiesse, y pusiesse en una fuerte Torre, con prisiones, y guardas, sin permitirle en su compañia, mas que un criado, ni darle lugar á que fuesse visitado de nadie; y hecho esto, bolviesse á darle cuenta de todo. Y esta era la gente, que Eduardo via venir con luces, y alboroto, quando acababa de derribar á su contrario en el suelo. Llegaron, pues á donde estaban los dos Cavalleros, y el Capitan de guarda, haviendose apeado, dixo: Señor Eduardo, al Rey teneis mui enojado de haver sabido vuestra briosa resolucion, que en vos es mas culpable que en otro, y traygo orden suya para poneros en una Torre preso: mucho temo su enojo, quando sepa que el Embaxador està mal herido, por ser vós mi amigo, quisiera que huvierades escusado esto; y yà que no ha podido ser, á lo menos que no os hallára en este puesto, por si esta herida es mortal: Forzoso lance es por los que nos miran, y por lo que toca á mi oficio, cumplir con el mandato del Rey; perdonad, y dadme la espada, viniendoos conmigo preso. Aunque quisiera evadirme de salir al campo (dixo Eduardo) fuè lance tan forzoso el que me obligò á ello, como podreis ver por este papel: y si à mi reputacion le estuviera bien comunicarle con su Magestad, lo hiciere antes; pero por no perderla, me ha forzado á lo que

haveis visto. Estimo la merced que me haceis, y conozco bien vuestra voluntad: mi espada es esta, y mi obediencia la misma, que el Rey ha conocido en mi para no salir de lo que fuere su gusto. Con esto se entraron en una Carroza, (que llevavan prevenida) el Capitan, y Eduardo; y el Teniente con algunos Soldados, se quedò à que llevassen en una silla al Embaxador à su posada, que estaba mui desangrado, y con poco esfuerzo. A Eduardo pusieron en una Torre, con el rigor que el Rey havia mandado; y en el interin se tratò de la cura del Embaxador, hallandose à ella los Medicos, y Cirujanos que tenia el Rey: los quales por entonces no determinaron declarar si la herida era mortal, hasta la segunda visita, y assi se lo fueron à decir al Rey, con que aumentò mas el enojo contra Eduardo, diciendo, que le havia de mandar cortar la cabeza, aunque el Embaxador viviesse. Ninguno de los Grandes, y Titulos, que se hallaron presentes, quiso por entonces interceder por èl, siendo Eduardo amigo de todos, porque veìan la razon del Rey, y estar el enojo tan fresco, que no era ocasion de tratar de templarle, hasta que con el tiempo, y la mejoria del Embaxador se fuesse mitigando. El segundo dia se hallaron los Medicos à la cura; y haviendo visto bien la herida, declararon, que no era mortal, aunque con qualquier accidente, que le sobrevinieste, como estaba el sugeto flaco, podia temerse peligro; y assi pensaba irse con mucho tiento en su cura. Este dia fuè el Rey à visitar al Embaxador à su posada, acompañado de toda la Corte, cuyo favor le alentò mucho, y en quanto pudo (como buen Cavallero) procurò disculpar à Eduardo de haver salido al campo, culpandose à sì, por haverle provocado à ello por un papel. Algo se moderò con esto el grande enojo del Rey: si bien, no de manera, que estorvasse hacer con Eduardo las demonstraciones, que adelante dirè.

Las fiestas que estaban prevenidas para el dia de San Juan se suspendieron por entonces: assi por la herida del Embaxador, como por la prision de

Eduar-

Eduardo, que era la principal persona que las alentàba; y aunque el Embaxador iba yà mejor, y podian los Cavalleros proseguir con sus prevenciones, el ver al Rey tan severo en tener à Eduardo preso con tanto rigor, que no se pudo alcanzar dèl, que à sus cercanos parientes, y mayores amigos dexasse entrar à visitarle, les obligaba à no tratar de nada, por no saber si se disgustaria dello. Seis dias havia que estaba preso Eduardo, quando el Conde Anselmo, Cavallero anciano, y el mayor Soldado, que conociò el Reyno Inglès, cuyas hazañas premiò el anteceffor de Ricardo, dandole el Estado, que gozaba, con grandes rentas, embiò à su Corte à la hermosissima Isabela, unica hija suya, cifra de la beldad de todo aquel Reyno, en quien concurrian las mayores partes de perfeccion, gracia, y donayre, que en sugeto humano se hallaban: venia à estar en servicio de la Princesa Leonor, por Dama suya: el recibimiento que se le hizo, fuè mui grande, porque no quedò señor en la Corte, que no salieffe à recibirla, admirando à todos su grande hermosura, que no diò pocos desvelos à muchos Cavalleros mozos, que con aficion la miraron, siendo imàn de sus voluntades, y apacible Argèl de sus alvedrios. Venia en una bizarrissima carroza, que conducian seis hermosos frisones, guiados por dos cocheros, con lucida librea: traìala à su mano derecha una anciana señora, que la Princesa embiò de Palacio para que viniesse en su compañia, con ella entrò à besar la mano al Rey; el qual la honrò mucho; assi por lo que estimaba à su anciano Padre, como por las gracias, y perfecciones, que en ella viò, seguras cartas de recomendacion para ganar las voluntades. En la de la la Princesa hallò grande valimiento, pues demàs de los grandes favores, que la hizo, con no poca embidia de sus Damas, la mandò señalar posada mui cerca de su quarto, y continuamente estaba con ella, sin hallarse un punto sin su compañia. Los galanes, que intentaron servirla, fueron muchos, obligandoles à ello, assi amor, como deseo de sus acrecentamientos, por el estremo à que llegaba de su privanza

con la Princesa; y assi procuraron, que los mas diestros, y valientes pinceles de aquel Reyno copiassen su belleza, hallandose por mui desgraciado al que primero no alcanzaba à tener un hermoso trassumpto de tan perfecto original. Entre los muchos, que se dilataron por la Corte, llegò uno à las manos de Eduardo en la prision donde estaba, cuyo divino objeto, suprema beldad, y rara perfecion, à la primera vista le engañò los sentidos, le cautivò la libertad, y limitò el alvedrio, de suerte, que no era otro su gusto, su entretenimiento, y alegria, que contèmplar en la hermosa copia de Isabela, con quien à solas tenia mil enamorados coloquios, haciendosele las horas que passaba en la prision, sin assistir à servirla, años, los minutos, meses, y los instantes dias. Con quien comunicaba sus penosos cuidados, era con aquel criado Espaòl, privado suyo, que solo le permitieron en su compañia, llamado Lucindo, hombre bien nacido, de buenos respetos, y con muchas abilidades; porque en la Poesia era sumamente erudito, y en la Musica consumado. Este, pues, era el alivio de sus penas, y consuelo de sus aflicciones. Dos dias despues de la venida de Isabela, llegò à la Corte el Admirante de Inglaterra, que venia de reconocer las Costas de aquel Reyno, limpiandolas de enemigos, y corsarios: era Cavallero mozo, discreto, bien intencionado; y à quien el Rey estimaba, y queria mucho, assi por su persona, como por haver sido su padre gran Privado suyo, à quien havia poco que havia heredado: Hizo su entrada mui lucida, y fuè à besar la mano essotro dia al Rey, y à la Princesa, siendo entonces la primera vez que viò la hermosura de Isabela, de quien quedò sumamente aficionado; y desde aquel dia tratò de servirla con mucho cuidado, y puntualidad, hallando en ella gusto para qué lo continuasse. Esto supo luego Eduardo en la prision, donde con estar cercado de guardas, no fueron poderosas à defender la entrada al amor, y despues à los zelos. Estaba el gallardo joven impaciente, de que el enojo de el Rey no se aplacasse, ni diss-

se

se lugar à que los que hacian sus partes, intercedieſſen por èl: Veìa que la mejoria del Embaxador iba mui adelante, pues se comenzaba á levantar, y que èl miſmo, sin quexa ninguna de su parte, moſtraba deſeos de que ſalieſſe de la priſion: oìa decir, que se bolvian á hacer las prevenciones de las fieſtas, y que en su lugar (con gusto del Rey) se havia ofrecido á ser mantenedor el Almirante, previniendose de coſtoſas galas, y nuevas invenciones, y esto era lo que mas sentia, conſiderando quanto havia de lucir un tan gran Principe en esta fieſta, cauſa para obligar á Iſabela á que le favoreciesſe con mas veras, pues yá se le moſtrò inclinada. Un dia, deſpues de comer, se hallò ſolo, metido en estos penſamientos, y ocupando la viſta para divertirlos en el retrato de Iſabela, notò con mas cuidado la perfeccion de sus hermoſos ojos; que le realzaban mas al ſer dormidos, quando á èl le daban mayor deſvelo: y llamando à Lucìndo, le mandò que eſcrivieſſe unos verſos en alabanza ſuya, el qual, viendo el gusto de su dueño, puesto en sola la contemplacion del traſſumpto de la que adoraba, procurò darſele; y retirado à su apoſento, dentro de media hora, le traxo hechas estas Lyras, que leyò, diciendo aſsi:

Divinas luces bellas,
De la esfera de amor ardientes rayos,
Que obſcureciendo Eſtrellas,
Al miſmo Febo le cauſais deſmayos;
De vueſtra lumbre pura,
Que altiva libertad està ſegura?
A tan rara belleza,
Ninguno deſtos ſiglos aventaja,
Que la naturalleza

Qui-

Quiſo favoreceros con ventaja;
Y con tales favores,
Al miſmo Dios de amor matais de amores.
Si del humano velo,
No miràra cubiertas dos beldades,
Pensàra ſer del Cielo
Eſſas dos peregrinas claridades;
Y el primor ſoberano,
Aun pone duda, ſi es de sèr humano.
Negros ojos dormidos,
Grave eſmalte, que os diò la gran Pintora,
Angel de los ſentidos,
Adonde el preſo vueſtra luz adora,
Engaños encubiertos
Guardais dormidos, por matar deſpiertos.
Amoroſas ſaetas
Diſpara Amor, con tan divinos ojos,
Almas teneis ſujetas,
Que de vueſtras victorias ſon deſpojos,
Que en viſta recogida,
Con punteria executais la herida.
Si adormecer la viſta,
Es para dar mas fuerza à ſu luz clara;
Quien havrà que reſiſta
Su fortaleza, Isbella, cara à cara?

Deſ-

Deslumbrado, y no ciego,
(Sino de amor) à tu piedad me entrego.

Mucho agradeciò Eduardo à Lucindo el cuidado con que le havia servido, estimando sus versos, y leyendolos muchas veces, como cosa con que recibia mucho gusto; y porque aste se le estragaba el agrio de los zelos, que yà del Admirante tenia, le mandò, que le hiciesse un Soneto à este assumpto, y èl se le ofreciò hacer; el qual diè en su lugar, que aora no nos le dá el alborozo, que mostraban los Cortesanos, y forasteros, esperando ver las fiestas que se havian publicado para de allì à dos dias. En este tiempo todos los amigos de Eduardo, y el mismo Eembaxador de Escocia (que yà estaba casi convalecido) suplicaron al Rey fuesse servido de sacarle de la prision, pues no era justo, que en tiempo, que todos participaban de tanto regocijo, èl estuviesse sin èl, preso, y tan apretado, que solo esso le bastaba para castigo, aunque el mayor que havia recibido, era el tener enjoado à su Magestad. No gustò mucho el Rey, que en aquella ocasion le hablàran en esto; y assì quiso mudar de platica: pero no obstante, los señores, y Cavalleros, que á esto havian ido, y el Escocès con ellos, instaron con èl, en que les havia de hacer la merced que le suplicaban.

Vindose el Rey tan importunado de todos, y que el Embaxador (siendo la persona que havia de mostrarse ofendida) era quien mas le suplicaba por la soltura de Eduardo, diò un medio en ella, diciendoles: Yo estaba determinado de castigar mui severamente à Eduardo, y no menos, que con pèrdida de la vida, haciendole cortar la cabeza: porque vean mis vassallos, que quien mas priva conmigo, quiero que guade mejor mis ordenes, y no contravenga à ellas, con la confianza de mis favores: mas pues tantos me rogais por su libertad; soy contento que la tenga despues de ser passadas las fiestas; pero ha de ser con destierro de mi Corte pòr seis años, obligandole à assistir en uno de sus Lugares el mas distante de ella, de donde no ha de salir,

sino

sino dos leguas en contorno, hasta ser cumplido este tiempo; y por vida de la Princesa, que quien á esto me replicáre, pierda mi gracia para siempre. Admiarados dexò á todos la resolucion del Rey, y no le osó nadie hablar en ello, antes le besaron la mano por la merced que á Eduardo hacia; al qual diò licencia para que se le aliviassen las prisiones, y le visitassen sus amigos, no quedando ninguno en la Corte, que no le fuesse à vèr aquel dia. Sumamente estaba afligido el gallardo joven del rigor què el Rey havia mostrado con èl; y no le sintiera en otra ocasion tanto como en esta, por estar tan enamorado de la hermosa Isabela. Essa noche que se hallò solo (despues de haver hecho varios discursos sobre la quexa tenia el Rey, que tanto le havia favorecido antes) se quedò por un rato suspenso, contemplando en el hermoso retrato de Isabela, que tenia colgado frontero de donde estaba. Vindole desta suerte Lucindo, por divertir su pena, haviendo allá dentro templado un laud, porque en su presencia no le cansasse el hacerlo, cantò el Soneto que le havia mandado hacer, diciendo con grave, y sonora voz, assi:

Zelos traviessos, duendes invisibles,
Si bien con quien os siente sois palpables,
Contra uniones de amor inexorables,
Contra ia fe severos, y terribles.
Cifras à la verdad inteligibles,
Por quien las inocencias son culpables,
Siempre con la sospecha sois estables,
Certificando dudas increibles.
El que de lo que sois menos ignora,
Esse de ser dichoso mas alcanza;
Pues lo que no conoce, no le ofende.

Quien

Quien os experimenta, ſolo llora,
No aſſegurando el bien con la eſperanza,
Pues le yela lo miſmo que le enciende.

Deſpues de eſte Soneto, le cantò Lucindo otras letras, y diferentes verſos al propoſito de ſu paſſion: con que Eduardo, aſſi eſta noche, como otras, que eſtuvo melancolico, divertia algun tanto ſu paſſion, haciendoſe à sì miſmo verſos en lengua Eſpañola, que ſe preciaba mucho de hablarla, y era mui amigo de eſta Nacion.

Llegado, pues, el dia de la Real juſta, que dexarè de referir, por no cauſar prolixidad, fuè hecha con la mayor obſtentacion de galas, è invenciones, que haſta entonces ſe havian viſto, ſeñalandoſe entre todos el Almirante, con grandes ventajas, moſtrando en ſus colores, letras, è invencion ſer Iſabela el unico dueño de ſus penſamientos, dexandola con haverle viſto tan gallardo, y alentado en la juſta de el todo aficionada, y con grandes deſeos de favorecerle declaradamente; con lo qual caſi los mas Cavalleros ſus aficionados, que la galanteaban, y ſervian, viendo tan grande competidor, deſiſtieron de ſu pretenſion, dexandole en ella ſolo, ſin haver quien ſe opuſieſſe.

Dos dias deſpuues de la juſta ſe partiò Eduardo de la Corte à cumplir ſu deſtierro, acompañado de guardas, haſta dexarle en un Lugar ſuyo, treinta millas de Londres. Decir quanto ſentia ſu partida en ocaſion tan apretada, que via al Almirante gozar de los favores de Iſabela, à quien èl amaba tiernamente por ſolo ſu retrato, y aver perdido la gracia del Rey, ſeria alargar mucho eſte diſcurſo. Al fin, èl ſe huvo de armar de paciencia, y ſufrir eſte golpe de fortuna, que es el mayor, que le puede venir á un Cavallera, haviendoſe viſto pocos dias antes governar todo aquel Reyno, y yà ſin el favor del Rey, deſterrado de ſu Corte, y forzado à vivir en un corto Lugar. Llegò, pues, al que le tenia ſeñalado, adonde ſe entretenia en la caza, ſin

exceder à mas que las dos leguas, que le daban de enfancha: Tambien se exercitaba en compañia de Lucindo su fiel criado, y consuelo de todas sus penas en hacer versos, y èl le divertia con la musica, estando el desgraciado Cavallero cada dia mas enamorado de Isabela.

No se passó un mes, que Eduardo avia salido de la Corte, quando haviendo grangeado el Almirante con su puntualidad, y desvelo, papeles, y otras correspondencias, la gracia, y favor de Isabela, teniendo de ella su beneplacito, le suplicò al Rey se la diesse por esposa, en remuneracion de los servicios que le havian hecho èl, y sus antecessores. Viendo el Rey, quan bien les estaba à los dos, y que el Conde Anselmo, su anciano padre, le daba en el Almirante un calificado yerno, con que se ilustraba su casa, condescendiò con la suplica, por lo qual el Almirante le besó la mano, loco de contento, y de alli se la fuè à bèsar à la Princesa, por mandado del Rey, y ella le diò el parabien de su buen empleo, si bien con pena de perder la compañia de Isabela.

Diose aviso al Conde Anselmo, y vino à la Corte, donde dentro de quince dias se afectuaron las bodas con grande regocijo, y fiestas, y al Almirante gozò en possession de la mayor beldad de la Europa, con embidia de los Cavalleros de Inglaterra.

A nuestro Eduardo le quisieron encubrir esto los amigos con quien se correspondia, sabiendo la pena que havia de recibir, por estar tan rendido à su hermosura; mas al fin èl lo llegò à saber, y fuè tanta la passion de sus zelos, que olvidado de su prudencia, y cordura, daba por las salas, y aposentos de su casa grandes voces como un loco, llamandose mil veces sumamente desdichado. Lucindo trabajaba quanto podia por consolarle, y divertirle de su zelosa passion; pero teniala tan arraygada en el alma, que ninguna cosa era bastante à darle alivio. Maldecia mil veces la ocasion en que el Embaxador de Escocia le puso, pues por ella perdiò la gracia del Rey, y la que pudiera haver grangeado de Isabela, assistiendo à servirla;

pues

pues como à Privado del Rey, era fuerza que estimàra sus servicios, prefiriendole à todos, y le favoreciera. En estas consideraciones, sin poder alegrarse, passó un mes, en el qual tiempo muriò el Conde Anselmo, de un pequeño accidente, que con la larga edad, fuè bastante à dar fin à sus cansados dias. Despues de haverle hecho las funerales Exequias, conforme à su calidad, y assistido el Rey à ellas, por particular favor, quiso el Almirante ir à tomar en los Estados de su suegro la possession, y que le reconociessen por su nuevo señor sus vassallos; y assi pidiò licencia al Rey para ir en compañia de su esposa à esto, y ella se la pidiò tambien à la Princesa, para ir al principal Lugar del Estado. Se passaba cerca del en que estaba Eduardo, el qual supo luego su venida, con que se alborozò mucho, determinando ir encubierto à vèr à la hermosa Isabela, y cumplir con verla sus afectuosos deseos. Hisolo assi, vistiendose èl, y Lucindo de Villanos: y con este disfràz llegaron al Lugar en que havia de hacer noche, quando el luciente Phebo se ausentaba de nuestro Emisferio: y à esta misma sazon llegaron tambien el Almirante, y su esposa à la posada, que les tenian prevenida; y entre la gente, que ordinariamente suele llegarse à vèr estos Señores quando se apean, se metieron Eduardo, y Lucindo donde pudieron vèr mui à su gusto la bizarra Dama; con cuya vista, no obstante, que se viò impossibilitado de remedio, quedò Eduardo mucho mas eficionado, y perdido, y no quisiera apartarse un punto de sus hermosos ojos: tanto, que por cumplir en esto con su gusto, procurò tener lugar de verla cenar esta noche, y cada accion suya era una penetrante flecha para el corazon del tierno amante, sin discurrir, que aquella Dama tenia dueño de tan grandes calidades, y à quien estaba sumamente aficionada. Hizo el Almirante, que despojassen la posada de aquella gente, con que fuè fuerza irse Eduardo, bien contra su voluntad, desde alli al Lugar de donde havia venido, porque no acertassen à conocerle, determinando con el mismo disfràz vèr à Isabela en

ſu miſmo Eſtado, pues caìa cerca de el ſuyo para conſuelo de ſu pena. Llegaron, pues, el Almirante, y ſu amada eſpoſa à la principal Villa de ſu tierra, adonde ſe le hizo un grande recibimiento; y por ſer el rigor de los Caniculares, determinaron quedarſe alli ſin paſſar à las demas Villas, y Lugares de que avian de tomar poſſeſſion. El Almirante ſe entretenia en ir à caza algunos dias, en jugar à la pelota, y otros exercicios, moſtrandoſe mui humano, y afable con ſus vaſſallos; una de las cauſas por donde ſon amados los ſeñores, y deſeados en ſus tierras.

En eſte tiempo Eduardo (tan enamorado, como ſiempre) no tenia olvidados los propoſitos de ir encubierto à verla; y para hacerlo con mas recato, tenia un criado en la Villa en que aſſiſtia, que le aviſaſſe con gran cuidado, quando huvieſſe buena ocaſion para eſto; porque la deſeaba en tiempo que el Almirante no eſtuvieſſe alli. Ofrecióſe, pues, que le previnieron una caza de Monteros, ſeis leguas de aquel Lugar, en que ſe havia de entretener tres dias; porque el tiempo no permita andar en el campo, ſino ſolo por las mañanas, ò mui tarde, por el rigor del Sol: De eſto fuè aviſado Eduardo por ſu ſecreta eſpia, dandole la inſtruccion de lo que havia de hacer, y adonde ſe havian de ir à poſar ſecretamente. Partiò el enamorado Inglès, acompañandole Lucindo, yendo los dos diſfrazados en el trage que havian ido à vèr à Iſabela, prevenidos por, lo que ſucedieſſe, de armas de fuego, que ſecretamente llevavan encubiertas. Llegaron con grande alborozo al Lugar del Almirante, à la miſma hora que èl ſe acababa de partir, haviendoſe deſpedido de ſu eſpoſa, no con pocas lagrimas, que aunque la jornada era corta, tanto le queria, que breves horas de ſu auſencia le parecian dilatados ſiglos. Yá el criado, que tenia alli de ſecreto à Eduardo, havia ſobornado à un Jardinero del Almirante, para que les dieſſe entrada en el jardin de Palacio, donde ſabia que todas las mañanas ſalia Iſabela con ſus Damas à hacer exercicio; y eſta ſe baxò ſolamente con una que privaba con ella mucho, la qual

era

eta Eſpañola, y mui dieſtra en la muſica. Yà Eduardo havia entrado en el jardin, y eſtaba eſcondido entre los mirtos, que adornaban una pequeña placeta, en que eſtaba una hermoſa fuente de terſo, y blanco alabaſtro, y cerca de ella un agradable ſenador, donde Iſabela, y ſu Dama ſe ſentaran. Alli pudo Eduardo, por ſer corto el eſpacio, gozar de ſu hermoſa viſta, en quien ocupaba la ſuya con grandiſſima atencion, transformado en ſu rara hermoſura, notando de ella haſta la minima de ſus perfecciones, para retratarlas mejor en ſu idea. Bin quiſiera el enamorado Cavallero ſalir de el ſitio, donde ſe havia eſcondido con ſus dos criados, y hablarla, no obſtante que ſe eſtrañaſſe en verle alli, y tuvieſſe por atrevida ſu accion; mas viendo que Roſaura (que aſſi ſe llamaba la Dama, que acompañaba à Iſabela) templaba una harpa, que le havian traido para cantar, ſe detuvo por entonces. Iſabela la dixo mientras templaba: No te puedo encarecer, Roſaura mia, quanta pena me ha dado la partida de mi eſpoſo, que aun con ſaber que es por tan poco tiempo ſu auſencia, me ha tenido deſvelada toda eſta noche, de manera, que he dormido mui poco, ò caſi nada de ella; y quando me vencia el ſueño, recordaba aſſuſtada con los triſtes ahullidos de un perro, que debaxo de la ventana de mi quarto ſe puſo para aumentar mi deſaſſoſſiego, y eſtoi deſde entonces con una melancolia tan profunda, que no puedo alegrarme: canta por tu vida alguna coſa de guſto, y ſea en la lengua Eſpañola, pues ſabes quan aficionada le ſoi à las coſas de eſta tierra. Una letra, dixo Roſaura, te podrè cantar, que me dieron quando parti de Londres, que en tu alabanza hizo un criado de el Conde Eduardo, eſtando en la priſion con ſu dueño. A mi me hizo letra? dixo Iſabela. Si, dixo Roſaura, y cierto que me dicen, que es la coſa, que anda mas valida en la Corte. Pues como ſin conocerme, ſe diſpuſo à eſcrivirla? dixo Iſabela, que quando yo llegùe à Londres, yà Eduardo eſtaba preſo, por el deſafio, que tuvo con el Embaxador de Eſcocia, y ſe tra-

taba

taba entonces de ello, como caso recien sucedido. La fama de tu hermosura, que por todas partes se estende, dixo Rosaura, llegò à la rigurosa prision de Eduardo; y aun, segun despues he sabido, un hermoso retrato tuyo à sus manos, de quien estaba mui enamorado. Rigor mostrò con èl el Rey: replicò Isabela, pues de lo que todos sentian su destierro, echo de vèr, quan bien recibido estaba en la Corte; y aun yo sin conocerle, por solo lo que oìa alabarle en el quarto de la Princesa, fui una entre los muchos que sintieron la caìda de su privanza. Acabò de templar Rosaura, en tanto que passaron estas razones, ò lo mas cierto era, que traeria templada la harpa: y mejorandose en el assiento, con grave, y sonora voz, cantò este Romance.

La tyrana de la vida,
Temiendo estaba rigores,
Del Alva, que con su luz,
Sus negras tellices rompe.
Dexando el esposo anciano,
Alegra los Orizontes,
Con que à las flores, y plantas
Restituye sus colores.
Alegre salva le hacen
Los paxarillos conformes,
Cantando varios motetes,
En la emenidad de un bosque.
Alborozados los campos,
Aguardan que los mejores;
I que sus verdes espacios

Con menudo aljofar borde.
Y las criſtalinas fuentes
Mueſtren en liquidas voces,
Y en cuerdas de undoſa plata,
Ser inſtrumentos concordes.
Duda ponen, ſi eſtas fieſtas,
Por vèr el Alva ſe gozan,
O porque ſale Beliſa
A ſer el Sol de eſtos Orbes.
Con ſu preſencia divina,
El Alva parece noche,
A cuya hermoſura Elicio
Aqueſtos verſos compone
Tantas fieſtas cauſa Beliſa,
Quantas mira en el campo flores,
A las fuentes aumenta la riſa;
Y ſu canto à los Ruyſeñores.
Cada eſtampa de ſus piès,
Produce con ſu favor,
Al malograr una flor,
Que de ella renazcan tres.
Viendo el campo el interès,
Y medra con que enriquece,
Fieſtas, y guſto le ofrece
A ſus divinos primores.

Tantas fieſtas, &c.
Suſpende el Sol ſu carroza
En las puertas del Oriente,
Por ver que otro mas luciente
A los campos alboroza.
No hai Paſtor, que de ſu choſa
No ſe rinda à la beldad
De tan divina deydad,
Que à todos matan de amores.
Tantas fieſtas, &c.

Mucho guſto le diò à la hermoſiſſima Iſabela la letra, que no hai muger, que no guſte de ſer querida, y alabada. Y queriendo mandar à Roſaura, que cantaſſe otra, oyeron ruido en la puerta falſa del Jardin, y era que ſe abria, y por ella entraron à cavallo el Almirante, y ſu Cavallerizo; y dexando los cavallos; mandò à la demàs gente, que ſe fueſſe à Palacio. Su breve buelta, ſin llegar à donde iba, fuè, por ſaber en el camino, que un tio ſuyo venia à ſer ſu hueſped aquella noche; y porque no le hallaſſe fuera de ſu caſa, tuvo à dicha el toparſe á poco trecho de ſu camino con el aviſo; con eſto ſe bolviò à toda priſſa, y viendo, que aquella era hora, en que Iſabela baxaria al Jardin à hacer exercicio, quiſo entrarſe por ſu puerta falſa con llave maeſtra, que traia de ella, y de todas las de ſu Palacio. Turbada hallò à ſu amada eſpoſa de vèr ſu impenſada buelta, haſta que ſupo la cauſa della, con que ſe ſoſſegò. Sentaronſe en la parte que hallò à Iſabela, y eſtando los dos en apacible converſacion, con mucho guſto entretenidos, de la parte donde eſtaba Eduardo, y ſus criadas eſcondidos; oyeron ruido de las hojas de los arboles; y era el caſo, que por lo que ſucedieſſe, ſe apercebian

de

de las armas de fuego, que traìan encubiertas. Alborotòse el Almirante, y llegandose à la parte que sintiò el rumor, viò bultos de hombres, que entre lo mas espesso de las ramas se procuraban encubrir, cosa que le puso en cuidado, y con èl se fuè acercando mas, acompañado de su cavallerizo; y desviando las ramas de una mesa, que los mirtos formaban, reconociò la gente, si bien no los rostros, porque se le encubrian embozandose: acometieronles con las espadas desnudas, de tal suerte, que vindose apretado Eduardo, saliò de la espessura que le ocultaba, à la placeta, y descubriendo algo mas el rebozo, fuè apuntando con una pistola al pecho del Almirante, en forma de quererla disparar; y desta suerte, retirandose èl, y sus criados, procuraban salir de aquel sitio; sin dar lugar à que les conociera. Pero haviendo dado al Almirante, con el trage, la resolucion, y las armas, sospechas de que no era persona baxa la que aguardò ocasion de ausencia suya, para venir à aquel secreto lugar, donde no se permitia entrada à nadie, sino à su esposa, y Damas, pudo presumir, que era llamado de alguna. Isabela estaba temblando, mirando el presente espectaculo, temerosa de algun tragico sucesso. Al fin con resolucion de saber el Almirante, quien eran los tres embozados, sin temer las pistolas, que vèia cargadas, amenazandole, les acometiò con gallardo aliento, ayudado de su criado. Eduardo se fuè retirando quanto pudo, y lo mismo hacian sus dos criados: pero diòles tal priessa el Almirante, yendolos acuchillando, que por no verse morir à sus manos, se quitò el rebozo del todo, y de nuevo previno la pistola, diciendole en voz alta: Señor Almirante, Eduardo soi, si acaso no me conoceis: el trage, la estancia, las armas con que vengo, y prevencion de criados, confiesso, que arguyen sospecha, para que no creais, que me ha traìdo aqui mas curiosidad de vèr à vuestra esposa, que otro intento alguno, que como mi venida no podia ser en publico, por el destierro, que me ha dado el Rey, quise venir en este trage, à tan mala ocasion, que os ha-

llaſſe auſente, de que me ha peſado; porque à vos, y vueſtra eſpoſa tenia intento de deſcubrirme; de no hallaros aqui, no quiſe irme ſin verla; pero de ſuerte, que no me conocieſſe, y valìme del Jardinero, que hallè à eſſa puerta por donde entraſteis, que me puſo en aquel oculto lugar. Eſto es lo que ha ſucedido, y como Cavallero os juro, que eſta es la verdad del caſo.

En notable confuſion ſe viò el Almirante, deſpues que conociò à Eduardo en aquel habito, con aquella prevencion de armas, y guarda de criados; y aunque la ſatisfacion, que tenia de ſu eſpoſa, le podia aſſegurar en aquel caſo (pues para con èl eſtaba tan aſſentada ſu opinion) el haverſe entrado alli en tiempo que èl eſtaba auſente, y el recatarſe deſpues de que no le vieſſe, eſcondiendoſe entre las murtas del jardin, le dexò ſoſpechoſo, de que venia à emprender algo contra ſu honor, ſi bien ſin conſentimiento de Iſabela; por haver dos teſtigos de eſto, que eran ſu cavallerizo, y Dama de ſu eſpoſa, conſiderò quanto importaba à ſu reputacion, que no fueſſen èl, y ſus criados ſin el caſtigo de ſu atrevimiento, tomando reſolucion de que no ſalieſſe de alli ninguno con la vida, aunque èl perdieſſe la ſuya en ello; y aſſi les bolviò à acometer, como antes, no obſtante, que Eduardo le procuraba reportar por ſatisfacerle de nuevo, à que no dando atencion el Almirante, les iba acuchillando, con ayuda de ſu criado à todos tres. Como Eduardo vieſſe en peligro ſu vida, y que ni ſatisfaciones, ni amenaza de diſpararle la piſtola le reportaban, diò fuego à la que traia, metiendole dos balas en el cuerpo; con que el Almirante cayò herido de muerte à ſus pies. Lo miſmo intentò hacer Lucindo de ſu cavallerizo; pero fuè mas dichoſo, porque ladeandoſe el cuerpo, le acertò en el brazo izquierdo, con que tuvo lugar de acometer al otro criado, y darle dos heridas en la cabeza, por no haver dado fuego ſu piſtola. Viendo Eduardo lo que havia hecho, llegòſe al Almirante, que ſe eſtaba rebolcando en ſu ſangre, yà en los ultimos terminos de la vida, y ſacandole la llave maeſtra de

ſus

sus calzas, se salieron èl, y Lucindo del jardin, dexando hecho el daño, que haveis oido, à Isabela desmayada en las faldas de Rosaura, y el cavallerizo sobre el que havia herido dandole de puñaladas. A las voces, que havia dado Rosaura, acudieron algunos criados de casa, y hallaron à su dueño muerto, al criado de Eduardo en estos terminos, y al cavallerizo herido. Vino luego la Justicia, y de el criado, que estaba para espirar, pidiendo Confession Sacramental, en la que le tomaron judicial, se supo todo el caso, haciendo que se escrivieste; cosa, que importò mucho, para dexar assentada, y segura la opinion de Isabela, à quien el criado de Eduardo disculpò en su confession: Y despues de haver hecho la que mas le importaba para su salvacion, muriò antes de dar lugar à que la Cirugia conocieste de sus penetrantes heridas.. A Isabela llevaron à su quarto desmayada, y por remedios que la hicieron, no bolviò en sì en mas de quatro horas, que fuè con tan copioso llanto, y tan lastimosas quexas, como el tragico suceso pedia. Eduardo llegò à su Lugar, y tomando postas, joyas, y dineros, en breve tiempo se puso en España: yendose à emparar del Rey Don Alonso Octavo, que tenia entonces su Corte en la Imperial Ciudad de Toledo, de quien fuè generosamente recibido; y dandole cuenta de lo que le havia sucedido, le prometiò favorecer en quanto pudieste; que yà tenia nuevas de quien era Edurdo, y de quanto lo havia sido de su Rey. Advirtiòle, que por unos dias importaba, que estuvieste retirado fuera de la Corte, sin que se dexaste ver de nadie, hasta saber como lo tomaba su Rey; y assi le señalò por estancia un Monasterio, que distàba de la Ciudad un quarto de legua.

Supo el Rey de Inglaterra la lastimosa muerte de su Almirante, y que el homicida havia sido Eduardo, y con el grande enoxo que concibiò contra èl, diera la mitad de su Reyno por tenerle preso, para quitarle luego la vida. Hizo al punto que le buscasten con todas las diligencias possibles, con deseo de executar en èl su colera, prometiendo por pre-

gones, que se daban en todos los Lugares del Reyno, treinta mil ducados à quien se le entregasse vivo, y la mitad al que le matasse; pero estaba tan bien recibido Eduardo en las voluntades de todos, que se dudàra mucho haver quien hiciera la muerte, ò prision en toda Inglaterra, aunque fuera doblado interès. El Rey, y su hija embiaron à visitar à Isabela, y de parte de la Princesa iba orden para si queria bolverse à su compañia, que la llevassen luego, à que no se determinò la desgraciada señora, resolviendose à acabar su vida alli, acompañando los huessos de su mal logrado esposo.

Seis años se passaron despues de la muerte del Almirante, de todo este tiempo estuvo los tres retirado Eduardo en el Monasterio que el Rey le havia señalado, hasta que le diò licencia par salir de èl, y assistir en su Corte, y Palacio con los Grandes, y Titulos, que acudian à su servicio, honrandole en todas ocasiones, porque sabian las partes que tenia para merecer su favor.

Bien supo el Rey de Inglaterra, que Eduardo estaba en España, y las honras que su Rey le hacia, y no quisiera que se ofreciera ocasion tan forzosa, como en la que havia menester à Alfonso, para pedirle, que se le entregàra: mas intentaba Ricardo hacer una lucida jornada à la Tierra Santa de Jerusalèn, para rescatar el sagrado marmol de poder de Infieles, triunfando de los que tiranicamente posseian tan divino tesoro; y havia de valerse de la ayuda de todos los Principes de la Christiandad para esta santa conquista; y principalmente del favor del Rey de España, à quien tambien deseaba tener por hijo, casandole con la hermosa Leonora, y esto le hizo el no darse por entendido, que Eduardo estaba en su Corte, adonde como en su natural patria, ganò en este tiempo las voluntades de todos, siendo mui querido, y estimado.

En esta sazon se le ofreciò embiar el Rey de España una embaxada á Inglaterra, sobre ciertas cosas que tenia que comunicar con el Rey, con quien siempre tenia confirmadas paces, y professaba amistad; y quiso Eduardo irse en compañia

ñia del Embaxador, à dar una vista à sus Estados encubierto: y aunque de sus amigos fuè aconsejado, que no le convenia, y aun del mismo Rey; mas èl les facilitò que lo podia hacer sin daño suyo, ni peligro de que le conociessen: con que se partiò, proponiendo de dar presto la buelta; y de esto le pidiò la palabra el Rey, haciendole merced de una grande ayuda de costa para la jornada, en la qual no llevò consigo mas que à Lucindo, fiel Acates de sus peregrinaciones, y à otro criado.

Llegados à Inglaterra, à media jornada de Londres, se despidiò Eduardo del Embaxador, tomando desde alli el camino para su Estado, con presupuesto de caminar siempre de noche, y con gran recato, por no ser conocido, que le importaba en ello no menos que la vida. Al primer Lugar que llegò, supo como el Rey andaba à caza por unos montes cercanos à èl, donde havia gran cantidad de javalies, y venados. Passò de alli, proveyendose de lo necessario para cenar aquella noche en el campo: y en el primero monte que toparon, con la grande espessura que en èl havia, y la obscuridad de la noche, perdieron el camino, y andandole à buscar, se hallaron metidos en lo mas espesso dèl, lo qual visto por Eduardo, mandò que se apeassen todos, y que parassen alli hasta que parasse la Luna, para que con ella caminassen. Hizose assi, y sacando lo que traian de repuesto, cenaron todos en buena compañia, sin haver diferencia entre amo, y criados, pues el lugar, y la brevedad lo pedia.

Acabada la cena, al tiempo que la hermosa Cintia, con la luz que le presta su luciente hermano, plateaba los Orizontes, oyeron cerca de si rumor de gente, y cavallos, de quien vieron apearse quatro hombres, y que los ataban con las riendas à los robustos troncos de las envejecidas encinas. Eduardo mandò à sus criados, que no hiciessen rumor por no ser sentidos; y estando atentos por oìr lo que hablaban, escucharon à uno de los quatro, que decia à sus compañeros de esta suerte.

A esta hora dixo Otòn, que traeria por este camino al Rey

des-

deſcaminandole de ſu monteria, y no querria que me faltaſſe à la palabra que me tiene dada. Luego ſe oyò otra voz, que dixo: Si èl lo aparta de ſu gente, como prometiò, no hai duda, ſino que la podrà cumplir, encaminandole adonde dè fin à ſu vida, y vos à vueſtra venganza.

Mas atento ſe puſo à eſcuchar Eduardo deſpues que oyò hablar al ſegundo, por parecerle que eſta era alguna traicion, que tenian ordenada contra el Rey; y en ſer Otòn el que le havia de traer por aquel camino, confirmò mas ſu ſoſpecha, por ſer un Cavallero, que nunca le havia tenido por bien intencionado, ni ſeguro para con ſus amigos. En eſto oyò decir à otro, que ſeñal ſe ha de hacer à los que han de acudir à ayudarnos? Una corneta traygo, dixo el que primero havia movido la platica, que apenas la havrè tocado, quando acudan Riniero, Gridoro, y Enrico, que vienen baſtantemente apercibidos de armas. Aqui acabò de conocer Eduardo, que era el Autor de la conjuracion el Baron de Belflor, un anciano Cavallero, à cuyo hijo havia el Rey mandado cortar la cabeza, por una alevoſia que havia hecho, ſacando à una hija de un Cavallero pobre de caſa de ſu padre, à quien forzò, y diò la muerte deſpues; y en venganza deſta juſticia, que èl tenia por agravio, intentaba aquella infame traicion. Mucho ſe holgò Eduardo de llegar à tan buena ocaſion, que pudieſſe favorecer à ſu Rey en tan apretado trance: ofreciòſela preſto el Cielo, porque Otòn, el Cavallero, por cuya orden corria el diſponer eſta traicion, havia apartadoſe con el Rey, y el Condeſtable de Inglaterra, un Cavallero anciano, con el engaño de que havia viſto un javali àzia aquella parte; y trayendo à los dos deſcaminados por una, y otra sẽda cerrò la noche, hallandoſe algo lexos de toda la demàs gente; y fingiendo Otòn que ſe havian perdido, en vez de guiarles por parte donde pudieſſen ſalir al camino Real, como ſabia bien el monte, los llevò à entregar en manos de ſus fieros enemigos. Llegados à aquella parte, moſtrandoſe Otòn dudoſo por la grande eſpeſſura del monte, de topar con el camì-

no

no, les hizo apear, para aguardar à que la Luna se manifestasse mas à la tierra, porque con su luz se pudiessen bolver donde les aguardaba la demás gente. Hizolo assi el engañado Rei con el Condestable, y apenas havian arriendado los cavallos; quando se hallaron cercados de el Baron de Belflor, y sus compañeros, diciendole al Rey en altas voces: A tiempo estamos, severo Ricardo, que me vengarè del rigor, que tuviste con mi hijo Filipo, á quien hiciste quitar la vida, sin admitir interceſſores, que te pidieron su perdon; y para que los Reyes sean mas misericordiosos, que justicieros, servirá tu muerte de exemplo á otros, porque no executen como tu todo el rigor que disponen las leyes, sin excepcion de personas, cuyos padres les han servido, defendiendoles en peligrosas guerras á costa de su sangre sus Estados; y porque no te fies, que en tu compañia traes á Otòn, sabe que èl mismo (como deudo mio, y no menos ofendido que yo de este agravio) te trae á este lugar descaminado, para que sin el favor de tu gente nos venguemos todos à costa de tu vida: y á este punto Otòn, declarandose por enemigo del Rey, se puso á la parte del vengativo Baron. Almirados quedaron el poderoso Ricardo, y su Condestable de vèr la resolucion del alevoso Cavallero, y la cautela con que les havia traido su deudo; y viendose en tal empeño, le dixo el Rey: No pensé, Baron de Belflor, que los castigos, que con justicia, y rectitud hacen los Reyes, para escarmiento de los demás subditos, se pagaban con traydoras assechanzas, è infames conjuraciones, al cabo de tres años, que ha que se executò la justicia en vuestro hijo; pero quando yo muera engañado de esse traydor, de quien me he fiado, y assimismo mi leal Condestable, será vendiendo bien nuestras vidas; y yá que acaben á los filos de tan infames aceros, como los vuestros, vassallos tengo, y èl deudos tan nobles, y leales, que sabrán vengar nuestras muertes, aunque vuestra fuga sea á los mas remotos climas del Orbe. Y bolviendose al Condestable, le dixo: Ea, buen amigo, yá que nestra corta dicha nos ha traido

do à poder de eſtos alevoſos, adonde no ſe nos eſcuſa el perder las vidas, ſea tan à coſta de ſu ſangre, que conozcan el valor de nueſtros animos en ſu ofenſa; y ſacando tràs eſtas razones la eſpada, y el Condeſtable haciendo lo miſmo, ſe comẽzaron à acuchillar con ellos. Todo eſto havia eſtado oyendo Eduardo, y ſus criados, aguardando à la apretada ocaſion; y ſaliendo de donde eſtaba, mudando la voz, y hablando en lengua Franceſa, por no ſer conocido, le dixo: Invicto Rey, no permita el Cielo, que vueſtra vida, que tanto importa à la Chriſtiandad, perezca à manos de deſleales veſſallos vueſtros; aqui teneis mi ayuda, que aunque ſoi de diferente Nacion, ſabrè defenderos con el miſmo amor, y voluntad, que pudiera el mas favorecido vaſſallo vueſtro. Haviendo apercibido la piſtola, y aſſimiſmo ſus criados, las diſpararon caſi á un tiempo contra los traydores, derribando al Baron, à Otòn, y otro; no les dando lugar para poderſe defender, atraveſſados de tres balazos por los pechos, cayendo muertos en el duro ſuelo. Su compañero, que ſe viò ſolo, comenzò à huir por lo eſpeſſo del monte; mas preſto fuè alcanſado de Eduardo, y dexò la vida à los riguroſos filos de ſu eſpada. Eſta fuè con tanta preſteza, que al Baron no le dieron lugar de hacer la ſeña con la corneta, como tenia concertado, para que acudieſſe à ayudarle ſu gente. Buelto Eduardo de haver muerto al que ſe le penſó eſcapar huyendo, en la miſma lengua Franceſa, dixo al Rey: Yà, poderoſo Señor, no teneis que temer à vueſtros enemigos, que el Cielo, que tanto cuidado tiene de la conſervacion de vueſtra vida, ha permitido que mueran à vueſtras manos, eſcapandoos de tan peligroſo trance. A las vueſtras debo, gallardo mancebo (dixo el Rey) la que oy gozo, pues milagroſamente os hallaſteis en mi defenſa; tomad mis brazos, y decidme quien ſois, para que conforme à vueſtros meritos os honre, y haga mercedes. La mayor que me podeis hacer por aora, y la que yo os ſuplico me agais, es, no procurar ſaber quien ſoi, por ciertas cauſas que me obligan à andar encubierto: tiempo ven-

vendrà en que yo beſe vueſtra Real mano, para el qual libro el deciros mi nombre, ſuplicandoos al preſente no permitais que lo diga, en paga deſte pequeño ſervicio que os he hecho, y de otro, que antes que os partais de aqui pienſo haceros. Mucho ſe maravillò el Rey, de que ſe le quiſieſſe encubrir el que deſpues de haverle hecho un tan grande ſervicio, podia eſperar largas mercedes de ſu generoſa mano, y tener ſu privanza, à hallar en èl calidad, y partes; mas viſto que inſtaba tanto en no ſe dar à conocer, no quiſo apretar mas el ſaberlo, y aſſi le dixo: Pues el ſervicio, y ſocorro que me haveis hecho, me preſentais por obligacion no he de haceros por aora merced, ſino de que no trate de ſaber quien ſeais, quiero daros eſte guſto, aun que contra mi voluntad; y aſſi me partirè de aqui ſin ſaberlo, cumpliendome la palabra que me diſteis de que me lo direis en otra ocaſion; y para que os acordeis de eſto, tomad eſta ſortija con el cello de mis armas. Eduardo la recibiò, beſandole la mano, ratificandoſe en cumplir lo que havia prometido, que ſeria con mucha brevedad, y quitandole al Baron de Belflor la corneta, que traìa al cuello, con que havia de aviſar à ſu gente, para ayudarle en la traicion, que traia concertada, la tocò lo mas recio que pudo, haciendo antes de eſto prevenir las piſtolas, à cuyo ſonido llegaron à cavallo quatro criados del difunto Baron, que le preguntaron ſi era la hora en que havia de llegar Otòn con el Rey: Apenas le acabaron de oìr eſto, quando les hizo que ſe apeaſſen mal de ſu grado el ſalitrado elemento, mezclado con el ardiente plomo, que deſpidieron las piſtolas, dexando à los tres muertos, acompañando à ſu dueño, caſtigo condigno à ſus depravados intentos: El que quedò à cavallo, con lo que havia viſto, no tuvo animo para huir, y aſſi fuè luego preſo, y maniatado por los criados de Eduardo. Llevaronle à la Ciudad, haſta la qual fuè Eduardo acompañando al Rey; y llegando à ella media hora antes, que la Aurora ſalieſſe á deſterrar las obſcuras ſombras de la noche, ſuplicò Edurdo al Rey le dieſſe licen-

cia para partirse, diciendole, como era un Cavallero Francès, que havia de hallarse brevemente en Paris, á un desafio que tenia aplazado, por la qual no havia dicho á su Magestad su nombre, porque si su suerte no le salia favorable venciendo, no era bien huviesse mas testigos de su conocimiento. El Rey le tornò à referir la promesa, que tenia hecha de bolverle á vèr; y abrazandole con muestras de mucha aficion, prosiguiò Eduardo su comenzado camino, y el Rey, y Condestable entraron con el preso en Londres: y yendo á Palacio, hallaron á aquella hora muchos Cavalleros, que temerosos de que por su tardanza, no le huviesse sucedido algo, querian partir en su busca. Holgaronse sumamente con su venida, contandoles el Rey lo que les havia sucedido, y socorro del Cavallero Francès; con que los dexò admirados de ver la alevosia del Baron, y cauteloſa traycion de Otòn, su deudo. Entregòles el Rey el preso, para que sin aguardar dilacion, á la mañana se hiciesse justicia dèl; y mandò que fuessen á buscar al monte los cuerpos de los traidores, y quitandolos las cabezas, las pusiessen en escarpias, donde fuessen vistas para escarmiento de todos, haciendo confiscar los Estados, y rentas del Baron, y demás para su Real Corona, no acabando de alabar el animoso esfuerzo del Cavallero Francès, deseosissimo de conocerle.

Eduardo, luego que se partiò del Rey, durmiò aquel dia en un pequeño Lugar, hasta que vino la noche, con la qual continuò su viage, haciendo una corta joranda, hasta otro pequeño Pueblo de el Estado de la hermosa Isabela, donde á media noche vino á parar. Alli residia la hermosa viuda, porque la amenidad de los campos, y claras fuentes la havian hecho venirse á vivir á el; y esto no lo sabia Eduardo, el qual se apeò en una buena posada: Luego, que el huesped de ella viò al Cavallero, le conociò, dandole suma alteracion su vista; de tal suerte, que apenas sabia dar el recado necessario que le pedian. Cenaron retirados, aunque no tanto, que otra vez no procurasse con curiosidad certificarse el huesped de nuevo en su conoci-

cimiento: y haviendoles dexado acoſtados, y repoſando, entregados al blando lecho, ſe partiò aceleradamente à dar cuenta à la hermoſa Iſabela, de como Eduardo eſtaba en ſu caſa, y le dexaba durmiendo con mucho deſcuido. Como oyò la nueva la hermoſa, quanto deſgraciada ſeñora, fuè notable el ſuſto que recibiò, tanto que por un rato no pudo hablar, repreſentandoſele en eſte tiempo la riguroſa muerte que le diò à ſu malogrado eſpoſo, diſcurriendo brevemente por las circunſtancias que tuvo de crueldad, como de peligro en ſu opinion. Y como la ira, y venganza echan mayores raìces en los femeniles pechos, en ella eſtaba tan viva eſta paſſion, que no havia dia que no refreſcaſſe la memoria con el laſtimoſo ſuceſſo, deſeando grandemente vèr en ſu poder el homicida de ſu eſpoſo, para executar en èl el miſmo rigor, que con el difunto Almirante havia tenido. Vinole, pues, à medida de ſus deſeos la ocaſion con aumentos de ſu enojo, pues de haverſele entrado por ſu miſma tierra, inferia el poco caſo, que hacia de ſu ſentimiento, y del caſtigo, que podia eſperar del Rey à ſer ſabidor de ſu venida. No quiſo perder tiempo en vengarſe la hermoſa Iſabela, y haviendo brevemente prevenido el modo, hizo que le llamaſſen à todos ſus criados, y teniendoles preſentes, con alguna admiracion de la novedad, por ſer la hora en que los llamaba tan fuera de el uſo de ſu recogimiento, les hablò de eſta ſuerte.

Amigos, el Cielo, que diſpone todas las coſas à medida de ſu juſticia, ha permitido que oy la haga, de quien con tanto deſalumbramiento ſe atreviò à quitar la vida à mi amado eſpoſo. Eſte hombre me acaba de decir, como el fiero Eduardo ha llegado eſta noche à ſu poſada, que le dexa encerrado en un apoſento ſepultado en blando ſueño: la cauſa de ſu venida ignoro; quado la de mi venganza me eſtà pidiendo á voces, que execute en èl el merecido caſtigo. Eſte no le libro en vueſtas manos, por reſervarle para las mias, yo miſma he de ſer la homicida, de quien lo fuè de mi eſpoſo, pues con un acera-

do puñal, que llevarè para el efecto, pienso dar fin à su vida, y dexar eterno nombre de mi valor: vosotros me haveis de acompañar hasta su aposento, adonde yo he de entrar sola, y llevando una pequeña linterna, à su luz executarè en èl la muerte que merece. Ninguno me replique à lo dicho, pena de mi desgracia, antes me obedezca, yendo todos prevenidos de armas para lo que sucediere. Suspensos los dexò la resolucion de su vengativa señora, afecto que ellos no imaginaran de su beldad, pues quien la tiene en tanta perfeccion, parece que desmiente rigores, y dissimula crueldades. Todos se dispusieron à obedecerla, y prevenidos como les havia mandado, la fueron acompañando con grande silencio, guiandoles el huesped, hasta su casa, donde les subiò à la sala antes del aposento en que el cansado Eduardo dormia, bien descuidado del daño que le espèraba. Quedaronse los criados alli, y con oculta luz en una mano, y el agudo puñal en la otra, hizo Isabela al huesped, que abriesse la puerta del aposento: èl la obedeciò, no poco pesaroso de ser con su apressurado aviso causa de la muerte, que al descuidado joven se le prevenia.

Entrò Isabela donde estaba la cama, y llegandose cerca de ella, descubriò la luz para executar el riguroso impulso de su enojo, y viò (como otra Psiqes) no un hombre como ella le figuraba en su idea (por no haverlo visto bien, quando matò à su esposo) fiero, robusto, y de aspecto cruel, que esto aprehende el ofendido, quando no conoce al ofensor, sino un mancebo de treinta años hermoso de rostro, con las mexillas vertiendo leche, y sangre: Teniale el cansancio, y calor encendida la cara, por la qual estaban esparcidos parte de sus cabellos, con que acrecentaba mas su perfeccion: Los brazos tenia desnudos, descubriendo en ellos la proporcion bastante, para por ella sacar qual seria la perfecta de su cuerpo. Atenta se puso la hermosa Isabela à contemplar el dormido Cavallero, y fuè tan poderosa la fureza de su amable objeto que excediendo à la de su venganza, olvidada de la ofensa, del amor de

su

ſu difunto eſpoſo, y de lo que podian decir ſus criados, que eſperaban á fuera, de los efectos de ſu varonil reſolucion, perdiò ſu libertad, olvidò ſu rigor, y adorò ſu gallardia, ſin hacer reſiſtencia à ninguno de los inconvenientes que ſe le oponian; ratificando ſu buena eleccion, quanto mas ocupaba la viſta en el dormido joven. Eſtuvoſe de eſta ſuerte un breve eſpacio, quando al fin de eſte tiempo recordò Eduardo, cuidadoſo de madrugar à proſeguir con ſu viage; y como viò la luz de la linterna tan cerca de ſus ojos, deſlumbrado con ella, por no vèr quien la llevava, temiòſe de algun doble trato, y comenzò à voces à llamar ſus criados. A eſte tiempo yà Iſabela le avia tomado la eſpada de la cabecera de la cama, y ſaliendo donde ſus criados la aguardaban, les dixo (fingiendo venir con peſadumbre) que por haver recordado al tiempo de la execucion, no le havia dado la muerte. Diòle orden, que le prendieſſen, y puſieſſen en una Torre de ſu Palacio, con priſiones, y guardas, y rigor, que diſpuſo mas por cumplir con ellos, que por ſu voluntad: y con eſto ſe fuè, dexandoles mui encargado, que hicieſſen lo que les mandaba. Entraron luego con luces en el apoſento, hallando à Eduardo, que ſe havia levantado à buſcar la eſpada, que yà echaba menos, por donde confirmò la ſoſpecha que havia tenido. Dixeronle en breves razones la parte en que eſtaba, el aviſo que havia tenido Iſabela de ſu venida, y como ordenaba, que le prendieſſen. Admirado ſe quedò el gallardo Inglès, aſſi de no haver ſabido que Iſabela eſtuvieſſe de aſſiento en aquel Lugar, como de ſu reſolucion en hacerle prender; y viendo, que era fuerza paſſar por lo que ordenaba, diſſimulando el ſentimiento que tenia, ſe viſtiò, y acompañado de los criados de Iſabela, y de la demàs gente armada, que ſe havia prevenido para el caſo le llevaron à una Torre, donde le puſieron una grueſſa cadena, y guardas, y à ſus criados puſieron las miſmas priſiones en diferentes apoſentos de la Torre, dexando à un criado de Iſabela, llamado Filipo, con cargo de que fueſſe ſu Alcayde

por

por todo el tiempo que durasse su prision.

De esta suerte estava Eduardo preso ocho dias, publicandose entre los criados, que Isabela le havia de manear cortar la cabeza, por lo qual hasta que se executasse, queria que estuviesse secreta su prision, y assi lo avia mandado. En este tiempo estaba la hermosa viuda desvelada todas las noches, imaginando con el nuevo cuidado de su aficion, algo confusa en la disposicion del castigo de Eduardo, pues de haverle preso, era fuerza yà hacer demonstracion de la ofensa que dèl havia recibido, y de perdonarle, conformandose en esto con sus deseos. Echaba de vèr la nota que daba à toda Inglaterra de su liviandad, haviendo todos conocido en ella los afectuosos deseos que siempre tuvo de tenerle en su poder para satisfacerse de su justo enojo.

En este tiempo el poderoso Ricardo quiso cumplir un voto, que tenia hecho de visitar en España el sumptuoso Templo de nuestro Patron Sagrado, y Apostol Santiago, que encierra su Glorioso Cuerpo en la Ciudad de Compostela en Galicia, y de camino tratar con el Rey Don Alonso en aquella Ciudad de la jornada, que pensaba hacer à Jerusalen; para la qual tenia yà coligados todos los Principes Christianos de la Europa. En esta devota romeria determinò llevar consigo à la hermosa Leonora su hija, deseando casarla con el Rey de España, y ella no quiso hacer la jornada, sin llevarse consigo à Isabela; y assi se lo tenia avisado, aunque resistia ella mucho salir de su Estado. Pues en esta sazon, que havia quince dias que Eduardo estaba preso, y èl sabia de Filipo su Alcayde, quan cercana tenia su muerte, passó el Rey, con toda su gente que le acompañaba por el Lugar donde estaba Isabela, que era el derecho camino para su jornada; y ella le hospedò en su casa con mucho gusto, teniendo esperanzas de que el Cielo havia de disponer, que Eduardo, à quien tiernamente amaba, no muriesse; pues con su reputacion no cumplia con menos, que con quitarle la cabeza, y el Rey por favorecerla havia de fomentar esto. Holgóse Ricardo

do de ver à Isabela, y assimismo la Princesa, haciendola muchos favores: y por su intercession se estuvieron en aquel Lugar un dia mas.

Euardo, que supo la venida del Rey, temiò mucho, que si Isabela le daba cuenta de cómo le tenia preso, en que no ponia duda, le mandaria cortar la cabeza luego: y deseando, ò tener libertad, ò perder presto la vida fiandose de Filipo su Alcayde, que le era aficionado, determinò escribir un papel al Rey, pidiendole encarecidamente, que se le diesse, el qual se ofreciò à hacerlo con mucho gusto; y despues de haverle escrito, y metido dentro la sortija, que le havia dado quando le librò de la muerte, se le diò à Filipo, el qual hallò buena ocasion para ponerle en manos del Rey, porque estaba con la Princesa, y Isabela en el jardin de Palacio. Recibiò el papel, y abriò, y viò su sortija, que venia dentro, la qual reconociò luego: y deseoso de ver lo que el papel contenia, leyò en el estas razones.

Aquel Cavallero Frances, que librò à V. Magestad de la muerte, que le queria dar el Baron de Belflor, media jornada de Londres (como lo testifica essa sortija, que recibi de sus Reales manos) està preso por mandado de la hermosa Isabela: la causa de su prision podrà V. Magestad saber de su boca, y castigarme conforme la culpa que tuviere, sin que me valga el servicio que à V. Magestad hice, pues es gusto de quien me tiene preso, que pierda la vida por satisfacion de su enojo. Guarde Dios à V. Magestad felices años. Rugero de Valois.

Deseoso estaba el Rey por saber de Isabela, que causa le moviò à tener preso al libertador de su vida, y à quien la Corona de Inglaterra debia tanto: y llamandola le dixo delante de la Princesa, y del Condestable, que quiso que se hallasse presente, estas razones.

Hermosa Isabela, en este punto he acabado de recibir este papel, y de leerle, embiamele un Cavallero Frances, que teneis preso, y es persona à quien debo no menos que la vida, pues èl fuè quien me la diò en la traicion de el Baron de Belflor, y Oròn, su sobrino,

donde

donde mostrò el animo, y valor, que à todos he dicho, loando las grandes partes de tan valiente Cavallero, de que fuè buen testigo el Condestable, que està presente. Deseo saber la causa porque le haveis mandado prender; que debe de ser bastante, pues os determinasteis, dotada de tanta modestia, à hacerlo. El se remite à lo que vos me informaredes, y aun casi vuestro juzgado; lo que yo le debo, es lo que os he dicho. A vos os toca hacerme relacion de su culpa. para que conforme à ella vea lo que se debe hacer.

Nuevos colores le salieron al rostro à Isabela de lo que el Rey la dixo; con que acrecentò en mayor grado su hermosura, si bien fuè de la turbacion mezclada con algunas lagrimas, que como Orientales perlas destilaba de sus dos hermosos Luceros; y por no tener al Rey mas suspenso, le dixo de esta suerte: Poderoso señor el Francès, que Vuestra Magestad me pondera tan animoso, y valiente en favorecerle, à cuya obligacion (puesto que fuè no menos que darle la vida, librandole de la conjuracion de unos traydores) cõnozco, que es debida honrosa satisfacion por su parte, y premio digno à tan señalado, y particular servicio; mas la que pide la rigurosa muerte que diò al Almirante mi esposo, me obligò à hacerle prender, y tenerle con el rigor que està, porque no es Francès, como ha dicho à Vuestra Magestad, sino el Conde de Leste Eduardo, fiero homicida del mal logrado Almirante, por lo que V. Magestad le debia, por los servicios de mi padre, y la merced que la Princesa mi señora me hace, debeis hacerme justicia; en vuestras manos la pougo, yà que mi corto animo no fuè bastante para hacerle por mis manos, como intentè. Esto dixo la hermosa Isabela, con grande abundancia de lagrimas, dexando al Rey suspenso con lo qua oìa, y dudoso de lo que debia hacer en caso tan apretado: por una parte via la justa quexa de Isabela, y la justicia, que debia hacer en satisfacion suya; y por otra, la obligacion que le tenia à Eduardo: Llamò à parte al Condestable, con quien confiriò esta dudosa resolucion, en

tanto

tanto que Isabela con la Princesa trataba de lo mismo, deseando la hermosa Leonora inclinarla à que piadosa perdonasse al preso Cavallero: y si bien en lo exterior se le mostraba rebelde à sus persuasiones, el interior estaba para hacerlo, tan dispuesto, que era mucho no se le conociesse en alguna accion el vivo afecto con que deseaba, que esto se compusiesse, para vèr libre al que yà elegia por dueño de su corazon, deseando lo fuesse para siempre en dicho Himeneo. Haviendo, pues, comunicado el Rey con el Condestable lo que havia de hacer, bolviendose donde estaba Isabela con su Princesa, la dixo: Hermosa Isabela, el rigor con que el Almirante, vuestro esposo, fuè muerto por Eduardo, todos le sabemos; pero yo algo mas informado, que en aquella ocasion lo fui, he sabido quan apretado trance fuè el en que se viò, pues con la sospecha que vuestro dueño havia concebido, de que havia venido encubierto al jardin à executar algun atrevimiento, no podia parar el fin menos que en muerte de uno de los dos. Acometido fuè Eduardo dos veces del Almirante, y entrambas retirandose de èl, quiso escusar lo que despues no pudo, porque la defensa de su vida le obligò à disparar la pistola: al fin, yà sucediò la desgracia, tan llorada de vos, como sentida de mi, porque estimaba, y queria mucho à vuestro esposo. A qui concurren dos cosas, demanda por vuestra parte, de que haga de Eduardo justicia, y obligacion mia de pagarle la vida, que le debo, palabra le tengo dada, y prenda mia en fé de ella, de favorecerle, y honrarle: èl cumpliò de su parte con la obligacion de leal vassallo en ayudarme, con riesgo de perder su vida por librar la mia de aquel peligro: yo no cumplo como Rey en darle la muerte en pago de su buena obra; èl me se encubriò por entonces con el nombre de que era Francès, sabiendo los quilates que pedia su hazaña en conocerle. Esto, y lo hecho, me obliga à pediros encarecidamente, que le perdoneis, y à passar adelante à desear con veras que os inclineis à admitirle por esposo, que aunque los deudos del difunto os pa-

rezca que se han de ofender de vèr esta novedad en vos, yo tomo sobre mi la culpa que os pueden imputar de hacerlo. De nuevo bolviò à verter lagrimas Isabela, digo yo que serian de contento, en vèr quan bien se disponia lo que tanto deseaba, echòse à los pies del Rey, dixole: Vos sois, señor, quien puede disponer de mi como fueredes servido, obediente me hallareis à lo que me ordenaredes, pues haveis interpuesto vuestra Real autoridad, para que yo haga vuestro gusto. Abrazaronla el Rey, y la Princesa con mucho contento, y haciendo taer à Eduardo de la prision, y venir à su presencia, le diò los brazos, con mucho amor, y luego mandò à Isabela, que le diesse la mano de esposa, dandole en dote el Estado de el Baron de Belflor, que yà estaba por el Rey, bolviendo à Eduardo los cargos que tenia, y à su gracia, con mas aumentos de voluntad, que antes que la perdiesse. Llevòles à la jornada á España, de donde bolvieron con salud, y con mucho contento se gozaron, dandoles el Cielo sucessores, que les heredassen.

NOVELA SEGUNDA.

LOS AMANTES SIN FORTUNA.

EN una Villa ilustre de la Andalucia, se criò un mãcebo de gentil disposicion, y talle, y no menos virtuosas costumbres, y entendimiento: embiaronle sus padres en sus tiernos años à estudiar á la famosa Academia, que fundò el valeroso Conquistador de Orán Fray

Fr. Francisco Ximenez de Cisneros, Cardenal de España: Y haviendo oìdo Gerardo (que assi se llamaba este mancebo) algunos años en la facultad de Canones, mudò intento por algunos respetos; y viniendo à la Corte de Felipe IV. el Grande (que estè en gloria) aplicòse à servir en la casa de un Grande, de los mas conocidos de estos Reynos, assi por su ilustrissima sangre, como por la autoridad de su persona: Era la de Gerardo tan buena, sus partes, y costumbres tan amables; porque despues de ser mui valiente por sus manos, era de singular modestia por su lengua, que se llevò los ojos deste Principe, y las voluntades de los amigos, que le trataban, de los quales tuvo muchos, y deseoso de aumentar honor, y vèr la hermosa Italia, fuè este mancebo à uno de los Reynos, que su Magestad tiene en ella, en servicio de un Principe, que havia de governarle, como lo hizo felicissimamente. En haviendo este señor comunicado à Gerardo, puso en èl los ojos honrandole, y favoreciendole, sin embidia de los demàs criados, que parece impossible; porque si el señor le ama, los demàs le aborrecen: de que se sigue lo contrario, pues para que ellos le quieran, el señor le ha de tener en poco, mas la virtud de Gerardo, lo apacible comunicado, lo deseoso de hacer à todos gusto, y hablar al dueño en su ausencia, y solicitar, que se le hiciesse à todos, venciò con novedad de sucesso la barbara naturaleza del servicio. Gastaba algunos ratos Gerardo en escribir versos à una señora de aquella Ciudad, no menos hermosa, que discreta, à quien se havia inclinado; y ella por su gentil disposicion, admitia en los ojos las voces que con los suyos solicitaba este favor, à quien amante escribiò este Soneto.

Quien se pudo alabar despues de veros,
(Si puede ser) que se librò de amaros,
Ni mereciò quereros, ni miraros,

Pues que pudo miraros, sin quereros.
Yo que lo merecì, sin mereceros,
Mil almas quando os vì quisiera daros,
Si lo que me ha costado el desearos,
A cuenta recibis de ofenderos.
Mandame amor, que espere, y yo lo creo,
Por lo que dicen que esperando alcanza,
Aun que tan alta la esperanza veo.
Pero si os ha ofendido mi esperanza,
Dexadle la venganza à mi deseo,
Y no querais de mi mayor venganza.

Con una criada tuvo lugar Gerardo de embiarle este Soneto à la señora Jacinta, Dama verdaderamente en quien concurrian todas las partes, que hacen una muger perfecta en sus primeros años; porque Jacinta era rubia; y blanca, y èl no de el toda moreno, y barbinegro; pero de suerte, que parecia Español desde el principio de una calle. Con esta gala de escribir en verso, licencia que no se niega, y libertad con que se dice mas de lo que se siente continuaba Gerardo su voluntad, y Jacinta le correspondia dissimulado por su calidad, lo que no huvieran hecho sin ella: Assi la tenian obligada los servicios personales de este mancebo, y las fuerzas de amanecer en su calle, que yà ella, aunque con algun recato, se levantaba à verle. Por no impedir el curso de este amor havemos llegado aqui, sin tomar en la boca à Leonardo, Cavallero insigne de esta Ciudad, que voi encubriendo, notablemente rendido à la hermosura de esta Dama. Pareciale al referido, que pues Jacinta no le amaba, no havria en el mundo quien la mereciesse; con que llegò el descuidado à no reparar en Gerardo, hasta que hallò mas

ve-

veces que èl quisiera, assida la mano à una rexa baxa de su casa, y le pareciò que en la nueva manera de conversacion, le favorecia. No le agradò assimismo à Gerardo el cuidado de Leonardo, porque no le faltaban à este Cavallero meritos, si bien blancos, y rubios, que por ser comunes en aquella tierra, no eran tan vistos. Con esto dieron entrambos en no dexar las noches desierta la campana, guardando cada uno su puesto, y embiando centinelas perdidas. Sintiò Leonardo, que estaba en mejor lugar Gerardo, y dàdole à los zelos, como el verdadero amor, nunca tuvo termino en el amar, llegó à ser descompostura en su autoridad, y modestia; y mas declarado que solia, haviendo conducido una noche, con varios instrumentos, excelentes Musicos, quiso que à sus mesmas rexas, dos voces de las mejores que havia, la cantasse assi.

Deseos de un imposible
Me han traido à tiempos tales,
Que no teniendo remedio,
Solicitan remediarme,
Dando voi passos perdidos
Por tierra que todo es ayre,
Que sigo mi pensamiento,
Y no es posible alcanzarle.
Desengañanme los tiempos,
Y pidoles que me engañen,
Que es tan alto el bien que adoro,
Que es menor mal que me maten.
Ay Dios, que loco amor! mas tan suave,
Que me disculpa quien la causa sabe.

Busca

Buſca un fin que no le tiene,
Y con ſaber que en buſcarle
Pierdo paſſos, y deſeos,
No es poſsible que me canſe.
Vivo en mis males alegre,
Y con ſer tantos mis males,
La mayor pena que tengo,
Es que las penas me falten.
Contento eſtoi de eſtar triſte,
No hai peligro que me eſpante,
Que como ſigo imposſibles,
Todo me parece facil.
Ay Dios, que loco amor! mas tan ſuave,
Que me diſculpa quien la cauſa ſabe.
Hermoſo dueño deſeo,
Y es tanto bien deſearle,
Que vèr que no le merezco,
Tengo por premio baſtante.
Tanto le eſtimo, que creo,
Que pudiendo darle alcance,
Si ſu valor fuera menos,
Me pesàra de alcanzarle.
Para ſu belleza quiero
La gloria de lo que vale,
Y para mi ſiendo ſuyas,

Triſtezas, y ſoledades.
Ay Dios, que loco amor! mas tan ſuave,
Que me diſculpa quien la cauſa ſabe.

No dormia en eſte tiempo Gerardo, que con cuidadoſos paſſos havia reconocido el dueño de aquellos penſamientos, y de la muſica, haciendole mas zelos el eſtar tan bien eſcritos, que el aver tenido atrevimiento para cantarlos. Deſagradò à Leonardo el cuidado de Gerardo, pareciendole, que era mas de lo que ſe podia permitir: y determinado à ſaber quien era, aunque yá la gentileza baſtantemente lo publicaba, le llegò à reconocer; lo qual no llevò bien Gerardo, y retirandoſe un poco, principio de quien quiere acercarſe, le dixo en voz mas alta que nunca: Cavallero, yo ſoi Eſpañol, y llevado de la muſica. Replicò Don Leonardo: Deſde lexos la pudiera oìr. A tan deſcompueſtas palabras, reſpondiò Gerardo, la eſpada es la reſpueſta; y ſacandola con gentil ayre, y un broquel de la cinta, diò à conocer ſu mucho valor; los muſicos vieron los criados de Leonardo: hicieron roſtro: El ruido de la queſtion fuè tanto, que acudiò la Juſticia, y ſe librò Gerardo del peligro, que por el vulgo amenaza à los Eſpañoles en toda Europa: En lo demàs no ſaliò herido, y lo quedò Leonardo, y dos criados ſuyos; llevòle la Juſticia al Virrey, que no eſtaba acoſtado, porque era noche de Ordinario á Eſpaña. Moſtrò indignacion á Gerardo, y al Alguacil, ò Capitan, como allá ſe llama, mucho agradecimiento de ſu cuidado: mandò ponerle grillos, y una cadena en ſu apoſento, y en eſtando ſolo, baxò á hacerſelos quitar, y dandole los brazos, y una cadena de las que llaman vanda, de mucho valor, le dixo, que le contaſſe todo el ſuceſſo, le oyò con mucho guſto el Principe: Y aviendo cõvalecido Leonardo, le hizo llamar, y llevandole al apoſento de Gerardo; á quien para eſte efecto mandò poner la cadena, y grillos, le dixo, que miraſſe la pena, que queria darle

le, que aunque fuesse destierro à España, le embiaria luego. Leonardo, que entendiò, que el Principe le obligaba por aquel camino à perdonarle, y que de no hacerlo, caeria en la desgracia de entrambos, escogiò como discreto, y diò los brazos à Gerardo, que por estar herido su contrario, havia visto, y hablado à Jacinta todas las noches, que desde la bizarria de la pendencia estaba mas rendida. Creciò el amor, cultivado de la vista, y de las privaciones de la execucion de los deseos, en conversaciones largas, que tantas honras han destruido, y tantas casas abrasado. Llegaron las palabras à darse con juramento de matrimonio, en dando el Virrey à Gerardo algun grave oficio, que para la calidad de Jacinta era necessario, y como amor es Mercader que fia, aunque despues nunca se pague, que esto tiene de señor quando ama, que no hai cosa que le dèn en confianza, que no reciba, ni alguna, que despues, sino es por justicia pague: permitiò, que Gerardo llegasse à los brazos, hasta alli tan cuidadosamente defendidos, de que resultò podet ẽcubrir mal lo que antes desta determiñacion estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con que comun alegria celebraban sus vistas los amantes en su imaginacion esposos, y como revalidaba Gerardo el juramento, y Jacinta le creìa; que como cada uno se ama à sì mismo, aun que tema, dà credito, por entretener su gusto, que nadie quiso tanto à otro, que no se quissesse mas á sì mismo. En medio desta paz, desta union, deste amor, desta esperanza, y desta agradable possession, se dividieron por el mas estraño sucesso, que se ha visto en fortuna de hombre, ni ha cabido en humano entendimiento; pues sin dar disculpa, ni ocasion á Jacinta, pidiò licencia al Virey, Gerardo para ir á Napoles á unos negocios, y se partiò de Sicilia.

En sabiendo Jacinta que era partido, con tan fiera, è indigna crueldad del amor, que le havia tenido, de la honra que le havia costado, y de las joyas, y regalos con que le havia servido, comenzò á suspirar, y á derramar immensa copia de lagrimas; y sin comer

algunos dias, fuè quitando á su hermosura el lustre, y à su vida el termino. Retirabase de noche con Alfreda, una fiel criada suya, y en un pequeño jardin, que por unas rexas miraba al Mar (no poca dicha en aquella ocasion) decia: O cruel Español, barbaro como tu tierra, el mas falso de los hombres, à quien no iguala la crueldad de Virèno, Duque de Selaudia, ni todos los que olvidados de su nobleza, y obligaciones, dexaron burladas mugeres principales, è inocentes! A donde vas, y me dexas sin honra, y sin ti? de quien yà solamente podia esperarla, pues haviendo partido de mis ojos tan injustamente, no me queda de quien poder cobrarla, pues la prenda que me dexas, mas me la quita, y solo podrè deberle mi muerte: pues es imposible, que dexe de sentir tu crueldad, y que su sentimiento me quite à mi la vida. Quien pensára, Gerardo mio, que en la modestia, y compostura de tu rostro, en la gentileza, y gallardia de tu cuerpo, cupiera tan duro corazon, y alma tan fiera? Tu eres Español, enemigo? No es possible, pues de ellos oygo decir, y he leido, que ninguna Nacion del mundo amaba tan dulcemente à las mugeres, ni con mayor determinacion pierde por ellas la vida. Si te ofreciò alguna precisa fuerza para ausentarte, porque no me la dixte por disculpa, y despidiendote de mi, me matàras con menos crueldad, aunque mas presto? Es possible, fiero Español, que ayer estabas en mis brazos, diciendo, que por mi perderias mil vidas que tuvieras, y que oy te vas con una sola, que me havias dado? Ay de mi! que tu por ventura aora te estaràs riendo de mis lagrimas, afeando mis liviandades, è infamando mis atrevimientos, de que fueron causa, no mi liviandad, sino tu gentileza; no mi libertad, sino mi adversa fortuna; que cierto serà, que estès aora contando à otra mas dichosa que yo (pero tan cerca de ser tan desdichada) las locuras que me has visto hacer, y las penas que me has hecho sufrir, pues no se burle aora de mi la que te cree, y te escucha, que presto me ayudarà à quexarme deti; y sabiendo quien eres, me disculparà, porque te quise, y

tendrà laſtima, porque te quiero. Eſtas, y muchas decia Jacinta, llorando, ſin baſtar los conſuelos de Alfreda à templar ſu furia, tan fundada en razon, como en deſdicha. En eſte tiempo llegò Gerardo à Napoles, Ciudad mui encarecida por la hermoſura, y riquezas, y donde viven mas Eſpañoles, que en el reſto de Italia, deſde que el Gran Capitan D. Gonzalo Fernandez de Cordova echò de ella los Franceſes, adquiriendo aquel famoſo Reyno de la Corona de Caſtilla. Con la triſteza que en ella vive Gerardo, no merece encarecimiento, porque en las coſas tan conocidas no ſe han de gaſtar palabras: Alli ſe determinò de eſcrivir al Virrey de Sicilia la cauſa original de ſu auſencia. Recibiò aquel magnanimo Principe la carta, y leyendola, quedò admirado, que en ella decia aſſi.

Al partirme de Sicilia, no dixe à Vueſtra Excelencia la cauſa, que no me diò lugar la verguenza; y aora ſabe Dios la que eſcriviendo tengo, pues con eſtar ſolo me ſalen tantos colores al roſtro, como à los ojos lagrimas: Eſtando en ſervicio de V. Excelencia, bien deſcuidado de tan gran deſdicha, me eſcrivieron mis padres, diciendome, que en el nuevo Vando del Rey Don Felipe Tercero, acerca de los Moriſcos, havian ſido comprehendidos, coſa que à mi noticia jamàs havia llegado, antes bien me tenia por Cavallero Hijodalgo, y en eſta fé, y confiãza me trataba igualmente con los que lo eran, porque mis padres, de los antiguos de la Conquiſta de Granada, por los Reyes Catholicos, y ſi no me engaño, dicen, que ſon Vencerrages, linage que trae conſigo la deſdicha, y los merecimientos. Parecìome dexar ſu caſa de Vueſtra Excelencia con harto dolor mio, porque le amo naturalmente; que no es juſto, que un hombre à quien pueden decir eſta nota de infamia, ſiempre que ſe ofrezca ocaſion, viva en ella, ni mi triſteza, y verguenza me dieran lugar, aunque yo me esforzàra, por no eſtar con eſte rezelo cada dia, y mas adonde he tenido buena opinion: Vueſtra Excelencia me perdone, que ni acierto à eſcrivir, ni pienſo que haſta llegar eſta

carta

carta à ſus manos, podrà durar mi vida.

Notable fuè el ſentimiento de aquel gran Señor con eſta carta; y tal, que ſe le conociò en ſu triſteza por muchos dias, al fin de los quales reſpondiò aſſi.

Gerardo, vos me haveis ſervido tan bien, y procedido tan honradamente con todas vueſtras acciones, que me ſiento obligado à quereros, y eſtimaros mucho. En el nacer no merecen, ni deſmerecen los hombres, que no eſtà en ſu mano, en las coſtumbres sì; querer buenas, ò malas, corre por ſu cuenta: Hacedme guſto de bolver à Sicilia, que os doy palabra por vida de mis hijos, de hacer de vos mayor eſtimacion, que haſta aqui, y tomar en mi honra qualquier coſa que ſucediere contra la vueſtra: y no sè yo porque haveis de eſtar corrido, ſiendo, como ſois, Cavallero; pues no lo eſtà el Principe de Fez en Milan, ſirviendo à ſu Mageſtad, con un Habito de Santiago en los pechos, y tan honrado de el Rey, y de la ſeñora Infanta, que govierna à Flandes, que èl le quitaba el ſombrero, y ella le hacia reverencia; por que la diferencia de las leyes no ofenden la nobleza de la ſangre, y mas en los que yà tienen la verdadera, que es la nueſtra, como vos la teneis, y confirmada por tantos años. Bolved, pues, Gerardo, que en ninguna podreis eſtar mas defendido, que en mi compañia, donde os harè capitàn, y procurarè caſaros de mi mano, ſin apartaros de mi, lo que tuviere oficios de ſu Mageſtad, y vida.

Recibiò Gerardo eſta carta, toda eſcrita de ſu mano de eſte generoſo Principe, accion tan digna de ſu iluſtriſſima ſangre, y llorando infinitas lagrimas con ella, beſando mil veces la firma, ſe diſpuſo à reſponderle aſſi.

Generoſo, y magnanimo Principe, quando me parti de V. Excelencia, fuè con deſeſperado animo de hacer alguna demonſtracion de mi valor: Yo eſtimo, y agradezco, como es juſto, tanta merced, y la eſcribo con ſangre en mi alma para algun dia; yo voi à Conſtantinopla, donde yà eſtaràn mis padres, que como hombres nobles, eſcogieron la Cor-

te de aquel Imperio, no queriendo quedarse en las Costas de España, por no acordarse; desde allí sabrà Vuestra Excelencia que intento llevo, que pienso que serà para hacer un gran servicio à Dios, al Rey, y à mi Patria. Desde que en Palermo, servi, quise, y mereci à la señora Jacinta Menandra, cosa que jamàs comuniquè à ninguno, creo que le queda en el pecho alguna desdichada prenda mia, suplico à V. Excelencia, que si esta carta de quien se la pueda dar, sin que aventure su honor, y favorezca lo que naciere, haciendo cuenta que le expone la fortuna à los pies de su grandeza.

Con esto se embarcò Gerardo, atrevido, y desatinado mancebo, cuya accion no se puede alabar, pues en casa de tan generoso Principe pudiera estar seguro quando viniera à España, que en Italia no lo havia menester, aunque fuesse en los Reynos de su Magestad, pues solo pretendiò echarlos de aquella parte, con que presumieron levantarse, como se vè por las cartas, y persuasiones de el Illustrissimo Patriarca de Antioquia, Arzobispo de Valencia, Don Juan de Ribera, de santa, y agradable memoria Dentro de nuestra Europa, à solos quatro Estadios de el Assia (tanto, que haviendose elado aquel Mar por una puente de yelo, y nieve, que cayò encima, se passaba de Assia à Europa) yace Constantinopla, primera Silla del Romano Imperio, despues del Griego, y aora del Turco, que por la immensidad de tierra, que possea, le llaman Grande. Destruyòla el Emperador Severo, reedificòla Constantino, ilustròla Theodosio; tuvo cinquenta millas de muro, que Anastasio fabricò por defenderla de los Barbaros: hai diez y ocho, que son seis leguas: sus vecinos son setecientos mil, las tres partes Turcos, las dos Christianos, y el resto Judios: Tomòla Mahometo Segundo, el año de mil y quatrocientos y cinquenta y tres, y desde entonces es Corte de sus Emperadores, que comunmente llaman el Gran Señor: Està puesta en triangulo, en el un estremo està el Palacio Real, que mira à Levante, al encuentro de Calcedonia, parte de

de el Assia; el otro angulo mira al Medio dia, y poniente, dando estàn las siete Torres, que sirven de fortaleza, y de carcel mayor de la Ciudad: Desde este se và al tercero, por la parte de Tierra, dispuesto à Tramontana, y donde està el Palacio antiguo de Constantino, en sitio eminente, y de quien se descubre toda, si bien inhabitable, desde el qual, al que tiene el Turco, todo es Puerto de una legua de Mar, que entra por espacio de dos de largo, y de ancho poco mas de un tercio, habitado de varia gente, y de todos los vientos defendido. Por la parte de las siete Torres, baña el Mar las murallas, dexando el sitio donde antiguamente fuè la Ciudad de Bisancio, de cuya grandeza solo se vèn aora las ruinas. Tiene insignes Mezquitas, fabricas de Sultàn Mahamet, Balsith, y Selin, aunque ninguna iguala con la que hizo Solimàn, y se llama de su nombre, deseando aventajarse al gran Templo de Santa Sophia, cèlebre edificio de Constantino el Grande. Conserva en ella el tiempo, à pesar de los Barbaros, algunas columnas de grandeza immensa, mayormente la de este Principe, labrada toda de Historias de sus hechos: Tiene assimismo quatro fuertes serrallos, para las riquezas, y mercaderias de proprios, y estrangeros, una Calle Mayor famosa, hasta la Puerta de Andrinopoli, con la Plaza en que se venden los Cautivos Christianos, como en España los mercados de las bestias, y con mayor miseria. Sus puertas son treinta y una, al Levante, Poniente, y Tramontana, con guarda de Genizaros; las casas baxas, cuyos techos de madera labrada, cubren ricas labores de oro: No usan tapicerias, porque su grandeza, y aparato, es vestir el suelo, que cubren de riquissimas alfombras. Son las barcas, que de ordinario passan la gente de una parte à otra, y que en su lengua llaman Cayques, ò Permes, mas de doce mil, que es una cosa notable. Su sitio es tan frio, que desde Diciembre, hasta fin de Marzo, està cubierto de nieve; los Templos famosos de Christianos, mayormente el de Nuestra Señora, el de San Nicolàs, con otros muchos. Intentaron

quitar-

quitarlos los Moriſcos de la expulſion de Eſpaña, y permitiendo el Gran Viſir, que los derribaſſen, y deſtruyeſſen, por doce mil eſcudos que lo daban, ſe fueron à deſpedir del Turco los Embaxadores de Francia, Alemania, y Venecia, diciendo, que aquello era no querer paz con ſus Principes; y por eſta ocaſion no ſalieron con ſu intento, ò lo mas cierto, porque Dios no permitiò, que tantos Chriſtianos careciеſſen del fruto de los teſoros de ſu Igleſia, donde tanto peligro corrian ſus almas. Aqui llegò Gerardo, y viò à ſus padres, que como eran nobles, lloraron el deshonor juntos, y el peligro que corria ſu ſalvacion en aquella tierra, ſi bien el vèr tantas Igleſias, y Hoſpitales les conſolaba: la comun fortuna hace mayores las confianzas de el remedio, y menores los ſentimientos de las adverſidades, eſtuvieron algunos dias Gerardo, y ſus padres dando trazas à ſu remedio, ſin reſolver ninguna. Gerardo, como inſtruido en la lengua Arabiga, diſpuſo de veſtirſe de Turco; y con eſte disfràs, y ſu buena diſpoſicion, vino à ſer Baxà del Turco. Turco, pues, Gerardo, ſus ſopalandas traia, y ſu turbante; y como era moreno, alto, y bien diſpueſto, veniale el habito como nacido: la diſpoſicion, el brio, el ayre, la valentia, y la preſumpcion, dieron motivo al Turco para tenerle muchas veces cerca de ſu perſona; y aſſi trataba con èl de las coſas de Eſpaña familiarmente: Llamabaſe el Turco Sultàn Amath, hombre en eſta ſazon de treinta y tres años. Tenia un hermano ſuyo, llamado Moſtafa, de edad de treinta, à quien deſeando matar (fiera coſtumbre de aquellos Barbaros) embiò una mañana al Baſtin Gibaſi con otros Miniſtros; y hallando la carcel cerrada, y à Moſtafa paſſeandoſe fuera de ella, lo dixo al Turco, que teniendolò por milagro, le dexò preſo: Aconſejado deſpues del Muſiti, que es el principal de los que enſeñan ſu ley, quiſo matarle, y aquella noche ſoñò, que havia un hombre armado, que con una lanza le amenazaba, y con eſte temor le dexò con vida; ſi bien deſpues le provocaron tanto, que deſde una ventana, que caia á

un

un Jardin de Moſtafa, le quiſo tirar una flecha con veneno; y haviendole apuntado, fuè tal el temor que le diò, que ſe le cayò el arco de las manos. Tanta ha ſido finalmente la humildad deſte Turco, que ni veſtido, ni oro, ni regalo ha querido tomar de ſu hermano; èl vivia, y entendia que le havia de heredar, aunque Sultán Amath tenia muchos hijos, de los quales, dos varones, y dos hembras ſe ven, y comunican; los demàs eſtan recogidos, y ocultos en ſu Palacio. Tenia tanto guſto de vèr imagenes, y retratos de Chriſtianos, que embiaba por ellos á los Embaxadores, y mercaderes, y en haviendolos viſto, ſe los bolvia. Eſtando, pues, una ſieſta mirando algunos que en una Nave que tomaron, eſtaban en la tienda de un rico Hebreo, hizo llamar à Gerardo, que yá ſe llamaba Jacincio Baxá, nombre que havia tomado, por parecerſe al de aquella Dama de Sicilia, por quien vivia en la mayor triſteza que tuvo amante ausente, pues ni la deſconfianza que tenia de verla, ni la mudanza de Cielo, y coſtumbres, era parte que le olvidaſſe, ni creo que lo fuera el Rio Silleno, donde ſe bañaban los antigos, cuya propriedad olvidára toda amoroſa paſſion, aunque fueſſe de muchos años. Venido Gerardo á ſu preſencia, le preguntò ſi conocia aquellos retratos: y èl reſpondiò, que sì, y ſe los fuè moſtrando por ſus nombres, diciendo lo que tan bien ſabia de la grandeza de ſus perſonas, apellidos, y caſas. Holgòſe Amath de conocer al Emperador Carlos Quinto, al Rey Felipe II. y Tercero, al famoſo Duque de Alva, Conde de Fuentes, y otros Señores. Quien dixera, que el Turco ſe havia de holgar de eſto? Entre las mugeres que entonces tecia Sultán Amath, era la mas querida una criada ſeñora Andaluza, que fuè cautiva en uno de los Puertos de Eſpaña: Eſta holgaba notablemente de oìr repreſentar à los Cautivos Chriſtianos algunas Comedias; y ellos deſeoſos de ſu favor, y amparo, las eſtudiaban, comprandolas en Venecia à algunos Mercaderes Judios para llevarſelas. Quiſo nueſtro Gerardo (mal dixe, pues yà no lo era) agradar à

la

la Gran Sultana, y estudiò con otros mancebos, assi cautivos, como de la expulsion de los Moriscos, la Comedia de la Fuerza lastimosa. Vistióse para hacer aquel Conde gallardamente, porque havia en Constantinopla muchos de los que hacian bien esto en España, y las telas, y passamanos mejores de Italia. Como era tan bien proporcionado, y estaba tan hecho à quel trage, desde que havia nacido, no le huvo visto la Reyna, quando puso los ojos en èl, y ellos fueron tan libres, que se llevaron de camino el alma. Representò Gerardo unicamente, y viendose en su verdadero trage, lloraba lagrimas verdaderas, enternecido de justas memorias, y arrepentido de injustas ofensas. Acabada la fiesta, comenzò en Sultana este cuidado, y en todas las ocasiones que podia, daba à entender à Gerardo, que le deseaba, de suerte, que à pocos lances fuè entendida; porque no hai papeles mas declarados, y efectivos, que unos ojos, que assisten à mirar amorosamente: Y assi un dia, alabandole la buena disposicion, y lastimandose de que por su voluntad huviesse dexado la verdadera Ley, èl le dixo, que su animo no era vivir en la de aquel infame, y falso Profeta Mahoma; que aunque era verdad, que desesperacion le havia traido adonde estaban sus padres, èl venia con gande animo de hacer alguna cosa señalada en servicio del Rey de España, porque tenia el animo tan bizarro, que no bolveria à ella sin ser estimado, y favorecido, por alguna insigne hazaña. Si yo puedo, respondiò Sultana, favorecerte, aqui tienes la muger mas rendida, y mas poderosa para ayudarte, porque à mi no me tiene Sultàn Amath, como à las demàs que le permite su ley, y su grandeza. Besóle entonces la mano Gerardo, è hincado de rodillas, llorò mirandola: Ella conociendo la fiereza de Marte, y la blandura de Adonis en aquel mancebo, levantandole de la tierra, le jurò por la ley que tenia en el corazon impressa, de no desamparàrle en quantas acciones intentasse, aunque perdiesse la vida. La ocasion que tomaron para verse, fuè decir al Turco lo que gustaba

de

de oìr cantar à Gerardo: y assi entraba, y salia con libertad á entretenerla, y tal vez estando presente el mismo Sultàn Amath, donde cantò assi.

Dulce silencio de amor,
Si tanta gloria callando
Consigue quien sirve amando,
No la pretendo mayor:
Poner en duda el favor,
Suspende mi atrevimiento,
Y dice mi pensamiento,
Que mas la causa le culpa,
Pues no puede haver disculpa
Donde no hai merecimiento.
Amar sin hosar decir
Tanto amor es cobardia,
Mas perder el bien, seria
Determinarse à morir;
Pero yo quiero sufrir
La pena à que me condena,
Fuerza de respetos llena,
Y no tener su mudanza,
Pues no pierde la esperanza,
Mientras no pierde la pena.
Del silencio que he tenido
Yà vive mi amor quexoso,

Pues no llega à ſer dichoſo,
Quien no paſſa de atrevido:
Quiſiera ſer entendido
Quando à entender no me doi,
Mas no decir lo que ſoi
Por llegar à merecer,
Sin ſer querido, querer,
Mientras que queriendo eſtoi.
Mi penſamiento contento
Conſigo miſmo ſe halla,
Que por lo que pienſa, y calla
Le llamaron penſamiento:
Algunas veces intento
Decir mi mal, y ſu mengua,
Por ver ſi el dolor ſe mengua;
Pero ſon locos antojos,
Que quien habla con los ojos
No ha meneſter otra lengua.
Dadme penas immortales,
Que ſiendo vos en el ſuelo
Tan viva imagen del Cielo,
Seràn penas celeſtiales:
Si llama gloria los males
Quien à ſu bien los preſiere,
Señora, bien es que eſpere,

Que os obliga à que le deis
Vn bien de los que tenèis,
Quien tanto ſus males quiere.
Sin mi conoced mi mal,
O cauſa hermoſa, por quien
Le tiene el alma por bien,
Que vos ſois bien celeſtial;
Y ſi con ſer tan mortal,
Que le entendais no merezco,
Como en los ojos le ofrezco,
No quiero, aunque me conſuma,
Que otra lengua, ni otra pluma
Os diga lo que merezco.

Pareciòle à Sultana, que Gerardo havia compueſto eſtos verſos à ſu ſentimiento, y propoſito; y engañabaſe Sultana, porque los avia eſcrito por Jacinta al principio de ſus amores en Palermo: pero no ſe engañaba en la intencion, pues Gerardo buſcò eſtas Decimas, porque lo creyeſſe aſſi, entre los muchos verſos que ſabia, como ſuele ſuceder à los Muſicos, que traen Capilla por las feſtividades de los Santos, que con ſolo mudar el nombre, ſirve un Villancico para todo el Kalendario. Notablemente crecia el amor de Sultana, conquiſtando la voluntad auſente de eſte mozo, que yà con libertad de hombre ſe determinaba, y yà con las obligaciones de hombre de bien ſe defendia: Pidiòle, que ſuplicaſſe al Turco le dieſſe algunas Galeras, y gente, de que le nombraſſe Capitan, lo que alcanzò facilmente, y aſſi comenzò à ſalir de Conſtantinopla con ſeis Galeras bien armadas, ſin conſentir en ellas Moriſco alguno, que no guſtaba de ſu

trato, ni les hosaba fiar su pensamiento. Hizo algunos de alguna consideracion, y con mui poca guerra traxo à Constantinopla algunos cautivos; pero ninguno de España, que presentaba à Sultana, de quien havia recibido en satisfacion joyas de notable precio., porque ella gustaba de que las traxesse en el turbante, que coronaba de diversas plumas. Corriò una vez la Costa de Sicilia atrevidamente, y fuèlo tanto, que se puso à la vista de Palermo: Jacinta tenia de Gerardo un hijo de tres años que criava con libertad, por ser muertos sus padres; aunque no con tanta que se persuadiessen los bien intencionados que era su hijo: que los que no lo son, en las doncellas mas recatadas presumen mayores yerros. Sucediò, pues, que como en tanto tiempo no huviesse tenido nueva de Gerardo, la desconfianza la tenia con algun consuelo: y pienso, que por la sinrazon le huviera olvidado, à no le tener en su hijo todos los dias presente, con la mayor semejanza que ha visto el mundo. Con esto, solicitada de algunas amigas (que no era mucho en tres años de injusta ausencia, ni saber si era muerto, ò vivo Gerardo) saliò en una Tartana de un Mercader Calabrès à passear la Mar, que con la bonanza la combidaba, y con piedad de su adversa fortuna la movia; que tal vez se canza de hacer disgusto, ò porque algun breve bien sea para sentir el mal con mayor fuerza: embistiò con gran presteza, y resolucion la Capitana de Gerardo á la Tartana de Jacinta: tomòla en breve, con notable llanto suyo, y de sus amigas passaronlas à ella, abordando un barco, y quitando una parte de la vanda de los filaretes: Llevaronlas à la popa, donde Gerardo estaba recostado sobre una alfombra Turca de rizos de oro entre labores de seda, puesto el brazo en dos almohadas de brocado Persiano, color de nacar. Hincòse de rodillas Jacinta, y con lagrimas en los ojos; le dixo en lengua Siciliana, que tuviesse piedad de la muger mas desdichada del mundo, poniendole para moverle el pequeño niño en los brazos, à los turbados ojos, à quien yà los oìdos havian avisado de que aquella voz parecia

cia la de Jacinta. Escusado seria referir el contento, y las lagrimas de los dos amantes, haviendose conocido, que asegurò uno de los que se hallaren presẽtes, que en su vida havia oìdo mas amorosas razones, ni mas tiernas quexas. Satisfizo Gerardo de aquella novedad à Jacinta, assegurandole, que no havia dexado la verdadera Fè, y que presto vendria à Sicilia, donde hiciesse al Rey de España un gran servicio, sin el que recibiria la Iglesia, con reducir infinitas almas: Enloqueciòle su hijo, y despues de haver estado aquella noche tratando de estas cosas, la hizo bolver à Mecina, antes del Alba, cargada de ricas telas, y preciosos diamantes; fuera de diez nil cequies de oro, que llevò en dos caxas. Iba Jacinta instruida para hablar al Virrey, y darle cuenta de estos sucessos, quando èl prevenia el salir à pelear contra las Galeras Turcas. Pensó infinitas veces este gallardo Principe, si seria bien verse con Gerardo; y al fin se vino à concertar, que èl saliesse en una Barca con dos Soldados cerca de la playa, y el Virrey en otra, con los que fuesse servido. Hizose assi, y acostandose el uno al otra, saltò Gerardo en la Barca de el Virrey, y echandose à sus pies, le hizo fuerza para besarselos. Admirados estaban los Christianos de vèr la gentileza, y lengua del Turco, porque no llevò el Virrey consigo hombre que le conociesse: Hablaron de varias cosas, y al tiempo de despedirse, le diò Gerardo una rosa de diamantes, que le havia dado Sultana, de valor de veinte mil escudos. Hizose à la vela Gerardo, dexando en admiracion la Ciudad, que casi toda assistia en la Playa al Virrey, de su determinado propesito, y à Jacinta de haver visto lo que no esperaba, y en tan diverso habito, y costumbres de lo que le havia conocido. La causa de no quedarse entonces este infeliz mancebo en Sicilia con su esposa, y su hijo, donde se le quedaba el alma, presentando aquella Esquadra de Galeras, con sus Turcos al Virrey, fuè el agradecimiento, que debia à Sultana por tantas buenas obras, y el deseo, y animo que tenia de reducirla à la Fè, pues ella lo deseaba, y restituirla

tuirla à sus padres, qu tantas lagrimas havian derramado por ella; fuera de tener èl tan segura mayor presa, siempre que tuviesse gusto de bolver à España. Entrò Gerardo por el Canal de Constantinopla, casi á la entrada del Invierno, llevando algunos Cautivos de las Islas, de otras Costas, sin tocar en Vassallo de su Magestad, ni tomar tierra en parte que fuesse suya. Hizo gran salva à las Torres, y Palacio Real del Turco; saliò en tierra, y besandole el piè, alegrò la Ciudad; entristeciò la embidia, y esforzò la esperanza de Sultana, que con lo que de sus deseos havia conocido, y no esperaba verle, tenia por sin duda, que faltando à la palabra dada, y à tantas obligaciones, se havia quedado en España.

Havia llegado pocos dias antes á Constantinopla Nasut Baxá, primero Visir del Turco, victorioso à su parecer de la guerra de Persia, cuya obstentacion, y aplauso fuè tan grande, que despues de un copioso Exercito de gente, traia doscientos y sesenta y quatro Acemillas cargadas de cequies de oro. Por ser tan grande exemplo de la fortuna de los Principes, quiero decir el sucesso deste hombre, que tambien fuè causa de el que tuvieron los pensamientos de Gerardo. Era este Nasut Baxá yerno del Turco, y el mas estimado, y temido de todo aquel grande Imperio. Mamut Baxá, hijo de Cigala, aquel famoso Cossario, que ninguno despues de Ariadeno Barbarroxa, tuvo mas nombres; competia con la grandeza de Nasut, y era cuñado del Turco, casado con su mayor hermana: Sentia Mamut embidiosamente la obstinacion de su enemigo, y en aquella jornada particularmente. Quando Nasut Baxá vino á Constantinopla, dixo, que dexaba firmadas paces con el Persiano, en fé de lo qual traxo consigo su Embaxador con ricos presentes de telas, cequies, piedras, y otras cosas de valor, y curiosidad increible; mas como viesse Cigala, que el de Persia molestaba algunas tierras del Turcò, vino en sospecha de que Nasut tenia algun trato doble con èl en grave ofensa de su Señor, assi por esto, como porque escribiendo

do á entrambos desde los confines de Persia, donde estaba por Governador, ninguno le respondia. Con esto se partiò á Constantinopla, y hallando en el camino un Correo, que Nasut embiaba al Persiano, le combidò á cenar aquella noche; y haviendole dado mui bien á beber (cosa que saben hacer donde no lo vea el falso Propheta Mahoma con mui buen ayre) durmiòse el Correo: quitòle Mamut Cigala las cartas, en que hallò todo lo que deseaba, y la traicion descubierta: hizo matar al Correo, y enterròle en su misma tienda. Llegado à Constantinopla, pidiò licencia á Nasut para entrar: Negòsela Nasut, si no le daba trecientos mil cequies: El Cigala, que estaba casado con la hermana del Turco, y no havia llegado à execucion de su deseo, por su larga ausencia, diò orden que ella supiesse el inconveniente porque no entraba: Resolviòse Fatima á ir á vèr á su marido, de quien supo la causa por que no entraba; y ella bolviendo á Constantinopla, la refiriò á su hermano; el qual embiò de noche con gran secreto por Mamut Cigala, y llegando en un cayque, entrò por una puerta falsa de Palacio, y recibido bien de su cuñado, le refiriò quanto sabia, y le mostrò las cartas. Deseò desde entonces Sultán Amath quitar la vida á su yerno justamente; y como se encubre tan mal un grande enojo, adivinando Nasut la causa por el semblante, faltò tres dias de el Consejo, dando por disculpa de esta falta la de su salud: Con esta ocasion el Turco dixo, que queria ir á vèr á su hijo: y se previno la calle de lienzos por todas partes sobre altas lanzas, para que no fuesse visto, que solo tiene obligacion á dexarse vèr un dia en la semana, y esse es el Viernes, que entre ellos es fiesta, y vá á su gran Mezquita à hacer el zalá. Con este engaño de las telas passò un coche, en que iba el Bassán Gibasi, con muchos Ayamolanos, hombres fortissimos; y creyendo que fuesse el Turco, á quien esperaban mas de quatro mil personas, entrò en casa de Nasut; y como iba entrando, iban assimismo cerrando las puertas los Soldados, con cuidado, y silencio. Estaba Nasut con dos

Eu-

Eunucos en un aposento, bien descuidado de su fortuna: hizolos salir à fuera el Presidente, y haciendo una gran reverencia à Nasut, le diò un decreto del Turco, en que le pedia su Real Sello. Turbado Nasut se le diò, y dixo: Tiene el Gran Señor, hombre que con mas lealtad pueda servirle en este oficio? Entonces el Bastàn Gibasi le diò otro papel, en que le pedia la cabeza. Diò voces Nasut, diciendo: Que traicion es esta? Que embidia? Quien ha engañado à mi gran Señor, à quien yo con tanta lealtad, como obligacion, he servido? Pero viendo que alli no havia remedio para oir razon para replicar, ni armas para defender la vida, se resolviò à la muerte, pidiendo al Bastàn que le dexasse hablar, y despedir de su muger, que estaba en otro quarto, y no pudiendo conseguirlo, le suplicò de rodillas le dexasse hacer siquiera el zalà, para que su alma fuesse tan llena de necedades, como havia vivido. Esto le concedieron, pareciendoles que tocaba à la Religion, siendo tan gran desatino; pero de afligido, y turbado, no fuè possible; y esforzando la naturaleza al mayor contrario, se sentò en una silla, y dispuso la voluntad à la fuerza, y el animo del valor al miedo de la pena. Mirandole estaba el Bastàn, y los Soldados llenos de admiracion, y miedo, à quien bolviò Nasut severamente elròstro, y dixo: Canalla, que estais mirando? Haced vuestro oficio. Entonces se le atrevieron quatro dellos, y echandole una soga à la garganta, le ahogaron: Cerrò luego el Bastàn las puertas, y dando cuenta al Turco, le pidiò la cabeza; que haviendosela traido, la mandò echar en el suelo, y dandola con el piè, le llamò Becain, que quiere decir traidor. Tomò el Turco su hacienda, reservando solamente la que estaba en el quarto de su muger: Fuè la mayor riqueza, que en hombre particular se ha visto; pues entre las armas solas se hallaron mil y ducientas espadas, con guarniciones de plata, y oro: Tenia por su orden en Constàtinopla treinta mil hombres sustentados, y en varias partes siete mil y quinientos cavallos; con que si le ayudàra mas el secreto, que le favo-

vorecia la fortuna, fuera señor de Assia. Quedò Fatima viuda, y rica; y aunque la pretendian muchos, y entre ellos un Gran Baxá de los del turbante verde, le pareciò al Turco levantar los pensamientos de Gerardo con hacerle cuñado suyo, y darle muger con tal exemplo en dote. Comunicò este pensamiento con Sultana, que atonita de vèr el camino que tomaba su desdicha para descaminar su deseo, solicitò impedirle, con decir mal al Turco de Gerardo, y que le parecia hombre de animo sobervio, y no mal aficionado à la patria, en que havia nacido, y que muchas veces le reprehendia la aficion, que mostraba à los Reyes, y señores de España, donde era justo presumir, que alguna vez se quedaria; y que pues su yerno Nasut Baxa era tan deudo suyo, y natural de su Patria, criado en su ley, y enseñado en sus costumbres, y le havia sido traidor, no era razon pensar que le havia de salir leal un hombre estrangero, y advenedizo, criado en otra ley, en otra patria, y en otras costumbres. Satizfizo esta ultima razon el entendimiento de Amath, y puso dilacion en el casamiento, tibieza en la voluntad, y sospecha en el sucesso. Entre tanto Sultana prevenia la partida à España con gran cuidado, y tuvo tanto, que haviendo la Primavera siguiente alcanzado del Turco, saliesse Gerardo à quietar el Mar del Archipielago, donde era fama que andaban seis Galeras de la Religion de Malta dispuso la partida, y recogiò sus joyas. Tiene el Palacio del Turco dos leguas de cerca, y por la parte del Mar, que mira à Calcedonia, mucha artilleria: la parte principal al Poniente, enfrente de la Iglesia de Santa Sophia, à mano derecha de la puerta un Hospital, que llaman Timarina, para todos los enfermos de Palacio, y à la izquierda la Iglesia antigua de Christianos, titulo de S. Jorge, donde estàn las armas del Rey: Sigueſe la segunda puerta, donde se apean los que van à Consejo; y à esta una famosa calle de un tercio de legua, ò poco menos. Por la parte de Tramontana hai una puerta, por donde entra, y sale la Gran Sultana, y todas las mugeres del Serrallo. Junto à la segunda puerta hai

un jardin, y huerta con mil hermoſos arboles, y venados, y à ſu lado una gran plaza cubierta, donde ſuele eſtar la Guarda de los Genizaros, y comer los dias de Conſejo, porque los otros quedan de guarda. Hai aſſimiſmo doce Capigis, que ſon doce Porteros, en cada puerta de las referidas; y por la parte de Mediodia, las cocinas para el Gran Señor, y la familia de Palacio, y para toda la Corte, el dia que es de Conſejo: y es tan immenſo el numero que come, que es el de los cocineros de quatrociẽtos y cinquenta hombres; coſa que la cuentan, y la eſcriben, y que ſe puede no creer, ſin hacer agravio à la Novela, ni à la grandeza del Turco. Deſpues de todo ſe llega à la gran Puerta de la caſa Real, guardada de Eunucos blancos, donde no puede entrar perſona alguna ſin orden del Turco, no ſiendo de la familia, aunque ſea el Gran Viſir. Por la puerta que dixe, que ſalian, y entraban todas las mugeres del Serrallo, ſaliò la Gran Sultana con dos renegados, de quien ſe havia fiado, y en habito de Soldado Genizaro, que de otra ſuerte fuera impoſſible, camino à la Mar con gran peligro, donde fuè recibida con igual ſilencio del animoſo Gerardo, que con valor intrepido mandò alargar al Mar la Eſquadra, y que à la buelta de Sicilia puſieſſen las proas: donde decia, que penſaba hacer una famoſa hazaña. Tan deſdichado fuè eſte miſerable mancebo, aunque digno de mayor fortuna, que apenas comenzaron las Galeras à alargarſe, y zarpando la Capitana á azotar el agua, y el ayre con los remos, y velas, quando cubriendoſe el Cielo de improviſo de una obſcuriſſima nube, comenzò á bramar con horribles truenos, por los quatro angulos de el Mundo, acompañada de temeroſos relampagos, que en cada uno parecia, que venian infinitos rayos. Eſtremecioſe el Mar, rebolvieronſe las olas, trabando enrre sì miſmas tan eſpantoſa batalla, que daban con la eſpuma en las Eſtrellas, que con el temor de apagarſe en las aguas, ſe eſcondian; yá no aprovechaba amaynar las velas, ni en tanta confuſion hallaba remedio el animo, ni el exercicio reſiſtencia. Porfiaba Gerardo à que proſiguieſſen el

via

viage, hasta sacar la espada, pero no pudo ser obedecido por voluntad del Cielo, que al declararse el ala, diò con su Capitana, y las demàs Galeras casi en el Puerto; èl quiso passar en su abrigo el dia, ocultando á Sultana en la camara de Popa; pero como yá fuesse conocida su falta de algunas Griegas, y Turcas que la servian, havian dado tantas voces, que assombrados los Genizaros, dieron parte á su Capitan, y èl á Mahamut Baxá, de quien lo supo el Turco, que con notable sentimiento, pensò luego que de embidia la havrian muerto otras mugeres, ò amigas suyas; mas discurriendo entre varios pensamientos, en unas y en otras cosas, diò en pẽsar que se havia partido la misma noche Gerardo, de quien Sultana decia tanto mal, arguyendo de esso mismo, que le queria bien, porque es mui ordinario en las mugeres, ò por dissimular lo que quieren, ò por engañar á otros; y con esta imaginacion, hizo que Bolstán Baxà fuesse con cien Ayamolanos, y con algunos Genizaros á las Galeras, sabiendo que la tempestad las havia buelto al Puerto, tan perdidas, que era impossible, sin rehacerse, bolver al agua. No los huvo visto Gerardo, quando conociendo el peligro, se resolviò á morir como Cavallero, y no con varios tormentos á las manos de un verdugo infame. Bien quisiera el Baxà llevarle vivo; pero no se dexando prender, y resistiendo en la Cureña de la Capitana, sembrò la crugia de cuerpos muertos con solo una espada ancha que traia, y una rodela embrazada. Viendo Bolstàn que seria impossible llevarle como èl deseaba, mandò á los Genizaros, que le tirassen; y en un instante cayò muerto de quatro manos, aunque de ningun deseo, porque fuè sumamente amado de aquellos Barbaros. Dicen que dixo poco antes que cayesse: Turcos, sed testigos que muero Christiano, y no he ofendido al Gran Señor, mas que en querer llevar á la Sultana, donde lo fuesse. El Baxá le cortò la cabeza, para llevarla al Turco; y hallò á Sultana, que cubierta de lagrimas havia mirado el valor, y la desdicha de aquel mancebo tragico. Fuè grande la alegria de Bolstán; y consolandola lo me-

jor que pudo, la llevò á Palacio. No quiso el Turco verla en quatro dias; pero vencido del amor que la tenia, se determinò de perdonarla; que las iras, que intervienen amando, buelven los que se aman á mayor amistad, y gracia. Bien supo Sultana disculparse con solo el deseo de su Patria, y padres pues siendo imposible la licencia, no podia de otra suerte intentar verles; y el zeloso Turco tambien creeria, porque deseaba abreviar sus enojos, cosa que en los colericos no dá lugar á que las mugeres lo sean. Este fuè el fin de Gerardo; assi quedaron sus pensamientos burlados; y Jacinta criando aquella desdichada prenda suya.

NOVELA TERCERA.

BURLESCA.

EL PICARO AMANTE,

Y ESCARMIENTO DE MUGERES.

FRancisco Uriango, y Fernando Armindez, dos Estudiantes gorrones, que no los hizo amigos la patria, ni el estudio, pues este era Aragonès, y aquel Navarro: inclinado el primero à Filosofia, y el segundo à las Leyes, sino el espiritu marcial, que encubrian las sotanas, y el ser en todo tiempo defensores de Cathedras, y los que à pesar de toda Salamanca victoreaban à quien les encomendaba su pretension. Haviendo ido un dia del Verano à vèr una Comedia, quedaron (sin valerles su braveza) esclavos del brio, bizarria, donayre, y gracia, que mostraron Lisarda, y Rosila su criada: las dos mas bellas Farsantas, à su parecer, que pisaron el Teatro; y como traìan en las lenguas

los

los corazonẽs, luego supieron entrambos el mal de cada uno; y para remediarle, determinaron procurar de assentar plaza con el Autor, porque el Aragonès, fuera de ser mozo dispuesto, y brioso, danzaba por excelencia, cantaba bien, y no tañia mal; y Uriango no hallaba quien le aventajasse en hacer un simple: y assi, en llegando la noche, dexaron las cortas togas, y cubiertas con monteras aforradas en ante las cabezas, con un gran coleto, buen broquel, y espadas anchas à lo bravo, fueron à buscarle en su posada, y en pocos lances le representaron la causa de su visita: y como no reparassen en el salario (hecho alarde de sus gracias) quedaron por compañeros, y se les repartieron papeles, que estudiassen para representar en saliendo de Salamanca. Hicieronlo assi, aventajandose de manera, que dexaron satisfecho al Autor, y embidiosa la Compañia, y haviendo procurado muchas veces, en las ocasiones que les ofrecia la Farsa, dar à entender sus penas à quien se las causaba, no descubrian señales de haver sido entendidos; cosa que les apuraba de manera la paciencia, que estuvieron por apelar à Marte (yà que Amor no los favorecia) y con su favor gozar el bien que deseaban; pero reportandose, llegaron con sus males à Barcelona, en tiempo de Carnestolendas, y, ò fuesse, que las extraordinarias finezas, que en aquella Ciudad hicieron, acreditassen su amor, ò el mismo tiempo, que alborota la sangre al mas frio, encendiesse las de sus Damas: En tropa llegaron en conocimiento del amor, el admitirle, regalarle con favores, y sepultar à la esperanza, y deseos en la pretendida possession, que no los enfadò, respecto de que la Quaresma deshizo la Compañia; y siguiendo ellas las de sus maridos, dexaron despicados à los galanes, que despues de haver barloventeado algunos dias en sì, passarian à ver la bella Italia, alhagados de la comodidad de el passage, que ofrecia la Primavera, ò si bolverian à sus estudios, determinaron dexarlo todo, y trasladarse à la Corte (que estaba entonces en Valladolid) como lo hicieron; pero llegaron à ella con muy poco dinero, que les avisó

procu-

procuraſſen manera de vivir; y informados quien de los ſeñores de ella era mas aficionado à los de la hoja, no hallando otra plaza vaca, aſſentaron con èl en la de Lacayo, en la qual ſirvieron el año de la probacion con mucho trabajo, porque fuera del que ſentian en piſar continuamente lodos en el Invierno, y ſer blanco de los rayos del ardiente Sol en el Verano, el de no pagarſeles racion, los acabàra à no tener cada uno una de las Ninfas de Eſgueva, que les ſocorria con lo que, ò diezmaban (ſin ſer Curas) à ſus amos, ò contribuìan otros. Eſtando ellas mui contentas de el reſpeto que las tenian los que ſabian correr ſu reputacion por cuenta de los dos valientes Lacayos; los quales canſados de el oficio, dieron en ſer Cavalleros de el milagro, frequentando, para cobrar ſu renta, las caſas de juego, donde aprendieron el arte de no perder nunca, con la qual aumentaban los baratos, ſi acaſo ſu mala ſuerte traia alguno, que no huviera entrado en el garito, en el qual haviendo juntado con induſtria docientos eſcudos; deſeoſos de vèr à Sevilla, yà que eſtaban bien diſciplinados para quanto ſe les pudieſſe ofrecer, en pocos dias ſe plantaron en ella, y regiſtrando todas ſus calles, y ventanas, vieron perfectamente retratadas en una Dama (cuya edad no paſſaba de quince años) las celeſtes hermoſuras, à cuya viſta quedó Armindez abſorto, ſin poder dàr paſſo adelante, el tiempo que deſafiando al Sol con la luz de los dos ſuyos, ſe detuvo en la ventana, y bolviendoſe à Uriango, que acuſaba ſu embeleſſamiento, le dixo con un profundo ſuſpiro: Ay amigo! que me ha dexado amor con ſus flechas herida cruelmente el alma, cuyo dolor es tanto, que temo perder la vida, ſino ſe duele de ella la muchacha, que ſe và huyendo con el corazon, que me ha robado; pero el Navarro, que juzgò eſtar ſu mal ſolamente en la lengua, ſonriendoſe alabò ſu buen guſto, y la hermoſura de la Doncella; y mudando platica, con las novedades que hallaban à cada paſſo, ſe fueron en anocheciendo à la poſada; y aunque tuvieron bien que cenar, el Aragonès

ſe

se quedò en ayunas, y gastò toda la noche en suspirar, sin que el amor le consedieſſe breve descanso: y assi Uriango, que le amaba mucho, lastimado de su mal, procurò consolarle con estas razones: No havrè menester gastar mucha prosa, pues sabes mi voluntad, y las obras que suelo hacer en las ocasiones; y bien puedes consolarte en esta, que te juro, que si fuere necessario, à medio dia, la saque yo de su casa, y te la zampe en los brazos. No te pierdas de animo, sepamos su calidad, porque si fuere tal, que nos prometa bodas, tuya es la moza; y si de mayor quantia, no faltaràn trazas para salir con nuestro intento, que quien resistiere à un Estudiante engerto en Farsante, Lacayo, y Fullero, ha de saber mas que el mismo demonio. A cuyo razonamiento, animado Armindez, se vistiò, y fueron entrambos à la calle en que se avia perdido, y supieron de los vecinos de la señora, que era hija de un grueſſo Mercader, que en aquel año havia passado á las Indias, dexando el cuidado de su casa á un hermano suyo, que tenia parte en el trato; y por no ser casado, vivia con la cuñada, y sobrina, cuyo nombre era Doña Leonor, pretendida de muchos Cavalleros de la Ciudad, tanto por su riqueza, por ser hija unica de sus padres, quanto por su singular hermosura, à cuya causa gozaban los vecinos de excelentes musicas, que la daban à porfia los pretendientes. Relacion, que dexò sin sentido al Aragonès, y no poco pensativo al Navarro; pero haviendo sabido juntamente con esto, que se les havia muerto un viejo escudero que tenian, y despedido el hermano à un criado suyo, entre page, y lacayo, juzgò buena ocasion esta de entrar en su casa; y comunicando su pensamiento al amante, quedò contento de ello, y se bolvia casi loco al decirle, que èl se havia de fingir en publico su hermano, y procurar en secreto de ser conocido por verdadero criado suyo, no dexando demonstracion, que pudieſſe calificarle por tal, y que Armindez havia de traer en los jubones el Habito de Santiago, y una veneta de oro con su Cruz encubierta, que enseñada al descuido,

le

le acreditaſſe Cavallero, para poder encaminar de eſta manera ſu pretenſion al deſeado fin, cuyo buen principio de ſer recibidos en lugar de los dos, muerto, y deſpedido, les aſſegurò el buen ſuceſſo de ella; y lo primero que procuraron, fuè con el cuidado de ſervir bien, grangear la voluntad de ſus ſeñores, y con moſtrarſe el Aragonès liberal con los demàs criados, hacerſe ſeñor de ellos, como le ſucediò, pues no havia en caſa quien no aventuraſſe por èl de buena gana la vida, por cauſarſela à todos alegre; y para encubrir el dinero, que cobraba de los jugadores, ſus depoſitarios, y calificar ſu riqueza, concertò con un Mercader, que le dieſſe en lugar del interès de ciento y cinquenta eſcudos, que le entregò, fingidas letras de cantidades diverſas, como no excedieſſen la ſuya las veces que ſe las pidieſſe, el que codicioſo no reparando en los daños que podia cauſar en conſentir tal cautela no ſe apartò un punto del concierto; de manera, que moſtrando en confianza, yà à uno, yà à otro criado las letras; y llevandolos á veces con ſigo à ver las cobranzas, diò cauſa á que hicieſſen varios diſcurſos ſobre èl, y à que le tuvieſſen ſus amos (à cuyos oìdos llegò preſto la nueva de todo) en concepto de hombre principal, que por oculta cauſa eſtuvieſſe encubierto en aquel trage ſirviendo; y èl con bolver deſpues al Mercader los dineros, y el que en el juego los havia multiplicado ſuficientemente, dexaba entero el caudal; y ſatisfecho al Depoſitario, por gozar à tan poca coſta el dinero ageno. Haviendo, pues conocido por muchas ſeñales los efectos de ſu induſtria, ſe atreviò à moſtrarſe amante, alentando con las eſperanzas, que engendraban con mirar atentamente à Doña Leonor, quando divertida no reparaba en èl; mas à ella, que al deſcuidado lo havia advertido muchas veces (ſi bien no lo diò à entender) no le peſaba de ſer querida, antes deſeaba que fueſſe de la calidad que le publicaban ſu talle, y acciones (que miradas con el buen concepto que havian hecho de ſu perſona, no hallaban en que cenſurarlas) para poder admitir ſu amor: y èl por acredi-

ditarle, una noche del Verano, que estaba la niña con su madre en un florido vergèl, que tenian en su misma casa, cantò dulcemente este Soneto, que su mismo amor le havia dictado.

Lleva anhelante Sìsifo una peña
A la cumbre de un monte, yà que espera
Acabe de su yerro la severa
Pena, furiosamente se despeña.
A Tantalo el arroyo el agua enseña,
Que se esconde seguida en la Ribera,
La fruta, el arbol que se và ligera,
Sin conceder de sì parte pequeña.
Las Relides porfian siempre en vano
Llevar las rotas urnas; pero todos
No alcanzan de mis males los rigores.
Que hallan descanso de su mal tirano,
Con pensar de acabarlo en varios modos,
Y yo no espero el fin de mis dolores.

Y si los havia admirados la novedad por no le haver oìdo otra vez cantar, y en el progresso suspendido la perfeccion de la voz, las dexò tristes el presuroso fin de la musica; y assi le mandaron cantasse de nuevo, como lo hizo, con estas lyras:

Cobarde pensamiento,
Pues eres tan altivo, que en lasbellas
Luces del Firmamento,
(Adonde estàn dos Soles por estrellas)

Hoſas poner la mira:
Que miedo de la empreſa te retira?
Deten el paſſo, aguarda,
Que auſente amenaza mayor daño;
Y ſi aqui te acobarda
El ayrado rigor del deſengaño,
Pienſa, que al que es amado,
No le perdona amor algun cuidado.
Atrevido, y gallardo,
Vence impoſsibles, y deshaz deſvelos,
No con aliento tardo
Llores deſpues ſin fundamento zelos,
Que en diſcurſo amoroſo,
Nunca el que fuè cobarde fuè dichoſo.
No es bien que por altivo,
Quiera el ſugeto, que tus anſias calles,
Que el Niño vengativo
Suele igualar los montes, y los valles,
Dile el mal que te alcanza,
Y aſſegura el favor de la eſperanza.

Acabando con tanto afecto, que ſi Doña Leonor no quedò rendida, determinò no dexar diligencia para certificarſe de la calidad de el enamorado muſico, y haviendo procurado ſaberlo de Uriango, que ſe fingia mui ſimple, no pudo con todas ſus trazas hacer que ſe adelantaſſe mas que à aſſegurarla, que era hombre de bien, pero contando deſpues al amigo

go la instancia, que le havia hecho para descubrir la nobleza, que juzgaban tenia, acordaron que el Navarro escrivièsse de su mano una carta, que por haver siempre ocultado el saber escribir, no seria conocida por suya, y en ella le acreditasse por noble, como se executò; y despues de algunos dias, que la traia Armindez en la faltriquera, passando cerca de su querida con cuidadoso descuido, la dexò caer en el suelo, al sacar un lienzo: y vista de la niña, la alzò sin decirle nada, y se fuè à su quarto à leerla; y mirando el sobreescrito, viò que decia: A Don Fernanda Armindez de Mendoza, Trece de la Orden de Santiago. Y dentro: No os he escrito antes, temeroso de que no llegassen mis cartas à manos de vuestros contrarios, que por ser tan poderosos, se puede desesperar de la seguridad de ellas; pero aora que el Conde vuestro hermano embia á Rodrigo, su page de Camara, à essa Ciudad por criado de un Oìdor, que passa à las Indias, conociendo su fidelidad, hiciera agravio à nuestra amistad, si dexàra de avisaros que su Magestad os ha hecho merced de la vida, con que sirvais con dos lanzas diez años en Oràn: De este destierro esperamos alcanzar presto la gracia (como vuestro hermano os lo avisarà) y assi alentaos, y llevad con valor la baxeza à que os obliga la fuerza de los hados. De Valladolid. Don Joseph Pimentèl. De cuyas razones, engañada la tierna doncella, juzgando verdadera la fingida nobleza, alegre de su dicha, diò entrada al amor, y despues de haver guardado con mucho cuidado la carta, saliò à la parte adonde la havia cogido, hallò, que congoxado en todas, iba mirando con grande cuidado; y preguntandole la causa de èl, respondiò averse le caìdo unos Romances, que estimaba por hijos de el ingenio de un grande amigo suyo, simulando con estucia tanta el sentimiento, que le causaba la pèrdida de ellos, que lastimada la yà enamorada doncella, estuvo por bolverle su cara, teniendo por sin duda, que aquella fuesse lo que buscaba; pero procurò con mirarle tierna, consolarle, que siendo lo que èl deseaba,

se fuè loco de contento à dar parte de el dichoso sucesso à Uriango; el qual alegre, dèl se prometiò el fin que pretendian de las engañosas trazas, y mas quando advirtieron, que Doña Leonor, no acostumbrada à los desassossiegos, que causa el amor, le traìa todo el dia ocupado, por tener ocasion de hablarle; y en anocheciendo, procuraba, que su madre le hiciesse cantar al tiempo, que estaban en el jardìn gozando del fresco, y èl, no perdiendo la ocasion, le daba à entender en las letras, que cantaba su amor, assegurandole ella igual correspondencia con los extraordinarios encarecimientos, que hacia, celebrando la dulzura de la musica, y el arte de ellas, deseando yà ocasion de poderlo hacer descubiertamente, como se la presentò presto la buena estrella de Armindez, y el poco cuydado que tenia su madre de la casa, pues à trueque de no perder un passeo, ò una fiesta, estimaba à ganancia el verla abrasada, sin advertir, que tocando el interno govierno de ella à la muger (pues deben de tener parte los cuydados, como la tienen de los contentos) no le puede haver bueno en la que falta su assistencia; y assi iban por escusar salidas las Gitanas descalzas, que suele muchas veces peligrar, vagando la pudicicia, que assegura el recogimiento. Haviendo, pues, su madre salido un dia à los acostumbrados passeos del Arenal, dexando sola en casa la niña, sucediò, que viniendo de fuera Armindez, se encerrò con Uriango en su aposento, à cuya puerta acudiò curiosa Doña Leonor, y por la cerradura advirtiò, que ilustraba el pecho de su querido (que estaba en jubon) el Habito de Santiago, y que sentado, decia al Navarro (que en piè, descubierto, y con mucho respeto, le escuchaba atento por haver oido gente à la puerta) que se previniesse para la noche, que no havia de consentir se diessen à sus ojos tantas musicas à su querido dueño: de cuyo concierto, temerosa de que no sucedicsse algun daño al Aragonès, le llamò, y haviendo cubierto el fingido Habito, saliò diligente à saber lo que le mandaba, siguiendola al jardìn adonde se havia encaminado;

y ſentada junto á unas murtas, le ordenò hicieſſe lo miſmo, y como ſe rehuſaſſe hacerlo, le dixo: Mucho nos podemos quexar de V.S. ſeñor D. Fernando de Mendoza, que haya querido quitarnos la ocaſion de ſervirle en nueſtra caſa, como merece ſu nobleza, encubriendoſe con la ſervidumbre indigna de ſu eſclarecido linage; pero moſtrando no entenderla, y creer que hicieſſe burla de èl, le enſeñò ſu carta, y contò lo que acabava de vèr, à cuyas ſeñales, fingiendo darlas de ſer vencido, ſatisfizo al deſeo que moſtraba la niña de ſaber la cauſa de tanto disfràz, con nuevo embeleco, diciendole: Feſtejaba yo en la Corte, ſin amor, à una hermoſa Dama, de quien eſtaba grandemente enamorado un noble Cavallero de los mas principales Titulos de ella, cuyos merecimientos, con ſer muchos, nunca pudieron alcanzar un pequeño favor, moſtrandoſe tan liberal dellos conmigo (que los merecia menos) que le diò juſta cauſa de zelos, y atormentado de ſus furias de buſcarme una noche, que hablaba con ella à una rexa de ſu caſa; pero aunque tenia valor y compañeros valientes, fuè deſdichado, pues con ſu muerte eſpantò de manera à los ſuyos, que puſieron toda la ſeguridad en los pies, quedando yo con Uriango mi criado libre; y aſſi disfrazado vine huyendo à eſta Ciudad, à donde vi vueſtra divina hermoſura, à la qual quedè tan rendido, que ſenti ſer impoſſible vivir ſin ella; y no pudiendo deſcubrirme por el peligro que corria de perderos, ſi me quitaban la vida, determinè ſerviros en eſte trage mientras ſe aplacaſſe el Rey, y me fueſſe permitido pretenderos deſcubiertamente por mia; pero yà que ſe ha adelantado mi ſuerte, os ſuplico admitais mi amor, y no conſintais me atormente, y caſtigue con nuevos martyrios por ſobervios à mis penſamientos, pues han hoſado pretender, no como hizo Igion la belleza de Juno, ſino vueſtra hermoſura, cuya menor parte puede formar deidades, ſiendo verdad que no pudieron competir las fingidas de quantas inventò la Antiguedad con la vueſtra verdadera; que ſi eſto alcanza mi dicha, ſerà la ma-

yor

yor que ha visto el Mundo, cuyos requiebros acompañò con los ordinarios abonos de ardientes suspiros, y con ellos se enterneciò tanto Doña Leonor, que no sabiendo encubrir el amor que le tenia, sin temer la nota de facil, le manifestò con estas razones: Desde que vuestras acciones dieron seguro indicio de la nobleza que teneis, que mal encubren sayales los rayos de la claridad, fue mi pecho un verdadero retrato de la abrasada Troya, probando el mayor incendio que ha hecho con su fuego amor, y aora ha crecido tanto, que à quererle ocultar, quedàra presto por mentiroso; y assi podeis estar seguro, que no tardarà mas la possession que pretendeis, de lo que dilatareis el hacer instancia con mis padres por ella (cubriendo con tal fin las hermosas mexillas de perfecto carmin) de que mostrandose mui alegre, y gozoso el Aragonès, concertò con ella que descubriesse à su madre el conocimiento que tenia de su nobleza, que despues èl haria las demàs diligencias necessarias para el cumplimiento de sus deseos: pero estorvò esta platica entrando su madre, à quien no sufriendo dilaciones, contò lo concertado; y certificada de ello, con vèr ella misma el Habito que traia el Aragonès, sin que èl lo entendiesse, diò de todo parte al cuñado, y determinò hacerlo de criado huesped; y la misma noche, mientras contaba Armindez al Navarro lo que le havia passado con su querida, entraron todos en su aposento, y le forzaron à descubrirle; lo que ellos publicaban por cierto, con quexas de la poca satisfacion que havia mostrado dellos en ocultarse tanto tiempo; à las quales diò las disculpas, que mejor le parecieron, y encareciò la obligacion en que le ponian, con la nueva merced que recibia; y assi de alli adelante le trataron conforme merecia la nobleza de que blasonaba, gozando particulares favores de Doña Leonor, y no recibiò el myor que desean los amantes, por no violar las leyes de el sagrado hospedage, acreditando con Doña Leonor, que era de raro entendimiento, mucho mas nobleza, que fingia con esta accion, que con el Habito que traia

traia; pero temiendo, que no se descubriesse su enredo, fingiò yá que havia passado un mes de su exaltacion nuevas cartas de la Corte, con aviso de total perdon de su Magestad, de que le dieron todos mil parabienes: y mostrando serle necessario partirse para Valladolid, en reconocimiento de lo mucho que confessaba deberles, pidiò por muger à su querido dueño; y estimandolo à suma dicha su madre, y tio, temerosos de que no se arrepentiesse, sin dar parte de ello à deudo ninguno, atropelladamente se la consedieron, haciendoles desposar sin amonestacion ninguna, con licencia que para ello alcanzaron, y le dieron en dote quarenta mil ducados en dinero, de que alegre el Aragonès, retirado en su quarto á solas con el Navarro, que loco de contento, no cabia en sì, le hablò de esta manera: Yá, Uriango amigo, puede parecer, que hemos llegado seguramente al fin de nuestra pretencion, y que no hai mas que temer; pero ponderando esto con maduro discurso, estamos en lo mas dificultoso de ella, pues al primero disgustillo se ha de manifestar nuestro embeleco; y assi es necessario prevenir los daños, y el remedio de ellos, y no fiarnos en nuestra buena fortuna. Que suerte, y no industria ha sido el salir tan facilmente con nuestro intento; porque à ser prudentes (como convenia) la madre, y tio de Doña Leonor, no se abalanzàran tan facilmente á consentir este casamiento, por mucho que juzgáran estarles bien, sino informaránse cuidadosamente primero, y descubrieran el engaño, que serà fuerza vean despues, siendo locura imaginar, que estèn deslumbradas las personas con quien tratamos, antes hemos de creer, que facilitan con los medios el fin que han pensado convenirles; y assi persuadirse, que quanto intentan, les acarrea seguras comodidades; y por no quedar sin ellas debense procurar de penetrarles los pensamientos, y pensar que siempre se nos trata engaño, para que sirviendo el zelo de atalaya descubra los que hai, y cierre el passo à los que pudiera haver; y assi, yà que hemos sido tan dichosos, que nos enseñan

ſeñan aciertos los agenos yerros, me reſuelvo de coger todo el dote, y ponerle en la Corte en cambios abonados, y que vayas á ponerme caſa para llevar allá à mi eſpoſa, porque en qualquier caſo me conviene eſtè lexos de ſu madre, que aſtuta pudiera (en deſcubriendoſe el enredo) quitarme hacienda, y muger con un divorcio (cuya facilidad en eſta nueſtra Eſpaña, no sè ſi la miente, ò dexe el remedio à quien le toca, mientras no alcanzo la cauſa, y veo los daños) quedando yo pobre, y afrentado, que es la mayor deſdicha; y pareciendole al Navarro prudente acuerdo, prometiò no exceder un punto de èl; y aſſi pueſto en letras el dinero, ſe fuè à la Corte, adonde alquilò una mui buena caſa, y la proveyò de todo lo neceſſario, recibiendo aſſimiſmo los criados, que le pareciò no ſe podian eſcuſar, y luego eſcribiò en nombre del Conde ſu hermano al Aragonès, que le aguardaba; y à tardar, le iria à buſcar à Sevilla, embiandole dos mil eſcudos de joyas para la novia, que alegre, y engañada con ellas, perſuadiò à ſu madre gaſtaſſe ſeis mil en galas, y les dieſſe dineros para el camino, como lo hizo, y el tio quiſo acompañarlos para conocer al Conde, y haviendo llegado à Valladolid, fueron mui bien recibidos de Uriangò, y entretenidos algunos dias: pero el Mercader anſioſo por el Conde, haciendo nuevas inſtancias para verle, quedò deſengañado con aſſegurarle no le havia en el mundo; y al ſentimiento que moſtrò, eſpantaron con fieros, à los quales le ſiguieron las nuevas, que llegaron de Sevilla de haverſe ahogado en la Mar ſu hermano, à cuya cauſa, dexando al fingido Cavallero, y à la ſobrina, ſe bolviò, y añadiendo à laſtimas, que hacia la viuda el deſcubrimiento de el engaño, creciò tanto la pena, que le quitò la vida, y el Aragonès quedò ſeñor abſoluto de ciento y cinquenta mil ducados: y Doña Leonor, ſi bien ſintió la muerte de ſus padres, y el verſe caſada al contrario de lo que havia imaginado, hallandoſe con hacienda baſtante para ſuſtentar el fauſto, y enamorada de ſu eſpoſo, ſe conſolò mas preſto

que

que el tio, el qual viviò lo reſtante de ſu vida afligido, conſiderando el deſatino que havia hecho en la mayor accion que hacen los hombres; pues errada una vez no admite enmienda, y el Aragonès tuvo lugar de campear Cavallero en la Corte, como ſe havia fingido en Sevilla, no le dando al Navarro con avaricia de menoſcabar la opinion, que de ſerlo le alcanzaron las riquezas, y la dexò deſpues de ſu muerte con ellas à los hijos que tuvo en la engañada Doña Leonor.

NOVELA QUARTA.

LA DESDICHA EN LA CONSTANCIA.

MOSTRABA Don Jayme Centellas, Cavallero iluſtre del Principado de Cataluña, natural de la inſigne Ciudad de Barcelona, quanto ſe preciaba de ſu noble nacimiento en el grande reſpeto con que obedecia, y veneraba à Don Pedro ſu padre, y juntamente lo que puede la ſangre propria en el amor tierno con que amaba á Don Juan ſu hermano menor: los dos le correſpondian igualmente, no ſolo por la deuda de padre, y hermano, ſino por las buenas partes naturales, y adquiridas de Don Jayme. Fiabaſe Don Jayme de Don Juan, por vèr que ſobre las obligaciones de hermano, aſſeguraba las de verdadero amigo. Teniale comunicados cuidados de grave deſvelo, y repartidos entre los dos, procuraba fueſſen menores. En ocaſion que le coſtaban mas paciencia, y quietud,

ordenò una noche á Cardona su page, hiciesse con violencia la diligencia que otras. Forzose à violentar el deseo de no salir, por no disgustar á su padre, que mandò le assistiesse. Quiso Don Juan, à quien no comprehendiò este precepto, gozar de la noche. Entendido por Don Jayme, le pidiò con instancia primera, y segunda vèz, no le dexasse, y no pudo reducirle, de que sintiò notable alteracion en sì. Maravillòse de la pena que interiormente tocaba, como presagio de algun triste sucesso. Con el zelo que le moviera, si estuviera certificado del que amenazaba á Don Juan, le tomò las manos, y dixo: Hermano, yá que no salgo esta noche, estimarè poder contigo lo mismo. Afligenme pesares de dificultosa resistencia, y solo podrá divertirlos tu compañia. No te parezca novedad mi ruego, que aunque siempre debes este afecto á lo que te amo, parece que esta noche acrecientas mi amor, ò tienes mas parte en mi alma, pues me congoxa esta pretencion. Yo obedezco á nuestro padre, oprimiendome mas su potestad, que obliga su reverencia: Haz cuenta (engañandote tiernamente mi porfia) que soi su misma persona, para que te deva haverme reconocido por tal, y y te pague con darme por deudor deste gusto enteramente. Esto ha de poder en el tuyo mi corazon, pues puede conmigo, que lo procure. No lo niegues, lo que importuno està pidiendo, de que podrán ser testigos tus manos, si las llegas á mi pecho. Mira que quizá por el impulso que le mueve, tenemos los dos algo que le agradecer. No has de responder de no, que será rigurosa (sino grossera) resolucion á la pena, que imaginarlo me causa. Hermano, yá estoi respondiendo: yo me tomo el sì de tu cortesia, quando no de tu voluntad, y mi respeto. Entretengamonos hasta que llame nuestro padre, viendo unos versos que he hecho, y advertirè mi defecto en tu censura. Aunque por ser los dos una misma sangre, respondiò Don Juan (y que mirar por la mia, es guardar la tuya) pudiera escusar agradecimiento; considero que me pone en esta obligacion un estraño, y te doi gracias por ella: Para

que

que yo te obedezca siempre como debo, no has menester estas demonstraciones, que basta la de tu gusto, quando no el poder mandarme como hermano mayor. Pudiera darme deseo de salir, no mas de querer vencer el temor que has propuesto, para no sugetarnos à vanas imaginaciones; pero es fuerza, no por esto, sino por no faltar à Don Felipe, que me espera en su casa: Sabe el Cielo que me pesa de haverle dado palabra; y aunque à ser inconveniente à tu intento el cumplirla, pudiera escusarme, no parece le tiene; y serà mi buelta tan breve, como veràs. Es mi amigo, y honrado Cavallero, y no serà justo embiar disculpa, y mas haviendome encarecido la causa, que lo pide: Passarè, yà que te quedas, por la parte que sabes, y traerè aviso de lo que huviere. Mudò color D. Jayme, oyendo nombrar á Don Felipe, y dexòse vencer dissimulando. Yendo Don Juan á tomar un broquel, que estaba colgado, cayò al suelo antes de tocarle, causandole tanta confusion, que estuvo dudando lo que haria. Enfin, llevado de su destino, atropellò pensamientos proprios, y persuasiones de el hermano, y intrepidamente, como ofendido de las piadosas señales, que le avisaban, se entregò à la belicosa inquietud de su valor. Quisiera Don Jayme sossegarle, siguiendole, y detuvole conocer la rigida condicion de su padre. Poco despues vino Cardona pressuroso, y dixo: Señor, cierta ha sido tu sospecha: he hecho lo que ordenaste, y yá queda en la calle. Claro està, respondiò Don Jayme, que para mi será cierto qualquiera temor. O fuerte riguroſa! en que te ofendo, que assi te apartas de ayudarme? Suficiente materian tenia en sombras mis desvelos, para acabarme, sin quitarme el sesso con el nuevo dolor de que sean verdaderos; mas para que te llamo riguroſa, quando te muestras favorable, pues debo estimar la ocasion que das, para que de una vez renga el fin que me prometes, y no estar pendiente de los civiles filos con que hasta aqui prevenias mis penas? Perdone mi padre atreverme á su authoridad, que no es mucho (aunque tan digno de obediencia) si arrastra

mi ſentimiento á la razon. Que date aqui Cardona, y en llamando, eſcuſame con lo que mejor te pareciere, que yo no eſtoi para penſar diſculpas, ſino para culpar lo que me detengo. Arrebatado del incendio que le abraſaba, ſaliò con las primeras armas que acertò à tomar, y fuè à la parte de donde el page venia: hallò, que en apariencia, y no mas de para la deſdicha que le eſperaba, era verdad lo que dixo, porque ocupaba el pueſto ſu enemigo. Sin querer otra ſeña mas cierta, que la que (cegandole) ofrecia el fatal deſeo de venganza, enderezò à èl ſus paſſos: embiòle tan furioſamente, que antes que pudieſſe intentar defenſa, le diò dos heridas, de que à ſu parecer cayò muerto, pronunciando un ay, que traſpaſſó el irritado corazon de Don Jayme, en medio de ſu ferocidad. Sucediò todo con tan poco alboroto, y tanta brevedad, que ſolo los dos fueron teſtigos. En el interin llamò Don Pedro à Don Jayme; y reſpondido de Cardona, que no eſtaba en caſa, procurò ſaber que cauſa havia obligado à faltarle; de querer negarſela, aumentò el deſeo con inquietud, reſuelto á averiguarla por fuerza, no baſtando ruego. Llegò luego Don Jayme, desfigurado por haverle uſurpado la turbacion el ſemblante: lo que hizo, diò à entender que no viò á ſu padre, pues como ſi no eſtuviera preſente, abrio un eſcritorio, y rebolviendo lo que en èl havia, ſe le dexaba abierto, y bolvia à irſe, mandando á Cardona le ſiguieſſe. No pùdo tanto en Don Pedro la indignacion del poco reſpeto, como el temor que ſe apoderò de ſu animo, viendole que parecia efecto de alguna deſgracia. Alentado en lo miſmo que le deſmayaba, que era el tierno amor que le tenia, le detuvo, y dixo: Jayme, no adviertes que eſtoi contigo? Deſde quando falta en tus ojos viſta para conocerme, y en tu entendimiento la reverencia, que me debes? Que es lo que te tiene fuera de ti? Buelve en tu acuerdo, y habla á tu padre, que perdona tu deſcorteſia, por entender ſi te ha ſucedido coſa, que violente el ſoſſiego de ambos. Habla digo otra vez, hijo, antes que eſſa dilacion

me

me obligue á tratarte con poteſtad de padre indignado. Señor, dixo Don Jayme, bien podeis reportaros, que aunque os haya parecido que eſtoi con diſguſto, no es nada. Don Luis Ferrer eſtá jugando aqui cerca; embiòme á decir, que en todo caſo le hablaſſe; hicelo, y por eſto no me hallaſte: ha meneſter dineros, y llevoſelos; ſuplicoos perdoneis, y no me detengais, ni á eſſe page. No tuvo lugar Don Pedro de reſponder, ſegun la priſſa con que le dexò, y con la miſma fuè Don Jayme á la parte donde avia venido. Poco apartado de la caſa de ſu padre, encontrò un tropel de gente con un cuerpo, al parecer difunto, con cuyo eſpectaculo, ſintiò tan mortal triſtez, que le cortaba los paſſos. Eſcuchò lo que pudo, y ſolo oyò: Pobre Cavallero, que aceleradamente buſcaſte fin tan laſtimoſo en la flor de tu edad! Quiſiera ſeguirlos, por ſaber quien era, y no ſe atreviò, temiendo el peligro proprio en que ſe conſideraba. Llegò, y hecha una ſeña á una rexa del quarto de Doña Juana de Aragon, ſaliò; y ſabiendo que era Don Jayme, le dixo con extraordinaria alegria: Ay ſeñor, de que congoxa me ſacais; no ha un momento que abrì otra vez eſta ventana, y lo primero que vì fuè llevar un cuerpo de un hombre muerto en eſta calle, y por haver precedido á eſta deſgracia la ſeña que conozco, entendì, temì; pero quiero callarlo aun deſpues de deſengañada. Primero que reſpondiera Don Jayme, diſcurriò como pudo, y ocupandole la reſpiracion la nueva pena que le cauſò oìr, que á lo que èl ſabia de aquella muerte havia precedido la ſeña, dixo con mucha inquietud: Perdonad por amor de mi no detenerme, que con brevedad ſerè aqui. Bolviò á la caſa de ſu padre, y cerca de la puerta ſintiò dentro tanto ruido, que imaginando (por coſa poſſible, advertido de ſu temor) ſi le baſtaba juſticia, determinò no entrar, ſino hablar á Doña Juana; pero á pocos paſſos encontrò con Cardona, que le buſcaba, dixole: O ſeñor, lo que me cueſta hallarte! Que te has hecho en la ocaſion mas grave de tu vida? No me digas nada, dixo Don Jayme, que yà

ſé

sé quan desgraciado soi: yá sé que deben de buscarme por el delito que acabo de cometer; sigueme, amigo, salvarème como mejor pudiere: Que dices, señor, que no entiendo? (respondiò Cardona) Que delito es esse, para que prevenga nuevo sentimiẽto mi amor? Mira que es tan diferente la causa porque te busco, quanto confessarás en sabiendola. Como, dixo Don Jayme, es possible que la hai mejor, que la de mi justa pena? Mas si havrà, para que no deba à mi fortuna mayor bien, que serme en todo contraria. Habla con brevedad, y secreto, porque el riesgo sea menor. A este punto llegaron à vista de la rexa del quarto de Doña Juana. Alli refiriò Cardona à Don Jayme lo que bastò para que cayesse desmayado en sus brazos. Bolviò en si con un profundo, y lastimoso suspiro; y queriendo contarle el sucesso de la muerte, por haver sido su principio el aviso con que el mismo Cardona le havia obligado la primera vez à salir aquella noche de casa, vieron que un hombe tocò con la espada à la rexa. Estrañòlo Don Jayme, y como un rayo se acercò à èl con la desesperada resolucion que yà tenia, reconociò que era Don Felipe, quedando desto admirado, aunque preciandose le pusiesse tan presto delante. No juzgò aquella parte por conveniente, para su intento, y pidiò le siguiesse; y à Cardona, que no les perdiesse de vista, algo apartado. Hizolo Don Felipe, hasta salir de la Ciudad. A qui (le dixo Jayme) pienso dar al dolor, que me mata algun consuelo, sacandole de tu propria vida con mis manos, que yà que està librado en tu muerte, será inutil, si yo mismo no lo executo. Escusado es referir mis quexas, y agravios, pues demás de tenerlas tan presentes, presumo que tu corazon (doliendose de mi pena yá hecho el daño) te las acusa, y encarece. Traidor, que te ha hecho mi sangre) de quien tu casa, y ascendientes haveis recibido tanto honor, y beneficio) que assi la has aborrecido, y derramado alevosamente? Ni que ofensa mia noble correspondencia, que fuesse bastante á romper las sagradas leyes de la amistad? Sin duda que en tu ingrata, y dura

ra inclinacion ha sido gran culpa nuestro amor, è inocencia, como destituido de tan amables calidades. Pero para que me detengo, quando parece que estan vituperando mi valor, y sentimiento, que no me falten palabras, sobrandome razon? Saca la espadà, vil Cavallero, ò sacarèla yo, que aunque puede ser, que solo el verte convencido lo impida, no conviene á quien soi matarte, teniendola embainada. Dicho esto, le acometiò de manera, que aunque Don Felipe quiso que le oyesse, huvo de tratar mas de su defensa, que de satisfacer; si bien el cuydado en que le puso era bastante á dexar de hablar, por no perder punto en obrar, sin embargo mezclò, entre golpes que daba, y recibia, algunas palabras, diciendo (con menos aliento, que quisiera por lo mucho que le acosaba.) El termino que haveis tenido es agèno de un Cavallero honrado, y prudente, que hago cuenta no sois Don Jayme Centellas, ni yo quien sabeis, antes atribuyo vuestra accion á locura. Al campo me habeis sacado, con color de que he derramado vuestra sangre, y ofendido amistad, delitos, que por no cometidos, hacen que crea por cierto lo que digo. Probára suficientemente esta verdad, si primero no pidiera venganza la que siento salir de mi injustamente, y haver tratado con tal desprecio á un hombre, en quien no es la mayor presumpcion igualarlos: mas pues haveis merecido, que la satisfacion se convierta en tomarla de vos, será tan á vuestra costa, como vereis. Creció la ira con Don Jayme, y cerrando furiosamente con una estocada, respondiò: Contra agravios, è injurias averiguadas, no han de bastar persuasiones; á lo qual solo oyò una palabra, en que dixo D. Felipe con voz dudosa, y triste: Muerto soi. Pareciò á Don Jayme, que lo era: y por no hacer menor con dañoso descuido su triste contento, determinò no entrar en la Ciudad, sino encubrirse en la playa, hasta hallar embarcacion para Napoles, ò Sicilia. Esta resolucion comunicò á Cardona, para que la declarasse á su padre. Ordenòle, que despues le siguiesse para saber dèl el estado

de

de sus cosas, seguro de que seria bien recibido, y premiado. Despedido Cardona, bolviò á la casa de D. Pedro; en sabiendo el venerable viejo su venida, hizo que pareciesse ante èl. Apenas le conociò Cardona, que el dolor de la temida pèrdida de su querido, y mal logrado Don Juan, le tenia como sin vida, solo daba aliento à su acabado espiritu el desvelo en que le tenia, faltar en aquella ocasion Don Jayme, unico baculo de su vejez, y columna de su insigne casa; mas como este alivio se funda tambien en dolor, y temor, le puso el desengaño en el ultimo estremo, sabiendo de Cardona lo que havia passado; de manera, que combatida de desdichas tan grandes aquella yá solo sombra del mas valeroso Catalan, dexaba que la tierra gosasse por despojos su desmayado cuerpo, sembrando primero en ella con sus manos sus respetadas canas.

Passó D. Jayme de lo que faltaba de la noche hasta amanecer, entre cuidados, confusion, y congoxas: Tuvo dicha en que á esta hora (aun no publico el caso en la Ciudad) se hizo á la Mar un Baxèl, que iba á Sicilia, y embarcòse: Navegò con bonanza, hasta que casi á vista del Puerto de Mecina se levantò tan recio temporal, que perdida en un punto entre Pilotos, Marineros, y Navegantes, la orden de de su govierno, solo se atrevieron á juzgar que el Cielo enlutado celebraba sus obsequias, segun las negras nubes de que se eubriò. Cubrió la tempestad de suerte, que parecia, que los vientos con infernal horror competian sobre sacar aquellos profundos pielagos de sus naturales limites, y passarlos á su Region, ó que tomandolos por instrumento, querian vengar alguna iujuria recibida de los Cielos. Ninguno (si alguno estaba consentido) se persuadia á que se sustentaba en la Galera, sino en desatadas furias; ni aquel sobrenatural penar permitia que deseassen, ni creyessen mejor salvamento que las entrañas de una de las temerosas olas, que tantas veces le sepultaban. Durò la tormenta mas de veinte horas; al fin de ellas mostrò el Cielo su cara, y cobrando en el mal seguro sossiego de el

Mar

Mar, alguna parte del aliento perdido, discurrieron dudosos, si era cierto que vivian, y de que piedad eran animados: Conocieron que ocupaban el mismo Baxèl, que de mal tratado lo negaba, y que estaban cerca de tierra: Dieronse con la vista parabienes, mas de parecerles que havian resucitado que no de haver muerto; y previniendose como pudieron para tomar tierra, la besaron con immensa alegria, y hacimiento de gracias, entre las Islas de Fano, y Corsu.

Fuè tan limitado este contento, que antes de repararse, ni poder, se vieron D. Jayme, y los demàs en otra igual, aunque diversa desgracia. Haviase recogido alli huyendose de la tormenta Rustàn Arraez, Lugar Theniente de la Armada de el Turco, que andaba en Corso; el qual echando gente en tierra, viò los afligidos derrotados. Tuvo poco que hacer en rendirlos, estando sin defensa considerable, y no despreciando la presa, se embarcò. Corriò aquellas costas, haciendo sus acostumbrados daños; y antes de pagar el atrevimiento à las Armas Catholicas, diò buelta sin riesgo, y entrò en Constantinopla.

Entre otros despojos, que tocaron à Rustàn, fuè Don Jayme; viendose en tal estado, no se acordaba de quien era, sino del ser, y nueva vida que le esperaba. Havian passado por èl en breve tiempo cosas tan no pensadas, que se daba à creer, que lo passado, ò lo que veìa, era sueño: si se persuadia a que conservaba su primero nombre, lustre, y nobleza: Tenia tan presentes los casos, que le havian condenado à aquella pena, que tomaba por mortal consuelo hallarse ausente de su Patria, por no pisar la sangre que le costaba; y si como era forzoso, creìa su cautiverio, preciaba el dolor en que precisamente le havia de passar, para que este le acelerasse su muerte.

Quiso Rustàn hacer un presente à Jaser Baxà, Visir (ò Consejero) y Privado del Gran Turco, y Alima su hija, con quien pretendia casar: Teniendo por muy à proposito para mas obstentacion la gallarda persona de Don Jayme, mandò se le diesse (aunque como à esclavo) vestido que diferen-

ciaſſe de los ordinarios: Contentò tanto al Arraez ſu gentil talle, y agradable preſencia, pueſto que en aquel deſluzido adorno, que eſto, y el triſte ſemblante que moſtraba, le obligaron à que hicieſſe lo que haſta alli no havian permitido los cuydados de el Mar. Dixole, en nueſtra lengua: Chriſtiano, no hagas agravio al valor que tu Nacion, y aſpecto prometen maltratandote con melancolia; verdad es, que tienes perdida la libertad, mas no es juſto que deſampareis el animo: Conſidera, que la fortuna ſe ſuſtenta de variedades, ſin tener alguna conſiſtencia: Ayer eras ſeñor de joya tan amable, y oy quiſo tu deſtino, que ſiendo tu el miſmo que te governabas, eſtès ſugeto: Sabe engañar diſcretamente la vida, con forzarte à reſiſtir eſte golpe, pues mientras dura, tiene lugar la eſperanza: Advierte que pudiera ſer mayor tu deſgracia, ſi viniera à poder de quien codiciàra el interes de tu ſudor; pero lo contrario debes admitir por conſuelo en eſſa que llamaràs infelicidad. Quiero hacer un bien, que eſpero has de pagarme con agradecimiento, preſentandote al Gran Jafer en ſu caſa, para que no carezcas de alegria, ſerà baſtante vèr à la belliſſima Alima ſu hija, con quien procuro caſarme. Tiene por aora eſte intento dificultad en ſu animo; y como el inclinarla, y conſeguirle encierra por muchos intereſſes un pielago de deſeos, has de hacer eſtando allá quanto pudieres, porque tus diligencias me ſean favorables; dime quien eres, y reſponde à lo demàs, ſin dudar de la humanidad con que te trato: Y para que tengas por ſegura eſta, y las demàs, que deſpues ſea poſſible uſar contigo, te doi por ſeñal la eſtimacion con que ſales de mi poder, empleandote en ocaſion, que me pondrà en mayor deuda, y la que à mi inſtancia veràs que hace de ti Jafer. Señor (dixo Don Jayme) tu gran valor, y piadoſa nobleza, infunden en mi corazon con eſtas generoſas palabras, no ſolo conſuelo, ſino un alentado eſpiritu, que ſiempre te reconocerà por ſu Autor: Debote yà tanto, no mas de por haver tratadome con blandura

dura, quando esperaba efectos de la potestad, que tienes sobre mi, que venceré el amor de mi perdida Patria, para tener pro propria la tierra que pises, y agradarte: no te espante, que su ausencia me lastime, pues (aun quando no intervengan otras prendas) se le debe este natural afecto por el tierno nombre de madre. Vassallo era del Rey de España, nacido en una pequeña Aldea de su Principado de Cataluña: Mis padres (que yà no tengo) fueron pobres, y yo me llamo Jayme. Passaba quando vine à tu poder à Sicilia recomendado al Virrey para que me ocupasse; pero trocòse la suerte, porque tu muestras quien eres, como lo haces en favorecerme: Si alli havia de procurar acrecentamiento con honradas acciones, aqui tendrè por calidad desvelarme en no perder tu gracia; y aunque te debe ser satisfacion el creer, que tendrè por virtud, conocer que es necessaria tu gracia para vivir, no podrá tanto en mi la necessidad, como la inclinacion que te tengo, y ser agradecido, conforme à lo qual te suplico no dilates el servirte de mi. Prevenido el, y advertido Don Jayme del deseo de Rustàn, fuè llevado à Jafer, que le recibiò con demonstracion de alegria, particularmente por la persona de Don Jayme. Quiso lisongear á Rustàn con su buen tratamiento, mandando acompañasse à Leonardo otro cautivo Christiano, que cuydaba de un jardin, à quien la belleza, y quarto de Alima daba flores, y perfeccion. Professaba este exercicio Leonardo, mas porque le puso en èl la ley de cautiverio, que por su nacimiento. Era Cavallero de pocos años, y mucha gentileza, y esta era en èl dos veces amable, por el realce de ser bien entendido; natural de la Ciudad de Caller, de la Isla de Cerdeña. Buscò en la imposibilidad de su rescate moderacion à la pena, y tuvo dicha en que su servicio fuesse tan de el gusto de Jafer, que tenia yà menos de esclavo una tacita libertad, de que gozaba en la mucha confianza, que dèl hacia. No era menor el que le mostraba Alima; antes por la gracia, y humildad, con que discreta, y amorosamente

procurò obligarla, y lo que dispone, y anima la ocasion domestica, en la verguenza, y recato mayor, se olvidaba de que era su señora, porque viesse que le favorecia inclinada. Bien lo conocia Leonardo, usando con respetos de Religion de aquella cautiva ventura: de manera, que amando tiernamente à Alima, daba ella por bien empleado que lo mereciesse. Poco fuè menester para que Don Jayme, y Leonardo fuessen mui amigos; que quando no bastàra igualarlos un destierro, y una fortuna, causa poderosa á tales efectos, era tan amable Don Jaymè, que por solo este medio lo consiguiera. Muchas veces hizo instancia con èl Leonardo, para que le dixesse la causa de su esclavitud, y ninguna lo alcanzò. Estaba entonces en su mejor edad la Primavera, y parecia que en el jardin, que los dos principalmente habitaban, tenia su natural, y mas delicioso imperio. Una noche, que por estar indispuesta Alima, tuvo Leonardo licencia de divertirla con musica, en que era diestro, y suave, quiso que Don Jayme (tambien dotado de la misma gracia) le assistiesse, y ayudasse. Hizolo, y quando supieron que Alima (que no ignoraba nuestra lenga) los atendia, cantò primero Leonardo esta cancion.

Amado pensamiento,
Por bien nacido con desvelo amado,
Logre mi entendimiento
Mas desvelo, que vele en mi cuidado,
Para que no se aparte
Del bien que tiene en mi la mejor parte.
Con pura inteligencia
Admirè de la causa que le inclina
La dulce preheminencia,
Que goza entre bellezas por divina,

Que

Que halla amor, aunque ciego
Vista en la luz de tan hermoso fuego.
Ciego amor es sin duda,
El que sin discurrir sus yerros dora,
Dando con lengua muda
Disculpa al apetito en lo que ignora;
Pero sabio, y dichoso,
Quando por observancias es forzoso
Precise mi sentido
De consagrarse à la pasion ardiente,
Que aun no havrà merecido
Despues que en duplicado ardor se aumente,
Que èl podrà terminarse,
Mas no la obligacion de acrecentarse.
No viva en mi memoria
Ninguna, que à turbar mi bien se atreva,
Ni quiero mas victoria,
Que el rendimiento que mi dicha aprueva,
Pues solo me posseo,
Quando alcanzo que es corto este deseo.

Quisiera Don Jayme escusarse de cantar; por la resistencia que le hacian sus penas; mas no pudiendo, esforzò su tristeza para renovarla, sintiendo la razon de unos versos, que en esta adversidad havia hecho que dicen:

Hasta

Hasta quando, penas mias,
Sin templanza ireis creciendo,
Y por no poder ser mas,
Dareis principo à ser menos?
Hasta quando podrà ser
Constante mi sufrimiento,
Que solo el termino al mal
Puede llamarse consuelo?
Mas si todo el bien faltò,
Sepultando en sì el remedio,
Que alivio podrà ser parte
A moderar mi tormento?
Postrado à tanto sentir
Se halla el entendimiento,
Y sin aliento el valor,
Se desengaña en sì mesmo.
Treguas consiente el dolor,
Si à dudar està sujeto;
Pero si no admite duda,
Es dicha perder el sesso.
Solo en perderle, ò morir,
Consiste el fin que os merezco,
Que en tan duro desengaño,
Quanto vivo os causa aumento.
Creced penas hasta el fin,

Pues no merezco, y padezco,
Que no hai penas que sean justas,
Sin esperanza, ni premio.

No pudo proseguir Don Jayme; y por esto, y entender que Alima se retiraba, lo dexaron. Dixole Leonardo: Esta noche, aunque la passe toda en reducirte, he de ver si à fuerza de razones, yà que no han bastado ruegos, consigo lo que otras has negado. Aunque el tiempo que ha que nos comunicamos, no es mucho, he visto tales señales, que me obligan à creer son mas poderosos tus cuidados, que los que dà el cautiverio: Grande es la pérdida de la libertad, y no hai duda, sino que disculpa del desconsuelo en que pone; pero si no me engaño, añades à este mayores afectos. Por amigo, y compañero, he reparado con mas que curiosidad, que continuamente andas imaginativo. Tus palabras son menos que tus suspiros, y tus suspiros tantos, que parece te enseñaron mas à suspirar, que á hablar. Si te busco, no te alegra mi vista; antes conozco en tu semblante, que si bien no te canso por el agradecimiento que me debes, preciarás mas estar solo: Como la primera estacion de los ojos, es á los ojos, hallo tanta ternura en los tuyos, que confiessan luego lo que han hecho. El sustento, y el sueño, no son en ti como en todos, columnas de la vida; porque usas tan poco de ellos, que parece la aborreces. Finalmente, tu semblante es casi mas de cadaver, que de cuerpo vivo. Todo esto con mucha razon me trae tan advertido, como desvelado de saber la causa; y quando no huvieran precedido tantos indicios, bastára el sentimiento, que no has podido encubrir esta noche: Si dicen, que los bienes son mayores comunicados; no sè porque no han de ser menores los males por este medio, y con grande diferencia. La razon es clara, reparando en que la comunicacion de el bien no es necessaria para mas que añadirle aquella circunstancia de gusto, y tal vez, y

aun

aun las mas, es gloria, de que proceden inconvenientes. La de mal, suele ser principio del remedio, pues este nace del discurso, de la prudencia, y del consejo; de manera, que esta comunicacion podriamos tenerla cuerdamente por forzosa. Confiesso, que no ha de ser comun, sino muy prevenida, regulando con juicio premeditado por las conveniencias de las cosas, assi el talento, interès, è inclinacion de la persona consultada; como el tiempo, y ocasiones. Tambien confiesso, que será possible escusarte à mi ruego, ò por dudar de mi consejo, viendo que siempre es mejor el que es mas hijo de la experiencia, y que en mis pocos años no puede haver mucha, ò porque tu historia requiere secreto, ò porque aunque no lo requiere, ni sea malo mi parecer, ha de faltar camino de executarle por hallarnos en esta prision: pero esto tiene facil respuesta, quanto à mi, conque el entendimiento, como no es cosa que consta de peso, ni medida, ni se adquiere de obligacion, sino que la destruye Dios por su voluntad, no pide grande, ò pequeño vaso: verdad es que el mas exercitado, es mas excelente; pero yà se ha visto en poca edad, sugeto grande, y en muchas canas, adquiridas con manejo de negocios graves en mala eleccion, è igual govierno. Quanto à tu historia, aunque encierre la importancia de mas ponderacion, yà por sangrienta, yá por de otra calidad, no puede pedir tanto secreto, que en rigor debas guardarle aqui; porque, ò es publica en tu tierra, ò adonde sucediò, ò no; si es publica allà, no tiene inconveniente decirla aqui; si no lo es, tampoco, considerando, que entre dos amigos verdaderos, y mas de una ley, hai solo un pecho, un govierno, y un deseo, y quando yo no lo fuera tanto, es fuerza persuadirme à que no me toca el daña, mas de por lo que te toca: pues no tengo en mi tierra quien le recibiesse de ti; y assi por amigo, por Cavallero, por hombre de bien, à quien con fiarte de mi, pones en obligacion de no faltarte, fundo que cessa la causa de tu silencio. Quanto à dudar de la execucion del remedio, es lo que menos te

deba

deba hacer callar, si miras que seria ignorancia dexar de tratar de èl por dificultad el fin, que segun esto, fuera la desesperacion mas admitida, que condenada: El preparar, dispone la salud, como enseña la medicina; luego si por exemplos tan ciertos te puedes, y debes animar á lo que pido: sentido quedaria si lo negasses. La licencia que tenemos esta noche, ofrece mas lugar que otras ocasiones; y assi espero de tu cortesia, que me dexaràs sin quexa.

Con grande atencion estuvo oyendo Don Jayme á Leonardo, y juntamente considerando su talento, y viendo que aguardaba respuesta, le dixo: Quando muy de voluntad no fuera justo obedecerte, has sabido fundarlo en justicia de manera, que de justicia es yà deuda en mi: Escucha la historia mas lastimosa, que puedes pensar.

Nacì, como yà sabes, en la Ciudad de Barcelona, merecedora muchas veces de el atributo de insigne, como prueban tantas descripciones elegantes, que de ella se han hecho: pues tienes noticia de la calidad de mis padres, y sus nombres, escusado es decir la sangre, que dieron á mi, y à Don Juan mi hermano menor: passeè los primeros años de mi vida, desde que pude ministrar el uso de la razon, en los exercicios nobles de Armas, Letras, y Cavalleria, observando los principios, que baltan à quien ha de suceder en una casa ilustre. Luego que pude ceñir espada, y gustar de las licencias, que permite la edad floreciente, procurè hacerme lugar de bien quisto entre mis iguales, para que no me perdiessen el respeto; entre los mayores, para que me igualassen á ellos; y entre los inferiores, para ser amado: Con esto vine à adquirir lo que mas se debe desear, que es buena opinion. Naciò en la misma Ciudad de padres nobilissimos Doña Juana de Aragon, criada en tal escuela, que con la primera fama que buela de una muger, si es hermosa, la de su hermosura; de Doña Juana se supo, primero la de sus virtudes. Era menester para verla, poner desvelo, seguir su recogimiento: y puse tanto en ingeniosas, y cuerdas diligencias, que,

lo conſeguì: quiero callar las que fueron, que el declararlas yà ſean ciertas, yá fingidas, ſuele ſer perjudicial exemplo. Pintar la belleza que vì, y la diò el Cielo, ſerà dar fin à eſte diſcurſo, que en llegando á contemplarla, tengo licencia, y diſculpa de emmudecer, y ſuſpenderme. Reducirè à uno ſolo muchos encarecimientos, confeſſando ſiempre que ſe le deben mayores; y es (ſin paſſion de amante) que aun que ſe moſtrò el Cielo en dar belliſſimas mugeres à Barcelona, y yo tenia noticia de la que mas alabanza merecia; en viendo á Doña Juana, no hallaba otro que bolver à ver con admiracion, ſino à ella miſma. Si ſu diſerecion, y prudente juicio, no era mayor que ſu hermoſura; era igual, y puedo decir, que eſta engendrò en mi tanto amor, como ſi fuera ſu primera cauſa. Deſpues que mediante la induſtria de que me valì, ſupo que la amaba con la decencia que debia, inſtè en que tuvieſſe por bièn oìr lo demàs à que ſe dirigia el honeſto fin de mi penſamiento. Reſpondiò, que las mugeres de ſu eſtimacion no ſe dexan hablar, porque lo intente la mayor calidad, la mayor gala; ni la mejor retorica, no tanto por eſcuſar el peligro de perſuadirſe, quanto porque el primero movimiento, es delito grave de liviandad; ni ſe dexan ver, ſino de quien ha de ſer ſu dueño, el qual ſolo ha de ſer oido, pues ſolo lo ha de merecer. Aſſeguréla con palabra, y juramento eſcrito, que lo miſmo deſeaba; y viendo, que llegandolo à tratar con nueſtros padres (aunque el ſuyo era difunto, y ella unica) ſe efectuaria por la igualdad de nueſtras caſas (pueſto que por entonces no convino) y que ſi antes ſe llegaſſe à entender, eſtaba reparado el inconveniente, me hizo eſte favor. Señalòme una ventana, que de ſu quarto ſalia á una calle poco frequentada, y acordamos la ſeña con que nos haviamos de entender. Por eſte medio nos communicamos, haciendo amor en los dos tal impreſſion, y union, que no ſentiamos ſino que le faltaſſe eternidad. Di cuenta de eſta dicha á Don Juan mi hermano, que aunque menor, era

digno

digno de toda confianza: y tal vez, que yo no podia ir à hablar, usaba èl de la misma seña, y me escusaba. De èl solo, y de Cardona, page mio, hombre de satisfacion, me quise acompañar, porque no huviesse parte de este bien, sino en casas proprias, y fuesse mayor el secreto, unico instrumento de lograrle felizmente. Entraba en casa de Doña Juana Don Felipe Folch (dame licencia para que nos interrumpa un suspiro, que paga el dolor este tributo al nombrar à quien le causa) vine à saber que la amaba, è intentaba merecer sus favores, y confirmèlo con encontrarle algunas noches en la calle misma. Recibi el pesar, que se dexa creer, porque Don Felipe (aun en mi, que no le debo sino estàr en este estado) ha de ser reconocido por fuerza competidor: como yo me hallaba con la ventaja de esperanza cierta de marido, y sobre todo desengañado, de que admitir qualquiera temor de mudanza, era culpa en mi, y ofensa à Doña Juana, la adverti de lo que passaba, no como zeloso, sino como satisfecho. Dìome permission para prevenir à Don Felipe, y atajar inconvenientes, en el interin que declarabamos nuestro intento: Hizolo, manifestandole la parte de el caso que fuè menester, tan cortès, y amorosamente, como era necessario para que obrasse, como precepto forzoso, sin parecer amenaza. Negò la verdad con respuesta equivoca, dexandome mas sospechoso, que sossegado, y en efecto quexoso interiormente: Persuadime à que el corazon no me engañaba, porque demás de conocer en su semblante mudanza de animo, las veces que le via, la hizo tambien en comunicar menos à mi hermano, con quien tenia mas amistad que con migo, y no en dexar de rondar la calle, causandome notabe indignacion. No dixe nada à Don Juan, hasta que la necessidad lo pidiesse, assi por conocer sus brios, y escusar nota, y discursos à los ociosos, que se alimentan de pesares agenos, como porque quando se juntan en un sugeto nobleza para sentir, y animo para tomar satisfacion, se corre de que aun personas tan cercanas sepan

que hai quien les ofende. Una noche, que debiò de ser la mas infausta del Mundo, deseando yo mas que otras hablar à Doña Juana, lo impidió mi padre, mandandome le assistiesse; por lo qual ordenò à Cardona (à quien por conveniente espia no pude encubrir parte de mi rezelo) que fuesse à ver lo que passaba, y si viesse à Don Felipe, me avisasse. En el tiempo que èl estaba ocupado en esto, se dispuso Don Juan à salir de casa; y puesto que procurè lo escuchasse, temiendo por secreta inspiracion algun mal, no fue possible, dando por causa, que le havia llamado Don Felipe, y aguardaba en su casa; si bien ofreciò passar por la calle de mi cuidado: Assi lo hizo; pero no huvo llegado al puesto, y reconocido la ventana, y calle quando Cardona, imaginando (deseoso, ò engañado) que era Don Felipe, fuè à darme aviso: Sentilo, que sin mas ponderacion està dicho; y llevado de un abrasado furor, busquè el desengaño, y el remedio en la diligencia, y en las manos. Cegòme el mismo engaño que á Cardona, creyendo que Don Juan era Don Felipe; que la ira, y poca claridad de la noche, no dieron lugar à mas discurso: Acometi con tal denuedo, que antes de ponerse en defensa, dieron fin à su vida dos heridas; al mismo passo que sobrò desgracia, faltò ruido; porque antes de entenderse, pude dexar libremente la calle. Bolvi à mi casa con forzosa alteracion, y tomè de un escritorio unas joyas para ausentarme, sin decir la causa à mi padre, que lo procurò, ni detenerme à su ruego. Poco apartado della, encontrè mucha gente, que llevaba el cuerpo de mi hermano, ignorando yo que fuesse èl, puesto que por hermano me llevaba trás sì, y por matador me detenia. Passé adelante, y con animo de despedirme de Doña Juana, llegue à su calle, è hice la seña: saliò, y recibiòme con excesso de alegria, sin saber que debia convertirla en pesar, y fuè que antes de suceder la desgracia, havia hecho mi hermano mi seña, á la qual no pudo salir tan presto; y quando saliò, yà havia sucedido: y como el amor es tan temeroso, y zelador de lo que ama, pensó si havia sido

yo

yo ofendido, ù ofensor, pues (aunque con diferencia) havia de participar de todo. Al punto que dixo, que havia precedido mi seña à la desgracia, se me elò la sangre en las venas, acordandome, que nadie la sabia sino mi hermano, y que havia encontrado un cuerpo difunto cerca de la casa de mi padre. No aguardè mas palabras, y bolvi à ella: pero no me determinè à entrar, porque se le antojò à mi confusion, que mucho ruido que oì dentro, debia de ser Justicia, que me buscaba; y encaminè mis turbados passos hasta la calle de Doña Juana: en el camino encontrè à Cardona, que me fue diciendo las mortales heridas de mi hermano, y que era tenido por muerto; y fuè mucho no quererlo yo. Estando anegado en este golfo de pesares aun se acrecentaron, por que juzgando que ni Don Felipe podia yà ofenderme en la calle, ni mi hermano imitar en la seña, vi que un hombre tocò con la espada en la rexa, con demonstracion de querer hablar. Considera, Leonardo, que haria en mi pecho un corazon repartido entantas penas. Parti à èl, y sin cuidar de respeto alguno, hice lo que bastò para conocer que era Don Felipe. Hasta este punto creia yo, que era èl à quien havia herido: y como del aviso de Cardona supe mayor mal, olvidème justamente de que mi brazo, y espada pudiessen haver sido contra sì mismos, ofendiendome en mi hermano, è hize traidor à Don Felipe, imputandole delito de alevosìa, y las heridas por haverle sacado de casa aquella noche. Quando no fuesse assi, venia sin embargo en mi estimacion à ser deudor de toda la culpa, porque los zelos en que me puso, havian sido la causa primitiva, y final de aquel daño. Como el dolor aspira solo à su remedio, parece que me contentè de verle presente para vengarme, yà por homicida de mi hermano, yà por causador de mis zelos, y por todo junto, si bien quise que no fuesse en aquella parte por la reputacion de Doña Juana: Saquèle al campo, y dixele mi quexa, y agravios, sin aguardar satisfaciones, reñimos: y aunque Don Felipe hizo como valiente Cavallero, fuè

mi

mi aliento hijo de mi furor (que no hai duda sino que se proporciona à las causas) y de una estocada que le di, cayò en el suelo, diciendo, que era muerto: Assi lo pensé, y cuidando de salvarme, me escondi lo que restaba de la noche: A la mañna me embarquè para Sicilia; pero el tiempo, y una tormenta fueron tan contrarios, que me pusieron en poder de Rustàn, y èl en el Jafer para que le sirva, particularmente en acreditar los deseos que tiene de merecer por muger à Alima. En esta diligencia (si gustas) hemos de poner los dos cuydado, para que conozca de mi soi reconocido del buen tratamiento que me hizo. Esta es mi infeliz Historia, no fue mucho encarecerla al principio por lastimosa, si como yes, perdi en una noche, patria, padre, un hermano, mi adorada Doña Juana, y quitè la vida à un Cavallero, como Don Felipe, procediendo de todo ultimamente perder la amada libertad, sin esperanza de cobrarla, aun que destituido de tales prendas, no sè para que la quiero.

Suspenso quedò Leonardo de oìr á Don Jayme, confessandole, que la gravedad de el caso pedia tales demonstraciones. Dispusole quanto supo, procurando que como discreto (no dexasse de sentir, que esto era imposssibe, y era quitar parte de la medicina al dolor) sintiesse de suerte, que se ajustasse la pena, no tanto al daño, que justamente encarecia, quanto à la fortaleza, y prudencia que havia menester. Que no se hiciesse instrumento, y execucion èl mismo de su muerte: Que supiesse anticiparse alguna buena esperanza, pues se entretiene con engaños el dolor, con lo qual se recogieron. En Barcelona, luego que vino el dia, que siguiò á tan rigurosa noche, se alborotò la Ciudad con el sucesso, si bien se entendiò, que havia passado entre Don Jayme, Don Juan, y Don Felipe, assi por lo que luego se congetura, como por la ausencia de Don Jayme, no se hablò en la causa immediata: prevencion debida al decoro de Doña Juana. No murieron Don Felipe, y Don Juan de las heridas, que aunque dieron poca esperanza

de

de vida, ſanaron con dilatada, y cuydadoſa cura. Empezò luego el odio entre ellos, y ſus deudos de manera, que ſe podian temer mayores males; pero lo que les amenazaba mas, era, que en Don Felix no ſolo no ſe moderò el amor que tenia à Doña Juana, antes creciò al igual del peligro, y rieſgo en que le havia puesto. Por eſto, y en competencia de Don Jayme, y ſu hermano, continuaba (con obſtinacion de noble, y poderoſo, que ſuele ſer proterva) quantas diligencias podian ſerle favorables, y à ſus contrarios de diſguſto. Hallaba valiente deſengaño, de que era vana ſu porfia en la firmeza de Doña Juana, que no como muger, ò como muger ſingular, varonil, y prudente, ſe governaba por las reglas que la daban las obligaciones de ſu ſangre, y amor, que a Don Jayme tenia, reputandoſe por ſu eſpoſa, ſacaba de ellas valor para ſufrir, materia para amar, y reſpetar, y juicio para conocer á Don Felipe con deſprecios. No era menor la reſiſtencia que le hacia Don Juan, antes el reſpeto de ſu oposicion, y fuerzas de ſu vando, reprimian en parte ſus afectos, y daban cuidado á ſus paſſos. A quien mas parte alcanzaba de todo, era al laſtimado Don Pedro, el qual teniendo caſi por perdido á Don Jayme (de quien no havia recibido carta) y viendo quan cerca havia eſtado de perder á Don Juan, y lo que prometian tan reñidas paſſiones, procuraba templarlas por todos los caminos, que le enſeñaba ſu autorizada experiencia. Ningun medio fue baſtante para que Don Felipe deſiſtieſſe de ſu temoſa porfia, que en èl por ſuponerſe ofendido, por verſe amante deſpreciado, por no reconocerſe deſigual á Don Jayme, y viendo que ſu auſencia havia de ſer preciſa, fue crecimiento de obſtinacion, y voluntad, lo que havia de ſer declinacion, puſo à doña Juana en tanta impaciencia, y en tanto deſvelo de remediarlo, que teniendo por acuerdo juſto dexar la Ciudad, y retirarſe con ſu madre a un Lugar ſuyo, algo diſtante, lo diſpuſo, y executò. Alli (aunque pequeña poblacion) llorando, y logrando deſconſuelos, paſſaba mejor los agravios

de

de Don Felipe, visitada de Cardona, que la avisaba, y ella à èl de lo que convenia. Esta resolucion incitò á mayor temeridad á Don Felipe: Abrasado en mas encendido fuego, juzgò havia sido estimacion de Don Jayme, y la ultima ofensa suya, efecto natural en un zeloso, que muere à menos de qual quiera fineza que se hace por el favorecido. De aqui naciò emprehender una accion no esperada, aunque en los desafueros de amor permitida. Previno la compañia, que pedia caso tan grave: y sin admitir consejo, ni querer mas auxilio que el fin de su pensamiento, saliò de Barcelona para el Lugar de Doña Juana, el dia que por avisos que tenia, se prometiò buena execucion. Llegado à su presencia, pensó obligarla à mejor respuesta con caricias, y la dixo: bellissima Doña Juana, si fuera capaz de tēplanza mi pena, abriera camino por ella para tolerarla; pero usa de mi alvedrio con tanta tyrania, que no es posible: Conocida fuerza de mi destino es mi firmeza, pues obra en mi la esperezа de tus desdenes lo que pudiera la mas dulce esperanza: No sè para que gustas de mis pesares, pudiendo embiar por un ausente imposible, quizá ingrato, una alma, que pongo à tus pies agradecida: Precioso laurel es de la constancia, quando se asegura en el premio; mas quando està tan lejos, que no le alcanza la vista, y se niega al deseo, es prudencia forzosa mudar de parecer: Ni has de gozar á Don Jayme en quanto me duràre la vida, ni he de dexar de adorarte hasta mi muerte: Aconsejate con los dos estremos de tenerle à èl perdido, y à mi ganado, sin diferencia en la calidad, y merecimiento de los dos; hallàra que debes lugar á mi amor en tu desvio. Si èl te obligò sin padecer contradicion en su dicha, yo perseverando en amante sin fortuna, no podràs negar, que aun que me prefiere en tu favor, le aventajo en fierezas, pues no debe igualarse al valor de sufrir un desprecio continuado, la suerte de no llegar á sentirle: Responde con mas suavidad; que hasta aqui, que yo libratè en mi cortesia la paciencia, que havrè menester para aguardar respuesta vo-

lun-

luntaria, porque no parezca, que por medio violento la diste medrosa. Las personas de mi calidad, dixo Doña Juana, que tan justamente tienen empleado su amor, y rendida el alma, no pagan baxamente tributo al miedo: Yo tengo en la mia el dueño mas digno, y este conocimiento me dà tan briosa osadia, que demàs de que es lo menos en mi haver de ser suya eternamente, sabrè con el aliento que me inspira castigar este atrevimiento, yà que no lo impidieron tan fuertes desengaños: Haz cuenta, que te ha oido Don Jayme, cuyo animo valiente conoces, y temes, que en el punto que te vì, la fuerza de su respeto sacò de mi pecho el alma (bien que estaba acompañada, y defendida de mi presumpcion) y substituyò en su lugar su corazon, y sus ofensas, para que esperes de èl la respuesta, que la que doi es solo mensagera de que se acerca su ayrada mano. Precipitado Don Felipe tanto en la indignacion, que recibiò, como en el ciego, y rebelde animo, que llevava, dixo: A tan desvanecida locura, serà medicina la experiencia; vetèmos qual tiene mayor poder, yo privandote absolutamente de Don Jayme, ò èl no pudiendo sacarte del mio? Sin dar mas atencion à palabras, ni lagrimas la robò, càminando con ella sin parar, hasta que lo mui aspero de la montaña le assegurò, y diò el nombre, que ganan los que por insultos se acogen à aquel sagrado. Aun no fuè sin intento hacer la violencia, que demas de ser baxa venganza con persona de tanta calidad, preciada por èl para muger propria, le representaba horror la fealdad del delito; que á la razon? tiene lugar tal vèz en las temeridades: Sossegò el deseo en la aparète possibilidad de su execucion, prefiriendo el dilatado fruto de una honrada esperanza á la brevedad de un deleyte, que es tanto mas breve, quanto es mas mal conseguido. Instò en reducirla con blandura, amor, cortesia, y respeto, para que obligada desto, y de lo que por ella padecia su reputacion, olvidasse à Don Jayme, y le premiasse à èl. Todo su cuydado se ordenaba à este fin, por el modo mas agradable que podia, y cabia

en aquel Lugar. El fruto que sacaba, era solo pedirle Doña Juana la muerte, que en menor mal no hallaba el bien à que decia aspiraba, para dar satisfacion al mundo de la culpa que ponia, ò podia poner à su proceder honesto, y al amor con que adoraba à Don Jayme; con lo qual Don Felipe desesperado en una immensa variedad de pensamientos, estaba intratable.

En sucediendo el robo, lo dixo Cardona, que fuè quien primero lo supo (y la parte à donde se dirigian) à Don Juan, su padre. Discurrieron en la demonstracion, que el caso pedia, assi para bolver por el honor de Doña Juana, à quien debian esta, y qualquiera correspondencia noble, como por el suyo. Entre otras cosas que acordaron, fue despachar al punto à toda diligencia à Cardona en busca de Don Jayme, pues siendo tan superiores los agravios que recibia, y havia recibido de Don Felipe, no solo seria bien visto su persona en Barcelona, sino ayudado de todos à la satisfacion. Embarcòse luego, y quiso ir primero à Napoles: Tuvo prospero, y el mas breve viage: y dentro de dos dias que estuvo en aquella famosa Ciudad, hallò recien llegado à Don Jayme que havia ganado libertad dichosamente.

Dexemosle cautivo, y sin esperanza de verse libre, sirviendo à Jafer, y à Alima, acompañado de Leonardo. Este por el interes que se le seguia de vivir en gracia de Alima, sintiò el intento de Rustàn, y procuraba quitar à Don Jayme quantas ocasiones podia tener de hablar bien de su pretension. Governòse Leonardo con imprudencia (pension natural de los mas que llegan à sentir zelos) haciendo mayor su daño, y cierta la dicha de Don Jayme, porque entendiò Jafer lo que entre èl, y Alima passaba; y acudiendo como discreto, con brevedad al remedio, vendiò fuera de Constantinopla à Leonardo, y casò à Alima con Rustán. Persuadiòse Rustàn à que era deudor de parte de aquel bien à Don Jayme, y alcanzò de su suegro se le permutasse: Traiale despues cerca de su persona por Mar, y Tierra, en señal de lo que le preciaba. Estando em-

bar-

barcado con las fuerzas del Turco para hacer jornada contra Christianos, y en su servicio Don Jayme, se fue à reconocerlas el General de las Galeras de Napoles; y no solo las reconociò, sino que prendiò la Capitana, librando (demàs del terror que puso, importancia de la empresa) los Cautivos que llevaba, y entre ellos à Don Jayme. Despues de aver cobrado libertad, no pudiera venirle gusto tan ajustado à sudeseo como ver à Cardona: y assi le recibiò cõ exceso de alegria. Refiriole Cardòna el estado de las cosas; y aunque seholgò de que Don Juan, y Don Felipe no huviessen muerto, sintiò con grave excesso, que Doña Juana estuviesse en poder de Don Felipe; y dixo à Cardona: Amigo, aunque los trabajos que he padecido pudieran haverme acabado, no sè si he havido menester tanto valor para todos juntos, como aora que se tiene por victorioso mi enemigo. Los males dudosos van acabando con filos de esperanza, y entretienen la vida con la misma suspension de las dudas; pero quando son tan ciertos, sepultan en sì la esperanza, y tras ella la vida. Esto aun corre con mayor verdad, y mas violencia entre personas nobles, que no admiten medio en competencias de esta calidad, porque disponen sus leyes, que no haya otro fino vencer, ò morir. Solo un recurso me queda, para el qual debe de guardarme para mi fortuna, que es saber si el honor de Doña Juana està ofendido, de manera, que no deba correr por mi cuenta; si no lo està, no cumplo con menos que morir por ayudarla; y si ha sido consentimiento, me matarè yo mismo. Testigo, y compañero has sido en todos mis passos, sin mas galardon, que saber que te tengo amor, y estimo por fiel; mas nunca te he havido menester como aora, para executar la traza que se me ofrece. No te cansen los cuidados, en que te pongo, ni acobarde el peligro, sino advierte, que un fiel criado sabe ganar, y merecer el nombre de verdadero amigo. Si por ser forzoso valerte de mi (dixo Cardona) dispones mi animo con rendimiento, y caricias, haces agravio à mi lealtad. No soy de los hombres, que ponen en este estremo

mo à sus dueños, ni quiero que baxes de tu autoridad, lo que no sube mi justo conocimiento. Mi premio consiste en ser à proposito para lo que intentes, y pues hasta aqui le he merecido con no dexarme de tu lado, no querràs que aora le pierda, pensando que no soi el que fui, ò que por tener necessided de mi en el lance mas fuerte, te has de abatir à lo que no hicieras fuera de él: Ordena quanto te pareciere conveniente, que solo me pesarà de no ser el mejor consejo, y el mejor valor para servirte. Abrazòle *Don* Jayme, y dixo: Pues, amigo los dos partirèmos luego á España, y en tomando tierra, nos hemos de encubrir en la montaña, que *Doña* Juana, y *Don* Felipe habitan. *Dis*frazarte has para introducirte en su compañia, y por este medio parece que havrà lugar de saber si soi estimado, y aborrecido, si està por fuerza, ò con su voluntad. Desengañado de esto, pues son cosas, que por tantos efectos se conocen, las darà un papel, de cuya respuesta procederà la prosecucion de mi pensamiento. Sea assi (dixo Cardona) sin dilatarlo un punto, que en materias de voluntad, y conquista de mugeres, es la brevedad parte de buena fortuna, contra la mudanza que amenaza un combate amoroso continuado.

Pusieron por obra lo acordado sin detenerse; y havendo prevenido vestidos, y lo demàs que se requeria, se embarcaron, y si como el tiempo, y la Mar fueron favorables en ponerlas en salvamento sin reves alguno, lo fuera la tierra, huviera sido su dicha igual á su deseo. En desembarcando, se encaminaron á la montaña, eligieron estancia, è informados de el assiento donde seria hallado Don Felipe, se despidiò Cardona tiernamente, y fue à cumplir lo que le tocaba. No fue dificultoso hallar à Don Felipe, ni ser admitido por uno de su compañia, sin sospecha; que la mudanza de traje, y rostro, y su mucha industria, eran capaces de la invencion. Con vigilancia atendiò al modo de vivir de Don Felipe, y echò de ver, que como por necessidad no havia emprendido aquella vida, conservaba los respetos de Caballero

fierò. En lo que la puſo mayor, fue en inquirir el animo de Doña Juana, y ſatisfizoſe de ſu conſtancia. No ſe veian en ella ſino lagrimas, y ſuſpiros, y con ellas reſpondia à las amoroſas diligencias de Don Felipe, y havia entretenido cuerdamente ſu eſperanza, poco menos de un mes, que havia durado aquel deſtierro; y conquiſta. Deſengañado Cardona, de que no havia que dudar, aguardò la mejor ocaſion para declararſe, y hizolo, dandola eſte papel de Don Jayme.

No me atrevo à culpar el amor, que por ti me ha pueſto en tantas deſdichas, ni á quexarme, dudando, ſi ſoi pagado, haſta ſaber de ti miſma ſi tienes diſculpa, que eſta ha de ſer la mayor deuda en ti, y en mi la mayor fineza: Si la tienes, y puedes ſer mia, como prometiſte, y juraſte, baſta que tu me la dès, y aſſegures; ſi no la das, creerè, que forzada cumpliſte con mis obligaciones de la manera que pudiſte, porque ſiempre me daban eſte reſpeto tus merecimientos. Reſponde con la verdad, que pide mi firmeza, que ſi la tuya ha ſido qual he menester para declararme, eſtoy tan cerca de ti, quanto puedes deſear, y harè lo demàs que convenga à nueſtro honor, y agravios.

A eſtàr acompañada Doña Juana, quando recibiò, y leyò el papel, ſin duda malogràra la traza ſu alegria; pero advertida de lo que importaba diſſimular, y ſabiendo de Cardona, lo que deſeaba, reſpondiò à Don Jayme con la brevedad, que el peligro, y poco lugar permitia, en eſta manera.

Señor mio, quien naciò para ti jamás ha llegado à penſar, quanto mas à ſaber, que puede ſer de otro; diſculpa tendrà en tu amor, quando el mio, y ſer quien ſoi, no fuera juſto que vencieran qualquiera duda; ſi vivo en tu memoria, tu dentro de mi alma, haciendo alma todo mi cuerpo, para que no ſe mire en mi coſa en que no te aparezcas, y cauſes reſpecto. La priſion violenta del cuerpo, no ofende à la libertad del alma: yo eſtoi preſa por ti, no es juſto decir mas à quien es tan noble, y cortès, yá que no ſe puede creer de mi, que no ſiendo tuyà te puſiera en ocaſion, que

no mereces, obligandote al peligro de librarme.

En medio del silencio de la noche, sucessora à este elegre dia, partiò Cardona à darle à Don Jayme el papel, que le recibiò con sumo contento; pensaron el modo de librar à Doña Juana, y al fin se resolvieron, que Cardona á toda priessa bolviesse à assistir con los demás, porque no se sintiesse el engaño, y sin perder ocasion la fuesse disponiendo para ausentarle, y à èl con avisos para convenir en todo. Dos razones movieron à Don Jayme à executar sin ayuda accion tan incierra. La primeta creer, que si llegaba à Barcelona; y lo prevenia (ò aunque lo previniesse alli) se havia de descubrir, y malograr. La segunda, parecerle facil, conforme à su especulacion, y querer ganar la gloria, que se le seguiria de acabar con solo su valor, è ingenio lo que pedia mayores fuerzas. Desta manera se prometiò la mas cabal venganza; que la ambicion no todas veces se modera en la dificultad, antes acrecienta el deseo, y mas si se le repesentan conveniencias, que la hacen bien fundada. Bien discurriò, si el acierto en las executiones dependiesse del juicio humano. Tenia Don Felipe dos tiendas armadas; una para su persona; y otra para Doña Juana, que su honestidad no consintiò otro alvergue. Hacianles guarda de noche algunos de los compañeros algo distantes, particularmente à Doña Juana; Examinaron ella, y Cardona el cuidado de las centinelas, y vieron que no era tal, que les obligasse á no atreverse. Determinada la ausencia, y noche, se apercibieron, y Don Jayme para percibirlos, hasta llegar adonde pudiessen tomar cavallos. Al fin salieron, Doña Juana con vestido de hombre, y salvaron parte del peligro, sino fuera para dar en mayor: porque haviendo ya passado la posta, despertò, y echando las manos, sin cuidado, à una pistola (que un sin cuidado obrò para mal) se disparò. El trueno causò tanto alboroto, turbacion, y mas en gente á quien su misma vida convierte en quietud el sossiego, que en un instante saliò Don Felipe de su tienda, y estuvo en su presencia toda su compañia

ñia. Notaron el silencio que havia en la tienda de Doña Juana; y esto, y decir la postra, que estaba de guardia, que quando recordò havia sentido gente, que passaba cerca dèl, diò luego á Don Felipe grãde sospecha para assegurarse. No reparò en entrar en la tienda, y viendo que faltaba, estuvo por satisfacer en sì su ardiente pena; mas considerando, que no podia estar larga distancia, quiso librar su consuelo en acelerar la diligencia: Ordenò á sus compañeros, yá pidiendo como amigo, ya mandando como cabeza, que no quedasse parte en la montaña que se les ocultasse, eligieron para sì (con algunos) aquella por donde salieron. Entre tanto llegaron Cardona, y Doña Juana á Don Jayme. Recibieronse con mas amorosos afectos, que palabras; y aunque se recibieron, mas pareciò que se despedian, conociendo el riesgo en que estaban, que aunque de lexos heria yá en sus oidos, dixo Don Jayme à Doña Juana: Mi bien, no puede ser mayor el rigor de mi fortuna, pues quando entendi que te ganaba glorioſamente, te juzgo mas perdida: No hai duda, sino que en ti fuè desdicha amarme (si se regula por lo que te costò) y en mi el mayor delito pensar merecerte, pues todos mis passos (aunque llenos de deseos de agradarte) han sido contrarios: Aora que entendi se havia cansado la fortuna de apartarme de tus ojos, y esperaba que mis finezas se vieran premiadas, es mas invencible la dificultad sin esperanza de remedio. Forzosamente he de morir aqui, que yá que no he de poder librarte, no fuera justo quedar con vida, dando tantos, y tan honrados trofeos á mi enemigo. Piensa que todo quanto mi valor (resistiendo) dilatáre mi vida es no por guardarte, que serà imposible, sino por dexarte mas obligado á no dudar de mi amor, y à que no te pese del que me has tenido: Abrazame antes que me priven deste ultimo bien los tyranos, que se acercan, para persuadirme á que de parte de tu alma no huvo duda en preciarme, y favorecerme. Ahogada en sollozos, y suspiros la bellissima Doña Juana, hizo el lugar que pudo

á la reſpiracion, y reſpueſta, diciendo: Querido mio, la obligacion que te tengo por lo que por mi has padecido, y padeces, y tus merecimentos ſon tales, que quando no te amàra por inclinacion, te adoràra por deuda. Lo que me aflige, no es el cuidndo de mi perſona, y opinion, que ſiempre ha eſtado, y eſtarà ſaneado en la eſtimacion que debe à los dos el Mundo, cuya cenſura ſe ha de fundar en los afectos que le dirèmos, ſin la incomparable pena que me dà verte por mi el tal eſtrecho; pero eſto tiene remedio: à lo menos á mi me le ofrece mi amor con anſias de ſalvnrte: yo ſoi la cauſadora de todo, y con faltar yò, es preciſo ſe acabe tu deſgracia; dexa que à los ojos de Don Felipe haga las paces mi muerte; ſerà la mas dichoſa ſi de ella te ha de reſultar vida. Aun no tuvo lugar D. Jayme de dar à eſta demonſtracion la reſpueſta que padia, porque Don Felipe, y los que le ſeguian llegaron: puſoſe en defenſa tan valientemente Don Jayme, que eſto miſmo acelerò ſu fin. Con animo temerario orriò con todos de manera, que à todos obligò à cuidar de rencirle. Doña Juana (juzgandole perdido) entregada á una mortal deſeperacion, le quiſo imitar, poniendoſe delante en el peligro mayor, y participò primero del daño, cayendo de una herida mortal à los pies de Don Jayme. Suſtentabaſe yà el valeroſo Cavullero, mas en ſu natural ardimiento, y en parecer que la tenia preſente, que en ſu vida; pero en viendo, ò por mejor decir ſintendo ſu fin, la rindiò à eſte ultimo, y fatal dolor diciendo en mal formadas palabras: Aora Don Felipe eſtarás de todo punto contento, pues podràs piſar mi ſangre por deſprecio ſabroſo de tu crueldad. Oyòlo Don Felipe, y ayudado de alguna luz de la Aurora, que perezoſa, y triſte ſalia, viò los dos mas verdaderos amantes cada uno yà cadaver frio, con lo qual huvo de mudar lugar, è intento, ſin que ſe ſupieſſe mas dèl. Cardona, puesto que hizo quanto pudo en defenſa de ſu ſeñor, muriò, aunque fuè herido, llevò la nueva, que produxo tan general llanto, como era juſto; pero en

Don

Don Pedro tanta pena, que junta con la enfermedad de sus años, bastaron à acabarle en pocos dias. Don Juan, y Cardona usaron de la doctrina de este traxico exemplo tan provechosamente, que fueron dignos de imitacion en lo restante de su vida. Los cuerpos de Don Jayme, y Doña Juana se pusieron en un sepulcro, con este Epitafio.

No sepulcro de amor, Templo
Es el que presente tienes,
Que de amor honra las sienes
La corona de este exemplo.
Preven llanto, y no te espantes,
O tu, que adviertes la historia,
Que aqui yace la memoria
De los mas firmes amantes.

NOVELA QUINTA.

CONSTANTE MUGER, Y POBRE.

EN la Ciudad de Tarragona, vivia una ilustre doncella, llamada Sinforosa, tan dotada en los dones de naturaleza, quanto impossible à la dicha de su inconstante fortuna. Tenia por madre una prudente, y honesta matrona: preciabase de aumentar lucimientos à la rara belleza de su hija, con enseñarla

ñarla todas las gracias adquiridas, assi en ricas, y costosas labores, como en todas las perfecciones, que debe una madre cuidadosa, viuda, y pobre: porque su esposo sirviò en Flandes à la sacra Magestad de Felipo II. con tan feliz acierto, que al tiempo de lograr el merecido premio, debido á su mucho valor, y continuos trabaxos, muriò en la Guerra, sin que Laudomia su esposa, pudiera conseguir hallar los papeles de los referidos servicios, hallandose imposibilitada de pretender. Vivian ella, y su amada prenda, de las curiosas puntadas de sus continuas labores. Era Sinforosa pretendida de todos los Cavalleros, y Capitanes, residentes en aquella Ciudad, no para enlazarla con el blanco yugo del Matrimonio; porque siempre la pobreza, es hoyo en que tropieza la reputacion, y para no perderla, la guardaba su madre con particular cuidado, aunque no lo havia menester, porque le era tan obediente, que sus pensamientos se ocupaban en servir, y regalar à su querida madre: alivio que se halla pocas veces, pues los hijos, por la mayor parte, salen ingratos, y desagradecidos à los beneficios, y buena enseñanza que reciben. Entre los muchos apassionados de la honesta doncella, lo estaba mas que todos un Cavallero Milanès, Capitan aventajado, llamado Recaredo, tan bizarro por lo generoso, quanto galan, afable, cortès, y bien reputado: atributos tan amables, que hacen bien quisto à su dueño. Eralo tanto el cortès Cavallero, que los Nobles de Tarragona se preciaban de tenerle por amigo. Sentia el enamorado amante la fatalidad de su adorada prenda, por ser notoria su mucha pobreza, y con deseo de remediarla en quanto le fuesse possible; y no hallando medio para darle à entender su encendido amor, y vigilante cuidado, se determinò à valerse de la musica, tercera tan engañosa, que sin dar à entender su maliciosa vigilancia, vence, con facilidad los mayores imposibles, assaltando los corazones descuidados: Vivia tan cerca de su casa, que sin dar motivo de sospecha, pudo lograr el dichoso fin à que aspiraba; y to-

man-

mando la pluma, escriviò la siguiente letra: ajustòla à un instrumento, en que era destrissimo; y la noche siguiente, desde un corredor que daba á la casa de la honesta doncella, cantò assi:

Adorado imposſible,
Gloria de un pensamiento,
Que retrata en mi alma
El dueño por quien muero.
Si me escuchas atenta,
Veràs en mi deseo,
Que solo espiro à darte
Un corazon que tengo.
No culpes de atrevido
Decirte lo que siento,
Pues rompen yà mis penas
La carcel del silencio.
Quando llego à mirarte
Las veces que te veo;
Si adoro tu hermosura,
No falto à tu respeto.
No escondas de mis ojos
Las luces de tu cielo,
Pues eres Sol hermoso,
Que alumbra el emisferio.
Recatos que enamoran

Me tienen yà tan muerto,
Que juzgo à tyrania
El ver tu mucho encierro.
Abraſado en memorias,
Amante conſidero,
Que belleza tan rara
No la merece el ſuelo.
Si yo fuera el dichoſo,
Quien como yo contento
Supiera celebrar
Tan ſoberano dueño?
Mas ay de mi, pues muero
Tantalo, que en el agua
Me abraſo, y no la bebo!

Al tiempo que el anemorado Capitan empezò à templar el ſonoro laud, por haver dexado Laudomia, y ſu hija el continuo exercicio de ſu ordinaria labor, por deſcanſar un breve rato, ſe llegaron à una ventana, que daba viſta al corredor, ſeguras de no ſer viſtas, por tener un encerado, que defendia no ſer regiſtradas para eſcucharle. Acabada la letra, celebrando lo meloſo, y dulce de la voz, porque Sinforoſa era dieſtra en la muſica: no fue tan quedo, que no reconocieſſe, que le eſcuchaban: paſſó adelante con deſeo de parecerle bien, por la noticia que yà tenia de la deſtreza de ſu deſdichado dueño; y dixo aſſi:

Saliò la hermoſa Cintìa
Cercada de nubes denſas,

A dar calor à mi vida,
Y à deſterrar las tinieblas.
Salieron à acompañarla
Las radiantes Eſtrellas,
Bañadas de reſplandores,
Aunque ambicioſas de verla.
Crecieron todas las plantas
Alegres en ſu preſencia,
Y ſe viſtiò todo el campo
De verde, y menuda yerva.
Los corderillos retozan
Engañados, porque pienſan,
Que à la luz de tantos rayos
Miran al Alva riſueña.
Bullicioſos los arroyos,
Por ſeguirla ſe deſpeñan,
Y ella ufana de mirarlos,
Les trueca la plata en perlas.
Fileno, un Paſtor que eſtaba
Luchando con ſu triſteza,
Al ruìdo de ſu harmonia
Saliò de ſu obſcura cueba.
Quedò ſuſpenſo al mirarla
Contemplando ſu belleza,
Y al ſon de una flauta ronca

Cantò el Paſtor eſta letra.
De mirar à Cintia
Todos ſe alegran,
Ay di mi, que la adoro,
Y no puedo verla!

Al dexar el ſitio, fuè dando tantos ſuſpiros, que Laudomia conſibiò alguna ſoſpecha; y aſſentada à velar, dixo: Cierto, hija, que miro eſte nueſtro vecino con notable inclinacion, y à tener dote que darte, con nadie te caſára con mas guſto, que con un Cavallero tan honrado, que te prometo, que en las viſitas no ſe habla de otra coſa, ſino alabanzas de ſu mucha virtud, y honrado proceder. Reſpondiòle: Ojalà fuera yo tan dichoſa. Preguntòle: Le quieres? Y dixo: No, madre, que yo no sè que es amor; eſto dixe por ver à Vueſſa merced inclinada, y me baſta que ſea de ſu guſto, para tenerle yo. Llevada del amor maternal, reſpondiò: yo te aſſeguro que ſi puedo, no ha de quedar por diligencia. Con eſto dexaron las almohadillas, por ſer tarde, y Sinforoſa paſſó la noche en deſvelo, penſando en lo que ſu madre la havia dicho, por haver conocido en Recaredo el amor que la tenia; y ſin moſtrarſe deſdeñoſa, ſe preciaba de recatada, y no le peſára de verſe tan bien empleada. Para dar principio à ſu nuevo cuydado, y ſatisfacerſe de la ſoſpecha que tenia, propuſo de averiguar, ſi las letras ſe havian dicho por ella. Hacia razonables verſos; y el dia ſiguiente, mientras ſu madre cortaba unas camiſas, eſcriviò una letra, y la puſo en el harpa, para cantarla, en ocaſion de que ſu amante la pudieſſe oir. Logròſele el intento à la tarde, por venir unas amigas à viſitarlas, y ſu amante acertò à no ſalir, por ſer dia de eſtafeta; y reconociendo que aſſiſtian en aquella ſala, por eſtar quitado el encerado, ſe vino al corredor à eſcrivir las cartas. Pidieron las amigas

á

à Sinforosa, que las alegràra: y aunque Laudomia vido á Recaredo, no dixo nada, como yà deseaba introducir amistad, y lograr su deseo. La hermosa Dama tomò el instrumento, pusose como al descuido cerca de la ventana, y despues de muchas, y galantes diferencias, cantò la siguiente letra.

Estaba el amor un dia
Tirando flechas al ayre,
Lucinda las cogia,
Para bolver à tirarle.
Sintiòse el amor herido,
Y mirando à todas partes,
Reparò en que la Pastora
Tirava para matarle.
Dixole; Porque ofendes?
Y respondiòle: No hables,
Pues tiras como traydor,
Y matas como cobarde.
Si entiendes que has de rendirme,
Ni lo piensses, ni te engañes,
Que un pecho leal, y noble,
No estima las falsedades.
Guarda Rapàz tus harpones,
Si eres Dios, pues las Deidades
No se valen de los tiros
Para unir las voluntades.

Bien

Bien parece que eres ciego,
Pues incapàz, iuconstante,
Haces de las burlas veras,
Y de las veras donayres.
Loco con tus pretensiones,
No guardas respeto à nadie,
Si ofendes lo que deseas,
No es mucho que no lo alcances
Escuchabala corrido
Y bolviendo à dispararle,
El Amor quedò vencido,
Y la Pastora triunfante.

Celebraron las amigas la letra, y donayre con que la havia cantado: y segura de que la escuchaba su amante, les dixo: Quando el amor espira á honestos fines habla à cara descubierta; y si tiene siniestra intencion, se vale de estratagemas; y no hai cosa mejor que herirle por los mismos filos. Con esto d exò la harpa, y por ser tarde, se despidieron las amigas. Retiròse el confuso amante, haciendo varios discursos, pareciendole no era possible conseguir el dichoso fin de su pretension, sin que precedieran primero las bendiciones de la Iglesia: Hallabase impossibilitado, para obstentar el debido lucimiento, para celebrar su boda, porque sabia la suma pobreza de Laudomia. Con estas congoxosas imaginaciones passò la noche en continuo desvelo; y conociendo de su abrasado pecho, que no podia vivir sin su amada prenda, se determinò à pedirla; el siguiente dia passò à visitar à Laudomia: Recibiòle con la debida cortesia à persona tan principal; y passados los cortesès agasajos, le pre-

preguntò: Que se le ofrecia que mandára. Respondiò el cortès Cavallero: Yo, señora, soi quien desea valer para serviros, y pues yà teneis bastante noticia de mi, escusarè cansaros en referir mi calidad, y patria; solo dirè à lo que es mi venida: Desde el dia que vi à la señora Sinforosa, quedè preso, y rendido à su mucha virtud, y rara belleza, hallandome con tan cortos medios para servirla, segun mi voluntad, he dilatado la determinacion que veis. La causa de estar tan pobre, ha sido un Cavallero Sivillano, llamado Don Pedro Faxardo: Estuvo en Milan mucho tiempo, travamos amistad; yo tenia una hermana, y sabia mi nobleza, me la pidiò, y por casarla con el lucimiento que pedian mis obligaciones, me destituì de el corto patrimonio, què à los dos nos havia quedado de mis padres, que fuè hasta ocho mil ducados, los quales le dì en dote, con esperanzas de alcanzar por la guerra bastante lucimiento para mi persona. A pocos meses de su casamiento, se determinò Don Pedro à dar la buelta à su Patria, y llevar à su esposa; Pusolo por obra, y llegado à Sevilla, dentro de algun tiempo, tuve cartas de que mi hermano havia parido un hijo, de cuyo parto muriò: Quedè excluido de cobrar el dote, porque el niño viviò, y saber despues, que Don Pedro, hallandose alcanzado con los gastos de el camino, y funeral de su entietro, dexò à su hijo en poder de una hermana suya, para que la criàra, y se partiò á Flandes, para servir, y ganar por su valor lucimientos honorificos para èl, y su hijo. Con estas nuevas, hallandome pobre passé à España, con determinacion de ir á Corte à pretender. Honròme su Magestad con una compañia de Corazas, mandandome viniesse à servir á Tarragona, donde lo passo limitadamente, por haver algunos meses que se han dilatado las pagas: y si mi dicha es tan grande, como mi amor, os suplico con todo rendimiento me deis à mi señora Sinforosa, y prometo, como Cavallero, que lo que me falta de riquesa, lo ha de suplir mi grande amar. Quedò Laudomia tan contenta, que le res-

pondiò : Os prometo, ſeñor Recaredo, que por no tener dote que dar à mi hija, me haveis ganado por la mano, ſegun la grande inclinacion que me debeis; y deſde luego acepto la palabra, diſponedlo á voluntad vueſtra, y de mi parte harè lo que me fuere poſſible, pues tengo amigas, y algunos deudos, que deſean ver a mi hija bien empleada. Contento el dichoſo Cavallero, ſe deſpidiò. Entre los muchos amigos que tenia, havia eſtrechado particular amiſtad con dos hermanas de los mas nobles, y poderoſos de Tarragona: Fuè à verlos, y recibidos con mueſtras de verdadera amiſtad, les dixo lo que paſſaba, pidiendo le preſtaſſen docientos eſcudos para ſalir de ſu empeño. Reſpondiòle Don Luis, que era el mayor: Mucho me corro, ſeñor Capitán, ſabiendo lo mucho que os eſtimo, me pidais preſtado, quando todo es vueſtro. Dixole Don Juan, donde mi hermano eſtá, no tengo que decir, pues de mi parte ofrezco lo miſmo. Eſtimòles la bizarria, y ſe ofrecieron à ſacar galas, y joyas, con los demás adornos. Dixo Don Luis, ſaquenſe las amoneſtaciones, que lo demàs corre por mi cuenta: y mientras ſe publican, ſe pondrà todo. Deſpidiòſe, repitiendo el debido agradecimiento, que merecia fineza tan ſingular. Eſtaba à la ſazon en Tarragona un Cavallero Valenciano, llamado Don Jayme: paſſaba ſu riqueza de docientos mil ducados; y hallandoſe mancebo, ſe determinò de paſſar à Eſpaña à ſervir à ſu Mageſtad, con quatro Compañias que levantò à ſu coſta; preſentandoſe la mucha, y lucida gente, dandole á entender la queria ſuſtentar con ſu hacienda, le hizo ſu Mageſtad Coronel de las dichas Compañias, mandandole fueſſe à Tarragona, porque ſe decia, que el Frances venia ſobre aquella plaza, y otras circunvecinas á ella, para tenerla gurnecida por lo que ſucediera; y como Don Luis conocia la liberaleza de Don Jayme, le pareciò combidarle para el deſpoſorio de Recaredo, pareciedole que ſabida la calidad, y pobreza de las partes, haria alguna demonſtracion. Con eſta determinacion le fuè à ver, porque en ſu caſa

del

del noble Valenciano se juntaban para jugar á los naipes; y sabida su pretension, le respondiò, no faltaria de su parte. A la sazon entraron otros Cavalleros, entendida la conversacion, apoyaron todos lo que Don Luis le referia. Uno de los apassionados de Sinforosa, se adelantò con encarecidas ponderaciones, significando la calidad de Laudomia, y su esposo, añadiendo la mucha virtud, y hermosura de la honesta Dama: cosa que engendrò en Don Jayme notable deseo de verla, y servirla; y pareciendole tenia bastante motivo para entablar su nuevo cuidado, por haverle combidado, dixo á Don Luis: Pareceme, segun la informacion, que Vuestra merced, y estos señores me dan, serà lo mejor apadrinar las bodas; avisele Vuessa merced al Capitan, que se vea con migo, y prometo cumplir con la obligacion de parentesco, pues apadrinandole, puedo darle este nombre. Estimaron los presentes la noble piedad, y Don Luis fue à buscarle; y dandole cuenta de lo que passaba, bolvieron los dos à besarle la mano. Recibiòle el cuidadoso Valenciano con los brazos, diciendole: Mucho estimo, señor Capitan haverme hallado en Tarragona, en ocosion de poderle servir; no le dè nada pena donde yo estoi: estimòle el favor, y preguntando en que estado estava su casamiento? Respondiò, que yà estaban sacadas las amonestaciones, refirendo lo mucho, que debia á los dos hermanos. A que respondiò: Estos Cavalleros saben cumplir con lo que se deben, pues no lo fueran en faltar en semejante ocasion, y de mi parte ofrezco de nuevo la imitacion que debo tener; y pues nos hemos de tratar con la llaneza de amigos, sirvase con essa niñeria, dandole un bolsillo con quinientos escudos: y preguntando, quando besaria la mano á la señora Laudomia? Le respondiò, que quando fuera servido. Con esto se despidiò contento de tener con que celebrar su dicha: avisóla à su nueva madre, para que se previniera la casa. Tenia Laudomia una señora, llamada Doña Violante, casada con un deudo suyo: y avisandole de lo que passaba, embiò lo neces-

sario para el adorno de la sala principal; y pareciendoles que el padrino gustaria de ver à la desposada, la mandò su madre que se vistiera de gala: sucediò como lo havia pensado. El siguiente dia pidiò el amante Valenciano à Don Luis, y à su hermano, le acompañàran para visitarle. Avisaron á Recaredo, y llegados todos á la casa, los recibiò Laudomia acompañada de otras amigas; y despues de haverla besado la mano, y respondiò, bañado el hermoso rostro en honestas colores, dixo el enamorado padrino, para dilatar el gusto de verla mas de espacio, hablando con el desposado: En verdad, señor Capitan, que serà razon, que V. md. celebre este dia, dando à todos gusto con decirnos alguna cosa en su lahud, porque me han dado mucha noticia de su destreza, y de las muchas habilidades de la señora Sinforosa. Respondiò con mandarle à un page traxera el instrumento, y mientras le traia, dixo Don Luis: En verdad, que con licencia de la señora Laudomia, y el señor Capitan, no se ha de escusar la señora novia. No fuè menester mas causa para que de oro, gala usada en aquel tiempo: Tenia larga, y rubio el hermoso pelo; tocòse en trenzas, adornadas de mariposas, de el color del vestido, y unos granos de oro gruessos en medio de las mariposas: Levantaronse à recibirla, y Don Jayme quedò al verla tan enagenado de sì, que mas reparado temiò no se huviera conocido su mucha turbacion; despues de haverla besado la mano, y respondiò, bañado el hermoso rostro en honestas colores, dixo el enamorado padrino, para dilatar el gusto de verla mas de espacio, hablando con el desposado: En verdad, señor Capitan, que serà razon, que V. md. celebre este dia, dando à todos gusto con decirnos alguna cosa en su lahud, porque me han dado mucha noticia de su destreza, y de las muchas habilidades de la señora Sinforosa. Respondiò con mandarle à un page traxera el instrumento, y mientras le traia, dixo Don Luis: En verdad, que con licencia de la señora Laudomia, y el señor Capitan, no se ha de escusar la señora novia. No fuè menester mas causa para que

Don Jayme, valiendose de la razon, respondiò: Agravio seria para mi no hacerlo, quando estos señores conocen de mi voluntad el deseo que tengo de servirlos. Respõdiò Laudomia: desgracia serà disgustar à quien me tiene tan obligada. Llegado el instumento, le templò Recaredo con presta ligereza; despues de algunas galanterias, cantò la siguiente letra.

En los brazos de Sileno
Dormida estaba Lisarda,
Y suspenso en su hermosura,
Templò en la nieve su llama.
Contempla el Pastor dichoso
De su Pastora las gracias.
Donayres que le enamoran,
Y centellas que le abrasan.
Ay, dice Pastora mia,
Como duermes descuidada,
Segura de que te adora
Un alma que te idolatra!
Quiere amor que mi fortuna
No ruede, y que mi desgraeia
Pierda la gloria de verte
Contenta, y enamorada.
Quando te miro en el Valle
Entre las demàs Zagalas,
Aunque estimo tus finezas,
Llego à temer tus mudanzas.

Estas

Estaba el Pastor zeloso,
Porque su padre trataba
De casarla con Florelo,
Mayoral de la montaña.
Tomò una mano, y besòla,
Y dexandola bañada
En tierno llanto, la dice:
Ay de mi, quien te gozàra!
Al eco de sus congoxas
Dispertò, y con voz turbada
Le preguntò la Pastora:
Quien de tu llanto es la causa?
Dixole: No lo preguntes,
Pues tu sabes quien me mata;
Y gustosa de escucharle,
Respondiò mas consolada.
Antes que falte mi fe,
Has de ver esta montaña
Llano, y esse prado monte,
Y cantò con mucha gracia.
Pues Fileno me quiere,
No hai mayor dicha,
Que tenerle por dueño,
Y verme querido.

Alabaron todos la destreza; y pidiendo à Laudomia les cumpliera la palabra, le mandò à su hija obedeciesse à aquellos señores; y aunque lo rehusò, cantò esta cancion.

Motetes cantan las parleras aves
Con sus harpadas lenguas à la Aurora,
Vistense de escarlata varias flores,
Repite Celio sus congoxas graves.
Zeloso, enamorado, triste, y solo
Arrimado el Pastor à un tronco seco
Llama à Narciso, y le responde el eco;
Buzca su luz por varios Orizontes,
Trepa los cerros, inquiriendo montes.
Fatigado, y rendido de buscarla,
Queda suspenso, y triste de no hallarla;
Entre las dudas de temor, y zelos,
Dice quexoso de su poca suerte:
Acabese mi vida con mi muerte.

Cantò la referida canion con tan elevada suspension, y cadencias, que dexò los presentes absortos, que en mucho rato no cessaron de darle muchas alabanzas à la hermosa Dama. El contento desposado bañada el alma en el gusto interior, que yà tenia con la seguridad de merecerla, dixo à Don Luis: Es verdad que estos Cavalleros no han de quedar con la miel en los labios; alargandola el lahud, por la satisfacion que tenia, le sacaria del empeño, tomòle, diciendo: Con hacer lo que V. md. me manda, cumplo mi obligacion, aunque sea motivo de risa para los oyentes; y cantò assi.

Se

Si cantan los paxarillos,
Madre, quando viene el Alva,
Pues Belilla es el Aurora,
Haganle todos la salva.
Escuche, Madre, si quiere
Darle un alivio à mis ansias,
Pues muero porque la vide,
Y muero de no mirarla.
Saliò al bayle el otro dia,
Dando embidia à las Zagalas,
Y à mi zelos de escuchar,
Que todos la requebraban.
Pensaba el Sol engañado,
Que con su luz la bañaba;
Y dixe yo que era el Sol
Sombra de su hermosa cara.
Llegùe à quitarle una cinta,
Y mirandome con gracia,
Me dixo: Tate, Zagala,
Que està el dueño en la emboscada.
Supe despues que Lisardo
La festeja, y la regala,
Y con gusto de los dos
Su madre quiere casarla.
Pues muero desesperado,

No

No he de eſtar en la cabaña,
Si yà en Liſardo la dicha
Serà para mi deſgracia.
Dexò el Paſtor, y auſentòſe,
Y al cabo de tres ſemanas
Bolviò à la Cabaña, y dixo:
Tarde olvida quien bien ama.

Deſpues de haver alabado à Don Luis, dixo el aſtuto Valenciano, tomando el inſtrumento: Pues eſtos ſeñores han hecho alarde de ſus gracias, quiero yo moſtrar las mias; que tambien en Valencia hai Muſicos; y con eſto cantò la ſiguiente Decima.

Amando deſpues que os vì,
Muéro, pues me quita el ſer,
No llegar à merecer
La dicha que yà perdì:
Tened laſtima de mi;
Y ſi os merezco un favor,
Pues eſtoi loco de amor
Por tan divina hermoſura,
Le deberè à mi ventura
No morir por mi dolor.

Dexando el inſtrumento, por no faltar mas que la poſtrera amoneſtacion, dixo Don ayme, con deſeo de empezar à obligarla: Pues el ſeñor Recaredo no eſta ſobrado, y nos hallamos juntos los preſentes, pareceme, que ſirva eſte rato

á las capitulaciones, y que dè V. md. la sortija; y pues me toca, como Padrino, y amigo suplir la falta, con licencia de la señora Laudomia, quiero que me deba gozar el primer favor; y quitandose una sortija de preciosos diamantes, se la diò al contento esposo: y llegando á besarle la mano, se la puso; y passadas las amonestaciones, se celebrò la boda con tan opulento aparato, que no parecieron los contentos desposados pobres; pues la mayor riqueza que un hombre tiene, es grangear voluntades, y saberlas conservar: Hallaronse contentos, y casados; y como el destino, quando se precia de arrastrar las humanas dichas, no se contenta de abatirlas sin arrastrarlas todas. A dos meses de su casamiento, tuvieron aviso de que el Francès venia sobre aquellas Plazas, con expressa orden de que saliesen luego á la defensa, para guardar los passos mas importantes, y resistir al enemigo: y como la tierra es fragosa, y tan embreñada, tocandole à Recaredo la parte mas peligrosa, por tener alli el enemigo todo su Exercito; y en la primera escaramuza, matando Recaredo un Capitan Francès, le siguieron otros, para vengar su muerte; por hallarse solo, y haverse desbaratado su Compañia, y estar herido, le fuè preciso el retirarse; y porque no se le escapára, tiraron á herirle el cavallo, y sintiendose herido el bruto, corriò tan desaforado, que se despeñò, quedando el valiente Cavallero tan quebrantado, que sus enemigos le tuvieron por muerto; y buscandole algunos de sus soldados, le hallaron, y conociendo que no estaba muerto, le retiraron, llevandole á Tarragona. Significar la pena de su esposa, y madre, no tiene en carecimiento. Llamaronse Cirujanos; y dando à entender, que estaba peligroso, la mucha pena, y continuo desvelo de Laudomia, mirando el desconsuelo de su amada hija, á un mes de la sucedida desgracia, cayò en la cama de un mortal, y peligroso tabardillo, pagando el comun feudo, aunque el entierro se hizo con mucho secreto; porque Recaredo no lo supiera. Retirado el enemigo, bolviendo todos

á

à Tarragona, pareciendole à Don Jayme, que hallando huerfana á Sinforosa, y à su esposo tan enfermo, por tenerla tan obligada, seria facil conseguir su deseo, escriviendole un papel, sin fiar de nadie su intento. Como las visitas de todos eran tan continuas para divertir al doliente enfermo, buscando ocasion de hallarla sola, se echò en la manga, diciendo: Duque mio, merezca yo la respuesta. Y sacandole la turbada, y colerica Dama, se rasgò, diciendole: A poder hacer lo mismo con vos, no dudeis de que lo hiciera; y bolviendole la espalda, se entrò en la sala de su esposo. Sucediò esto à tiempo que entraban los dos hermanos; y aunque entendieron el caso, visto la constante prudencia, y valor de la Dama, se dieron por desentendidos: Confirmaron la sospecha, porque el Valenciano se picò con tanto estremo, que daba à entender su loca passion: y aunque lo sentian, dissimulaban, porque no faltàran los socorros que daba al enfermo: Eran yà las demostraciones tan declaradas de el cauteloso amante, que yà se empezaba á murmurar; y vista la demasìa, se determinaron los leales amigos á matarle, y sin duda lo hicieran, à no venir orden de la Corte para que Don Jayme con sus Compañias se partiera à Pamplona para guarnecer aquella Plaza. Fue preciso obedecer, y despedido de todos con mucho sentimiento, visitò á Recaredo, dexandole una dadiva: y la mayor para su esposa, fue verse libre de tan penoso embarazo. A pocos meses removieron à Don Luis, y à su hermano; con que se le renovaron al enfermo nuevos accidentes, y el mas penoso, fue hacersele una postema, de que echaba sangre por la boca, Faltando todos à un tiempo, se fue apurando la casa con los gastos excessivos de Medicos, y medicinas: y un dia, hallandose melancolico, pidiò à su esposa le divirtiera con la dulsura de la musica; y aunque estaba con tan grande pena, no quiso cantar cosa triste, y tocando el sonoro instrumento, cantò assi.

Si de Barthola ſe dice,
Que fuè preñada à la boda,
No la culpeis de atrevida,
Pues no lo hizo ella ſola.
Echadle à Paſqual la culpa,
Que ſiguiendo à la Paſtora,
La dexò para rodar
Redonda como una bola.
Casòſe Bartola, en fin,
Compungida, temeroſa:
Pero Llorente no vido
La falta, ſino la ſobra.
Fingiò que eſtaba opilada,
Y corriendo por la poſta
El parto, à los quatro meſes
Callò Llorente, y tragòla.
Todos le daban con ella,
Y de eſcucharla rabioſa,
Ella ſe daba con todos,
Por redimir la deshonra.
Tenialos tan contentos,
Que logrò en breve la moza,
Que la traxeran en palmas,
Y ella les pagaba en tortas.

Cantò con tan ſazonado donayre; que à ſu afligido eſpoſo le provocò alguna riſa: y guſtoſa de verle alentado, paſſó adelante, cantando el que ſe ſigue.

Si las fuentes bullicioſas
Saltan para ſalpicar,
Guardenſe todos, pues Juana,
No ſaltando, pica mas.
En el bayle de ſu aldea.
Todo pulido Zagal
Se precia de regalarla,
Para poderla obligar.
Corren las fuentes riſueñas,
Y Juana con deſdeñar,
Los pica para que lloren,
Haciendo del llanto un mar.
Era la moza brioſa,
Y andaban todos à qual
Havia de merecer
Salir con ella à baylar.
Eeſtaba Jacinto loco,
Penando por alcanzar,
Que hiciera Juana con èl
Una mudanza no mas.
En unas Carneſtolendas
Le tirò el macebo à dar,

Un cabe, y ella le diò
Con el agua de fregar.
Picòſe el barbiponiente,
Y Juana bolviò à tirar
Para quitarle el enojo
Un no sè que, ello dirà.
Riñeron una mañana,
Y fue la refriega tal,
Que Juana ſe quedò herida,
Y pudo Jacinta mas.
En fin, ſe matrimoniaron,
Que ſu padre el Sacriſtan
Tocò à rebato, y el Cura
Los casò por meter paz.
Celebraronſe las bodas
Con grande embidia de Bràs,
Hijo del Alcalde Pablos,
Y nieta de Anton Paſqual.

Con eſtos ſabroſos cariños paſſaba el afligido enfermo la penalidad de ſus continuos, y prolixos dolores. Quince años eſtuvo padeciendo, ſin dexar la cama, aunque le veſtian algunos ratos por aliviarle; y el piadoſo Cielo, compadecido de tan continua, y larga miſeria, empezò à derramar ſu acoſtumbrada miſericordia: Fuè el caſo, que Don Pedro Faxardo, cuñado de Recaredo, como yà eſtá dicho, luego que enviudò, ſe partiò à Flandes, llegò à tiempo de conocer à Carlos, padre de Sinforoſa; y travando amiſtad, como

mo Eſpañoles, aſſiſtió à ſu cabecera quando muriò, y enterado de los grandes ſervicios del valiente Eſpañol, recogiò los papeles con intento de pretender aumentos honorificos para èl, y ſu hijo: y al cabo de catorce años, por profeſſar la Guerra en aquellos Paiſes, dió la buelta à ſu Patria; y hallando à ſu hijo en tan hermoſa juventud, le llevó conſigo. Era Don Pedro aſtuto, y ſagaz, grande Letrado, por haver curſado en ſu mocedad las Eſcuelas. Con ſu malicioſa aſtucia, conſiguiò à titulo de los papeles, agregando à ellos ſervicios de ſu parte, que la Sacra Mageſtad de Felipe Segundo le hiciera merced de una Encomienda con ſeis mil ducados de renta para ſu hijo; y à èl le diò plaza de Conſejero de Guerra. Viendoſe con tan lucidos aumentos, removido de la conciencia, por haverle dicho Carlos, que eſtaba caſado en Tarragona, y tenia una hija, quiſo hacer una diligencia de ſaber ſi eran vivas; y no fiando de nadie ſu cautela, pidiò licencia, proponiendo caſos que la importaban. Fuele concedida; y llegado à Tarragona, ſupo que Laudomia era muerta, y que ſu hija eſtaba caſada, y ſu eſpoſo eſtaba mui enfermo. Preguntò la caſa, y ſabida, llegò à ella, le recibiò Doña Violante, y ſabida ſu demanda, entrò à viſitar al enfermo: Luego que le viò, le conociò, y quedò admirado, porque entendia que eſtaba en Milán: Pesòle de hallarle en tan mal eſtado; diòle cuenta de ſus aumentos, contemplando la honeſta gravedad de Sinforoſa. Alabò el buen guſto, y refiriendo traia limitada licencia, le ſignificò le llevára conſigo, à no verle con tan poca ſalud. Se deſpidiò, dandoles una dadiva conſiderable, ofreciendo eſcrivirlos, y ſocorrerlos; y aunque lo cumpliò, no fue à tiempo, porque apretandole à Recaredo los achaques, le deſahuciaron los Medicos; y ſegura de que Don Pedro era cuñado de ſu eſpoſo, le eſcriviò, deſpachando la carta con un proprio, refiriendo el deſconſuelo en que ſe hallaba, ſuplicandole, pues ſabia ſu mucha neceſſidad, que à ſer poſſible, viniera à Tarragona, porque ſu mucha deſgracia no la cogiera tan deſ-

ampa-

amparada. Alegròse en gran manera Don Pedro con la carta, pareciendole, que si moria Recaredo, casandola con Don Fernando su hijo, cumplia para con Dios, y su conciencia, deshaciendo con esto el agravio que la havia hecho; y pidiendo segunda licencia, tomò una litera, acompañado de quatro criados: Llegò à Tarragona, tres dias despues de su muerte; dispuso que se le hiciera el acostumbrado Novenario, conforme à su calidad, y repartiendo gran cantidad de Missas en las Iglesias, dispuso llevarla consigo. Agradecieronle Doña Violante, y las demàs amigas el noble amparo, aunque sintieron su ausencia en gran manera. Llegados à la Corte, y passados los dias del cansancio, hallandose vn dia desocupado, le dixo: Amada Sinforosa, la causa de averos buscado, ha sido para deshaceros un agravio, que os tengo hecho; con este le diò cuenta, como se avia hallado en la muerte de su padre, y que avia pretendido lo que gozaba, á titulo de sus papeles; y passando adelante, le dixo: Que vos señora, que-

rais pretender por hija suya, no es facil; y si intentais darme este enfado, lo he de estorvar; y assi tengo determinado, para cumplir con mi conciencia, casaros con Don Fernando mi hijo, y con esto gozareis la riqueza que tengo. Escuchò la afligida viuda la proposicion de Don Pedro, derramando tiernas, y copiosas lagrimas; y pareciendo esperaba la respuesta, dixo: Lo que puedo responder, señor Don Pedro, es, que no me hableis mas en lo que me haveis dicho, y asseguro de la constante firmeza con que amo à mi difunto esposo, que no solo à vuestro hijo, sino, al Rey, si fuera possible casarse con migo, no le darè la mano, ni en mi triste corazon tendrà lugar otro amor; y para que entendais las veras de mi fineza, os juro, que estimo en mas la miserable, y abatida pobreza en que me veis, que todo lo que me ofreceis, ni los tesoros del Mundo: y si como Cavallero Christiano quereis deshacer el agravio que me referis, os suplico dispongais, que me entre en la Encarnacion, para dar fin dichoso à mi inconstante

for-

fortuna. Quedò Don Pedro admirado, y confuso, considerando el mucho valor, y firmeza de la prudente Dama; y aunque procurò atraerla muchas veces à su voluntad, porque Don Fernando su hijo desde que la vido, quedò rendido à su mucha belleza. Visto que no bastaban sus muchos ruegos, se determinò á darla gusto, y concertado el dote, y propinas, se hizo lo demàs que era necessario para su persona, y celda, sacandole un rico vestido para la entrada, y preciosas joyas, con que la adornaron. Combidó algunos Titulos, y otros Cavalleros principales, con muchas, y grandes señoras de la Corte, contando à todos la rara maravilla de la mucha virtud, santidad, y firmeza de la hermosa Dama: Al verla el dia del acompañamiento, creciò en todos el general aplauso, mirando en tan pocos años, y tanta hermosura, ver tan santa, y firme determinacion. Al año de su profession, renovò D. Pedro los gustos acostumbrados, combidando à los del primer acompanamiento, y otros muchos. Despues de su profession vivia tan santamente, que era un espejo cristalino en que se miraban las Religiosas, edificadas de ver tan continuas penitencias, y mortificaciones. A los siete años de su profession, codicioso el Cielo de gozar una Alma tan adornada de tantas, y tan perfectas virtudes, la llevò para sì, con igual sentimiento de todos los que supieron este lamentable sucesso. Como yá corria la fama de su mucha santidad, mandò Don Pedro, que se clamoreasse en todos los Conventos tocantes à su Religion: Mandò se dixera en ellos muchas Missas. Y para eternizar la memoria de este caso, mandò hacer un lienzo, y ponerle en la sala que assistia, y recibia á los que le iban à hablar, paraque todos le vieran, con el siguiente Epitaphio.

Oy la bella Sinforosa,
Constante muger, y pob
Porque el infierno zozobre,

Triunfa del Mundo glorioſa:
Abraſada mariposa
En la llama celeſtial;
No tiene ſu dicha igual,
Pues logra en tan buena ſuerte,
Pagando el feudo à la muerte,
Paſſar à vida immortal.

NOVELA SEXTA

BURLESCA.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

EN Madrid (hija heredera, emancipado de nueſtra Imperial Toledo, que haviendola pueſto en eſtado, y caſado ſucceſſivamente con quatro Monarcas del Mundo, uno Carlos Quinto, y tres Filipos; aora que ſe vè Corte, menos corteſana, y obediente que debiera, quebrantando el quarto Mandamiento, le uſurpa con los vecinos que cada dia le ſoborna, la autoridad de padre, tan digno de ſer vencido) vivian pocos tiempos ha tres mugeres hermoſas, diſcretas, y caſadas. La primera, con el Caxero de un caudaloſo Ginovès, en cuyo ſervicio ocupado ſiempre, tenia lugar de aſſiſtir en ſu caſa los medios dias à comer, y las noches à dormir. La ſegunda, tenia por marido

à

à un Pintor de nombre, que en fé de credito de sus pinceles, trabajaba mas havia de un mes en un Retablo de un Monasterio de los mas insignes de aquella Corte, sin permitirle sus tareas mas tiempo, que al primero; pues las Fiestas que daban treguas à sus estudios, eran necessarias para divertir melancolias, que la assistencia contemplativa de este exercicio comunica à sus Professores. Y la tercera, padecia los zelos, y años de un marido, que passaba de los cinquenta, sin otra ocupacion, que de martirizar à la pobre inocente, sustentandose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios, les rentaba lo suficiente para passar con la labor de la afligida muger con mediana comodidad la vida. Eran todas tres mui amigas, por haver antes vivido en una misma casa, aunque aora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente los maridos professaban la amistad, comunicandose ellas algunas veces que iban à visitar à la muger de el zeloso; porque la pobre, si su marido no la llevava consigo, era imposible poderles pagar las visitas: y ellos los dias de Fiesta, ò en la Comedia, ò en la esgrima, y juego de argolla andaban de ordinario juntos. Un dia, pues, que estaban las tres amigas en casa del zeloso, contandoles ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendencias que le costaba el dia que salia à Missa, que con ser al amanecer, y en su compañia, aun de las puntas del manto, porque la llegaban á la cara, tenia zelos, y ellas, compadeciendose de sus persecuciones, la consolaban. Haviendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de san Blas, que se acercaba, salir al Sol, y à ver al Rey, que se decia iba à Nuestra Señora de Atocha aquella tarde; y por ser en dia de Jueves de compadres, llevar con que celebrar en una huerta alli cercana la solemnidad de la Fiesta, que aunque no està en el Kalendario, se solemniza mejor que las de Pasqua; haviendo hecho no poco en al canzar licencia para que la del zeloso necio se hallasse en ella. Cumplióse el plazo, y la me-

rienda, despues de la qual, assentadas ellas al Sol, que le hacia apacible, oyendo muchas quexas de la mal amaridada, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucediò, que reparando en una cosa, que relucia en un montoncillo de basura à un rincon de ella, dixesse la muger del zeloso: Valgame Dios, que serà aquello que brilla tanto? Miraronlo las dos, y dixo la del Caxero: Yà podria ser joya, que se huviesse perdido aqui à alguna de las muchas Damas, que se entretienen en aquesta huerta semejantes dias. Acudiò solicita à examinar lo que era la Pintora, y sacò en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino, que à los reflexos del Sol parece que se transformaba en èl. Acodiciaronle las tres amigas al interès, que prometia tan rico hallazgo, y alegando cada qual en su derecho, afirmaban, que le pertenecia de justicia el anillo. La primera decia, que haviendolo sido en verle, tenia mas accion que las demàs à poseerle. La segunda afirmaba, que adivinando ella lo que fuè, no havia razon de usurparsele. Y la tercera replicaba à todas, que siendo ella quien le sacò de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecia ser solamente señora de lo que le costó mas trabajo, que à las demàs. Passára mas adelante esta porfia, que viniendo à noticia de sus maridos, pudiera ser ocasionàran en ellos alguna pendencia sobre la accion que pretendia cada una de ellas, si la del Pintor, que era mas cuerda, no las dixera: Señoras, la piedra por ser tan pequeña, y consistir su valor en conservarse entera, no consentirà partirse, el venderla es lo mas seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga à noticia de nuestros dueños, y nos priven de su interès, ò sobre su possession riñan, y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero quien de nosotras serà su fiel depositaria, sin que las demàs se agravien, ò haya segura confienza de quien se tiene por legitima possedora de esta pieza? Alli està passeandose con otros Cavalleros, el Conde mi vecino, comprometamos en èl (llamandole à

parte

parte) nueſtras diferencias, y paſſemos todas por lo que ſentenciàre. Soy contenta, dixo la Caxera, que yà le conozco: y fio de ſu buen juicio, y mi derecho, que ſaldré con el pleyto. Yo tambien, reſpondiò la mal caſada; pero como me atreverè à informarle de mi juſticia, eſtando à viſta de mi eſcrupuloſo viejo, y ſiendo el Conde mozo, y ciertos los zelos, con el juego de manos tras ellos? En eſta confuſa competencia eſtaban las tres amigas, quando diciendo, que paſſaba el Rey por la puerta, ſalieron corriendo ſus maridos entre la demás gente à verle; y aprovechandoſe ellas de la ocaſion, llamaron al Conde, y le propuſieron el caſo, pidiendole la reſolucion de èl, antes que ſus maridos bolvieſſen, y el mas zeloſo llevaſſe que reñir à caſa, poniendole la ſortija en las manos, para que la dieſſe á quien juzgaſſe merecerla. Era el Conde de ſutil entendimiento, y con la cortedad del termino què le daban, reſpondiò: Yo, ſeñoras, no hallo tan declarada la juſticia por ninguna de las litigantes, que me atreva à quitarſela à las demàs; pero pues haveis comprometido en mi, digo, que ſentencio, y fallo, que cada qual de voſotras dentro del termino de mes y medio haga una burla à ſu marido (como no toque en ſu honra) y à la que en ella ſe moſtràre mas ingenioſa, ſe entregarà el diamante, y mas cinquenta eſcudos, que ofrezco de mi parte, haciendome entre tanto depoſitario de èl; y porque buelven vueſtros dueños, manos à la labor, y à Dios. Fueſe el Conde, cuya ſatisfacion abonò la ſeguridad de la joya, y ſu codicia las perſuadiò à cumplir lo ſentenciado. Vinieron ſus maridos, y porque yá la cortedad del dia daba mueſtras de recogerſe, lo hicieron todos à ſus caſas, rebolviendo cada qual de las competidoras las librerias de ſus embelecos, para eſtudiar por ellos unos, que la ſacaſſe victorioſa en la agudeza, y poſſeſſion del ocaſionador diamante.

El deſeo del interès (tan poderoſo en las mugéres, que la primera, por el de una manzana, diò en la tierra con lo mas precioſo de nueſtra naturale-

za)

za) pudo tanto en la del codicioso Caxero, que haviendo sacado por alquitara de su ingenio la quinta essencia de las burlas, hizo à su marido la que se sigue.

Vivia en su vecindad un Astrologo, grande hombre de sacar por figuras los sucessos de las casas agenas, quando quizà en la propria, mientras èl consultaba Efemerides, su muger formaba ottas, que criandose à su costa le llamaban padre. Este, pues, tenia conocimiento en la de un vecino Contador, y deseos no tan licitos, quanto dissimulados de ser su ayudante en la fabrica del matrimonio. Havia la astuta Caxera calladole los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra, quanto el amante entrado en dias, se los rechazaba, quiso en la necessidad presente valerse de la ocasion, y aprovecharse de sus estudios; para lo qual mostrandosele menos intratable que otras veces, le dixo: Que para cierto fin ridiculo, conque quëria regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiciesse creer á su marido, que dentro de veinte y quatro horas passaria de esta vida á dar cuenta à Dios de la que hasta entonces havia mal empleado. Prometiòselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella llamando al Pintor amigo, y zeloso necio, concertò en ellos lo que havian de hacer para colorear este disparate, persuadiendolos que era para regocijarse con semejante burla en dias tan ocasianodos para ellas. Haciendose el Astrologo encontradizo con el ignorante Caxero, que cansado de pagar letras se venia à acostar, le dixo: Mal color traeis, vecino; sentis acaso alguna mala disposicion en vos? Gracias al Cielo, le respondiò, sino es el enfado de haver contado oy mas de seis mil reales en vellon, no me he sentido mas bueno en mi vida. La color á lomenos, replicò el Astrologo, no conforma con vuestra satisfacion: dadme acà esse pulso; diòselo turbado el ignorante vecino, y arqueando las cejas, con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso enbelecador dixo: vecino mio, quando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestiales

lés, sino el que se me sigue de aviſaros de vueſtro peligro, doi por bien empleados mis deſvelos: para eſtas ocaſiones ſon los amigos; no lo fuera yo vueſtro, ſi no os aviſára de lo que os conviene, y menos cuidado os dà: diſponed de vueſtra hacienda, y caſa, ò lo que importa mas, de vueſtra alma, porque yo os digo por coſa infalible, que mañana à eſtas horas havreis experimentado en la otra vida, quanto mejor os eſtuviera haver ajuſtado cuentas con vueſtra conciencia, que con los libros de caxa de vueſtro dueño. Entre turbado, y burlon le reſpondiò el pobre moſcatel: Si eſte juicio ſale tan verdadero como el Pronoſtico, que del año paſſado hiciſteis, todo al rebès de como ſucedieron ſus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba. Aora bien, replicò el Aſtrologo, yo he cumplido en eſto con las leyes de Chriſtiano, y amigo; haced vos lo que mejor os eſtuviere, que yo sè que no llevareis quexa de mi al otro mundo, de que no os lo avisè pudiendo: y dexandole con la palabra en la boca, echò la calle arriba.

Turbado, y confuſo guiò à ſu caſa el amenazado Caxero, tentandoſe por el camino los pulſos, y mas partes, de donde podia temer algun aſſalto repentino, y mortal; pero hallandolo todo en ſu debida diſpoſicion, y no ſiendo el credito del adivinante muy abonado, medio burlandoſe dèl, y medio temeroſo, entrò en ſu caſa, y ſin decir nada á ſu eſpoſa, por no darla pena, pidiò de cenar, que le traxo ella mui diligente, haviendo congeturado de ſus acciones, que yà ſe havia dado principio à aquel eſtratagema. Comiò poco; y mal; y diciendo le hicieſſen la cama, ſe comenzò à deſnudar, ſuſpirando de quando en quando. Preguntòle lo que tenia, fingiendo ſentimientos amoroſos la codicioſa burladora, à que ſatisfizo fingiendo diſguſtos con el Ginovès, que le havian deſazanado: conſolòle ella lo mejor que ſupo, acoſtaronſe, y fue aun menos el ſueño, que la cena, notando ella, aunque fingia dormir, quan buenas diſpoſiciones ſe iban introduciendo para el fin de ſus deſeos. Madrugò mas

de

de lo ordinario, algo descolorido; y acudiendo à su exercicio acostumbrado, fueron de suerte las ocupaciones de aquel dia, que no pudo ir à comer à su casa, dandosela en la del Ginovès su amo. Al anochecer, quando se tornaba á su posada, estaban à una esquina de una calle, por donde forzosamente havia de passar el Theniente de su Parroquia, y otros Clerigos con dos, ò tres hombres, prevenidos por el Pintor, à instancia de la dicha Caxera, diciendo quando llegaba cerca de ellos, fingiendo no verle, y de modo que pudiesse oirlos: Lastimosa muerte por cierto ha sido la del malogrado Lucas Moreno (que assi se llamaba el escuchante) lastimosa, respondiò el otro Clerigo, pues sin Sacramentos, ni otra prevencion Christiana le hallaron muerto en su casa esta mañana, estando su muger, que le amaba tiernamente, de puro dolor cerca de hacerle compañia. Lo peor es, dixo otro del corrillo, que el Astrologo su vecino afirma, que se lo avisò ayer, y haciendo burla de su pronostico, sin desmarañar las trampas, que los de su oficio traen entremanos, se dexò morir como una bestia. Dios tenga misericordia de su alma, replicò el quarto, que es de quien podemos tener compassion, que la viuda con dote queda de lo que quizà èl ganò mal, con que à segundar el matrimonio; y vamonos á costar, que hace mucho frio. Iba el pobre Lucas Moreno à satisfacer de ellos, y saber si havia otro de su nombre, que se huviesse muerto aquel dia; pero ellos de industria, dandose las buenas noches, se desaparecieron, dexandole con la turbacion que podeis imaginar. Caminò confuso adelante, y en una calle antes de la suya, hallò al Astrologo hablando con el Pintor, que en viendole venir, dixo (como que proseguian la platica de su muerte:) No me quise creer à mi, quando ayer le dixe que se havia de morir dentro de veinte y quatro horas cabales; hacen burla los ignorantes mentecatos de la evidencia de la Astrologia: tomese lo que le vino, que yo sè que es esta la hora en que està bien arrepentido de no haverme creido, y dado credito à lo que le dixe. Respondiò el

Pin-

Pintor, era notablemente cabezudo el malogrado de Lucas Moreno, y no mui poco glotón; lo qual debiò de comer alguna fiambre Genovesa, y dariale alguna aploplexia: Dios le tenga en su santa Gloria, y consuele à su afligida muger, que cierto que havemos perdido un buen amigo. No pudo sufrirlo el confuso Caxero, y llegandose à ellos, les dixo: Señores, que es esto? Quien me hace las honras en vida? ò tomando mi forma, se ha muerto por mi? Que yo bueno me siento, gracias á Dios. Echaron à huir entonces todos, fingiendo espantosos assombros, y diciendo à voces: Jesvs sea conmigo, Jesvs mil veces, el alma de Lucas Moreno anda en pena: alguna restitucion pide que hagamos de su hacienda, por la que debe de haver mal ganado: Conjurote de parte de Dios, que no me sigues, sino que desde donde estàs, me digas, que quieres; dexandole con esto à pique de sacarlos verdaderos, segun el sobresalto, que le causò tan apoyada mentira. Prosiguiò medio desmayado, y sin pulsos, hasta cerca de su casa, y junto à ella viò al amigo zeloso, que fingia salir della, y le estaba esperando para acabar de desatinarle: Hizosele encontradizo, y al emparejar con èl, bolviò los passos atràs, y haciendose mil Cruces, dixo: Animas Benditas del Purgatorio, es ilusion lo que veo, ò es Lucas Moreno difunto? Lucas Moreno soi; pero no essotro, amigo Santillana, dixo el assombrado mentecato: De que os santiguais? ò quando me he muerto yo, para hacer tantos aspabimientos? Asiòle entonces de la capa, porque no huyesse; y èl dexandosela en manos, se fuè dando gritos santiguandose, y diciendo: Abrenuncio espiritu maligno, no debo à Lucas Moreno sino seis reales, que me ganò à los bolos el otro dia; pero *quod non ponitur*, *non solvitur*, si vienes por ellos, vende essa capa, que no quiero traba cuentas con gente del otro Mundo. Fuesse huyendo con esto, quedando nuestro Moreno tan pasmado, que faltò poco para no dár consigo en tierra. Alto, no hai mas, yo debo de haverme muerto (decia entra sì muchas veces) Dios debe de embiar-

me à esta vida en espiritu, para que disponga de mi hacienda, y haga testamento: pero valgame Dios! Si me mori de repente, como no vi à la hora postrera el demonio, ni me han llamado à juicio, ni puedo dar señal alguna del otro mundo? Y si soi alma, y el cuerpo quedò en la sepultura, como estoi vestido, veo, y toco, y uso de los sentidos corporales? Si he resucitado? Pero si fuera assi, no huviera visto, ù oido algun Angel, que de parte de Dios me lo mandàra? Mas que sè yo de lo que se usa en el otro mundo? Puede ser que me hayan otra vez revestido de mi primera carne, y no se acostumbre allà hablar con Escrivanos; y como mi oficio es de pluma, tendràn por caso de menos valor, tratar con gente de trabacuentas. Lo que yo veo, es, que todos huyen de mi, y me tienen por muerto, hasta los que son mis mayores amigos; y segun esto, debe de ser verdad; pero si dicen, que el mas amargo trago es el de la muerte, como no la he sentido, ni me ha dolido nada? Las repentinas deben de entrarse sin duda por una puerta, y salirse por otra, sin dar lugar al dolor para hacer su oficio; pero si fuesse alguna burla de mis amigos? Que el tiempo es acomodado para ellas; y hasta aora ninguno de los que me encuentran por la calle hace aspabientos de verme, sino son ellos: Valgate Dios por muerte tan à poca costa! Haciendo estos discursos desvariados, llegò à su casa, y hallandola cerrada, llamó con grandes golpes; la noche entraba fria, y obscura, y la cabilosa muger estaba prevenida de lo que havia de hacer, y avisada de lo que havia passado. Tenia sola una criada en casa haviendo de industria embiado dos leguas de alli con un recado fingido à dos criados que vivian en ella: La moza era tan gran bellaca, como su señora; y en oyendo llamar, respondió con una voz lastimada: Quien està ai? Abreme Casilda (dixo el difunto vivo) Quien llama, replicò, à esta hora en casa, donde solo vive el desconsuelo, y la viudèz? Acaba yà necia, que soi tu señor, no me conoces? Abre, que llovizna, y hace mas frio del que permite este lu-

jugar. Mi señor? (respondiò ella) pluguiera à Dios, yà le pudre la tierra, yá està en parte donde por lo que sabia de cuentas, le havràn hecho Caxero mayor del Infierno, que alli todas se pagan à letra vista, si Dios no ha tenido misericordia de su anima. No pudo entonces impaciente sufrir tanas verificaciones de su muerte: y assi dando un puntapie al apostigo, que no estaba para aguardar otro, quebrando la aldaba, le abriò, huyendo la criada, y dando las voces que los demàs que havia encontrado en la calle: Saliò à ellas la muger en habito de viuda recoleta, fingiendose alborotada: y en viendole, se cayò desmayada, diciendo: Jesvs, que veo? Faltò poco para no hacer lo mismo el assombrado marido, y tuvo por infalible, que estaba muerto: Con todo esso, en pago da las muestras de sentimiento, que en su muger havia visto, la llevò en brazos à la cama, desnudandola, y echandola en ella; que aunque lo sentia todo, se daba por medio difunta. La moza se encerrò en otro aposento, dissimulando la risa, y vendiendo miedos que no tenia. En fin el pobre anima en pena, sin averiguar si comian, ò no los del otro mundo, abriò un escritorio, y diò tràs una gabeta de bocados de mermelada, acompañandola con vizcochos, y ciruelas de Genova, que ayudò à passar con los empellones de una bota, cuya alma le havia infundido la membrilla, pareciendole que no era tan trabajosa la otra vida, pues hallaban tal ayuda de costa los que caminaban por ella. Diòse tan buena maña nuestro Lucas Moreno, en fortalecer el corazon desfallido con el cordial remedio, que cogiendole algo flaco, y desvanecido con las ilusiones burlescas, y subiendosele el licor de Noè, si no à las barbas, à la cabeza, se hallò en la gloria de Baco, desnudandose à zancadillas, y echandose al lado de la que todavia dissimulaba su desmayo, y se tragaba la risa, con no poca resistecia de ella, que rebentaba por salir. En fin, se acostò entre desmayado: y lo otro, embistiendo el sueño con aceros vinosos, que no hai tal jarabe de adormideras, como el que saca un lagar. El durmiò hasta la mañana, soñando

Purgatorios, Infiernos, y Glorias, y entre tanto vinieron los burlones amigos à informarse de lo que passaba de la criada, y celebrando la buena eleccion que el difunto havia hecho, amortajandose por de dentro de pies à cabeza, con las telas que texe Baco. Amaneciò, (viendo que todavia estava durmiendo su marido) la cautelosa Caxera, y se levantò, y vistiò de gala, embiando fuera de casa el mongil viudo, y las hypocritas tocas. Compuso la casa de fiesta, y bolviendo à la càma, despertò al aparente finado, diciendole: Hasta quando haveis de dormir, marido mio? Aun no se han digerido los humores con que à noche os acostasles? Estremeciòse los brazos, tirandole de las narices, con que dando bostezos, bolviò en sì; y viendo à su muger tan compuesta, la casa de regocijo, y sin los lutos, y llanto de la noche passada, admirado de nuevo, dixo: Polonia; adonde estoi? Hazte tu tambien muerto como yo? Y en fé del amor que me tenias en el siglo, y te ha sacado de èl, vienes à celebrar en este mundo nuevo segundas bodas? De que enfermedad, ò como sali de la otra vida? Que vive Dios (si en esta se puede jurar) que no sè como me ha muerto, ni á que partes me ha hechado el Cielo. Hai camas, y aposentos acá? Vendese vino, y vizcochos? Que Harriero me traxo mi escritorio, que yo anoche saquè dèl provision bastante à consolar la soledad, que sin ti sentia por estos Paises no conocidos? Buen humor, respondiò la astuta fizgona, crian en vos, marido mio las Carnestolendas; que chilindrinas son essas? Acabad, levantaos, que ha embiado à llamaros el Ginovès dos veces. Luego no estoi muerto, ni me enterraron ayer? (replicò èl.) En vos à lo menos (respondiò entonces ella) debiò de enterrarse á noche el alma de nuestra bota, segun està de macilenta, pues decis essos disparates. Si las almas se encierran, Polonia de mi vida, (bolviò à decir) es verdad que à noche las hizo las honras; pero yà yo lo estaba en la Parroquia: lastimado el Theniente, tristes nuestros amigos, llorando Casilda, y enlutada vos. Acabad aora de en-

sartar

sartar chanzas, replicò ella, que os llama nuestro Ginovès. Luego tambien los hai acà? (preguntò èl.) No debo yo estar en carrera de salvacion, pues puedo ir donde habitan cambios, y se ospedan trampistas. Dexemonos de bullas, dixo Polonia, y levantaos de ai, que parece que hablais de veras, y estais echando bernardinas. Muger, por nuestro Señor (respondiò Lucas Moreno) que ha veinte y quatro horas que estoi muerto, y no sè quantas enterrado: Preguntadselo à Casilda, al Teniente-Cura de nuestra Parroquia, y Pintor nuestro amigo, á Santillana el zeloso, al Astrologo nuestro vecino, y à vos misma, viuda á noche, y enlutada, y aora, á lo que imagino, muerta como yo, que si no me acuerda mal, á noche os llevè sin pulsos, ni aliento á la cama, y os debiò de costar el espanto de verme, la vida, y sin saber como, de la suerte que yo, estais en esta, y no lo acabais de creer. Que tropellìas son estas, marido mio? (dixo la fingida turbada: Anoche no nos acostamos buenos, y sanos? Que entierros, difuntos, y otros mundos son estos? Casilda, llame al Astrologo, nuestro vecino, que tambien es Medico, y nos dirà lo que le ha dado á mi buen Lucas Moreno, que estas mugercillas con quien trata, le deben de haver trastornado el sesso. No sabia que se decir el atronado marido, ni si estaba loco, muerto, ò vivo, ni la muger podia sacarle de que era espiritu, que bolvia á poner orden en su hacienda. En esto entraron los dos ayudantes de la burla; y refiriendo ella lo que passaba, le afirmaron (no sin reirse) de que estaba no solo en este mundo, pero en Madrid, y su casa; y que si daba toda via en su tema, pararia en la del Nuncio. Vino luego el Astrologo, llamado de la criada, y afirmò, que el desvanecimiento de sus libros de caxa, y cuentas le tenian barreñado el celebro; con que èl consolado de que vivia, y ayrado de que le tuviessen por loco, les dixo: Pues si es verdad, que no estoi muerto, de que sirvieron los espantos, y conjuros con que ayer huisteis de mi, haciendoos mas Cruces, que tiene una procession de pe-

ni-

nitentes? Vos me visteis ayer à mi (replicò el Astrologo) como puede esso ser, si estuve encerrado todo el dia en mi estudio, levantando figura sobre descubrir los ladrones de una joya de diamantes? Yo à lo menos, dixo el Pintor, no sali del Monasterio donde trabajo hasta las once de la noche. Pues yo (acudiò el viejo) tampoco vi ayer la calle, ocupado en despachar un Propio à la Montaña, mi tierra. Peor està que estaba (dixo el casi loco de veras:) Vos, señor vecino, no me dixisteis antes de ayer por la noche, que segun la mala color, los indices del pulso, y pronostico de vuestras figuras; havia de morirme dentro de veinte y quatro horas? Yo, replicò èl: Pues ha mas de quatro dias, que no nos vemos, y aora salis con esso? Bolved en vos, señor Lucas Moreno, que lo debeis de haver soñado esta noche. Como ello sea sueño, y no pura verdad, replicò, yo harè la costa del Martes de Carnestolendas en albricias de la vida, que no sè si tengo. Aceptamos la fiesta, respondieron todos: y para que os acabeis de desengañar, vestios, y vamos à oir Missa à la Parroquia, vereis lo que puede en vos la imaginacion vehemente. Hizolo assi el incredulo finado; y para no cansaros, le sucediò lo mismo con los Clerigos, que viò el dia passado tratar de su entierro, que con los demás amigos. Riyeronse, y dieronle picones, que por no hallarse con caudal para sufrirlos, le obligaron despues de haver cumplido con el combite á que se ausentasse de Madrid à negocios de el Ginovès por quince dias, dandoen ellos lugar al olvido, que en la Corte, sepulta brevemente todos los sucessos, por peregrinos que sean, dexando concertado su muger con todos los participantes en la burla, no dixessen el misterio de ella à su marido, sino que le persuadiessen à que fuè sueño, temerosa de que no hiciessen sus espaldas la costa de ella.

Entretanto que nuestro Caxero experimentaba ausente, que estaba vivo, y se moria la fama de su entierro en sueños, no se descuidò la muger del Pintor de exercitar la burla, que tenia imaginada, embidio-

sa

sa de la buena salida que havia tenido la de su competidora para lo qual, concertandose con un hermano suyo, amigo de entretenerse à costa agena, le embiò el Jueves siguiente á la Plazuela de la Cebada à que comprasse una puerta de las muchas que tales dias traen à vender alli, que fuesse à medida de la que en su casa salia à la calle, y por vieja pedia la jubilassen: Traxola con todo secreto de noche, y escondida donde el Pintor no pudiesse verla; avisó al burlon hermano de lo que havia de hacer, y le encerrò con otros dos amigos en el sotano. Vino dos horas despues su marido, quedandose en el Monasterio donde pintaban los aprendices que tenia, moliendo colores, porque se havia de acabar el Retablo para la Pasqua, y era necessario darse priessa. Recibiòle Mari-Perez, que assi se llamaba la codiciosa Pintora, con todo cariño, y amor; acostaronse temprano, porque le importaba el madrugar, y durmiendo hasta la media noche (dixo el descuidado marido, que ella mal pudiera preñado el entendimiento con tantas arquitecturas burlescas) y llegada aquella hora, comenzò à dar voces, y quexarse á gritos la engañosa casada, diciendo: Jesvs, que me muero, marido mio, mi hora es llegada, traiganme confession presto, que me muero, y otros estremos semejantes, que saben muy bien hacer las mugeres quando se les antoja. Preguntabala compassivo su compañero lo que tenia, respondiendo solo: Jesvs, Madre de Dios, que me muero, confession, Sacramentos, que perezco. Levantòse à las voces una sobrina que tenia en casa à suplir los ministerios de una criada, y era tambien participe en el engaño, la qual llorando de verla assi, aplicandola paños calientes á las tripas, dandola rostadas en vino, y canela, haciendo otros remedios semejantes, sin que el dolor cessasse, porque la enferma no queria: huvo de obligar ol desvelado Morales (que este era el nombre del Pintor) à que se levantasse, harto contra su voluntad, coligiendo de la complexion, que en su muger conocia, y afirmandolo ella, y la sobrina, que aquel accidente era de mal de madre, ocasionado de una ensalada que havia cena-

do

do, cuyo vinagre recio, y una rebanada de queso, otras veces la havian puesto en ultimo peligro de la vida. Riñòla de que no escarmentasse de tales excessos; y ella le dixo medio ahogada: No es hora Morales, aora de reprender lo que no se puede remediar; vayan á llamar á la Comadre Castejona, que sabe mi complexion; y ella solo puede aplicarme con que se me alivie este mal rabioso, ò si no abreme la sepultura. Muger mia, respondiò el afligido esposo, la Castejona se ha ido à vivir á la Puerta de Foncarral, nosotros estamos en el Labapies, la noche es de Invierno, y si no mienten las goteras, ò llueve, ó nieva: aunque yo vaya con todas estas descomodidades, como sabremos que se querrà levantar? La otra vez que os apretò essa achaque, me acuerdo yo que fuè con dos onzas de triaca de esmeralda, caliente en la cascara de media naranja, y puesta en la boca del estomago: Yo irè á la Botica por ella, por amor de Dios, que os sossegueis, y no me consintais hacer tan larga diligencia, pues ha de ser inutil, y yo tengo de bolver con otro mal de madre peor que el vuestro. Comenzóse á quexar entonces mas recio que nuca, y á decir: Bendito sea Dios, que tan buena compañia me ha dado: miren que imposibles le pido? Que enterrarse conmigo, si me muero? Que sangre de sus brazos? Que desperdicios de su hacienda? sino que me llame una Comadre, á costa de mojarse un par de zapatos? Ya yo sè que deseais vos renovar matrimonio, y que á cada grito que yo doi, dais vos una cabriola en el corazon, y por esso escusareis qualquiera diligencia, que estorve vuestros deseos, y mis dolores: bolved à costaros, sossegad, y dormid, que si yo me muriere, declarado dexarè que me disteis solimán en la ensalada de anoche. Muger, muger, respondiò el marido, menos libertades, que no tienen los males de madre exempciones de atrevimientos, y podrà ser que con un palo os trasiegue el dolor desde las tripas á las espaldas. Palos á mi señora (dixo la doncella taimada) malos años para vuessa merced, y para quien no le sacára los ojos primero con estas uñas.

Iba

Iba el Pintor á que puſieſſe la poſtura à no sè quantos pretinazos la ſacudida moza, que eſcusò huyendo; y dando mayores gritos con alharacas mortales, bolviò à pedir la doliente Confeſſion, Comadre, Sacramentos, que me muero; ay, que me han dado rejalgar! Jesvs! No es eſte mal de madre, ſino mal de marido. Temiò alguna burla mas peſada, de la que ſin ſaberlo le comenzaba à hacer, el enojado Morales; que ſi ſe moria, dexando fama que èl la havia hecho la coſta, era echar la ſoga tras el caldero, y huvo de apaciguarla con caricias, y amores, y encender una linterna, bien neceſſaria para la obſcuridad, y lodos, poniendoſe unas botas, capa, aguadera, la capilla ſobre el ſombrero, y ſalir en buſca de la Comadre Caſtejona, regiſtrandole las goteras que deſpachaban los texados à cantaros: Sabia el buen Morales, que ſe havia paſſado la dicha Comadre á la Calle de Foncarral; pero no à que parte della: y lloviendo, como os he dicho, ſin perſona en la larga diſtancia, que hai deſde Lavapies à aquel Barrio: la noche como boca lobo, y èl renegando de ſu matrimonio: Juzgad voſotros aora, ſi ſe tardaria muy buen eſpacio de tiempo en hallar lo que buſcaba, y no havia meneſter, que entretanto que èl ſe và echando en remojo bolverè yo à la enferma de bellaqueria, y no de males de eſtomago; la qual en viendo fuera de caſa à ſu buſcon marido, llamó á ſu hermano, que eſtaba eſcondido en la cueba con otros dos amigos, y en un inſtante quitaron la puerta antigua de la calle, y puſieron la nueva, que yà tenia ſu cerradurà, y aldaba, y ſe havia ajuſtado à los quicios, y tendìdo de ſuerte, que ſin ruido ſe aſſentó, como de molde. Encima de ella, en el frontiſpicio, clavaron una tabla mediana, y eſcrito en campo blanco: *Caſa de Poſadas.* Hecho eſto, traxo una caterba de amigos, que vivian cerca de alli, con ſus mugeres, dos maſtines gruñidores, guitarras, y caſtañetas, y de caſa de un figon cena, y gira, acomodada con el tiempo, celebrando con bayles, y borracheras el naufragio del pobre buſca Comadres, que ſin

hallar la Caſtejona, no hizo mas de importunar aldabadas, y deſpertar vecinos: Con el agua à media pierna, y la paciencia al gollete, llegó nueſtro Pintor à ſu caſa, y oyendo deſde la puerta las voces, bayles, y gira, què paſſaba dentro, penſando que ia havia errado, levantò la linterna, y reconociendola, vió las puertas nuevas, y la tablilla de Poſadas ſobre ella, que le deſatinò ſobremanera. Bolviò à examinar la calle, y hallò que era la de Labapies: Recorrió las caſas colaterales, y conociò que eran las de ſus vecinos: Reparò en las de enfrente, y halló las puertas que ſiempre: Bolvió, à la ſuya, y deſconoció la novedad de ſu puerta, y reciente oficio de ſu titulo. Valgame Dios, dixo, haciendoſe Cruces, hora y media ha que ſali de mi caſa, donde mi muger eſtaba mas para llantos, que para bayles; y en ella ſolo vivimos los dos, y ſu ſobrina; las puertas, aunque meneſterоſas de reformacion, eran las miſmas quando ſali, que los otros dias: caſas de poſada en eſta calle, no las vi en mi vida; y quando las huviera, quien puede de noche, y en tan breve tiempo haverle dado á la mià eſte ventero privilegio? Pues decir que lo ſueño, no es poſſible, que tengo los ojos abiertos, y los oidos examinadores de eſte encantamiento: echar la culpa alvino en tiempo de tanta agua, es obligarme à la reſtitucion de ſu honra. Pues que puede ſer eſto! Tornò à tentar, y ver, y oìr puertas, tablilla, y bayles, ſin ſaber aque atribuir tan repentina transformacion, y aſiendo de la aldaba, dió golpes con ella, baſtantes à deſpertar el Barrio, que oyeron, ó no quiſieron oìr los bayladores hueſpedes. Aſſegundó aldabadas mayores, y deſpues de haverle tenido à curar, como lienzo de Galicia, un buen rato à las goteras, abriò un mozo la ventana de arriba, con un candil encendido en la mano, y un tocador en la cabeza entre ſucio, y roto, diciendo: No hai poſada hermano, vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por nécio un orinal de ſeis dias. Yo no buſco poſada, que no ſea mia (reſpondió el Pintor) ſino

que

que me dexen entrar en mi casa, y me diga el que se hace mandon en ella, quien en hora y media la ha dado el nuevo oficio de Hosteria, haviendole costado su dinero à Diego de Morales? De Parras debia de ser, respondió el mozo, el que os desgovierna la lengua: Hermano mio, para quien tan aforrado viena, poco daño le hara el agua de las goteras; vayase noramala, y no me toque otra vez à la puerta, que le echarè un mastin, que le abra media docena de botanas. Cerró con esto de golpe la ventana, prosiguió dentro la gira, y bureo; y el pobre Pintor, dandose à los diablos, imaginaba que alguna hechisera le hacia estos trampantojos: Menudeaba el Cielo cantaros de agua, y nieve à bueltas de un Cierzo, que la desembarazaba el celebro: La vela de la linterna se havia acabado, y con ella la paciencia de su portador: y assi bolviendo á dar mayores golpes à la aldaba, oyó que respondia dentro uno: Mozo daca un palo suelten essos mastines, sal allà fuera, y hazle á esse borracho una fricacion de espaldas, con que se le desembarace la cabeza. Abrióse la puerta entonces, y salieron dos perros, que à no detenerlos el mozo, y cerrar trás sì, hicieran que llorára el confuso Pintor la burla de veras. Hombre del diablo, dixo el ministro, que nos quieres aqui con tantos golpes? No os han dicho que no hai posada? Hermano, esta es la mia, respondió èl; quien diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres acà de Diego de Morales? Que decis, hermano, replicó, que Morales, ó azufayas son essos? Yo lo soi por la gracia de Dios, Pintor conocido en esta Corte, estimado en este Barrio, y habitador de esta casa mas ha de veinte años. Llamad á mi muger Mari-Perez, sino es que tambien se haya transformado en mesonera; y sacaràme de este laberinto. Como puede ser esso, prosiguiò el mozo, si ha mas de seis años que esta casa es Hospederia, de las mas conocidas de quantos forasteros vienen á Madrid; su dueño Pedro Carrasco; su muger Mari-Molino; y yo su criado: Andad con Dios, que á no tene-

ros laſtima, yo os curára por el enſalmo de eſte garrote la enfermedad vivoſa, que os deſlumbra. Bolvió á cerrar la puerta, entrandoſe dentro, y el expelido dueño de ſu caſa, atarantado, ſin ſaber que ſe decir, ni hacer à obſcuras; y arrancando todos, ſe fuè à la del zeloſo Santillana. Llamó á ella, y haciendole levantar caſi á las quatro de la mañana, encendió luz, creyendo le havia ſucedido algun deſaſtre, ó pendencia: Preguntóſelo, èl informado de lo que paſſaba, hizo levantar à la muger; y aunque ella ſabia el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañia de ſu marido del aguado Pintor, atribuyendolo á los hechiſos, y tropellìas, que Yepes, y San Martin (de quien era no poco devoto) ſuele hacer en tales noches, y tiempos. Encendieron lumbre, en que ſe calentó, dexaron á enxugar ſu ropa, limpiaronle las botas, y dandole matraca ſobre el ficlto, que reſiſtió mejor el agua, que ſus fiſgas, le acoſtaron en una cama, que le hicièron, porfiando èl en acreditar lo que havia viſto, y ellos en afirmar, que venia, como ſuele decir, calamocano.

Luego, pues, que la buena Mari-Perez ſupo por ſus eſpias, que ſe havia auſentado ſu enlodado eſpoſo, aſſeguró la puerta primera con ayuda de ſus combidados, como eſtaba de antes; y quitó la tablilla, y haciendo que ſe llevaſſen lo uno, y otro conſigo, los deſpidió à todos, conjurandolos guardaſſen ſecreto, y quedandoſe con ſu ſobrina ſola, ſe acoſtaron, canſados los pies de bayles, y las manos de caſtañetas, los eſtomagos de comer, y las bocas de reir, durmiendo á ſatisfacion de la cena, y entretenimiento haſta la mañana, que bolvió ſu Pintor à medio enjugar en compañia del viejo Santillana, que caſi perſuadido con la poſia de nueſtro Morales, oyendole afirmar lo miſmo á la mañana, que por la noche, deſeaba vér eſta nueva maravilla. Llegaron en fin á viſta de la caſa encantada: y hallandola con ſu puerta antigua, ſin tablilla ſobre ella, quieta, y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y èl de nuevo tambien á desbautizar-

ſe

se, jurando, y perjurando que era verdad lo que le havia referido, y algun arte del demonio aquella, con que pretendia se desesperasse. Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta; y en viendo à su casi padrastro, le dixo: Con que cara viene V. md señor tio á ver á su muger? Ni que cuenta dará de sì quien dexandola á la muerte á las doce, y embiandole por una Comadre, buelve á las ocho de la mañana sin ella, y con essa flema? Si tu supieras, Brigida, respondió èl, en lo que por tu tia me he visto esta noche, mas lastima tuvieras de mi, que quexas: mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de Demonios. Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantandose como una onza de la cama, en solo manteo, salió dando gritos, y diciendo: O que solicito marido de la salud de su muger! Para frio de quartana valeis lo que pesais, Morales mio, que no bolvereis en toda la vida. Hizoos mal el sereno de anoche? Venis acatarrado? Que enjuto que os dexó la tempestad passada! cerca vivia la piadosa Marta, que os hospedó; bien creisteis vos hallarme muerta, quando bolviessedes con la Castejona, y entraros por mi dote, y hacienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos, y para quien tal me desea. A que viene V. md. con esse perdido, señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para que, que por el siglo de mi madre, que he de irme luego al Vicario, y pedir divorcio; no quiero aguardar otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida: dame de vestir, Brigida, toma tu manto, huye de este busca Comadres. Sossieguese V. md. señora Mari-Perez, dixo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera, que por malos medios quiere hacerlos mal casados. Muger, acudió el afligido Pintor, puesto, que os parezca teneis razon en quexaros de mi, escuchad las mias, y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros; gastada la que tenia en los embelecos de esta noche. Contóle en esto todo lo que ella

me

mejor se sabia, con que fingiendo alborotos nuevos, bolvió á decir: A mi con papeles? No ven vuestras mercedes que soi cabos negros, y boquiancha? Hai mas lindas papandulas, que las que me venden? Casa de posadas la mia! mastines, boreo, bayles, y fiestas á quien anoche? Aun si dixeran quexas, maldiciones, suspiros, y males, acertaràn: no lo huviera hecho mejor conmigo media azumbre de el Santo, y dos mostachones, acompañados de seis vizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que yá mascára tierra la pobre de su muger. Hagaos mui buen provecho, esposa mia, respondió èl, y no permitais que me entre en mal á mi; dandome tras de una tan penosa noche, un dia tan pendenciero. Juro á todo lo que puedo jurar, que quanto os he contado me sucedió. En esta casa deben de andar duendes: con venderla, ó alquilarla, passandos á otra, se remediará todo. Y como que hai duendes, señor tio (acudió la taymada Brigida) las mas noches me pellizan, y dan de azotes, aunque blandos, y se rien á carcaxadas. Pues como nunca me lo has dicho? dixo la dissimulada tia: porque no imaginassen vuessas mercedes, respondió, que era otra persona en descredito de mi opinion, y su casa de mis señores tios. Alto, esso debe de ser sin duda, dixo Santillana, no hai sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen piè en la Quaresma, que es mañana. Hizolo assi, quedando en ojeriza con los duendes el encantado Pintor, y su muger con esperanza de que premiasse su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad, y sutileza de las burlas de sus dos opositoras, antes de un camino satisfizo dos necessidades; el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su zeloso compañero, que dispuso assi.

Acabava de llegar á Madrid un Religioso hermano suyo, por Prelado de uno de los Monasterios, que fuera de la Corte, con la recoleccion de su vida, apuntalan lo que los vicios tienen apique de arruinar. No sabia su venida el zeloso San-

Santillana; y su muger, quando ausente por cartas, y aora presente por papeles, y una visita que èl la hizo, se le havia quexada de la mala vida: que sus impertinentes sospechas la daban; y dicho, que si no fuera por su respeto, y lo que menoscababa la opinion de las mugeres el poner pleytos à sus maridos, y pedir divorcios, se huviera apartado de èl por el Vicario. Estaba informado el prudente Religioso de los vecinos, y amigos del mal acondicionado viejo, de la razon que su hermana tenia de aborrecerle, y vivir desconsolada, deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conjugal, persuadirle quanta satisfacion era justo tuviesse de su esposa, y que zelos sin ocasion no suelen servir sino de despertar á quien duerme; pero por mas que estudiò sobre ello, nunca atinò traza suficiente, que venciesse la pertinàz malicia, que yà buelta en costumbre, era casi imposible de desarraygar su sospechosa vejèz. Haviala escrito, que mirasse ella, que modo la parecia mas à propósito para que sin llegar à dar cuenta en sus trabajos à Tribunales causidicos, ella viviesse descansada, y su marido con sossiego, que por dificil, que fuesse, èl pondria toda la diligencia imaginable en su execucion. Aora pues, que hallò ocasion para executarle en estas promesas, curar al viejo Santillana, y de camino llevarse el diamante; una mañana, que èl se fuè à oìr Missa, y Sermon, por ser principio de Quaresma, embiò à llamar al bien intencionado Frayle, y despues de haverse consolado con èl, llorandole sus martyrios, y pesadumbres, le dixo, que no hallaba otra traza mas à apropósito para sacarle de la cabeza aquel tema venenoso de sus zelos, sino era uno que le propuso, y despues sabreis: Refiriòselo con toda la eloquencia que diò el artificio persuasivo à las mugeres, con lagrimas, suspiros, y encarecimientos, concluyendo en que si no lo executaba, serìa imposible no acabar con sus trabajos, descasando; ò con su vida, rematandola en una viga de su casa por medio de un cordèl. El que la mal casada le ofreciò, tenia muchos in-

inconvenientes ; pero en fin atropelló con todos el amor de hermano, la piedad de Religioso, y el deseo de impedir alguna desesperacion creible de la angustia, y sentimiento, que nuestra Hipolita (que este era su nombre) mostraba. Prometiòla llevar al cabo lo que le pedia, señalaron el dia, despidiòse, llegò à su Convento, y propuso el caso à sus subditos. Querianle mucho, y conociendo el provecho que se esperaba de èl para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer quanto les mandasse, y le animaron á concluìrle. Alentado con esto, embiò para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacissimos para dormir quien los bebiesse quatro, ò cinco horas, con tanta enagenacion de los sentidos, que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia, con que aquellos restituìan el alma à sus vitales exercicios. Recibiòlos contenta la astuta Hipolita, assentandose à cenar con su marido, y mezclandolos con el vino apetitoso á sus años, entre bocado, y bocado la daba una reprehension, y entre trago, y trago bebia su sueño. Al ultimo en fin, sin aguardar á que se levantassen los manteles, cayo como piedra en pozo, siendo tan eficáz la polvoreda boticaria, que à no estar sobre el caso la aplicante, y moza creyeran (y no las pesàra) que havia nuestro Santillana desambarazado el matrimonio. Desnudaronle, y echandole en la cama, aguardaron que viniesse por èl el Religioso hermano, que no tardó mucho, pues à las nueve (suficiente hora, y quietud para aquel tiempo frio, y de Invierno) con dos Legos, y un coche, se apearon à su puerta: y entrando dentro, mandò à uno de sus compañeros, que venia prevenido de tixeras, y navaja, le quitasse toda la barba, y abriesse una corona de Frayle. No se mostrò perezoso el obediente Barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad de el agua no ahogasse la virtud de los polvos, le convirtiò en Recaredo Cenobita. Era cerradò de cabellos, como de mollera, y assi saliò la corona con toda la perfeccion venerable, autorizandola las canas, que se entretexian

texian todo lo posible; y despachada la barba, no pudo dexar de causarle risa á su muger, viendo buelto à su marido de viejo en vieja. Vistieronle un habito como el de su hermano, sin sentirlo èl, mas que si esto acaeciera con el Conde Partinoples; y metiendole en el coche, encargò el Prelado à Hipolita, encomendasse à Dios el prospero fin de aquel buen principio. Llegò con èl à su Monasterio, y desambarazando una celda, le desnudaron, acostandole en una cama penitente, dexandole los habitos sobre una silla, y un candil encendido; juntaron la puerta, y se fueron á dormir. Dos horas havia que durava el extasis del ignorante Novicio, y dos prosiguiò en su dormilona embriaguèz, que era el termino puesto à la virtud de los polvos, con jurisdiccion de solas quatro horas; y haviendola comenzado á las ocho, siguese que à las doce feneceria su operacion. Tocaron à Maytines, como se acostumbra en todos los Monasterios à media noche, y trás la campana las matracas con que despiertan à los que se han de levantar, que es un instrumento quadrado de tablas huecas, llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruessos, y meneandolas à priessa, hace un son desapacible para los que despiertan, y le conocen, y espantoso para los que coge desapercibidos, y visoños en tan gruñidora musica. Assi le sucediò al Padre Santillana, pues despertando despavorido; y creyendo que estaba al lado de su muger, y en su casa, diò un grito, diciendo: Jesus! que es esto, Hipolita, caese la casa? hai truenos, ò vienen por mi los Diablos? Como no le respondiò, atentò à los lados, buscando à su muger; y no hallandola, lleno de malicias, è imaginando, que estaba haciendole faynancas, con el ruido passado querian echarle el aposento acuestas, se levantò furioso, y diciendo à voces: Donde estàs, adultera? Malahembra, no diràs aora que son ilusiones, y vejeces las mias; à media noche fuera de mi casa, y mi aposento, recibiendo por el techo el adulterio? Mas leales que tu son para mi las tejas, pues cayendose, me han despertado. Daca mis vestidos

muchacha, venga la espada, que yo labarè mi afrenta en sangre de estos traidores. Esto, y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los habitos de Frayle, fuè todo uno. La novedad de la celda, sin saber como, ò quien le havia traido á ella, le tuvo como cada qual podrà juzgar por sì: ni sabia si diesse voces, ni si era arte aquella de encantamiento, si dormia, ò velaba: fuè à abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo esto como imagino, à nabajazos de las canillas, le resfriaron la colera de los zelos, con la flema del miedo que le causò verse acometido de Requiem; juzgando à mal pronostico, tomò el candil para ver à que calle, ò campo caia aquel aposento encantado, ò en que parte estaba, y viò un dormitorio que le canzò la vista, lleno de celdas, con una lampara en medio. Valgame Dios! que es esto, dixo, bolviendose à entrar temblando? No me dormi yo en acabando de cenar anoche? Quien pues, me ha traido aqui aora trocando mis vestidos en habitos? Si estoy en el Hospital, que esta mas parece enfermeria, que habitacion politica? Si mis zelos me han buelto loco, y para curarme, me han traido al Nuncio de Toledo? Que la estrechès deste aposento, mas parece jaula, que hospederia: No sé lo que imagine, aunque esto ultimo bien puede ser, pues si no me acuerdo mal, yà andaba mi sesso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservacion de mi honra, y no serà mucho què haya algunos dos, ò tres años que me estèn curando en este Hospital, y aora buelto en mi juicio me parezca que fuè anoche, quando estuve quietò, y seguro en mi casa, y con mi muger. Si esto como imagino, à nabaja quitan los cabellos, y barbas à los locos, y à los galeotes; la mia me sacarà de este temor. Echò mano à ella, y hallòla tipla, haviendola èl criado con trabajo. Tentòse la cabeza, y hallòse coronado por Rey de los zelosos maridos; llorò su juicio rematado, teniendose por Conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse dèl como suele hacerse con los de su profession, le havian puesto la cabeza de aquel modo. Con

todo

todo esso, se consolaba pareciendole, que pues echaba de vèr entonces el estado en que estaba, havia yà buelto en su juicio, y segun esto, saldria presto de aquel Colegio desacreditado: Solo le desatinaban los habitos, que le disuadian estas imaginaciones, porque los locos que èl havia visto en Toledo, andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de Religiosos. Entre estas confusiones ridiculas estaba en su celda desnudo, sin haverle acordado que se vistiesse, el frio, ni saber èl por donde, ò como acomodar la diversidad de pliegues, y confusion del habito, que en su vida se havia puesto, quando entrando el campanero, que daba luz à los demás Frayles, le dixo: Como no se viste Padre Rebolledo, si ha de ir à Maytines? Quien es aqui Rebolledo, hermano mio? ò que Maytines, ò Visperas son estas que me desatinan? (respondió el casado Fraile) Si sois loco, como yo lo he sido, y es esse el tema de vuestra enfermedad, yà yo estoi sano por la misericordia de Dios, y no para oir disparates, decidme, donde hallarè al Retor, y dexad de rebollarme. Con buen humor se levanta, Padre Rebolledo, dixo el Religioso, vistase que hace frio, y mire que voi à tocar segunda, y que es mal acondicionado el Superior. Fuèse con esto, dexandole mui confuso: Yo Rebolledo? decia, yo Frayle, y Maytines, no haviendo seis horas, que al lado de mi Hipolita trataba mas en pedirla zelos, que en entonar Psalmos? Que es esto, Animas benditas del Purgatorio? Si duermo, quitadme esta molesta pasadilla; si estoi despierto, reveladme este misterio, ò restituidme el juicio, que sin duda he perdido. Pasmado se estaba, sin acertar à vestirse, obligandole el frio à traer las frazadas acuestas, quando vino otro Frayle, y le dixo: Padre Rebolledo, el Vicario de Coro dice, porque no va á Maytines, que son cantados, y vuestra Reverencia es semanero? Valgame la Corte Castellana, replicò el nuevo Frayle, que en fin, soi Padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana? Digame Religioso, si es que lo es, ó hermano loco, si como imagino estamos en algun Hospital de ellos,

quien me ha puesto en este estado? Como, ò porque me han quitado mi casa, mi hacienda, mi muger, mis vestidos, y mis barbas? O que Urganda la desconcordia, ò Artus el encantador anda por aqui, y ha rematado con mi sesso? Buena està la flema, y disparate, respondiò el Corista, para la prisa con que vengo à llamarle. Delantero debiò de cargar anoche en el Refitorio, Padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco. vistase, y sino acierta, yo le vestirè. Echòle entonces el habito encima, y al ponerle la capilla como era estrecha, creyendo que era algun espiritu malo, que queria ahogarle, comenzò à dar gritos: Arredro vayas Satanàs, dexame aqui Angel maldito, Animas de Purgatorio, Santa Margarita, S. Bartolomè, San Miguel, todos Abogados contra los Demonios, ayuda, y favor, que me ahoga este Diablillo capilludo; y escabullendose de las manos, rota la capilla, y arañado el Frayle echò à correr por el dormitorio adelante. Atentos, y escondidos havian estado oyendo la escarapela ridicula el Prelado, y Subditos, rebentando la risa por romper los limites de la dissimulacion, y silencio que este caso requeria; pero saliendo juntos con las velas encendidas, que havian prevenido para el Coro, le dixo severo el dissimulado Superior: Padre Rebolledo, que escandalo, y desemboltura es esta? Al Fraile que yo embio para que le llame al Coro, trata de esta suerte? Las manos pone en un ordenado de Grados, y Corona? Y á la culpa de no venir en fiesta doble à hacer su oficio, añade el descomulgarse? Aparejese luego, que con un *Miserere mei* se le aplacarán essos brios. Que es aparejar (respondiò el colerico montañès.) Soi yo bestia? Yà lo estoi; y por defenderme de vuestras ilusiones, espiritus condenados, cata la Cruz, no teneis parte en mi, que soi Christiano viejo de la Montaña, bautisado, y con Crisma: *Fugite partes adversæ.* Estos, y otros desatinos comenzó à ensartar, con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciendole agarrar à dos Donados, y diciendoles el Prelado:

Este

Este Frayle està loco, mas la pena le harà cuerdo, le assentaron en las espaldas de par en par una colacion de canelones, que pagò con mas Cardenales, que tiene Roma: daba gritos, que los ponia en el Cielo, diciendo: Señores, ò Frayles, ò ò diablos, ò lo que sois, que os ha hecho el pobre Santillana, para tratarle con tanto rigor; Si sois hombres, dolcos de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal à una mosca, ni tiene de que acusarse, sino de la mala vida que sus zelos han dado á su muger; si sois Religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme, porque pecados os permite Dios, que me dessolleis de esta suerte? Menudeaba el Padre diciplinante azotazos en esto, diciendo: Todavia da en su tema? Pues veamos quien de los dos se canzarà. Yà lo estoi, Padre de mi alma (respondiò el penitente por fuerza) por la Sangre de Jesu-Christo, que tenga lastima de mi. Pues emmenderàse de aqui adelante? Si, Padre mio, yo me emmendarè, aunque no sè de que. Como que no sabe de que (replicò) Miren que gentil modo de conocer su culpa; aun no està como ha de estar, aguarde un poco, y diciendole esto, le tareceaba las espaldas. Padre de mi corazon (dixo entonces, echandose en el suelo) confiesso que soi el mas mal hombre, que pisa la tierra: tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me emmendarè. Sabe (le replicò) que es Frayle, y que en los que io son las culpas veniales son de mas escandalo, que las mortales del seglar? Si Padre, respondia, Frayle soi, aunque indigno. Sabe la Regla que professa? (proseguia, y el tambien en responderle) Si Padre. Que Regla es? La que V. Paternidad fuere servido: No repare en Reglas, aunque entre la del Gran Sofi. Serà desde aqui adelante humilde, y cuidadoso en su oficio, Padre Rebolledo? Serè Rebolledo, respondia, y todo lo que quisieren. Pues bese los pies à ese Religioso, dixo, mal tratado por èl, y pidale venia. Bèsole los pies, Padre mio) dixo, llorando de dolor, mas que de arrepentimiento) y pidole brevas, ò lo que es esto que

me

me mandan le pida. Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprehendiòlos el Prelado, diciendoles: De que se rien, Padres, haviendo de llorar la pèrdida del juicio de un Frayle el mejor que teniamos, y que ha servido quince años este Monasterio, con la mayor puntualidad, que la Religion ha visto? Quince años yo? (decia entre sì el pobre Santillana) Ay encantamiento semejante en quantos Libros de Cavalleria desvanecen mocedades? Alto, pues, tantos lo dicen, verdad debe de ser, aunque no sè el como; porque à no ser assi, que los importaba à estos benditos el maltratarme, y afirmallo? Vengase al Coro con nosotros (le dixo el cuñado, que no conocia) obedeciòle el zeloso por su daño. Comenzaron à cantar los Maytines, y mandòle que entonasse la primere Antifona. Sabia èl de musica, lo que de baynicas; pero no ossando replicar, temeroso de otra tunda, la cantò regañando de suerte, que prosiguiendo la risa de todo el Coro, no pudiendola dissimular el Superior, le mandò llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sì, que faltò poco para no renunciar con el siglo el sesso. Al cabo de ellos le sacaron, y mandò el Prelado fuesse con un compañero à pedir el pan de limosna, que se acostumbra los Sabados: Dieronle su talega, y sin replicar palabra, como una ojeva, cumpliò la obediencia: Llevòle de industria el que le acompañaba à la calle donde vivia su muger, y reconociendo la casa, alentado; y con nuevo espiritu, dixò entre sì: Aqui de Dios, esta no es mi casa? Yo no estoi casado con Hipolita? Quien diablos me ha metido en Fraylìas, que no apetecì en mi vida? Matrimonio me llamo. Entròse con esto en el portal, y hallando à su muger alli, abrazandose con ella, comenzò à decir: Esposa de mis ojos, castigo del Cielo fuè el mio por la mala vida que te he dado. Frayle me han hecho sin saber como, ò porque; pero desde oy mas buscaràn talagueros, que yo matrimonio me llamo. Que descompostura es esta, dixo à voces la mal casada? Aqui de la vecindad, que este loco atrevido

vido ofende mi honra. Acudiò el compañero, y parte de los vecinos, que le desconocieron (por faltarle la longitud de la barba, y estar en tan desviado trage, y tan macilento con las penitencias passadas, que pudiera vender flaqueza à los Padres del yermo) y le apartaron à empellones, diciendole oprobrios satyricos. Dexenle vuessas mercedes, acudiò el compañero, y no se espanten de lo que hace, que ha estado el pobre seis meses loco, y su tema principal, es decir à qualquiera muger que vé, que es su esposa; hemosle tenido en una cadena, y haviendo mas ha de dos meses, que mostraba tener salud, à falta de Frailes que han ido à predicar por las Aldeas esta Quaresma, me mandaron le traxesse conmigo à pedir oy la limosna, bien contra mi voluntad. Dieronle todos credito, lastimados de su desgracia, que quanto mas gritaba, afirmando era el marido de Hipolita, mas la acreditaba. Llevaronle medio loco de veras, y en son de atado à su convento; bolvieronle à diciplinar, y meter en el cepo, donde despues que purgò mas de otro mes los malos dias que havia dado á su muger, al cabo de ellos, y à la media noche, le despertò una voz, que decia en tono triste.

Hipolita està inocente
De tus malicioſos zelos,
Y assi te han hecho los Cilos
De esse cepo penitente:
Por necio, è impertinente
En ti su venganza funda
El que te diò essa tunda;
Por esso si sales fuera,
Escarmienta en la primera,
Y no aguardes la segunda.

Re-

Repitiò esto tres veces la funebre voz, y èl puestas las manos, llorando con la mayor devocion que pudo, respondiò: Oraculo divino, ò humano, qualquiera que seas, sacame de aqui, que yo prometo verdadera emmienda. Dieronle despues de esto de cenar, y la bebida fue de vino, que no lo havia probado desde el dia primero de su transformacion) penitencia mas aspera para èl, que todas las demas) bebiòlo, y con èl dos veces mas cantidad de los mismos polvos que primero: durmiòse como antes, haviale crecido el cabello, y barba suficientemente; afeytaronle, dexandole lo uno, y lo otro en la disposicion antigua; y llevandole en otro coche à su casa, se despidiò el Religioso, Medico de zelos de su hermana, con esperanza de que quando despertasse, hallaria sano á su marido, y emmendado. Pusolè los vestidos seglares sobre una arca cerca de su cabecera: acostòse à su lado, acabò el sueño, junto con la operacion de los polvos, al amanecer, por haverlos èl tomado á las diez de la noche. Despertò en fin, y creyendo hallarse en el cepo, viò, que estaba en la cama, y à obscuras no lo acababa de creer: tentò, si eran colchones aquellos, ò madera, y topò à su muger à su lado, imaginò que eran algun espiritu, que proseguia en tentarle, diò voces, y ensartò Letanias. Estaba velando Hipolita, y aguardando el fin de aquel sucesso, fingió que despertaba, y dixo: Que es esto, marido mio? Que teneis? Haos dado, como suele, el mal de hijada? Quien eres tu, que me lo preguntas? (dixo despavorido el yà sano zeloso) que yo no tengo mal de hijada, si no mal de fraylia. Quien ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra muger Hipolita? Jesus sea conmigo! (replicó èl) Como entraste en el Convento, muger de mi vida? No ves que estàs descomulgada, y que si lo sabe nuestro Mayoral, y Superior, te acanelonarà las espaldas, dexandotelas como ruedas de salmon? Què Convento, ó que chanzas son essas, Santillana, respondió ella, dormis todavia, ó que locura es esta? Luego no soi yo Frayle

de

de quince años ha, preguntó èl, y el cantador de Antiphonas? Yo no sè lo que os decis con essos Latines, replicò ella; levantaos, que es medio dia, si haveis de traer que comamos. Mas assombrado que nunca, se tentò la barba, y hallòla cumplida, y la cabeza descoronada: Mandò abrir la ventana, y se viò en la cama, y aposento, los vestidos à su lado, sin rastro de cepo, ni de habitos: Pidió un espejo, y viò otra carta diferente de la que los dias passados le enseñò el de la Sacristia: Haciase Cruces, acabando de creer el oraculo coplista. Preguntabale dissimulada su muger, que de donde procedian aquellos espantos? Contòselo todo, concluyendo en que debia de haver soñado aquella noche, y Dios le debia de mandar se enmendasse, y tuviesse la satisfacion que era justo de su muger. Apoyò ella esta quimera, diciendo, que havia prometido nueve Missas à las Animas, si le alumbraban à su marido, el entendimiento; y que si no havia determinado echarse en el pozo. No lo permita el Cielo, Hipolita de las Hipolitas, respondiò èl; pidiòla perdon, jurando no creer aun lo que viesse por sus mismos ojos de alli adelante: Con que dandola libertad para salir de casa, huvo de ir con las otras dos amigas à la del Conde, alegando cada qual su burla, y quedando tan satisfecho èl de todas, que por no agraviar à ninguna, les dixo: El diamante, ocasion de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me havia perdido à mi el dia de su hallazgo; èl vale docientos escudo, cinquenta prometi de añadidura á la vencedora; pero todas mereceis la corona de sutiles en el Mundo; y assi, yà que no puedo premiaros como mereceis, doi á cada una estos trecientos escudos, que tengo por los mas bien empleados de quantos me han grangeado amigos, y quedarè yo mui satisfecho, si os servis de esta casa como vuestra. Encarecieron todos su liberalidad, y bolviendose mas amigas que antes, hallaron al Caxero buelto yà de su viage, y olvidada su burla; al Pintor, que avia vendido su casa, y comprado otra, por evitar bellaquerias de duendes; y á Santillana, tan satisfecho

cho, y emmendado de sus zelos, que desde alli adelante veneró à su muger, como à merecedora de oraculos, protectores de su buena vida.

Pagaron en risa Damas, y Cavalleros à Don Melchor el donayre, que añadiò á la sal de la Novena, celebrando la sutileza de las tres casadas, y disputando entre todas, qual merecia el premio, si no se huviera sentenciado con tanta igualdad, dividiendose en opiniones el auditorio, que durarán en defender la suya cada qual; à no llamarlos à comer, poniendo treguas à la entretenida disputa la comida, que en en el mismo sitio fuè igual à la largueza, y cuidado del generoso Don Fernando. Feneció con musicas, bayles, y juegos, recogiendose la fiesta à dormir los que quisieron, y à jugar los aficionados. Passó la furia de el mayor Planeta, y apaciguados sus rayos, despues de haver recibido muchos Cavalleros, y Damas, que baxaron, se diò fin á la fiesta, con un sarao, que estaba prevenido.

CASOS PRODIGIOSOS.

SUCESSO PRIMERO.

SENTENCIA.

Aun en el mayor aprieto
El cuerdo no deſeſpere,
Antes mientras viva eſpere.

VINO de la Andalucia un mãcebo à la Uniuerſidad de Alcalà de Henares, à eſtudiar una de las facultades à que mas ſe inclinaſſe. Era de gente de mediano eſtado. Tenia mayores penſamientos, que ſe podian prometer à ſu mediana calidad, y corta hacienda, y nacido de aqui (junto el verſe libre) el atrojarſe à coſas mayores, que fuera razon, ſi con ella ſe midiera; pero que cavallo hai deſbocado, que aſſi ſe precipite, y deſpeñe, como la juventud, ſi no tiene quien la enfrene, y vaya à la mano, que aſſi la llamaron Seneca en ſus Tragedias, Juvenal en ſus Satyras, y Horacio en ſu Arte Poetica. Luego que entró en Alcalà el nue-

nuevo Estudiante, diò muestras de la locura, y ayre que traia encerrada en aquellos años verdes, y pensamientos soñados; porque tomó un quarto de casa, que era capaz para que la habitasse un hijo de un grande Cavallero, y señor. Recibió dos criados, y ama, para que le acompañassen, y aderezassen casa, y comida: Obstentacion superior à su estado, è incompatible, con la substancia de su bolsa; porque ella no pedia mas ruido, de que se hiciesse compañero de otros tres de los que llaman Escolares; viviendo en un pobre patio, comiessen sesenta horas cada mes, sirviendose à semanas unos à otros; pero à èl se le olvidaron todos estos preceptos politicos, y cuerdos, y con trecientos, ò quatrocientos reales, que se hallaba en dinero, le pareció que podia, no solo gastar, como queda dicho, sino conquistar à Argèl; y con este supuesto, aunque falso, acompañabase, ó acompañaba à los Estudiantes mas ricos Aceptaba combites, visitaba casas principales, y aun hacia sus presentes, y ofertas, ganando con la voz, y opinion, que yà tenia de hombre rico, y poderoso: tanto seguro, y credito en la calle mayor, que es adonde se reduce el de los hombres de trato, y grangeria, que toman hartas cosas fiadas, en algunas cantidades importantes, para conservarse en el buen nombre, y habito que empezó: Y verdaderamente sino tuviera de ambicion, y vanidad todo esto gran parte, el hidalgo animo, el aventajado corazon, no fuera tan culpable; pero la locura de su dueño lo deshacia todo. La facultad, que quiso estudiar, fuè la de Canones, y Leyes, que havia tambien hasta en esto gusto de mostrar, que aora siguiesse el habito largo, aora la espada, y capa, no se pensaba contentar con menos, que una gran Plaza, y Govierno, si su suerte le pusiesse en tan aventajado lugar en sus estudios, que campeassen, y luciessen como èl esperaba, que quãdo la voz de las Escuelas hiere con el eco en los oìdos de Principes en las Cortes, y el justo merecimiento, pide el premio debido, el estudioso, y virtuoso no se desvanecen quãdo se promete semejantes aumentos, y graduado en la Universidad,

en

en primero Grado se gradùa èl, con la seguridad de sus esperanzas, en el descanzo, y honor; y cierto, que si no tuviera nuestro Estudiante tanto de esto, que llaman barreno, el entendimiento de que Dios le havia dotado era vivissimo, y la memoria constantissima; dos cosas, que no todas veces se hallan juntas en todos los hombres de ingenio, y aun casi las dà por incompatibles el Principe de la Philosophia Aristoteles, confessando, que quando el entendimiento es superior, solo puede hacer grande à la memoria, el sobrado exercicio, y continua leccion.

Llamabase este Estudiante Pablo en el Andalucia, y pusose D. Pablo en Castilla; porque no hai libra de fruta tan barata, como la postura de un Don, aunque despues si se mira mejor, parece la comodidad de los datiles, que con tan poca carne, aunque dulce, traen mucho hueso, y jarrete; y un Don en el nombre, con un mal vestido en el cuerpo, desdice tanto en la boca de quien lo pronuncia: mirando à Don fulano tan roto, que à los compassivos provoca à llorar, y à los mofadores á reir. El señor D. Pablo passò à su Curso como pudo, y pienso que saliò mas cargado de deudas, y trampas, que aprovechado en las letras. Los que fian en una Universidad à los Estudiantes, son como los que esperan el dinero de Indias, que en sucediendo desgracia en la Flota, no hai gracia en las palabras, porque el que lo paga, lo debe. Don Pablo havia entretenido à sus acreedores, con aquella voz ordinaria del Arriero de mi tierra: Oy viene, mañana llega; y con èl no tenia quien le correspondiesse allá, si no iba, y vendia lo poco que le havia quedado de hacienda, no llegò tan presto el Ordinario, que èl decia que esperaba, como los plazos que tenia puestos. Tenia buenos respectos Don Pablo, y estaba yà pesaroso de haverse desvanecido, quisiera haver entrado en Alcalà, no à mandar, sino á servir; y con este arrepentimiento se salia por las Riberas de Henares, suspirando, y lamentandose, haciendo trazas, y desvelos, como podria remediar sus trampas; y un dia, entre otros, avisòle un amigo, que no bolviesse al

Pue-

Pueblo, antes ſe retiraſſe, y eſcondieſſe, porque el negocio de ſus deudas eſtaba yà en manos de juſticia, y el Aguacil de Eſcuelas havia ido à prenderle, y no hallandole en caſa, teniendo noticia que eſtaba en el campo, venia con animo de llevarle preſo; que por eſſo èl, como verdadero amigo, le venia à aviſar para que ſe eſcondieſſe por un rato; y llegada la noche, ſe miraria de eſpacio adonde podria mudarſe, ò auſentarſe. El pobre Don Pablo ſintiò notablemente eſte atropellamiento, y le turbò no poco el imaginarſe yà en la Carcel, dando ocaſion, y abriendo puerta à algunos, que no le querian bien, à que hicieſſen riſa, y converſacion de ſu pobreza, pues tan preſto havia de ſer notoria. Con eſto deſpidiendoſe del Eſtudiante, que le havia venido à dar eſte aviſo, le emboſcó por lo mas eſpeſſo de aquellos alamos, y olmos, que eſtàn à la ribera del miſmo rio; y llegando à una parte que hacia como un boſquecillo, y ſoto eſpeſſo, ſe entrò en lo mas interior dèl, y no juzgandoſe aun por ſeguro, ſe ſubiò en un alamo, que eſtaba pobladiſſimo de rama, y hoja, en donde, ſino es mirando con mucha atencion, no podia ſer viſto; y alli lleno de melancolia, fatigandole la imaginacion, paſſaba, aunque mal, eſperando que llegaſſe la noche para decender del Arbol, y irſe tan lexos de Alcalá, que jamàs pudieſſe haver memoria de ſu nombre, aunque como tenia Don Pablo buenos reſpectos, llegabale al alma, que ſus acreedores ſe quedaſſen ſin ſu hacienda. Lloraba el haver ſido loco, y pedia à Dios le deſcubrieſſe camino para acertar de alli adelante á ſer cuerdo.

Entre eſtas ſuſpenſiones, y confuſiones eſtaba en lo alto del arbol el afligido Pablo, quando ſintiò paſſos; y y bolviendo con recato à ver lo que era, deſcubriò à un hombre de edad mayor: y buen habito, natural de la Villa de Alcalá, à quien èl conocia mui bien, que ſe llamaba Roſino, hombre, que en ſus mocedades havia ſido pobre, y en pocos años entrò en caudal, y ſe hizo rico, con que pudo caſar una hija con un hombre de letras, y poner en buen pueſto á dos hi-

hijos, que Dios le havia dado, si ellos quisieran ser lo que debian; pero uno diò en valiente, otro en jugador; y assi lo que el padre havìa adquirido, y ganado con mucho estudio, y trabajo, y en el largo discurso de su vida, ellos lo iban disipando, y perdiendo mui à la posta, por donde conociendo el cauto, y sagàz viejo, que su hacienda iba camino de acabarse, y faltarle aun para los pocos años que le podian quedar de vida; y mas, que se le havia juntado à esta perdicion, el haverscle muerto la muger, con que ya no tenia en su casa de quien fiarse, ni en cuyo poder tuviesse à satisfacion un solo real seguro, porque los travieſſos, y gastadores hijos, las puertas le quebrantaban, las cerradoras de cofres, y escritorios le faltaban, y contrahacian, y el yerno, y la hija, y nietos, si tal vez venian à visitarle, no era tanto por verle, como por llavarle al bolver de ojos lo que podian; y assi vivia como en campaña, y entre enemigos: Con que hallandose con cosa de mil escudos en oro, le pareciò reservarlos, y esconderlos, para mayor necessidad, en parte que no pudiessen tener noticia dellos, ni rastro alguno sus hijos, ni yerno; y con este fin, è intento, llevandose el dinero consigo en una taleguilla de lienzo dentro de otra bolsa, ò pellejo de gato, hecha á proposito, ensebado, y encerado, para que no se pudiesse corromper, ò estregar, salió de Alcalà, y se fuè à lo mas espesso de aquel pedazo de alameda, que està donde se junta Torote con Henares, que era adonde estaba escondido en el alamo, ò olmo Don Pablo; y mirando por todas partes si parecia gente, y viendo que todo estaba solo, sacò un cuchillo de monte, y con èl con grande sutileza levantò quatro, ò cinco cespedes de tierra cubiertos de aquella yerba verde, y mal ojo, que suele haver en las riberas de los rios, à donde hai espessuras de arboles. Y haciendo un hoyo razonable, escondiò el dinero, diciendo al echarlo en el hoyo: Dios libre esto de malas manos, pues sabe para el buen fin que se sepulta, y enterra, que es para si me viere en mi vejèz tan pobre, quanto espero, no andar

à pedir limosna de puerta en puerta, y tambien para que haya con que decirme una Missa quando me muera, porque de estos malos, y distraidos hijos, no tengo confianza, que aun de esso han de hacer memoria. Con esto apretó bien la tierra, y bolviò à poner los cespedes de la superficie, tan igualmente, que nadie hiciera diferencia de aquella parte, las demas. Y porque con el tiempo, y los varios sucessos que podian venir por èl no le faltasse la memoria, con el mismo cuchillo escrivió en el alamo que estaba mas junto, de letras mayores, como las que se usaban en los rotulos de las Cathedras, sola esta palabra, *AQUI*. Y bolviòse mui seguro á Alcalà de que lo quedaba su dinero.

El pobre del Pablo, que à todo havia estado atento, dexó ir á Rosino, y se estuvo quedo en el arbol, hasta que del todo anocheció; y fiado en la obscuridad de la noche, que la hacia bien grande, se descolgò del arbol, y fue con mucho tiento adonde le pareciò que havia enterrado el dinero Rosino; y acertò tan bien, que al tercero passo dió con el deposito hecho, sin pensar, á acaso tan à proposito suyo. Sacò el talegon, ò bolsa, y à buen tiento como quinientos doblones; si bien por estar la noche oscura, y no haver sido hasta alli Pablo tratante en mercaduria tan gruessa, no se acababa de determinar, si eran reales, ò escudos, ó quartos de à dos: pero su fortuna, que havia dado la buelta, y se iba declarando en su favor, no quiso que gozasse aquel nuevo placer tan sobresaltado, y le socorrió con la claridad de la Luna, que empezó á salir, por ir yá la noche mui adelante, y ser en tiempo que salia tarde, y no se acababa hasta que el dia empezaba à amanecer, à cuyo prestado resplandor, y luz, salisfaciendose Pablo de que todos eran doblones, tomò prestada aquella buena partida de dinero, el plazo à bolverla à su dueño, quando tuviesse con que. Y porque en ninguna ocasion de desgracia pudiesse haver aun testigos mudos del peregrino sucesso, y caso tan acaso, repartió los doblones en las dos faltriqueras, y en un bolson que traia al pecho

cho, mas oloroſo, que bien adinerado, y gato, y telega de lienzo, bolvió à enterrar, y à poner los ceſpedes como antes ſe eſtaban, y con un cuchillejo, que traia en un eſtuche, eſcrivió eſtas palabras en el miſmo alamo, proſiguiendo la que dexó eſcrita el deſpojado Roſino, en eſta forma.

AQUI vino, quien no viò
A quien le viò à lo que vino;
La fortuna abra camino
A bolver lo que llevò.

En eſtas ocupaciones repentinas, menos penſadas que bien celebradas, ſe le paſſó á Pablo buena parte de la noche, tanta, que quando bolviò en sì, y ſe aſſeguró de que no le havia viſto nadie empezaba á reir el Aurora del nuevo dia, y aun à reirſe del mal aconſejado viejo, y alegrarſe con el bien afortunado Pablo; el qual viendoſe tan preſto con tanto dinero, luego cayó en lo que le eſtaria bien hacer, y con eſte propoſito atraveſſóſe el camino que vá de Madrid à Alcalá, y empezó à caminar por èl con mucha diligencia, y entrando en la Villa; ſe fue derecho á ſu poſada, que viendole ſus compañeros, ſe enojaron con èl grandemente, pues en vez de haver huido del peligro de que ellos entendian le havian ſacado de caer en manos de la Juſticia, y morir en una carcel, ſegun le juzgaban por impoſſibilitadò de ſalir de tantas trampas, y enredos, ſe bolvia con tanto deſenfado á entrar por la mitad de ellos, y á dár, como dicen, venganza á ſus enemigos. A eſto èl reſpondió con mucha riſa, y abrazandolos, les dixo: Sabed amigos, que no ſoi tan pobre como me haveis juzgado, ni yo me empeñara en lo que no pudiera cumplir, hacienda tengo en mi tierra ſuficiente para ſacarme del gaſto que yo hago en Alcalá, ſino que la corta diligencia de las perſonas á quien encarguè el beneficiarla, me havian hecho falta; pero como yo eſtos dias paſſados,

apretado de mis acreedores, les embiè á apretar, y á amenazar que los executaria, y traeria presos á esta Universidad; ellos temiendo que no viniessen á ser mas las costas que el principal, no solo se resolvieron en embiarme ducientos y cinquenta escudos, que renta lo que ellos tienen mio este año, pero me embian adelantado el que viene: Esto se me embiaba con un Propio, remitiendo el dinero á Madrid, y desde alli à Alcalá; y yo iba con animo de ir á Madrid, y despachar otro á mi tierra, y ha querido Dios que en la Venta de Viveros esta noche he encontrado al hombre, y al dinero: y assi no hai que temer à la Justicia, ni la carcel, que el hombre traia alguna parte dello en oro, y essa le he tomado, y no me ha sufrido el corozon á esperarle, porque viene cansado, y llegará tarde. Yo traygo aqui cinquenta doblones, y escassamente todo lo que yo debo llega à mil reales: por vuestra vida que cada uno por su parte vaya avisando á las personas que debo, porque aunque no he dormido en toda la noche, no he de pegar los ojos hasta haver pagado; y con esto hizo muestra de la pequeña cantidad de los escudos que traia, porque la mucha no se hiciesse sospechosa, y les partió un doblon, para que se regalassen, y entretuviessen.

No pudieron los Estudiantes compañeros suyos, y los criados que antes havia tenido persuadirse cosa en contrario de lo que decia, pues todo era contingible, y en Alcalá le havian visto gastar como rico, y en su tierra no sabian si era pobre; y assi mui alegres fueron criados, y compañeros á llamar à todas las personas á quien debia Pablo, que acudieron con tanta brevedad, como gusto, à hacerse pagados de lo que no se prometian pocas horas havia, con tanta verdad, y en tan buena moneda. Y hechas las pagas, Pablo dió en recogerse, y estudiar, y ahorrar de gastos impertinentes, de ostentaciones, y devanecimientos, ocupando tan bien los seis años immediatos que se siguieton á su vida, y mocedad, repartiendo tan bien los novecientos escudos que le havian quedado, que sobre llevado

el

el caudal de ellos, con otras inteligencias que tuvo se conservó entan buen credito, que toda Alcalà era suya, y sus estudios juridicos se mejoaron tanto, que mereció llevar una Cathedra de Decreto por oposicion; con que no faltó quien le ampareſſe, ſocorrieſſe, y le hicieſſe tan buenas eſpaldas, que en pocos dias ſe viò rico, y honrado. Siguiò el camino de la Abogacia, y llegò á gozar por muger á una hija de un hombre de los hacendados de aquella Villa.

Viendoſe, pues, Don Pablo con holgada hacienda, credito ganado, y caſa aſſentada, bolviò ſobre sì, y acordóſe del dinero de Roſino; y como en conciencia debia, no ſolo la reſtitucion de la cantidad, pero buena correſpondencia al beneficio, y beneficios que havia recibidos con èl; y aſſi, haciendo diligencia para ſaber de Roſino, le viò que andaba pidiendo limoſna de puerta en puerta. A tanto havia llegado ſu neceſſidad; por que ſegun ſe informó Don Pablo el uno de los dos hijos ſe havia muerto, y el otro de lance en lance, porfiando en ſus traveſſuras, havia venido á parar en la carcel: y haviendoſele imputado dos muertes, y no sè que hurtos de menor quàntìa, eſtaba condenado á muerte de horca: Y era el caſo, que como Roſino ſe huvieſſe viſto en aprieto, y neceſſidad, porque el yerno, y la hija ſe havian ido á vivir à Sevilla, viendole tan pobre, y que antes les avia de pedir que darles, y los dos hijos lo havian pueſto en aprieto, que no le havian dexado eſtaca en pared, y acudiò ſiendole fuerza á deſenterrar el teſoro, para valerſe del ſocorro de los mil eſcudos, adonde en vez de dineros hallò eſcrita en el arbol la copla, que arriba queda referida. Por donde, conociendo que quando lo eſcondió, huvo quien lo viò, y que lo llevò con animo, de que ſi Dios le dieſſe conque, lo bolveria. El pobre Roſino, deſpues de haverſe lamentado de ſu pèrdida, viendoſe ſin otro favor que el del Cielo, muerto el un hijo, y el otro para ello, con tanta afrenta, encomendòſe à las buenas gentes, y vivia de lo que le daban por Dios, pidiendole ſiempre en ſus ora-

ciones, que dieſſe al que le havia llevado ſu didero con que reſtituirle algo.

Don Pablo, que le veìa en eſte eſtado, para acudir tan cuerda como Chriſtianamente á lo que le era encargo, ſe le hizo un dia encontradizo, y preguntandole como havia venido á tanta pobreza; y haviendoſela referido Roſino, Don Pablo le hizo inſtancia, y ſe le llevò conſigo á ſu caſa, diciendo, que pues Dios no le havia dado hijos, queria que fueſſen ſus herederos los pobres. Viſtióle, diòle un aposento aparte, donde vivieſſe; ſeñalandole para ſu comida una ordinaria racion.

Supo de la deſgracia del hijo, que eſtaba en la carcel, y tomò á ſu cargo la defenza; y como no hallaſſe tan juſtificada la cauſa, ni tambien ſuſtanciados los proceſſos, que no ſe pudieſſe con ſegura conciencia emprender ſu libertad; hizo tanto con ſu ingenio, y letras, que la ſentencia de muerte ſe convirtió en deſtierro, y encierra cantidad de maravedis: los quales Don Pablo ſe obligó á juntar de limoſna, aunque à la verdad èl los dió de ſu bolſa. Salió el hijo de Roſino á cumplir el deſtierro, y canſado de las traveſſuras de mocedad, como aquel que havia viſto las orejas al lobo, dió en trabajar; y viendole Don Pablo tan otro del que antes era, le caſó con una criada ſuya; y pareciendole que el dote que dió à ella, y al marido en la carcel, y al padre en ſu caſa, havia ſatisfecho, no ſolo al principal de los mil eſcudos, ſino à los intereſſes que ſe pudieran haver ſeguido de ellos, honrandolos al padre, hijo, y criada, con darles, de mas à mas, una caſa, aceſſoria à la ſuya, en que vivieſſen; ſe fuè deshaciẽdo de las obligaciones en que ſe havia empeñado, pero ſiempre moſtrandoſe tan grande protector, y favorecedor de aquella familia, que jamas deſamparó, ni faltó; ſi bien, hecho todo con tanta cordura, y ſagacidad, que aunque Roſino le contó muchas veces á Don Pablo la deſgracia de ſus dineros, jamás ſe vió, ni ſemblante en ſu roſtro, ni accion en ſu perſona, donde pudieſſe conocer que era el que los havia tomado.

SUCES-

SUCESSO SEGUNDO.

SENTENCIA.

El que quiere à otro engañar,
En pena de ſu pecado,
Suele ſer el engañado.

EN Barcelona, Ciudad conocidiſſima, aſſi por ſu nobleza, como por ſu riqueza, y hermoſo ſitio, quedò huerfano de ſus padres un mancebo de claro entendimiento, y gallarda diſpoſicion; pero como la naturaleza en algunas coſas falta, aqui ſobrò en la ambicion, y ſobervia deſte hidalgo, pobre de bienes de fortuna, y mui hacendado de deſvanecidos penſamientos, porque los tenia extraordinarios, en razon de juzgar, que no ſolo en las tres Coronas, de Cataluña, Aragon, y Valencia, havia hombre tan bien nacido como èl; pero ni en las de Caſtilla, y Portugal, ni aquellos antiguos Solares de las retiradas: Vizcaya, Galicia, y en las caſas nombradas de la calificacion de Navarra, y Montañas: Era mayorazgo; pero pobriſſimo, porque corriendo los tiempos con deſigualdades, havian venido ſus padres, y abuelos á ſuma pobreza, haviendoſe quedado con ſolos los titulos, memorias de lo que fueron ſus antepaſſados, como los veſtidos de ſeda, que gaſtado el pelo, à no poder mas, deſcubren el fondo ſobre que ſe fundò la tela; yà que no ſon, dicen quien fueron.

Quedò encargado eſte mancebo (mas vano de lo que debiera ſer) de dos hermanas, la mayor hermoſa por eſtremo,

lla-

llamada Doña Leonor, y la segunda, por estremo fea, llamada Doña Leonarda. Padecian todos notable miseria, si bien con el mayor recato, y dissimulo, que les era possible: porque Don Sancho, que assi se llamaba el mayorazgo, y hermano de las dos, procuraba en lo exterior, que todo sobraba en su casa, siendo verdad, que era todo tan al rebès, que quando en las otras tocaban à acostarse, en la suya á buscar con que desayunarse; pero no por esto jamàs descaecia el ornato de galas antiguas, vestidos de color para el campo, y de camino, de negro, de rua, aunque las sedas en sus labores decian, que tenian mas noticia de los tiempos del Cid, que de los nuestros; y que se havian visto primero cubiertas de polvo, que se descubrieran las Indias. Con todo esto no faltaban sus criados para el señor, y sus dos esclavas, y negras, para las señoras, aunque en razon de vestidos, tan desnudos, que ellas parecian unas Indias, y ellos unos Adanes: con todo esso tenian callos en las rodillas las negras de hincarlas en el estrado, para dar los recados á fuer de la crianza de aora, sobre una alfombra, de unas ruedas, por quien havia dado tantas bueltas, si no la fortuna, à lo menos la vejez, que yà mas parecia embès de las tablas de la tarima, que ropa de por sì.

Assi passaba esta noble, y pobre gente, aunque el Don Sancho no por esso amaynaba las velas de su vanidad, y locura. Tenia por vecino pared en medio, á otro mozo tambien sin padres, muy rico, pero de desigual calidad, porque sus padres lo vinieron à ser, tratando en cosas humildes, y ordinarias, yà por mar, yà por tierra, quizà alli con los Barcos, y acà con los muslos. Como quiera que sea, èl gozaba, y comia una hacienda floridissima; y como yá en el Mundo no se hace astimacion, sino del tener, ò no tener, muchos la hacienda de Petronio, que este era su nombre, en tanto grado, que Ciudadanos antiguos le combidaban con sus hijas, por incorporar entre sus pocas rentas, sus muchos ducados.

Petronio era cuerdo, y hallandose libre, y sin passion,

no

no se atribuia mas de lo que le era debido; y como conocia los intentos de los que le pretendian desvanecer, guadaba sus dineros, y dissimulaba sus faltas, escusandose, con que por entonces no tenia resolucion de tomar estado; mas poco durò esta vida con tanta paz en el corazon de Petronio: porque hallandose un dia en una Iglesia cerca de sus vecinas, Doña Leonor, y Doña Leonarda, la Leonarda aunque era fea, le empezò á parecer tan bien, que se aficionò Petronio notablemente, y empezò à sentir lo que los nuevos amantes en la fervorosa edad de la juventud, que quisiera poner alas à sus pensamientos, y que corrieran á la posta los medios de sus honestos fines, para la execucion de su deseo, que era de pedirsela à su hermano; mas como conocia la locura de Don Sancho, quando mas resuelto en hablarle claro, se que daban á obscuras sus propositos, y se convertian en quimeras sus razones.

Con todo esso, como perseveraſſe la passion, y conocieſſe la pobreza de la casa donde deseaba entrar à gastar sus riquezas, pèreciale buen camino, ir obligando à Don Sancho por este; y assi eligiò uno bien extraordinario, escusando de que el hidalgo loco no se enoxasse si le acometia, ò con dadivas, ò prestamos, aũque los pudiera tener por Angeles, si Petronio se los ofreciera: antes lo hizo de otra suerte, que passò un dia à su casa, havida licencia para hablarle, y le pidiò que le guardaſſe en ella, porque estarian mas seguros, como mas fuerte, y menos visitada, ocho mil escudos en oro, y plata.

Estimò Don Sancho la confianza; y aunque empezò à poner inconvenientes del peligro, y obligaciones en que se pone el que quiere guardar lo ageno, con todo esso admitiò el de posito, encargandole el secreto; y mas quando Petronio, entre las palabras del agradecimiento al beneficio que decia hacerse, añadiò estas: Y quando estos ocho mil ducados, señor Don Sancho, ò los robaſſen à V. md. ò los gastaſſe, gloria à Dios que no los echarian menos en mi casa, donde esta noche, sin las deudas sueltas, en oro, y pla-

ta

ta, y rentas assentadas, y seguras, passan de cien mil ducados, los que Dios ha sido servido darme. Bendito sea èl, respondió Don Sancho, que aunque por acà no nos falta, no nos sobra tanto. A esto replicó Petronio. : V md. està culpado en esso, que se estraña tanto de quien desea servirle: si las obligaciones apretaren, gaste V. md. essos, y avíseme, que lo que tengo yo es suyo. Don Sancho se mostrò agradecidissimo, aunque siempre mostrandose muy entero, sin confessar del todo la necessidad que passaba.

Passaronse los dineros à su casa, y passaron muchos dias que Petronio no le pidiò cuenta de dellos, antes se travò entre los dos una amistad notable; Petronio, por obligar á Leonarda, que aunque no le venìa de casta, lo tenia de condicion el ser liberal, fingiendo que le venian regalos de las Aldeas, donde tenia hacienda, lo hacia comprar à sus criados en la Plaza, y lo embiaba à Don Sancho; y estas eran tantas cosas, y con tanta continuacion, que mas era sustentarle, que regalarle. De todo esto no estaba bien enterada Leonarda, que se hacia por ella, antes entendia que por la Leonor, como era tan hermosa, y discreta; mas como por otra parte conocia los altos pensamientos de su hermano, tampoco estaba bien cierta de la verdad desta pretencion: solo la una, y la otra, y con ellas las criadas, y criados, daban mil gracias à Dios de la amistad que Don Sancho havia fundado con Petronio; y veian el Cielo abierto quando entraba por las puertas de su casa, porque despues que èl venia à ella, comian ellas, y ellos, y aun tenian otro pelo.

Murmurabase algo de esto yà en la Ciudad, y porque antes que passasse adelante, y se hiciesse mas publico, Petronio conocida la condicion de Don Sancho no le impidiesse el entrar en su casa, ni se perdiesse lo servido, juntamente con salir sus deseos vanos; un dia, que se halló à solas con èl, rompiendo con los inconvenientes imaginables, le dixo assi: Yo, señor Don Sancho ha muchos dias que deseo hablaros, muchos mas de los que ha que he deseado acertar ser-

ſerviros; yo quiſiera ſer hijo de un gran Principe en la ſangre, aunque lo ſoi en mis buenos penſamientos: Vos ſois quien ſabe toda Cataluña; vos lo mucho, que vos proprio ſabeis; y yo lo poco, que vos lo conoceis de mi. En vos hai hidalga ſangre, y en mi hai hacienda rica; pero con todo eſſo, ſi yo emprendiera el correr parejas con vueſtra antiguedad, ſiendo tan nuevos mis principios, pudierais tenerme y con razon por loco, y llamarme ignorante, y necio, que me perdia de deſvanecido; mas cuerdo, ſoi, que me juzgais, ſiendo del talle que me veis. Aunque ſoi tan principal, yà yo sè que no eſſais tan ſobrado, que podais dar a vueſtras hermanas los maridos que ellas merecen; aunque à vos, ſeñor Don Sancho, y à mi ſeñora Doña Leonor vueſtra hermana, demás de ſer quien ſois, vos tan diſcreto, y galan, y ella tan cuerda, y hermoſa, ni à vos os ha de faltar un ſuegro Cavallero, ni à ella un marido Señor de Vaſſallos. De mi ſeñora Doña Leonarda es fuerza que diſpongais diferentemente; y aunque ſu merced merece tanto, ſi yo valgo para eſcuſar el entregarla, quizá contra ſu voluntad, al honrado depoſito de un Convento recogido, ù darla un marido viudo, viejo, aqui eſtoi yo, que la dotarè en cinquenta mil ducados, y en albricias, y eſtrenas de la merced, y favor que me haceis en eſto, quedandoſe los ocho mil ducados para guantes para vos ſeñor, y para mi ſeñora Dona Leonor.

Don Sancho le oyó con mucha atencion, y deſpues de paſſadas muchas corteſias, y agradecimientos, le reſpondió que ſe miraria en ello, y hablaria à ſus deudos, y hermana, como era razon.

Con eſto ſe deſpidió Petronio, dando el negocio por hecho; pero era tan al rebès, que no huvo buelto las eſpaldas, quando Don Sancho no lo pudo ſufrir, que no llamaſſe à tres, ó quatro mozos de ſu edad, y humor, deudos ſuyos, y les comunicaſſe el caſo, haciendo grande riſa, y chacota, diciendo: No es bueno, que eſte villano de pared en medio de mi caſa, le tenga tan deſvanecido eſſa ſu hacendilla, ganada à lo que todos ſabeis,

que se ha desvergonzado á pedirme á mi hermana Doña Leonarda: Por vida de quien soi, y á fé de hijo de mis padres, que estuve para mandar cerrar la puerta à mis criados, y matarle à palos: Yo mi hermana à esse picaro, que seria, si le huviessen ensobervecido qual que niñerias que ha embiado, que se han recibido, mas por no parecer descortes, que no por hacer caso de ellas, que los criados, y las esclavas se las han comido. Como os parece que tome venganza de este villanchote, harto de ajos, que haviendo sido sus abuelos Lacayos de los mios, le hacen tan olvidadizo de quienes, quatro reales falsos que maneja, que quiere que yo le lleve à mi lado, y llamarse marido de mi hermana; y tras de esto unas veces bufaba, y peteaba de colera, y otras hacia chacota, y risa del negocio. Ultimamente de parte de la junta, y acuerdo de aquellos buenos juicios de tanta mocedad, y locura, salió acordado, que se le hiciesse una burla pesada, la qual se puso en execucion por este camino.

El Don Sancho habló muy en secreto, y à solas con Petronio, y le dixo, que èl se confessaba agradecidissimo à su voluntad, obligado de sus muchas, y buenas obras, y quisiera ser dueño de los animos, y corazones de sus deudos, y amigos, à los quales havia comunicado este negocio, y de ningun modo venian en èl; solo Doña Leonarda, parecia que no se disgustaria de que tuviesse efecto. Y con esta resolucion, y seguro della, para que conociesse que èl era agradecido, y hacia mas de lo que podia de su parte, porque viesse que era amigo de veras, y que estimaba su parentesco, que cumpliendo con los deudos, y parientes, èl queria hacerle su cuñado, y la forma, y modo havia de ser esta: Que èl lo señalaria puntualmente una noche, y hora, en que Don Sancho se dexaria de industria y proposito la puerta de su casa abierta; que el aposento, y cama donde Doña Leonarda su hermana dormia estaba à tal mano de la casa, en tal quadra: de todo lo qual le hizo cirto, de modo, que no pudo errarlo; que baxasse baxo dèl

se

seguro de su palabra, que èl se la daba de no ofenderle, y se acostasse en la cama de Doña Leonarda, y que á las voces que diesse su hermana, èl saldria con luces, y criados, y alborotaria el barrio, y vecindad, mostrandose tan enojado como ofendido, haciendo con la espada desnuda, prueba de que su intento era matarle: pero que tuviesse por su parte prevenida la Justicia para esta hora, y ocasion, para que entrassen con mano poderosa; y prendiendolos á todos, Petronio tuviesse constancia, y valor, en decir que estaba con su muger, que era Doña Leonarda, que con esta confession, y satisfacion, aunque al principio se mostrasse mui duro, y aspero Dan Sancho, al fin vendria en que se casasse, y que le perdonasse: que le era forzoso usar de todas estas tratagemas, è invenciones para satisfacer à sus parientes, y que no entendiessen que se havia hecho con voluntad suya, sino á no poder mas, por reparar la afrenta, y bolver por el honor, y con aquel sucesso havia de venir à estár en la boca del vulgo, sujeto al juicio que el Pueblo quisiesse hacer de èl. Las razones parecian tan verisimiles, y el modo con que las ofrecia, y decia Don Sancho, tan cortès, tan amigable, y tan sin tropezar, ni turbarse, ni mudarse de color, que Petronio lo tuvo por tan cierto, como si estuviera yà hecho; y se confessó tan obligado de Don Sancho, que no faltò sino echarsele à los pies; pero como se resistiesse Don Sancho, al fin le dió licencia, que le hechasse los brazos, y con ellos, que quiso que no quiso, una cadena de diamantes de valor de ochocientos escudos. Y con esto Petronio se despidiò de èl, yendo à prevenir la Justicia, y amigos para las doce de la noche siguiente, que era quando avian determinado se pusiese en execucion el trato hecho.

Dura ley del Mundo, en algunos corazones de los hombres mortales, de tan asperas entrañas, y tan ruin correspondencia, que se dexan obligar en sus trabajos, y necessidades de los que seles dan por amigos, y pueden mas que ellos, y que recibiendo cada dia à manos abiertas montones de buenas obras, en llegando à

ver menèster que ellos usen de liberales en algo de aquello poco que tienen, hora sea de hacienda, hora de honor, que no solo se muestren escassos con aquellos à quien deben todo el sèr, la vida, y honra que tienen sino que los engañen, y traten con fraude, y dolo. Dura estrañeza es esta, y terrible maldad: y assi no es mucho, que permita el Cielo, que por donde ellos pensaban engañar, y afrentar, sean engañados, y castigados, como se verà en este caso.

Luego que Don Sancho se despidiò de Petronio, escondiendo la cadena de los ojos de sus hermanas, llamò à Doña Leonarda aparte, y la dixo: Que èl tenia necessidad de su aposento, y cama por aquella noche; que desde las dies para adelante se fuesse al de Doña Leonor, y durmiessen juntas, no dandola cuenta de esto, sino diciendola, que la noche antecedente avia sentido no sè que ruido en su aposento, y que nia miedo de dormir sola, y que por esso se passaba al suyo. Tenia tan sujetas à estas sus hermanas Don Sancho, que tras de no darles de comer, las daba, y maltrataba: cosa bien indigna de un Cavallero, y hombre; porque á todas estas partes, y condiciones, le estaba mal ser descortès, y descompuesto con mugeres, y mas con hermanas tales: pero era nuestro Don Sancho un retrato vivo de Don Quixote, y assi las hermanas jamàs le replicaron à cosa que las mandasse, y dixesse, porque temblaban de sus coleras, y arrojamientos: y assi Doña Leonarda callò, y le obedeciò, fuè à esperar que llegasse la noche, y la hora para passarla con su hermana.

Don Sancho, en apartandose de ella, llamo à una de las dos esclabas de casa, la mas fea, y la dixo: Que èl queria ahorrarla, y casarla con cierto mancebo galan del Pueblo, y darla con que viviesse; y que la razon porque se movia à esto, despues la sebria; que se entrasse en dando las once de la noche el relox al aposento de Doña Leonarda, y que hallaria desocupada su cama, que se acostasse en ella, y callasse.

La negra, ni tuvo que responder, ni que dudar; y assi

no

no se atreviò à decir mas de que lo haria como se lo mandaba: pórque por mas mal que le sucedieſſe, le sucederia bien, como salieſſe de aquel Hòspital honrado, y emparedamiento, ò encanto de libro de Cavallerias. Sucedió, pues, que como llegaſſe la hora, y Doña Leonarda sin aver prevenido à su hermana, se paſſaſſe à su aposento, siendo la Doña Leonor tan terrible de condicion, como hermosa, lo llevò tan mal que se le vinieſſe à su cama, que se saliò della. Doña Leonarda, como era menor, y temia al hermano, no se atreviò à paſſar á su quarto, y darle parte desto; y assi entre esta confusion, y temor se quedò dormida. Doña Leonor de rabiosa, è impaciente, se paſſó al aposento de Doña Leonarda, y jurò que no havia de bolver al suyo, hasta que lo supieſſe su hermano, y acostòse en la cama de su hermana. La negra, que havia de venir, como se lo havia mandado alli, haviendosele hecho grande novedad lo que le havia mandado su amo que hicieſſe, lo comunicò con la otra negra su compañera, y le pidiò consejo: lo qual fuè de parecer que no fueſſe, antes fingieſſe que se havia dormido: que menos mal era que llevaſſe una buelta de palos por el descuydo, que no que le sucedieſſe alguna cosa en que perdieſſe la vida: porque no podia entender adonde iban à parar tan grandes promesas, y mas en un amo que jamàs las havia mostrado buena cara, ni dicho buena razon, desde que las heredò de sus difuntos padres. Juntando à esto el parecerles todo engaño, del prometer que le daria con que vivieſſe, pues no lo tenia èl para sì, que no eran tan bozales, que no pudieran hacer este discurso: y con esto se estuvieron quedas en su mala camilla, sin hosar la una, ni la otra salir de ella.

Llegò al punto de las doce de la noche, y con ellas Petronio á la puerta de Don Sancho, acompañado de algunos Miniſtros de Justicia, y de otros amigos de su edad, que venian bien armados, y deseosos de sacarle de qualquier peligro; y mas, que èl los tenia tan obligados à todos, que no hacian mucho, junto con que aquella nacion, y Provincia tiene esto

por

por excelencia, que el que llega à ser amigo de otro, lo es de veras: y tambien al contrario, si hai razon para ello. Petronio con este seguro, tocò à la puerta, y la hallò abierta, y caminando sin detenerse, con animo, y valor, al aposento que le havia señalado Don Sancho, cuya puerta tambien estaba sin echar la cerradura: porque Doña Leonor con el enojo que llevaba de su hermana, se le olvidò de cerrarla; la qual dormia à este tiempo tan profundamente, que pudo Petronio, haviendo acerrado á la cama, entrarse con ella, y passarla à sus brazos, y hasta entonces no despertó; pero sintiendose tocar de otra persona, dió gritos.

Don Sancho, que estaba á la mira, y tenia quatro, ò cinco mancebos de su humor, parientes, y amigos, dentro de su sala, y los criados con luces encendidas para celebrar la burla, y venganza, acudièron con grande grita, y risa à ver la negra abrazada de Petronio; pero sucedièle tan al rebès, que hallaron á Doña Leonor desnuda, deramando muchas lagrimas, dando voces, y haciendo pedazos de Petronio, por desassirse de èl: novedad, que los espantó tanto à todos, que casi no sabian de si. Don Sancho se pasmò, y los parientes se elaron, y corrieron. Doña Leonor gritaba, y pedia justicia: y Petronio decia, que estaba con su muger, que no la hacia agravio, y no la dexaba que se la escapasse: admirado de su resistencia, supuesto lo concertado con su hermano; pero mas se admirò, quando vió que era la hermosissima Leonor, y no la fea Leonarda. Don Sancho buelto en sì empezò à decir, con la espada en la mano: Esta es grande maldad, y traicion: O aleve hermana! ò falso Petronio! à mis manos perdereis entrambos la vida. Pero Petronio era hombre tan de hecho, demàs de venir bien armado, que poniendo, y assegurando debaxo del brazo siniestro à Doña Leonor, sacò con el derecho una pistola de tres bocas, amenazando que se llevaria à tres de una bolada, y no le oyessen. Los parientes de Don Sancho, ni sabian si arrememetiessen à matar à Petronio, ó á su pariente, que en-

ten-

tendian expreſſamente que los havia engañado: y aſſi en todo parecia qne eſtaba entre ellos la confuſion del infierno miſmo: pero nada pudo llegar á execucion, porque à las primeras voces, que ſe oyeron en la calle, porque algunas ventanas de eſtos apoſentos caìan à ella, entraron los amigos de Petronio, y huviera entre los unos, y los otros una cruel riza, y mas ſi los Miniſtros de Juſticia, que eſtaban prevenidos, y eſperaban á la puerta, fingiendo que paſſaban de ronda, y haviendo oìdo las voces, no entráran, ni ſe puſieran de pormedio: con que ſe dió lugar à que Petronio hablaſſe, y advirtieſſe, que como ſe havia entrado, havia ſido por haverle dado palabra de caſarſe con èl; iba á decir Doña Leonarda, y como viò que era Doña Leonor la que tenia en las manos, mudò de parecer, y añadiò á las razones dichas: Si mi ſeñora Doña Leonor, con lo ſucedido no quiere ſer mi muger, depoſitela en parte ſegura la Juſticia, y mireſe en ello, que en todo quiero yo que ſe anteponga el guſto ſuyo, y de Don Sancho mi ſeñor, y hermano que havia de ſer, á quien remito que diga lo que hai en eſto; que lo que ſu merced dixere, eſſa ſerà la verdad; que de lo que guſtáre, guſto yo: y la ſatisfacion que le eſtuviere mejor, eſſa ofrezco á èl, y á ſu hermana, y deudos: porque el caſo ſucedido mas parece permiſſion del Cielo, que lance de mi buena fortuna, aunque lo es tanta.

La Juſticia viendole tan comedido, procurò templar la paſſion, y enojo de Don Sancho, y ſus deudos; y queriendo llevar à ponèr en depoſito à Doña Leonor, y no queriendo ella ſalir de la caſa de ſu hermano, caſi ſe bolviera à encender la pendencia, y à deſcubrirſe la verdad, y el quien era culpado en todo. Y viendo Don Sancho que èl lo era, y que por aquel camino que havia ſido engañado, con fundióſe, y rindióſe; y los parientes, que caſi raſtrearon algo de ello, mudaron de parecer, y fueron en que no havia ſatiſfacion para la honra de Doña Leonor, como que Petronio caſaſſe con ella, y la dotaſſe en cinquenta mil ducados, por ſi murieſſe ſin tener hijos; lo

qual

qual èl hizo de mui buena gana: y ella viendoſe en brazos de el primer hombre que havia tocado mano à la ſuya, galan, diſcreto, y tan rico, y ella que havia ſido tan pobre, tan rica, olvidandoſe de las deſiguldades, y deſvanecimientos de linages, vino en ello con mucho guſto: y porque aquella noche no ſucedieſſe deſgracia, ſe diò parte luego à los Jueces à quien tocaba de el ſuceſſo, y eſtandoſe preſentes los amigos de unos, y otros, amaneció el dia, y Petronio, y Doña Leonor fueron deſpoſados, havida licencia para ello. Y enterado Petronio, de la burla de la Negra, que ſe levantaba, y del como havia venido Doña Leonor á la cama, y apoſento de Doña Leonarda, ſa tisfizo à todos en eſta forma: Comprôle à Don Sancho la Negra, y ahorròla, y caſóla y llevòla à ſu muger á ſu caſa: diò ocho mil ducados á Doña Leonarda, para ayuda de caſarſe, por la voluntad que èl la havia tenido, y el caſamiento que ella havia errado: perdonó los ocho mil ducados à Don Sancho, y la cadena, y otros empreſtidos que le havia hecho, con condicion, que jamàs entraſſe en la caſa de Petronio, porque acordandoſe de la burla que le havia querido hacer con la Negra, debiendole las buenas obras que le debia, no ſe cegaſſen la quexa, y ſe le olvidaſſe el reſpeto, y amor que le debia, como à hermano de ſu muger.

SUCES-

SUCESSO TERCERO.

SENTENCIA.

La mala fama en la vida
Es de ſuerte,
Que cauſa infamia en la muerte.

ENTRò á ſervir à un ſeñor de eſtos Reynos en Valladolid, eſtando alli la Corte; en el oficio de deſpenſero, un hombre, de la calidad que podia ſer, quien ſe havia criado toda ſu vida en eſto: El de ſuyo era un natural codicioſo, y trapaciſta, demàs que lo havia mamado en la leche, acertó à encontrar otros de ſu condicion, y rota conciencia, y aſſi iba el negocio à viva quien vence, y à buſcar quatro reales de ganancia, ſin atender al como ſe ganaba, vendiendo el gato por liebre, y la neceſſidad por regalo; con que ſe fuè haciendo eſtimar de unas mugeres de Corte, que viſitaba, por los reales que le ſentian: pero no paſſó mucho tiempo, que eſte mal trato, y grangeria del Deſpenſero, no dieſſe à un cabo, reſpecto de los gaſtos que hacia, que lo aran de mayor paſſo que podia ſuſtentar, ni ſufrir la ſubſtancia de la bolſa, porque para quatro reales que mal ganaba, tenia ocho, ó doce deſaguaderos. Era mozo, y por caſar, y en la caſa que viſitaba pagabanle en la miſma moneda; que ſi èl mentia en lo que vendia, y compraba, ellas mentian tambien en la voluntad que decian tenerle: porque era una fumilia de harto trabajo, de una madre ruin, por el mal exemplo que daba à ſus hijas, y dos hijas prodi-

gas, de aquella poca, y mala honrilla que les havia comunicado su madre. La madre recibia, y las hijas assegundaban. Ella pedia à los que venian á su casa, y executaban ellas. Ella publicaba pobreza, y ellas se confessaban huerfanas: y con el color de la necessidad de la madre, se ponian tanto en las caras las livianas de sus hijas, que las vecinas de aquel barrio llamaban al pedazo de aposento que tenian alquilado, la casa del afeyte. Hablaba la mayor de las dos al pobre despensero; y sin ser estafeta, era el obligado del ordinario gasto; y con todo esso acudian aventuras à este Castillo, sin encantos, mas que moscas á la miel. De donde naciò, que se desvanecieste la que era servida del despensero, y la obligasse à ponerla estrado, y guadamacies nuevos. El susodicho comprador, ò dueño de despensa, tenia tambien su poco de barreno, y ayudò à que ella acabasse de perder el juicio, presentandole algunas cosas mayores de marca, para quien èl, y ella eran: porque la comprò, entre otras cosas una silla de manos para salir fuera, que aunque no era de color, ni tachonada de oro, havia sido de lienzo encerado: con que vivian por pobretes en la Plazuela de los Herredores (esto es en Valladolid) que vinieron á tanta miseria, que huvo el despensero la silla dellos à barato de unas raciones de fiambres que havian sobrado de la mesa de sus amos, para que los tristes comiessen, y bebiessen: pero sobre todo la presentò una mona, que la ganó al juego de otro hombre de Palacio, menos codicioso, y mas perdido que èl, y llegaba à tanto la maldad, y desamor de aquella gentezuela, para con el engañado despensero, que no querian dar de comer á la mona; antes que como vivian cerca, la havian enseñado à passarse cada noche y mañana, por los tejados que se comunicaban de las casas, desde una ventana de la suya, á otra de la del despensero, por donde la mona entrabra, y no se quitaba de la despensa hasta que su amo le daba de comer. Esta sì que era buena crueldad de aquellas damas, tan servidas de su ciego amante: si èl abriera los ojos, conociera que no le queria sino por sus dineros, se reeria de ellas; pero an-

antes lo hacia tan al rebès, que todo su desvelo era hurtar à todos, para darles à ellas, sin reparar en que infernaba el alma, y empeñaba el credito de su persona; de suerte, que le tenian por uno de los mas malos hombres de el Mundo: y à la verdad lo era, porque en su vida tomò cosa fiada, que pagasse, ni dixo cosa en que tratasse verdad. Compraba à menos precio, y vendia al quarto doblado, ni sabia dar peso cabal, ni medida suficiente: y todo ello permitia Dios que se le bolviesse en nada, como en nada sabia guardar, ni ley, ni cortesia. Sucedió, pues, que un dia entre otros, visitando á deshora à la que le tenia en un Hospital, que para èl yà era infierno, la hallò tan ocupada con otro gentilhombre, que porfiando èl por entrar, y el otro por salir, recibió el despensero à cuenta de los gastos hechos por la Dama, una cuchillada tan bien dada en los cascos, de que vino á morir.

La mañana que amaneciò muerto, estuvose todo el dia por enterrar, por estar su aposento en lo màs alto de una casa, en los zaquizamies: Y como en los Palacios, y casas de los grandes Principes, y Señores, hai tantas ocupaciones; aora en lo uno, aora en lo otro; los criados à cuyo cargo estaba sacar el cuerpo de casa, yà por no subir tantas escaleras, ò ya por el olvido, ó por que las ocupaciones de sus oficios no daban lugar, que esto es mejor que crea; aguardaron á enterrarlo tan tarde, que era yà de noche quando traxeron la Cruz, y Clerigos de la Parroquia. Era esta la hora que solia acudir la mona por su racion, y havia entrado por la ventana que solia; y como el cuerpo del difunto estaba echado sobre un tapete en el suelo, haviase puesto la mano junto de èl, esperando à que le diesse la racion que solia. A este tiempo subieron los Clerigos, y criados por las escaleras, con mucho acompañamiento, y luces, y empezaron à cantar lo que se acostumbra en semejantes casos. Las luces, canto, y entrada fuè todo tan á una, que alborotada, y desatentada la mona, no acertó á la ventana, y cerró con la puerta de la escalera, saliendo por encima de las ca-

bezas de todos, y con un pedazo de maza, que llevaba assida en una cadenilla, descalabrò à tres, ò quatro de ellos, huyendo hasta llegar á la casa de sus amas; con que se alborotaron todos de suerte, que bolviendo la escalera abaxo, qual de pies, qual de cabeza, el cuerpo se quedó aquella noche por enterrar: diciendo unos, que havian visto muchos demonios que havian salido del aposento del despensero, y otros afirmando, que havian oido voces espantosas, gritos, y correr varios, y espantosos animales. Y sobre todo los pobres descalabrados, añadian á esto otras mil quimeras, y sueños. Finalmente ello se estendiò una voz tan mala por toda la vecindad que no havia quien quisiesse venir á enterrarlo, hasta que huvo de intervenir porla reputacion de su casa, y criados, no solo la atoridad del Señor, pero la de la Justicia; y pareciò la mano, y la verdad del caso, y como havia sucedido: y con hallarse la sangre de los criados en la maza de lamano, con todo esto estaba lleno el vulgo, de que havia aparecido multitud de demonios en el aposento del despensero, permitiendo Dios, que el que viviò mal, valiendose de medios, y obras malas, acabasse con la mala fama, y nombre que queda visto.

Notablemente rieron el sucesso del despensero todos los oyentes, agradeciendo al Filosofo lo bien que les havia entretenido con los casos á caso, estimando en mucho, de mas de su agudo ingenio, su buen zelo; pues todo lo que decia, y contaba, aora fuesse historico, aora fabuloso, procuraba dirigirlo á que se sacasse doctrina moral de ello, y provecho para los que lo oian: Y assi Don Juan, y los demás le pidieron encarecidamente, que luego que otro dia fuesse la hora acostumbrada, estuviesse con puntualidad alli porque tenia Don Juan que preguntarle, y èl lo ofreciò.

FIN.

TABLA

DE LAS NOVELAS QUE SE CONtienen en este Libro.

Los dos Soles de Toledo, sin la letra *A.* pag. 1.
La Carroza con las Damas, sin la letra *E.* 27.
La Perla de Portugal, sin la letra *I.* 36.
La Peregrina Hermitaña, sin la letra *O.* 54.
La Serrana de Cintìa, sin la letra *V.* 92.
No hai con el amor venganza. 131.
Los Amantes sin fortuna. 170.
El Picaro Amante, y escarmiento de Mugeres, burlesca. 196.
La Desdicha en la Constancia. 209.
Constante Muger, y Pobre. 241.
Los tres Maridos burlados. 266.
Caso prodigioso primero. 299.
Caso prodigioso segundo. 309.
Caso prodigioso tercero. 321.

BINDING SECT. MAY 22 1968

LS.C
R666v

Robles, Isidro de
Varios prodigi

DATE.	N.
Sept 29/48 C	Mend